

Dr. José María Delgado.



CORRESPONDENCIA

Crítica Literaria, Apuntes Intimos,
Artículos y Divagaciones



Santiago de Chile
IMPRENTA UNIVERSITARIA
Estado 63
1946



J^s. Inis Amunategui el Viejo

Avenida O' Higgins 1407.
Tambien a Chile

CORRESPONDENCIA

PQ
8697
V5614
C6

OSVALDO VICUÑA LUCO

CORRESPONDENCIA

**Crítica Literaria, Apuntes Intimos,
Artículos y Divagaciones**



Santiago de Chile
IMPRENTA UNIVERSITARIA
Estado 63
1946

Oswaldo Vicuña Luco
(1896 - 1945)



OSVALDO VICUÑA LUCO
1896-1945

OSVALDO VICUÑA LUCO

(1896-1945)

La historia literaria no se contenta con mirar superficies: tras las figuras aparentes y los escritores conocidos, ve el medio que los nutrió, siente la atmósfera que respiraban y sigue las corrientes de influencia que iban llevándolos, dominadas desde adentro y dirigidas por otros, medio velados, difíciles de percibir, porque no dejaron obra que los defendiera y ejercieron su acción de espíritu a espíritu, mediante su palabra o por el significado de una simple actitud.

Estos finos conocedores, atentos y sagaces, que han hecho de la observación un fin, suelen ser más cultos que los autores profesionales y componen una familia que tiene su rango señalado en el mundo de las letras.

Actúan mucho en vida; se les teme y considera; son la "élite", el tribunal de las opiniones que orienta las miradas; pero, concluida la comedia, se retiran en silencio, indiferentes al nombre, ajenos a cualquier ostensible figuración y de ellos suelen no quedar por toda huella sino ensayos truncos, las cartas privadas y el relato de anécdotas que se transmiten sus amigos.

Se les podría llamar, con alguna paradoja, los escritores que no escriben.

Uno de ellos vivía entre nosotros; le tuvimos muy cerca y acaba de morir.

Era Osvaldo Vicuña.

Se decía, para presentarle a los desconocidos: Hijo de Vicuña Cifuentes. El prestigio paternal lo iluminaba y, al mismo tiempo, lo escondía un poco; había allí como un primer modo de esquivarse. Pero, aunque muy hijo de su ilustre padre, quien le infiltró, desde el hogar, junto con el buen idioma, ese fondo de cultura que parece no aprendido, y aunque participaría después, por su matrimonio, de otras fuentes de tradición literaria, Osvaldo Vicuña poseía una originalidad fina y fuerte, capaz de superar el acervo hereditario e imprimirle rasgos propios.

Eso sí, no había que pedirle títulos. Ni los más modestos. Frágil de físico, escaso de materia, tallado con menudencia y un perfil de medalla, su poca salud le impidió los estudios regulares que hacen todos; pero su energía interna, desproporcionada, los reemplazó en una jamás concluida y, al fin, ventajosa exploración que lo condujo a donde casi nadie llega.

Era un ser libre.

Ello dificultaba el definirlo y hacía imposible encasillarlo. Trabajaba mucho, leía, buscaba libros, revistas y diarios, tomaba apuntes minuciosos, extraía de aquí una cita y la conectaba allá con otra, lejana, relacionando hechos, ideas y personas; iba a conferencias y las comentaba; gustábele leer en voz alta y, a veces, en la calle a la luz de un farol, o en la mesa bulliciosa del club, no resistía y sacaba un libro o una libreta y daba a conocer a sus compañeros una página interesante, reveladora, que esclarecía una cuestión. Podría afirmarse que ignoró el reposo. No obstante, si alguien, un extranjero o extranjera, observando la importancia de Osvaldo Vicuña en la conversación de los demás, quería saber quién era, averiguar

qué hacía, en qué, exactamente, se ocupaba, sus preguntas hallaban un auditorio perplejo.

Es que no respondía a fórmulas, iba derecho, sin vacilar, al fondo y vivía en la esencia.

Y eso cuesta explicarlo.

La gente acostumbra imponerse rápida y sumariamente de los seres y las cosas por su letrado: autor de esto, profesor de lo otro, miembro de tal asamblea. Se sabe y se pasa. En realidad no se sabe nada; el autor puede ser un necio; el profesor, un majadero, y el miembro de la asamblea pública un charlatán; pero se cumple el rito, como un saludo.

Oswaldo Vicuña, por verdadero milagro de persistencia, también gracias a combinaciones de circunstancias, logró conservarse disponible.

No tuvo intereses, ambiciones, vanidad ni ataduras. No necesitó, por tanto, estrategia de ninguna clase; por eso a su lado, con gran sorpresa, con alivio indecible, se respiraba un aire delicioso, el sutil, reconfortante y libre aire del total desprendimiento.

El escritor que escribe tiene los hijos de sus entrañas: su obra. La cuida, se inquieta por ella; trata de colocarla bien, que no la ignoren la mente del crítico ni el ojo del público. Puede ser inteligente, pero su cerebro está polarizado en un solo sentido, el de su yo. Siempre sobre un platillo de la balanza, sufre si alguien trepa y pesa demasiado en el otro. Es natural. Los elogios a los demás le cortan la respiración; disminuye, se pone viejo, se le alarga la cara; sólo resucita cuando hablan otra vez de sus libros y comentan sus artículos, sus proyectos; entonces recupera el interés por el mundo. Es un ser muy atormentado.

Oswaldo Vicuña desconoció tales suplicios. Las letras le interesaban por las letras mismas, no por él. Las cul-

tivaba por amor puro. Jamás se le ocurrió explotarlas ni sacarles provecho en forma de dinero o de renombre; sólo obtuvo de ellas un deleite íntimo que le dió algo muy semejante a la felicidad.

Su independencia de intereses accesorios le permitía un lujo de honradez muy raro. A él, que vivía leyendo, ante la pregunta de si conocía tal libro, no era raro oírle contestar: "No le he leído", aunque en seguida, informado por referencias, disertara sobre él con minucioso conocimiento. No respondía, como tantos, por responder y salir del paso; pensaba maduramente, hacía examen, definía el matiz exacto y, si había errado, se rectificaba lealmente.

En el orden literario, practicaba virtudes religiosas.

A su inflexible y matemática sinceridad unía un corazón hospitalario. Tratándole, nadie podía sentirse pospuesto ni en penumbra. Este conversador escuchaba como no hemos visto escuchar a nadie: adelantaba el rostro, fijaba la vista, recogía el gesto y no perdía sílaba, como si en seguida fuera a apuntar lo que estaban diciéndole. Podía el que hablaba interrumpirse, incluso olvidar su narración; él se la recordaba para reanudarla. De ahí la sensación de bienestar que daba: cada cual sentía a su lado aumentar su existencia y crecer su personalidad, volverse más importante, más segura.

Se recogerán las cartas y los pocos artículos de Osvaldo Vicuña; se formará con ellos una "plaque"te", la que sus amigos soñaban y él olvidó entregarles; y estarán ahí su erudición precisa, más profunda que extensa, su vigor de análisis, tan fuera del camino trillado, su capacidad ideológica y observadora de tipo científica, muchas otras cualidades inestimables: nada suplirá la eficacia de su charla, de su presencia, el surgir espontáneo de los atisbos psicológicos y las reflexiones literarias, filosóficas, políticas o estéticas que aplicaba a los acontecimientos.

Se absorbía en esa misión. Andando y conversando se le llevaba donde se quisiera; no sabía del tiempo. A veces, algún remoto escrúpulo de hora de comer o de visitar le asaltaba, deteníase y solía decir: “¿Dónde estamos?”. Pero tal pregunta era ociosa y no exigía respuesta; acto continuo se le ocurría otra idea y seguía, interesadísimo, completamente olvidado de aquel relámpago.

Habría requerido, como Sócrates, que alguien recogiera sus diálogos.

Entre su preparación continua y apasionante y la época fabulosa, pero no del todo negada a la posibilidad, en que Osvaldo se pondría, por fin, a escribir, colocaba él tal extensión de papeles, libros, revistas y apuntes que, para alcanzarla, se hubieran necesitado unos doscientos años.

No seguía, por lo demás, plan alguno. Mejor dicho, el plan era él, sus tendencias, sus gustos, sus capacidades, como debería ser. Un tiempo se entregó a la lectura del Quijote anotado por Rodríguez Marín. —Y usted, ¿qué está leyendo ahora, Osvaldo?— “El Quijote” con notas de Rodríguez Marín. — ¡Todavía! ¿En qué tomo va? —en el segundo—. Como eran ocho tomos los que esperaban algún comentario sobre la última novedad y la moda reciente, para repetirlo, se desesperaban. —¡Por Dios, Osvaldo!— El sonreía, sin sorpresa, acaso con una secreta complacencia, porque no le desagradaba despistar.

Poseía una memoria proustiana, infalible. Recordaba la idea, la frase, la página, el libro y la edición, todo con detalles. Una vez nos entretuvo hablándonos largo rato de un curiosísimo tratado que nos interesó mucho; cuando le preguntamos si lo tenía y dónde podríamos hallarlo, con testó: —Yo no lo tengo; Ud. sí: todo lo que acabo de decirle lo tomé de un artículo que Ud. escribió sobre ese libro el día tal del año cual...

Tal vez se consideraría a sí mismo un personaje curio-

so; pero no volvía la mirada hacia su persona; los demás le preocupaban demasiado; a este soñador solitario y abstracto, el mundo exterior le atraía poderosamente, como a un hombre de ciencia. Vivía aprendiendo y enseñando. Un aprendizaje enteramente libre, una enseñanza sin obligaciones ni sanciones. Se le dirigía una consulta. La respuesta le sugería un punto de vista nuevo, relacionado con tal autor, leído diez años atrás. Iba al estante, sacaba el libro, leía dos líneas; le traían a la mente otras subrayadas en un recorte de "La Nación" de Buenos Aires o puestas con sus correspondientes llamados, en alguna libreta e iba a buscar la libreta y el recorte. Poco a poco, a uno y otro lado del sofá, sobre los sillones, por el suelo, cabe las mesitas colmadas, los volúmenes entreabiertos se apilaban sobre los volúmenes, con ejemplares de "La Nouvelle Revue Française", algún tomo de Proust muy manejado, o de Paul Valéry, cuando no de Ortega o Pérez de Ayala, más alguna traducción comenzada de Aldous Huxley, restos de la época, la terrible época en que estuvo aprendiendo inglés; y en medio de esas montañas crecientes de sabiduría impresa, Osvaldo, pequeño y atento, cortés, pero inflexible, hablaba, oía y contestaba seriamente.

Todos se conjuraban para obligarle a escribir. El resistía, sonriendo. Presentía acaso que la abstinencia preserva muchas virtudes. Tiraba líneas, plantaba muchas señales, cavaba heridos para cimientos y traía material de todos los puntos del horizonte. Luego, los regalaba. ¿Podía considerársele el tipo del intelectual puro? Faltábale para ello la gran distintiva: la soberbia invasora, el yo monstruoso. Osvaldo no hablaba de sí mismo, no se sacaba a escena, no analizaba sus sensaciones; sus ideas las exponía o las proponía: nunca las imponía.

Debía haber vivido largos años y llegado a la vejez; hubiera visto en torno un coro de discípulos a quienes en-

tregar el supremo fruto de su experiencia, sus reflexiones, su conocimiento de la vida y de los libros, con el don que poseía de atraer y unir y su facultad de dignificar el ambiente, cambiando, a menudo, con su sola presencia, la atmósfera.

Así le soñábamos.

Pero un ligero soplo salido del mar se lo llevó una noche, sin sentirlo, cuando se iniciaba para él la etapa de la madurez perfecta. Y ahora es como si faltara en nuestra vida una gran luz, como si se hubiera hundido un punto de referencia para orientarse y callara uno de esos ecos sin los cuales apenas podría decirse que vale la pena escribir.

ALONE.

OSVALDO VICUÑA LUCO

Pena sin consuelo es el destino del hombre, espléndidamente dotado, que no alcanza a realizarse como escritor. Fué la suerte adversa de Osvaldo Vicuña que a fines de la otra semana murió en Viña del Mar, esa Niza de Sudamérica, como la llama Manuel Ugarte. Ciudad-jardín que, en la quietud de los días invernales, da la sensación de haber sido especialmente construída, junto al océano, para el paso sereno del hombre que no tiene premura, y a quien le agrada meditar... Las grandes ciudades con su ajetreo incesante, terminan por expulsar a las almas sensibles que en este mundo sin refugios de la existencia contemporánea buscan ansiosamente un poco de tranquilidad. Hace algunos años, Osvaldo Vicuña dejó la capital por el balneario, con la esperanza de encontrar cerca de la playa algún alivio para la misma dolencia que hizo insoportable la vida a Marcel Proust: el asma rebelde y caprichosa. Menudo, frágil, de salud precaria, vivos los claros ojos en la palidez constante del rostro, despejada la frente, reposado el ademán, apagada la voz, casi siempre con un volumen entre las manos; así le vimos en ésta o aquella librería, y así surge ahora, en nuestros recuerdos, al escribir estas rápidas líneas de triste despedida. Alguien dijo una vez, aludiendo a su innata debilidad física, que Osvaldo Vicuña cualquier día iba a quedar aprisionado como una

mariposa entre las páginas de un libro. Y la cruel verdad es que su corazón cesó de latir bruscamente en cierta madrugada mientras la lluvia golpeaba los cristales de su ventana, y su mujer, la noble y abnegada compañera de las breves horas de felicidad, salía presurosa en busca de un médico. Lo irreparable habría de consumarse antes de que la ciencia pudiera hacer nada en ese corazón que se trizó como un cristal.

Hijo del poeta don Julio Vicuña Cifuentes, casó Osvaldo Vicuña, hace tres años, con la hija de otro escritor, del erudito benedictino don Miguel Luis Amunátegui Reyes: los libros y las letras humanas rondaban y rondarían siempre en torno suyo. Pensaba, sin duda, como Gracián: "Gusten unos de jardines; hagan otros banquetes; sigan éstos la caza; cébense aquéllos en el juego, rocen galas; traten amores; atesoren riquezas con todo género de gustos y de pasatiempos, que para mí no hay gusto como el leer, ni centro como una selecta biblioteca". Osvaldo Vicuña, sibarita en la pasión que exalta el clásico español, leía, leía y anotaba incansablemente. Nunca dejó de acumular materiales para la obra que, sin duda, pensó llevar a término. Y su inmenso afán de cultura, de curiosidad intelectual nunca satisfecha, respondía a métodos que él mismo se impuso durante toda su vida: le gustaba agotar los temas y las materias, seguir la trayectoria de los autores, penetrar en la esencia de su pensamiento, establecer curiosas analogías. Era sistemático dentro de la libertad de su goce. Y así su erudición fué sensible, viva, de vastos panoramas espirituales, con naturales preferencias, pero sin ingratas limitaciones. ¿Acaso este placer estético, constantemente renovado no le permitió tomar la pluma y escribir el libro, o los libros, que sus amigos esperaban de su saber y de su buen gusto? ¿O fué la suya la lógica desconfianza que suele producirse a través del estudio y el conocimiento de los

más altos espíritus? Si todo parece estar ya dicho, ¿para qué repetirlo otra vez y en forma menos bella?... Nunca sabremos las verdaderas razones del silencio, digno y ejemplar, en que quiso envolverse este artista en potencia.

Y Osvaldo Vicuña no era avaro de su grata experiencia en los dominios del espíritu. Cuando Alfonso Bulnes, para cincelar el medallón de Eduardo Solar Correa, le pidió algunos detalles sobre el autor de "Semblanzas Literarias de la Colonia", a vuelta de correo recibió una carta de diecisiete páginas con preciosas y sutiles indicaciones. Si mal no recordamos, Alone hizo publicar en la revista "Atenea", otra carta suya, de apreciable extensión y singular belleza, sobre Marcel Proust y su significado en la novela contemporánea. Otros amigos de Osvaldo Vicuña deben conservar como inapreciables documentos, epístolas suyas sobre diversas materias, y no sería difícil componer con esas páginas dispersas el más raro y exquisito de los libros. En sus manos, a través de las meditaciones de su espíritu, la carta se convertía fácilmente en ensayo.

Sorprende, eso sí, que un entendimiento tan fino como el suyo, tan lúcido y penetrante, no tuviera el presentimiento de su fin, y se apresurara un poco, antes de su partida inevitable... La observación pertenece a Alfonso Bulnes, y ha sido formulada con esa elegante originalidad que tanto distingue al ensayista en nuestras letras:

"Lo que ahora conmueve, como tragedia de un destino trunco, es la ausencia en él de esas voces avisadoras del fondo del ser, que generalmente proporcionan la tarea individual al plazo probable de la existencia. El acumulaba para una necesaria longevidad".

El tiempo, inexorable, no se detuvo para Osvaldo Vicuña. ¿Para quién podrá detenerse alguna vez?... Más de una enseñanza melancólica podría deducirse de esta vida joven y armoniosa, siempre reposante. ¡Y es terrible tener

que decirle adiós!... Porque Osvaldo Vicuña poseía la virtud, entre muchas otras, de transmitir serenidad, esa bella cosa rara que parece escapar de este mundo sacudido por un afán sin nobleza.

MANUEL VEGA

OSVALDO VICUÑA LUCO

Conocí primero a su padre, que ya en los años de mi extrema juventud se me mostraba aureolado con la fama de poeta excelente. La iconoclasta muchachada de 1920 se inclinó a respetarlo, y don Julio Vicuña Cifuentes vivió los años últimos de su existencia rodeado de un respeto de que tal vez no ha disfrutado poeta alguno entre nosotros. Y más tarde, cuando ya el viejo poeta había condescendido a brindar más de una muestra de aprecio a su joven amigo, conocí a su hijo.

Nos separaban pocos años de distancia en la vida, pero nos habíamos formado muy lejos el uno del otro. Cuando entramos en contacto, estábamos ya los dos adultos. El leía, estudiaba, meditaba; era amigo de la naturaleza, y los senderos del cerro Santa Lucía recibían cotidianamente el leve peso de su humanidad. Una salud precaria le mantenía un tanto lejos del mundo; pero las veces que le vi en sociedad no le noté ni cortado, ni brusco, ni menos inexpresivo. Una escogida cultura le permitía adaptarse a cualquier ambiente.

Dan Julio solía poner en solfa la débil salud de su hijo: "Anoche le sentí dormir sin alternativas —decía— y esta mañana, cuando le pregunté cómo la había pasado, me respondió que muy mal. "¿Pero cómo hijo, si has dormido toda la noche?". "Sí, —respondía Osvaldo— he dor-

mido toda la noche, pero no he reposado". Y ahora vemos que no era engañosa aquella fragilidad. El pecho hundido, el asma, la falta de inquietud, todo en él daba la impresión de poca cuerda y de ausencia de tensión. El soplo vital era tan tenue, que se ha interrumpido apenas pasado el que llamó el poeta "il mezzo del camin".

¿Y qué hizo este joven tan bien dotado, que pudo destinar al estudio muchas horas que los demás deben consagrar al trabajo? Triste es confesar que su mensaje queda inédito. Los que le conocimos sabemos bien de cuánto era capaz su entendimiento, bien nutrido a los pechos de la cultura clásica y moderna, cultura no enciclopédica, en el trivial sentido de la palabra, pero sí profunda en lo que atañe a las letras, a la historia, a la crítica literaria, a la estética, a la filosofía, a la psicología. Y sabemos también que casi nada de lo que prometía lo llevó a cabo, no por flaqueza del ánimo, no por falta de amor a las disciplinas en que más había ahondado, sino por carencia de aquella tensión a que me referí más arriba. Era débil, le costaba escribir, y razonablemente se abstenía de hacerlo.

Pero hubo instantes en los cuales la voluntad se sobrepuso al cuerpo enjuto, macerado por la vigilia del asmático y crispado por los accesos de la sofocación. El joven había leído en una revista el trabajo de un amigo. Allí se tocaban ideas que uno y otro habían discutido días o semanas antes, y aun cuando estuvieran todas, en la innumerable variedad de sus perfiles, faltaba allí la impresión del diálogo. ¿Era posible dar aquella impresión con algunos toques? Tal vez lo era. Entonces intentaba hacerlo, y escribía una carta extensa, meditada, profunda, erudita si era preciso, que tenía a veces las dimensiones del artículo escrito por el amigo y que bien podía publicarse como aquél.

Entre el lector trivial y cotidiano y el lector profundo, apto para coger todos los matices, hay mil variedades intermedias. Osvaldo Vicuña no ocupaba ninguna de esas variedades: era decididamente el lector profundo por antonomasia, el más exigente, el más capaz de discernir las ideas, escogido gustador de la prosa tersa y fina, y diligente promulgador de las excelencias de cualquier escritor nuevo, fuese cual fuese su nombre, su pelaje o su etiqueta. Los que no le conocieron, no saben hasta qué punto se empobrece con la muerte de Osvaldo Vicuña, el repertorio, siempre reducido en Chile, de los catadores literarios.

Formaba parte de un grupo breve, pero muy interesante de amigos que no se atropellaban para estar juntos y que, sin embargo, se daban asistencia cuando era menester. Leían unos mismos libros para contrastar impresiones. Se procuraba entender el mundo. Y en esa difícil empresa desfilaron todos los instrumentos adecuados para la exploración psicológica. Un tiempo fué el instrumento preferido el autor de Albertina, y la señora Inés Echeverría de Larraín llamó "Los Proustianos" a los tres o cuatro amigos que con Osvaldo acudían de tarde en tarde a su acogedora casa de la Avda. Salvador. La muerte ha venido golpeando en la puerta de aquella morada recoleta de "Los Proustianos". Un día fué Eduardo Solar Correa y ahora es Osvaldo Vicuña Luco.

Preparado para las letras por más de treinta años de lecturas atentas, que fueron guiadas primero por el diligente cariño de su padre, ha muerto Osvaldo Vicuña sin dar la medida de su talento sino en cortas páginas de comentario. Brillan ahí condiciones poco usuales, y el corte de la frase y el tono, revelan una distinción que es menos usual todavía en este áspero mundo. No es raro que así sea. Fué un espíritu selecto, meditativo, cuyo trato reservó infinito deleite a los que pudieron ir más allá de

la corteza. Sabía oír y sabía decir lo que pensaba. Tenía excelente memoria, y conservaba a la par la anécdota literaria y la esencia misma de las lecturas. Hablar con él de letras y de humanidades era un don que debía procurarse uno a todo trance.

Y así fué cuando el buen amigo, acorralado por el asma, optó por irse a vivir en Viña del Mar. Dos o tres veces me tocó el privilegio de buscarlo en aquel sitio para pasar con él unas pocas horas de conversación. El aire tibio, el azul profundo del cielo, las flores encendidas en las platabandas y luego la comida en el hotel, eran incentivos suficientes para mantener encendida la charla hasta el instante mismo en que debía llegar el minuto de la partida. Son recuerdos que quisiéramos fijar para siempre en este minuto de otra partida para una ausencia más prolongada, perpetua, sin remedio.

En la callada esfera de las almas la muerte de Osvaldo Vicuña Lucó, que afecta, sin duda, a pocas personas por lo recogido y breve de la existencia a que ella pone término, es una honda conmoción para cuantos fueron amigos de un primoroso amigo entre todos los que jamás hayamos tenido.

RAÚL SILVA CASTRO.

**Correspondencia, Artículos, Páginas
Íntimas, Divagaciones**

I

Correspondencia

A L. F. S.

1915

He lamentado infinitamente que las ocupaciones te hayan impedido venir a pasar un día con nosotros; bien sabes cuánto me agrada tu conversación. La carta, tan interesante y novedosa, que me envías, suple en parte tu falta.

En ella te muestras estudioso, amigo de los libros, poseído del noble anhelo del saber.

Hablas con pena de la vida rutinaria de Santiago y envidias estos sitios tranquilos, propicios a la vida interior.

¡La vida interior!

No has escogido bien el momento para hacerme su pánegírico.

Esa vida que consiste en leer y meditar nos mata, ¡créemelo! mi querido Lucho.

Diga lo que se le ocurra el proverbio, no hay peor compañero que uno mismo.

Cuando nos falta la conversación ajena la empeñamos con nosotros mismos por medio del pensamiento.

¡Pérfido compañero es éste!

Para los filósofos representa la más alta función de la inteligencia; yo me inclino a creer que es la más funesta de todas.

Dicen que es regalo de Dios; para mí sólo es páfida insinuación de Satán.

Nos enseña, es cierto, a discernir, pero también nos conduce a dudar.

Por eso es tan peligroso, por eso debemos huir de él.

Los espíritus dogmáticos, afirmativos, de criterio unilateral encuentran en el pensamiento un guía, que es al mismo tiempo un cómplice. Oyen de él únicamente lo que desean oír.

El razonamiento es para ellos sólo un medio de encontrar la confirmación de sus ideas.

En cambio para las almas inquietas, turbadas por el instinto analítico ;cuán temible es la acción de pensar!

No pueden aferrarse a una idea, sin averiguar primero la idea contraria.

Concluyen, los que así proceden, por encontrarse turbados, sin saber a qué carta quedarse, pues "el bien y el mal, el placer y el dolor, lo bello y lo feo, la razón y la locura, se transforman unos en otros por matices tan indiscernibles como los del cuello de la paloma".

Se empeña, entonces, una batalla, que muchas veces sólo termina con la existencia.

Examinamos el pro y el contra de las cosas, para hallarnos con la duda como solución de todo el problema. En el mejor de los casos, nos abrazamos a una afirmación tibia, condicional, factible de ser modificada hasta lo infinito.

En esta lucha encuentra el "diletante" —que ha llegado al escepticismo como al polo de toda sabiduría— un goce superior, una voluptuosidad inefable.

Se mece en sus dudas como en una blanda hamaca, sonriendo indiferente a todas las cosas, dejándose conducir por los vientos contrarios, que lo mueven a su antojo.

Para el "pirroniano" es una felicidad no tropezar con

certezas que entraban su pensamiento, obligándolo a la consecuencia.

Dice Renán, explicando el método seguido para sus "Diálogos filosóficos" que ellos son los "pacíficos diálogos que entablan comúnmente entre sí los diferentes lóbulos de su cerebro, cuando los deja divagar libremente".

Renán era un "gozador", como decimos nosotros, por eso podía discurrir *pacíficamente* sobre las cuestiones más inquietantes, sonriente y sereno, como las abstracciones de los diálogos socráticos.

No manifestaba prisa en hallar la verdad absoluta, que le tenía sin cuidado, al igual de los sofistas de la antigüedad clásica.

Bastábale para su satisfacción espiritual el conocimiento de un número ilimitado de teorías, que sabía barajar a su gusto, como cartas de naipes.

Y éste se le ocurría un juego encantador, creado con el objeto de entretener los ocios de los niños grandes.

"El buen humor, decía él mismo, es el correctivo de toda filosofía". Pero cuidaba de añadir inmediatamente: "Verdad es que yo no conozco filosofía alegre".

Y si esto lo confesaba un tan regocijado malabarista de las ideas ;qué diremos los que sentimos el hambre de la verdad!

Para satisfacerlo ni siquiera nos basta la luz que señala el derrotero de lo probable, exigimos se nos muestre el camino de lo cierto.

Los diálogos que se entablan en mi cerebro distan mucho de ser plácidos, no discurren por cauces serenos.

Son tumultuosos, como las borrascas de la naturaleza; tienen la precipitación ardorosa de un pulso afiebrado; se me forman confusos y enmarañados, como ciertos bosques; me los figuro tortuosos, como algunos senderos; los siento asfixiantes, como los "simunes" africanos.

Y, sobre todo, ¡con cuánta refinada crueldad me lastiman!

Muy temprano he aprendido a conocer la verdad de esa frase de Nietzsche: "Me duelen los pensamientos".

Sí; duelen y sangran y queman también, más que las heridas y más que las llagas.

No atribuyas esto a "pose" ni lo creas afectación de pedante con ínfulas de letrado.

¡Ojalá fuese así! Pero ¿no percibes a través de estas páginas toda la angustia de un alma atormentada?

Ignoro si logro comunicarles el calor que deseara, creo que no. El verbo es para mí tan rebelde como el pensamiento.

Pensando experimento la angustia de dudar, de dudar de todo, creo que hasta de mi propia existencia.

Las cosas se presentan ante mí en la forma de una esfinge que me propone enigmas, cuya solución busco en vano.

Persigo con angustia una idea cualquiera —relacionada con el orden concreto o con el orden abstracto— que no sea susceptible de discusión.

¡Vano empeño! No la encuentro por ninguna parte. Digo mal; sí la encuentro, pero sólo en las matemáticas, llamadas por antonomasia "ciencias exactas", y en algunos fenómenos físicos comprobados por los sabios. Estos mismos son muy escasos, pues, como lo estableciera Henri Poincaré en su obra inmortal, apenas hay ciencia que no tenga que recurrir a la hipótesis para sus explicaciones.

Un instinto invencible muéveme a analizar constantemente, a buscar el fundamento de las cosas, la razón a que obedecen.

¿Y no das con una respuesta? me preguntarás tú.

Eso no sería nada, mi querido amigo. Lo peor es que no hallo *una* respuesta porque me asaltan centenares de ellas. Casi todas se presentan con apariencias de verdad,

casi todas se contradicen entre sí; ninguna es lo bastante elocuente que me induzca a abrazarla con ceguera, con olvido completo de las demás.

Aquel libro inquietante que escribiera Gustavo Flaubert bajo el título de "La tentation de Saint Antoine", encierra para mí el significado de un poema épico en donde se resume ese pavoroso problema de las controversias humanas.

La caricatura de los extremos a que conduce al hombre la fiebre de saber que devora a nuestro siglo, la hallarás en "A cidade e as serras", maravillosa novela de Eça de Queiroz.

En la obra del maestro francés, Antonio, el eremita, recobra el sosiego cerrando los oídos a las voces interiores representadas alegóricamente por figuras de apariencias corpóreas, y elevando el alma a Dios, después de haber hecho un poderoso esfuerzo de voluntad. Triunfa ayudado por la gracia.

En la del novelista portugués, el maniático Jacinto encuentra la paz interior en la vida de la naturaleza que conduce a la simplicidad espiritual.

Yo no sé dónde podré obtenerla; respondo sí, que no será ni en la meditación ni en la lectura que tú buscas con tan irreflexivo afán.

Muy poco he leído, lo suficiente para llenarme de preocupaciones.

La felicidad no se encuentra en los libros, porque ellos nos roban el candor, única fuente de dicha.

Bien sé que hay caracteres extraños, capaces de gozar a un mismo tiempo con las más disolventes filosofías como con los pasatiempos más infantiles. Espíritus de una duplicidad inconcebible piensan con el Schopenhauer bilioso y demoledor de "El amor, el dolor y la muerte", y sienten con el ingenuo Perrault de "La bella durmiente del bosque".

Me imagino, empero, que éstos son muy escasos.

Decía Eça de Queiroz por boca de su Fradique: "La ilusión es tan útil como la certeza, y en la formación de todo espíritu, para que sea completa, deben entrar tanto los cuentos de hadas como los problemas de Euclide".

Olvidaba el autor del "Epistolario" que los Problemas de Euclide destruyen los Cuentos de Hadas. A lo más transforman en mero deleite intelectual lo que era antes un dulce engaño de todos los sentidos.

La más conmovedora de las "bienaventuranzas" del Divino Maestro en el Sermón de la Montaña es esa que dice "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos".

¿Sólo de los cielos? No, de la tierra también.

¿Cómo envidio la sencillez de los primitivos cristianos, que hoy nos parece imposible!

"La infancia era, en efecto, dice el historiador de "Los Orígenes del Cristianismo", la que en su divina espiritualidad, en sus inocentes ofuscaciones de alegría, tomaba posesión de la tierra".

De aquella espontaneidad hasta en la mínima proporción que podemos tenerla en nuestros días, nos despojan los libros de indigestas filosofías.

Por eso llegó a odiarlos ese Tolstoi, a quien me dices estar leyendo, y que los escribió tan soberbios.

Bendigamos los libros —ha dicho en alguna parte Anatolio France, que los ha leído a millares— bendigamos los libros si la vida puede discurrir por medio de ellos en una larga y dulce infancia.

Pero yo conozco a más de uno que tiene mucho bello que leer y escribir y no por eso está más tranquilo. Si los libros llevan la paz a los pacíficos, turban en cambio a las almas inquietas. "Un libro es una obra de brujería de la

cual se escapan toda clase de imágenes que turban los sentidos y transtornan los corazones”.

Libros ideales para los espíritus —como yo, como tú tal vez— serían aquellos sin tesis ni psicologías, hechos sólo de sensaciones externas; libros que nos aturdan con la música del lenguaje y nos cieguen con la policromía de sus visiones, libros que obren sobre los sentidos y no sobre el cerebro, libros todo naturaleza, en fin.

Al confiarme tus proyectos campestres me hablas de las “corridas en vacas” que supones juzgaré yo “cosas de salvajes”.

Te equivocas, por esta vez. No considero un salvajismo las tales corridas. Aunque lo fuesen, siempre me sentiría inclinado a simpatizar con ellas. La abstracción que en esos ejercicios se hace de las facultades intelectuales, para contraerse al dominio de las fuerzas físicas, constituye un alivio para el cansancio cerebral. El pensamiento es, además, profundamente desquiciador porque entrega al hombre a la contemplación, impidiéndole o entrabándole la acción.

No comprendo cómo Platón, que expulsara de su “República” a los poetas, tan intensivos en sus quimeras, no recomendara igual medida para los filósofos. Sólo me lo explico atribuyéndolo a egoísmo personal...

Por algo ha dicho Roosevelt —el apóstol de la “Vida Intensa”, encarnación del pueblo de las empresas gigantes— que “el pensamiento es una enfermedad latina”.

En una conferencia que diera últimamente en Santiago el señor José Backhaus, una de las glorias del arte chileno, acerca de Augusto Rodin, refirió la siguiente anécdota que me parece muy sugestiva.

En un extremo del taller del genial escultor francés se exhibía un mármol que representaba a una hermosa mujer en actitud de pensar.

Pero, ¡cosa extraña! faltaban a la mujer brazos y pier-

nas. El visitante no pudo menos de protestar por esto que a él se le antojaba un absurdo.

El artista explicó entonces de este modo: "A medida que la inteligencia ahonda más en los problemas humanos, surge la duda de la utilidad del esfuerzo y triunfa la inercia. Esta mujer es la meditación llevada al grado extremo, ¿para qué necesita piernas y brazos cuando sabe que toda acción le es imposible?".

Como ves el símbolo es grandioso y oculta una estupenda verdad.

Difícultó pueda haber algo más representativo del alma moderna.

A este prurito de análisis se deberá el que la política, interesándome cada vez más, me entusiasme cada día menos.

Yo sería incapaz de exponerme a quedar afónico dando vivas a la Alianza, como tú lo haces por la Coalición.

Créeme que envidia la fe que tienes en tu causa. No me pasa igual cosa con la mía. Por cierto que, dudando de la Alianza, mucho menos creo en la Coalición...

En tu carta te revelas un admirador entusiasta de ese milagro hecho carne que se llama la mujer.

Será por lo único que no merezcas mis reproches, antes al contrario, te expresaré mi más caluroso asentimiento.

Ella es el único consuelo que encuentro para las arideces y amarguras que me dejan los artificios de la inteligencia.

"Casi todos somos dobles —ha dicho Ernesto Renán, uno de esos autores que no puedo dejar de citar—.

"Cuanto más se desarrolla el hombre por la inteligencia, más sueño con el polo contrario, es decir, lo irracional, el reposo en la completa ignorancia, la mujer que no es más que mujer, el ser instintivo que no obra más que por el impulso de una conciencia oscura.

"Esta ruda escuela de disputa en que el espíritu europeo

se ha empeñado desde Abelardo, produce momentos de sequedad, horas de aridez. El cerebro agotado por el razonamiento tiene sed de sencillez, como el desierto tiene sed de agua pura. Cuando la reflexión nos ha llevado al último término de la duda, lo que hay de afirmación espontánea de lo bello y de lo bueno en la conciencia femenina nos encanta y resuelve para nosotros la cuestión. Hé aquí por qué la religión no se ha mantenido en el mundo mas que por la mujer. La mujer bella y virtuosa es el espejismo que puebla de lagos y de calles de sauces nuestro gran desierto moral”.

Larga ha sido la cita: perdónala en obsequio a su oportuna aplicación.

Verdad es que el amor a la mujer no necesita ser reformado.

San Bernardo, Setiembre de 1915.

A J. A. I. L.

1916

Me hablas después de “La Sombra Inquieta”, libro que había leído poco antes y del cual pensaba ocuparme en esta correspondencia.

La crítica que haces de la novela de Alone me ha gustado mucho, por más que no esté del todo de acuerdo con algunos de los reparos que le pones. Verdad es que le agregaría de mi parte otros que tú pasas por alto.

De todos modos no te dispenso de las observaciones que prometes para otra oportunidad y que espero desarrollarás en la próxima carta.

“La Sombra Inquieta” es, en realidad, una obra sobremanera interesante, en especial por las muchas ideas que sugiere.

Pensaba adelantarte algunas, cuando fui sorprendido con la noticia de la muerte de mi nunca bien ponderado maestro Rubén Darío, viéndome obligado a cambiar totalmente de programa.

La infausta nueva me fué anticipada por el siguiente despacho *oficial*:

Santiago, 7 de Febrero de 1916.

Rubén Darío ha muerto. Sentido pésame.

LECAROS Y PHILLIPS

Le dí respuesta en la siguiente forma, netamente modernista como era natural: En nombre de Nuestra Señora la Belleza, agradezco vuestro fraterno pésame.

OSVALDO

Ya calcularás cuánto ha sido mi pesar. Tengo contraída con Rubén Darío una deuda de gratitud que nunca podré pagar como se merece.

El autor de “Azul” fué el primero en revelarme de manera cierta la existencia de un arte nuevo, fuente inagotable de deleites espirituales adonde acude a abreviar su sed mi alma nostálgica, amargada por todas las tristezas del vivir cotidiano.

Por una explicable asociación de ideas, acudieron a mi memoria las añoranzas melancólicas de la adolescencia, tan próxima y al mismo tiempo tan irremediablemente lejana.

Y fueron las primeras iniciaciones en la belleza, los

primeros ensueños, los primeros versos que pasaron ante mis ojos...

Los encontré en las páginas del olvidado Libro de Lectura: eran la "Elegía a las ruinas de Itálica" del venerable Rodrigo Caro; la oda "A la vida del campo" de Fray Luis; las "Coplas" de Jorge Manrique; algunas "Doloras" de Cam-poamor; suspiros de Bécquer; ternezas de Ventura Ruiz de Aguilera; trompetazos de Núñez de Arce, tonterías del Padre Alarcón...

Más tarde fueron los versos del "Tenorio", oídos de labios de los príncipes del teatro español, la primera vez que pasó ante mis ojos asombrados de niño, el triunfo esplendoroso de un escenario.

Repetílos muchas veces en la soledad de mi cuarto; llegué a saberme de memoria las famosas décimas de Don Juan en la escena del sofá y varios otros pasajes, que hoy apenas recuerdo.

Por aquel tiempo la poesía dramática era para mí el único género literario de verdad. Me apliqué a estudiar diferentes trozos del teatro poético: el monólogo de Segismundo en "La vida es sueño", el de Don Alvaro en el drama del duque de Rivas, la confesión en "El Rey Monje" de García Gutiérrez.

Seducíame todo lo enfático, todo lo teatral: imitaba a los actores y hasta a las actrices, y declamaba con la maestría de un pinche de cocina.

Había dejado aparte la poesía lírica, juzgándola cosa buena sólo para los libros de lectura.

"De pequeñas causas grandes efectos", dice el refrán.

A un poeta de los más medianejos de la España actual soy deudor del servicio de haberme reconciliado con esa rama del arte, a la que reservo ahora un lugar tan preferente.

Hace seis años acertó a pasar por nuestro país "como

portador de un mensaje de confraternidad intelectual" según decía, el señor don Juan Antonio Cavestany, académico de la Ilustre Corporación, senador y caballero de no sé cuántas órdenes.

Como comprenderás, un tío con tantas distinciones oficiales debía reunir todas las condiciones necesarias para alcanzarlas, esto es: ideas conservadoras en todo orden de cosas (arte, política, sociología) y una obra que respondiera a esas ideas: rutinaria, vulgar, aprisionada en moldes caducos, en resumen, falta de todo vuelo.

Dió unas cuantas conferencias que agradaron mucho a las señoras de nuestra sociedad y a la prensa santurrona, y desparramó a los cuatro vientos la verborrea inagotable de sus ripios.

Eran las poesías de Cavestany muy a propósito para despertar los entusiasmos infantiles y para atraerse la admiración de las almas simples o de los neófitos en asuntos artísticos.

Temas sensibleros, de una candidez monjil; imágenes vistosas, que habíamos encontrado cien veces repetidas en los poetas peninsulares del pasado siglo; rimas de una pobreza desesperante, pero fáciles, muy fáciles...

Eso era precisamente lo que se exigía. De mí sé decir que quedé extasiado ante tamaña maravilla.

Hacíame cruces al pensar cómo había pasado tanto tiempo ignorando hasta el nombre de Cavestany.

Me sublevaba, por esto, la fama que alcanzaban algunos "ridículos" de la península, como un señor Villaespesa y un señor Marquina, que escribían unas locuras hechas sólo para los oídos depravados de ciertos farsantes llamados "modernistas", "decadentes" u otras atrocidades por el estilo. (Como casi todos los que abominan del modernismo, apenas si había pasado la vista por dos o tres estrofas que respondieran a este dictado, sin procurar comprenderlas, y

sin tener paciencia de seguir adelante. Juzgaba la poesía únicamente por el *sonido* y, aquí está lo malo, sólo apreciaba los sonidos equivalentes a los del organillo o las fanfarrias callejeras).

Los versos del señor Cavestany reverdecieron mi primera pasión por la poesía lírica, inclinándome de preferencia a la escuela sevillana.

Las leyendas de Zorrilla, "Margarita la Tornera" y "A buen juez mejor testigo", me emocionaron con la misma facilidad que a una solterona romántica e incandescente. Luego vinieron Espronceda, que con su "Diablo Mundo" y "El estudiante de Salamanca", me tuvo tonto de remate: Núñez de Arce, que me hizo gimotear con su "Idilio" y por último, Gabriel y Galán, que me convirtió por un tiempo a los poetas "sencillos y sinceros" como yo los llamaba.

En cuanto a poetas nacionales sólo conocía a Sanfuentes por "El Campanario" y a Blest Gana por algunas composiciones sueltas, entre ellas "El primer beso", que no me cansaba de leer. Pero tanto abusé de la poesía romántica, que llegó a *empalagarme* hasta tal punto que aún no me curo del todo.

Como ignoraba en absoluto las inagotables riquezas de la poesía nueva, los desplantes oratorios y las sensiblerías majaderas del romanticismo se me antojaron defectos inherentes al lenguaje rimado. Porque en cuanto a las *cosas* —así las llamaba— que escribían Rubén Darío y otros que tales, las consideraba enteramente aparte de la poesía y del sentido común.

Los versos románticos serían aburridos, pero al fin y al cabo eran versos...

Contribuyó a inculcarme este prejuicio contra la moderna lírica, la lectura de algunos versificadores festivos que con tanto ingenio, como desconocimiento del arte, ponían en solfa a los nuevos portaliras. Pero, recapacitando

un poco, no podía menos de convenir en que los versos de Rubén, al par que movían a risa a los copleros jocosos y al señor Ronquillo, despertaban los entusiasmos de las más altas autoridades artísticas, tales como Rodó, Valle-Inclán, Azorín, la Pardo Bazán, Benavente y Navarro Ledesma. Después de leer los juicios encomiásticos de estos escritores, que colocaban al creador del modernismo en la cúspide de la poesía española de ambos mundos, tomaba de un estante de la biblioteca un ejemplar de "Prosas Profanas", que ocupaba lugar señalado, lo abría al azar, leía una estrofa de aquí y otra de allá, y... volvía a cerrarlo. Decididamente, aquello no *sonaba* bien... Repetí el ensayo muchas veces, con idéntico resultado, hasta que, por fin, un día me armé de paciencia y leí totalmente la composición inicial. "Era un aire suave"...

La comprendí imperfectamente, pero, en general, no me disgustó y algunas estrofas me sorprendieron bellamente. Hojeé un poco más adelante, encontrando aquí y allá una que otra cosa de mi agrado. Las únicas poesías que me gustaron de veras fueron "El elogio de la seguidilla" y el soneto a "Margarita", tal vez porque no rompían tan violentamente con las formas consagradas por los antiguos rimadores. Repasé, empero, muchas veces los versos de este volumen a los que me iba aficionando poco a poco, casi sin darme cuenta.

Hay en nuestra sensibilidad estética misterios tan insondables como los del corazón. Así, conocemos a una mujer, que en un principio nos es indiferente, como tantas otras.

A la indiferencia del primer momento, sucede luego un vago e impreciso interés que va acreciendo lentamente, hasta que un día debemos convenir, estupefactos, en que es el amor el huésped a quien albergamos dentro. ¿Cómo y

cuándo se realizó esta mutación? Nadie podría precisarlo con exactitud.

Algo parecido me ocurrió a mí con la poesía del Maestro a quien hoy lloramos.

De la noche a la mañana y cuando menos lo pensaba, me encontré transformado en el admirador más entusiasta e incondicional que ha tenido Rubén Darío.

Como en el ejemplo anterior, me sería imposible establecer el instante y las circunstancias en que el difícil arte del poeta se había adueñado de mi sensibilidad.

“Placeres fáciles los que nos brindan sus versos preñados de inspiración robusta y de voluntad laboriosa, ha dicho uno de los críticos de Rubén Darío. Sus versos hay que leerlos despacio y con el alma abierta a la emoción. Y os sucederá con ellos lo que con la gran música alemana. Al principio tal vez os desconcierten; leedlos una, dos, muchas veces, y los amaréis, comprenderéis su íntimo, esotérico significado, admiraréis a ese Dios del poeta a que alude Ovidio, Dios que no aparece a la simple vista del profano, pero que está oculto en el profundo misterio del tabernáculo. Y lo adoraréis y os convertiréis en sus decididos apologistas. Y sentiréis piedad si no sentís desprecio hacia los que no comulgan por falta de iniciación en vuestro rito”.

Lenta y trabajosa fué mi iniciación.

El lenguaje poético que había llegado a considerar casi deleznable, aparecía aquí completamente renovado. Era éste un lenguaje nunca oído hasta entonces: primoroso, leve, condensación inefable de suspiros y caricias.

Al recorrer ahora, con el ánimo contristado, las páginas de “Prosas Profanas”, cuyo arte ya no tiene secretos para mí —tanto y tan amorosamente he ahondado en él— vuelvo a experimentar las mismas emociones que sintiera en la hora bendita de la iniciación.

Rubén Darío se nos presenta en este libro como el supremo dominador de la forma. En posesión de todos los resortes de la métrica, despliega a los aires la bandera revolucionaria que ha de transformar íntegramente el viejo y caduco edificio de la lengua y poesía castellanas.

Nos desconcierta con la audacia de sus ritmos, con lo insólito de sus rimas, con los atrevimientos de su léxico, con la rareza de sus imágenes.

Agraciado con el don divino de las supremas elegancias, hay en él *un no sé qué* de distinción y aristocratismo que no he encontrado en ningún otro poeta de nuestro idioma y que era hasta la aparición de "Azul", algo completamente extraño al genio de la raza.

Cualesquiera que sean los avances que puedan imprimir al lenguaje poético los que vengan detrás del Maestro, puede asegurarse que nadie superará jamás el sentido musical de "Prosas Profanas", condensado en las aladas cadencias de "Era un aire suave..." y de la "Sonatina" en la *morbidez* exquisita de los "Decires, layes y canciones", en las bizarras ondulaciones de la estrofa del "Pórtico", en la majestad litúrgica del "Responso" a Verlaine. Y al lado del músico, el pintor.

¡Qué sucesión de visiones más variadas y suntuosas!

Ya es el Versalles luminoso de los cuadros de Wateau:

... "en el tiempo del Rey Luis de Francia,
sol con corte de astros, en campos de azur.
Cuando los alcázares, llenó de fragancia
la regia y pomposa rosa Pompadour.

... En ese buen tiempo de duques pastores,
de amantes princesas y tiernos galanes,
cuando entre sonrisas y perlas y flores
iban las casacas de los chambelanes".

Ya es la Grecia riënte de los símbolos y las mitologías en el "Coloquio de los Centauros", "Friso" y otras composiciones.

Ya es la pintura de un atardecer marino en la "Sinfonía en gris mayor":

"El mar como un vasto cristal azogado
refleja la lámina de un cielo de zinc;
lejanas bandadas de pájaros manchan
el fondo bruñado de pálido gris.
El sol como un vidrio redondo y opaco
con paso de enfermo camina al cenit;
el viento marino descansa en la sombra
teniendo de almohada su negro clarín".

.....

"La siesta del trópico. El lobo se aduerme,
ya todo lo envuelve la gama del gris;
parece que un suave y enorme esfumino
del curvo horizonte borraría el confín.
La siesta del trópico. La vieja cigarra
ensaya su ronca guitarra senil,
y el grillo preludia su solo monótono
en la única cuerda que está en su violín".

Ya son los paisajes y visiones alucinantes del "Reino Interior", escenario en que asistimos a la representación alegórica de la eterna lucha entre las siete virtudes y los siete pecados capitales:

"Una selva suntuosa
en el azul celeste su rudo perfil calca.
Un camino. La tierra es de color rosa,

cual la que pinta fray Domenico Cavalca en sus vidas de Santos. Se ven extrañas flores de la flora gloriosa de los cuentos azules, y entre las ramas encantadas, papemores cuyo canto extasiara de amor a los bulbules”.

Ya es la decoración de cuento de hadas de la “Sonatina”:

“El jardín puebla el triunfo de los pavos reales, parlanchina, la dueña dice cosas banales, y vestido de rojo piruetea el bufón. La princesa no ríe; la princesa no siente, La princesa persigue por el cielo de oriente la libélula vaga de una vaga ilusión. ¡Pobrecita princesa de los ojos azules! Está presa en sus oros, está presa en sus tules, en la jaula de mármol del palacio real; el palacio soberbio que vigilan los guardas que custodian cien negros con sus cien alabardas un lebel que no duerme y un dragón colossal”.

Pero hay en la colección de “Prosas Profanas” dos composiciones, “Divagación” y “Pórtico”, a las cuales no podré menos de referirme con mayor detenimiento.

Ellas nos dan la medida de la portentosa imaginación del Maestro, nutrida con un inmenso caudal de lecturas.

En la primera hace desfilar ante los ojos de la amada, en tentadora visión, desde los amables amoríos, a los discreteos frívolos de la Florencia de Boccaccio y la Francia del siglo XVIII de los Goncourt; de los románticos idilios de la Alemania de Gerardo de Nerval a las “pasiones locas” de la España de Merimée; de amores complicados de la China de Judith Gautier y del Japón y la In-

dia de Pierre Loti a los delirios de salvaje lujuria de la negra sulamita del "Cantar de los Cantares".

En la segunda nos presenta a la musa de Salvador Rueda, desde su nacimiento en Grecia hasta su entrada a España, pasando en sus avatares del Lacio a la Arabia.

Rubén se sirve de estas figuras para explicarnos la supervivencia de elementos helénicos, latinos y moriscos en la inspiración archiandaluza del autor de "En tropel".

"Griega es su sangre, su abuelo era ciego;
sobre la cumbre del Pindo sonoro
el Sagitario del carro de fuego
puso en su lira las cuerdas de oro.
Y bajo el pórtico blanco de Paros,
y en los boscajes de frescos laureles,
Píndaro dióle sus ritmos preclaros,
dióle Anacreonte sus vinos y mieles.

.....

Ella resurge después en el Lacio,
siendo del tedio su lengua exterminio;
lleva a sus labios la copa de Horacio;
bebe Falerno en su ebúrneo triclinio.
Pájaro errante, ideal golondrina,
vuela de Arabia a un confín solitario,
y ve pasar en su torre argentina
a un rey de Oriente sobre un dromedario;

.....

Ese es el rey más hermoso que el día
que abre a la musa las puertas de Oriente;
ese es el Rey del país Fantasía

que lleva un claro lucero en la frente.
Es en Oriente donde ella se inspira
en las moriscas exóticas zambras;
donde primero contempla y admira
las cinceladas divinas alhambras.

.....

Es una bella y alegre mañana
cuando su vuelo la musa confía
a una errabunda y fugaz caravana
que hace del viento su brújula y guía.
Era la errante familia bohemia, (1)
sabía en extraños conjuros y estigmas,
que une en su boca plegaria y blasfemia,
nombres sonoros y raros enigmas;

.....

Y con la gente morena y huraña
que a los caprichos del aire se entrega,
hace su entrada triunfal en España
fresca y riñente, la rítmica griega”.

Y aquí comienza a desplegarse el lienzo peregrino de esa “España de pandereta”, pintada con un colorido que habría envidiado el mismo Rueda.

He hablado mucho de la imaginación de Rubén Darío; debo ahora señalar brevemente sus características.

No es la suya una fantasía desenfrenada que pudiera representarse como un turbión incontenible. Es por el contrario, una fantasía erudita, pasada a través de cien alam-

(1) Gitanos, que decimos aquí.

biques, pulida y repujada con la paciencia y maestría de un mosaísta del Renacimiento.

“Prosas Profanas” será, pues, una obra que resistirá a los tiempos, porque ha sido labrada para duración eterna.

Y basta por hoy. He esbozado a grandes rasgos la figura del Maestro, contemplada apenas en uno de los aspectos de su multiforme personalidad: en su faz de poeta parnasiano con ribetes de simbolista.

Quede entonces para la próxima carta la reseña de su obra posterior que nos lo descubrirá en una forma completamente nueva e inesperada.

Te recomiendo la lectura del magistral estudio de Rodó que va al frente de “Prosas Profanas”.

Trabajo de artista y de pensador al mismo tiempo, como todo lo que sale de la pluma del autor de “Ariel”, es de fácil y amenísima lectura.

O.

San Bernardo, 15 de Febrero de 1916.

A L. F. S.

1917

Eres injusto y aventurado en tus juicios, mi simpático filósofo tomista.

Es el temor, no la pereza ni menos la ingratitud, lo que me sustrae a toda comunicación epistolar.

—¿El temor, el temor de qué?— De mí mismo, pues. ¿Sonríes? Aguarda un poco: Como todos los mortales alieno mis ambiciones, esbozo mis proyectos en las horas per-

didias. Aptitudes no me faltan del todo, digo para mí, y, en el peor de los casos la necesidad las crearía.

Pero llega el momento de poner a prueba esas facultades rudimentarias que graciosamente me concedo. Un amigo inteligente, que sabe pensar y sabe decir bien lo que piensa, me envía una carta. Debo contestarla y, tratándose de un amigo de esa laya, no es posible salir del paso con las invariables observaciones sobre los cambios atmosféricos.

Hay que vaciar cuatro ideas, cuatro ideas que, sin aspirar soberbiamente a la novedad, se aparten siquiera algo de las del común acervo; hay que enhebrar unas cuantas frasecillas, unas cuantas frasecillas modestas, sin pretensión literaria, pero que tengan un poquito de garbo, de nervio, ¿comprendes?

Pues nada: sólo me resulta un puñado de vaciedades, de lugares comunes que envidiaría un sêrmón de Cuaresma; todo envuelto en una forma tan claudicante, tan enteca la pobrecilla, que es obra de misericordia no exponerla al escarnio de las gentes.

Ahora comprenderás: temo poner a exprimir mi cerebro, pues siempre que intenté hacerlo sólo obtuve de él brebajes incoloros, inodoros e insípidos, debiendo al fin confesarme impotente.

Molesta confesión, por cierto, ya que, como dice ese Benavente a quien admiras con razón, si es duro que los demás nos nieguen, es insoportable llegar a negarse a sí mismo.

¿Modestia? ¿Quiá! No la cuento entre mis virtudes; franqueza y nada más. En fin, doblemos la hoja que esto va pareciéndose a la obra del obispo de marras que comenzó su Historia del Hombre siete días antes de la Creación.

Tus letras muy buenas y muy interesantes, como to-

do lo tuyo, sin halago ninguno. Se ve que hay estudio, que hay afán de ahondar en las cosas, que hay perseverancia, que hay ambiciones legítimas y, esto es lo principal, que se dispone de los medios para realizarlas, porque para eso hay talento.

Sólo me inquieta tu salud siempre delicada, según dices. Sin embargo, —disculpa la insistencia— el remedio es bien fácil: obediencia y régimen.

Hay que someterse, no lo dudes, por más que ambas cosas sean harto antipáticas, lo digo por experiencia propia. (El diablo dando misiones... ¿verdad?).

Perfiles de "El Indomable"

"Por mi parte, a medida que vivo, siento mi espíritu más amplio y más sereno. Vinculo mi alma a nuevas cosas bellas. Venzo nuevas limitaciones dentro de mí mismo. Veo dilatarse, con nuevas y singulares perspectivas el horizonte de la contemplación que ambos tenemos por suficiente objeto de la vida.

"Tendemos, pues, a la armonía. No deseemos empero, convertirla en identificación que quita toda peculiaridad individual, toda diferencia. Reservémonos del fondo de nuestras ideas algo propio e indeclinable, con que se sustente el placer de la contradicción". J. E. Rodó, "En la armonía, disonancias". (El Mirador de Próspero, pág. 192).

En cambio "el Indomable de San Bernardo" sigue como siempre: indisciplinado, voluble, inquieto.

Estoy por creer que no tiene remedio.

Pronto hará dos meses que se encuentra recluso en su modesta villa de los arrabales, cultivando amorosamente su *huerto interior*, como el Cándido de Voltaire.

En todo este tiempo, contra su costumbre, no ha bajado ni una sola vez a la gran aldea que se extiende jun-

to a las faldas del Huelén, asiento de la frivolidad y de la charlatanería.

Por ahora quiere aislarse, hundirse en su *yo*, guardándolo celosamente de las adulteraciones a que le expone el intercambio de pareceres.

Cree que habituándonos a proceder, teniendo siempre en vista un auditorio determinado, caemos en el vicio de vivir y pensar para él, adquiriendo una cultura meramente *centrífuga*, si es permitido decirlo así.

El Indomable desea leer mucho, y almacenar y reposar sus lecturas, viviendo como el molusco apegado a su concha.

Al menos éstos son sus propósitos; que llegue a cumplirlos en el futuro lo creo muy problemático, porque nuestro amigo es ante todo un meridional caprichoso, expansivo y parlanchín.

Tú conoces algo ese huerto de què te hablaba hace un momento. Es muy amplio, tanto que su dueño llega a temer que esta misma amplitud redunde en desmedro de su *cultivo intensivo*; pero, con todo, no se aviene a sacrificarle una pulgada, aspirando, por la inversa, a explayarlo más y más. Está plantado caprichosamente, sin orden ni concierto, por más que el Indomable asegure, tal vez para excusarse, que se halla presidido por una indefinible armonía interior. Las plantas son de todas las especies y de todos los climas: mirtos y laureles de la Hélade pagana, junto a rosas purpúreas de la Jerusalén cristiana. Hay allí flores de una fragancia enervante que convida al ensueño y las hay también de un perfume acre y penetrante que incita a la acción.

El Indomable fluctúa entre unos y otros colores, y entre éstos y aquellos aromas, pues aunque tenga sus preferencias bien marcadas, tales preferencias vienen a ser tan sólo disonancias legítimas dentro de la armonía; de

esa Armonía Universal en que él aspira a enlazarlo todo: credos y escuelas, partidos y tendencias.

Por eso en vez de optar entre tal o cual especie sueña alcanzar a matizarlas todas en un variado "bouquet" cuyo conjunto reuna —al igual de la naturaleza— la más acabada unidad interna, convencido como está de la gran verdad que enunciaba el poeta:

"Naturaleza es templo de vivientes pilares
a los que el aire arranca misteriosos nombres,
y es un bosque de símbolos que, cuando andan los hombres
dejan caer sobre ellos miradas familiares.

Como ecos diferentes que en el espacio ahonden
hasta hallarse en el ápice de una rara unidad,
vasta como la noche y la diafanidad,
colores y sonidos y aromas se responden".

El Indomable ha recorrido recientemente un libro: el "Léxico de Filosofía", por Alejo Bertrand; libro claro, sencillo, práctico. Lo escribió uno de esos galos que saben hacer simpáticas y asequibles todas las cosas. El Indomable se ha encontrado definido en ese libro; el Indomable ha dado con su retrato moral en la página ochenta de ese libro:

"Diletantismo" (Definición). "Placer meramente artístico en la lucha de las ideas; interés más por el formalismo filosófico que por la inquisición seria y sobria de la verdad".

Donde Bertrand dice *meramente*, el Indomable pondría, principalmente, quedando todo conforme.

Porque el Indomable no aspira a ser un filósofo ni un sabio (bien es cierto que de nada le serviría aspirar), al Indomable le gusta la reflexión y la ejercita para expli-

carse las cosas, pero si no encuentra luego una solución que le satisfaga sigue adelante, conformándose con dejar una solución provisoria, siempre en la esperanza de volver sobre ella más tarde para aquilatarla conforme al estudio y la experiencia.

El Indomable ha sido educado en las enseñanzas de una religión complicada —luminosa y sórdida, consoladora e implacable— venida del Oriente remoto.

Llegado ahora a la edad adulta, sigue alimentando en los más últimos repliegues del corazón ese sentimiento místico que le fuera inculcado en la niñez; pero —sin poder sustraerse a las leyes imperiosas que rigen la vida— ese misticismo ha evolucionado también con los años, hasta llegar a emanciparse por completo de las estrecheces del dogma y de los formulismos del rito.

La Idea Divina —acostumbra decir— se cierne por encima de todas las religiones, de todas las iglesias, de todas las sectas, a cada una de las cuales sólo alcanza una débil faceta del celeste resplandor. Para elevarse hacia esa Idea y abarcarla en su máxima amplitud —siempre en relación con la mezquindad de nuestras fuerzas— es menester sacudir el yugo tradicional, apartando a los enfadosos intermediarios que coartan el vuelo espontáneo de la conciencia, desoyendo la pedantería de los definidores teológicos que pretenden codificar lo Infinito.

El Indomable ama la Belleza por sobre todas las cosas creadas y hace de ella el eje de su vida espiritual. Hombre de su siglo, al fin y al cabo, experimenta la atracción irresistible que ejercen en el día esas nuevas modalidades estéticas, que, los amigos de poner a las cosas etiquetas más o menos convencionales, agrupan bajo el nombre impreciso de *modernismo*. Cree con Remy de Gourmont que “esta denominación puede indicar individualismo en literatura, libertad del arte, abandono de las fórmulas ense-

ñadas, tendencia hacia lo nuevo y lo raro, aún hacia lo extravagante”.

Con todo, estas preferencias artísticas del Indomable están muy lejos de tener un carácter exclusivo, pues comprende sin esfuerzo que escuelas y cenáculos no vienen a ser más que esferas reducidas dentro de los espacios ilimitados de la Belleza Eterna.

Practicando semejante convicción, en el altar que tiene consagrado en el centro de su alma a la inmortal Venus Urania, ofician simultáneamente los clásicos serenos con los románticos delirantes; los parnasianos precisos, impasibles, simétricos con los simbolistas hiperbóreos, conturbados, sinuosos; los realistas objetivos que se limitan a reproducir la naturaleza externa con los subjetivistas que descomponen las innúmeras gradaciones de la Psiquis.

En filosofía, el Indomable, persigue con interés la Verdad por entre los vericuetos intrincados de las teorías y de las definiciones. No creas, por esto, que se apega a alguna de ellas: está convencido de que bajo las libreas policromas de los sistemas se esconden únicamente los fragmentos de la Verdad Absoluta, superior a las construcciones relativas y circunscritas de nuestro entendimiento.

El Indomable profesa a su país un amor intenso, hondo, entrañable, henchido de inefable ternura. La tierra materna es para él una síntesis suprema de todos los afectos, de todos los recuerdos, de todas las esperanzas: la familia y los amigos, los perfumes de la adolescencia marchita y las prematuras impacencias del mañana.

Empero, este amor tan acendrado, no le impide conservar en sus juicios, sobre los hombres y las cosas de su patria, una radical independencia de criterio, repugnando con vehemencia las pueriles manifestaciones y las groseras protestas del fetichismo patriotero.

Piensa también, que además de la patria política, del

terruño, existe una patria espiritual que no reconoce fronteras. Así —por más que muy adentro se mantenga el fondo inalterable de la raza— el carácter del Indomable está muy distante de sentirse identificado con el de su pueblo: montañeses duros, ásperos, unilaterales. El alma del Indomable es flexible, ondulante, funambulesca y gusta de la vida nómade. Forzada a radicarse en alguna parte, se quedaría en el París cosmopolita de *l'avant guerre*. Remontándose al pasado en alas del ensueño, encontraría su ubicación espiritual en la Atenas de Pericles, en la Florencia de los Médicis, en la Francia de los Luises.

El Indomable se interesa vivamente por los asuntos del Estado, pensando con el griego que “el hombre es ante todo un animal político”, es decir, ciudadano. Entre los diferentes partidos que se disputan los favores de la opinión ha elegido uno, el llamado Liberal Doctrinario, cuyos principios, en general, comparte, y con cuyos afiliados simpatiza.

El liberalismo —considerado como doctrina— tiene para él la doble misión de impulsar y resguardar las libertades ciudadanas y de estimular la autonomía intelectual; esta última la más fundamental de todas las libertades, ya que de bien poco sirve estar autorizado por las leyes para pensar en cualquier sentido si se carece de la suficiente independencia interior para desprenderse de los convencionalismos, de los prejuicios, de los sofismas prestigiosos que nos rodean.

De aquí —según su opinión— que el liberalismo deba mantenerse en un puesto equidistante respecto de los fanatismos clericales y de las fobias jacobinas.

Por otra parte, la adhesión constante del Indomable a su partido, no le hace incurrir en el candor —tan común entre las personas más avisadas— de creer que son jus-

tas todas las campañas que éste emprende e infalibles sus hombres dirigentes.

¿Qué más te puedo decir de tan estrafalario sujeto? Lo que resta no tiene novedad para ti: sabes de sobra (como que ahora le estás sufriendo) que el Indomable es un majadero sempiterno; que carece de la *hipocresía del yo*, de ese *yo* que en Chile ocultamos con tanto rubor, olvidando que es tal vez la única realidad de la existencia; que se divierte en provocar el ridículo entre los *filisteos*, y que se anticipa a la risa de éstos, burlándose despiadadamente de sí mismo; que el Indomable es de complexión farruta, inclina el dorso hacia adelante, tuerce las piernas al andar, usa gafas grotescas y es tu primo que te abraza.

O.

A J. V. L.

1921

Mi feriado (aquí el pronombre posesivo sienta mejor que nunca, pues, en cuanto al tiempo, al menos me lo he decretado yo mismo) toca ya a su término.

Sólo de pensar que me restan apenas tres días se me pone la carne de gallina...

He disfrutado de algunas semanas en que he podido restituirme a la vida que me es propia, a la vida en que me formé y en que viví hasta ayer. Esa existencia de ocio, pero de ocio como lo entendían los griegos; ocio que no consiste en dejar transcurrir el tiempo en la pereza, sino en disponer de él a nuestro arbitrio. Existencia para mi-

llonario o para príncipe con lista civil asegurada, nunca para un pobre Oficial cuarto de la Sección Contabilidad y Giros Postales de la República. (Si la longitud y sonoridad del título guardaran relación con la importancia y remuneración del empleo, se me figura que el mismo Alessandri llegaría a envidiarme).

En realidad exagero al hablar de vivir a mi albedrío. Nunca lo he conseguido. Al contrario, he debido someterme a vivir según me lo imponían las circunstancias y las limitadas disposiciones de mi carácter. La soledad y el silencio han llegado a constituir los únicos elementos en que me muevo holgadamente. En cambio la sociedad me acobarda, porque me revela mis deficiencias, hijas en su mayor parte de una educación mal orientada. Por eso me refugio en los libros, conformándome con vivir momentáneamente en ellos algo de lo que la vida me ha negado en la realidad.

¿Recuerdas la confesión de Valle-Inclán: "Los héroes de mis novelas representan lo que yo, pájaro alicortado, hubiera querido ser"? Menos afortunado que el exquisito orfebre de la prosa castellana, me resigno a seguir, con esa fuerza de transfusión que da la simpatía, las aventuras de aquellas creaciones ajenas en quienes encuentro secretas afinidades y concordancias psíquicas, ya que no puedo encarnar mis anhelos latentes en seres salidos de mi propia substancia espiritual.

Aparte de "El retrato de Dorian Gray" y de los "Años de juventud del Doctor Angélico" de que ya te he hablado algo, he leído en estos días algunos otros libros notables. Así, "La hija de Yorio" alucinante tragedia rústica de Gabriel D'Annunzio, desarrollada en una atmósfera de superstición, de heroísmo, de fatalidad y de pasión, que se adueña del lector o del espectador desde el primer instante.

Su composición es una maravilla de factura escénica, por la proporción de las partes y la armonía del conjunto.

El lenguaje —a pesar de haber sido escrito en verso en el original— es sobrio y enérgico. No hay aquí nada de la grandilocuencia lírica a que el autor nos tiene acostumbrados. Aunque reconozco que este estilo es el más apropiado para una obra de esta índole, puesto a elegir me quedaría con la deslumbradora orquestación de esa amplia prosa sinfónica en que están escritas “La Ciudad muerta”, “La Gioconda”, “El sueño de una mañana de primavera” y “El sueño de un atardecer de otoño”.

Volví a leer, con renovado deleite, “La isla de los Pingüinos”, y después, sin buscar deliberadamente el contraste, leí “El Demonio del Mediodía”. ¡Qué antítesis la de estos dos grandes espíritus, Anatole France y Paul Bourget! Mientras para el primero las inquietudes, los afanes, las complicaciones de los hombres son signos de demencia que suscitan la risa, cuando no una benévola conmiseración mezclada también de ironía, para el segundo la vida tiene siempre, aun en sus manifestaciones de apariencia más superficial, una tremenda seriedad, un sentido moral profundo, que vagamente tratamos de disimular con nuestro aturdimiento o nuestra despreocupación escéptica.

Por eso hay en Bourget un acento grave y tembloroso que convence muchas veces, que conmueve a menudo, que interesa siempre.

El “Demonio del Mediodía” es, sin disputa, una de las producciones más interesantes y hermosas de la literatura contemporánea, y, a mi modo de ver, la mejor entre las novelas del autor. Tal vez sea la impresión inmediata lo que me mueve a afirmar esto último; tal vez mi predilección por el tema religioso que aquí se encarna, pero es la verdad que hasta “El Discípulo” —tan interesante y turbador— me parece inferior, por lo menos en capacidad emocional.

Lo que más me sorprende es cómo el novelista ha podido aunar, o mejor dicho fundir, (porque no hay yuxtaposición, ni se advierten las junturas), dos motivos tan disímiles como son un caso de adulterio y la crisis de la conciencia religiosa reflejada en el movimiento modernista. Hay que leerlo para poder apreciar esto en lo que vale. Es aquí donde puede medirse hasta dónde marchan hermanadas en Bourget las dotes del sutil analista de caracteres y del ameno y cautivante narrador. Porque el interés no decae un momento en esta novela de cuatrocientas páginas, en la cual se plantean arduos problemas morales y religiosos y se descomponen, minuciosamente, complejos estados de alma. Al contrario, va en progresión hasta rematar en la catástrofe final, descrita con una exactitud, una animación y un vigor que sólo alcanzan los maestros del arte en sus mejores horas de inspiración.

Así como "Andrés Cornelis" —con ser un drama interior que viene a exteriorizarse en acción sólo para el desenlace— tiene todo el interés expectante de una novela policial, "El Demonio del Mediodía" apasiona y retiene la atención del lector con sus dramáticos episodios, como podría conseguirlo el folletín de más laboriosa intriga y mayores recursos efectistas.

Nada más lejos de mi ánimo que compartir el férreo autoritarismo religioso y moral de que Bourget hace gala en este libro. Por la inversa, el subjetivismo, o sea, el individualismo mental, se me impone cada día más como una verdad irrevocable, cualesquiera que sean sus peligros en la ética o en el orden social. No puedo menos que revelarme contra la sumisa afirmación de Bourget: "No hay derecho, porque se ven dificultades, de erigir su pobre inteligencia en juez supremo del dogma". Pobre será, pero es *nuestra*, y eso basta. Si acertamos, nuestro será el acierto, si erramos,

el error será también *verdaderamente* nuestro. ¿No es mil veces peor cargar con los yerros ajenos, con los yerros impuestos por una autoridad y perpetuados por una tradición?

De ahí que el modernismo religioso, por el cual siente Bourget tan visible antipatía, sea para mí un movimiento generoso y valiente, de progreso y de sinceridad, que tendrá que imponerse a la Iglesia Romana, a pesar de su momentáneo eclipse, si ésta quiere recobrar su pasada influencia y encauzar las dispersas corrientes espirituales del siglo. Ahora, sobre todo, que la catástrofe europea ha puesto a la humanidad, con más apremio que nunca, frente a frente de los pavorosos problemas de la muerte y del destino de la especie; ahora que sopla por todas partes un anhelo de idealidad, una reviviscencia depurada del misticismo, una tendencia hacia lo misterioso y lo sobrenatural, la Iglesia, con la autoridad que le dan su pasado tantas veces secular y su admirable organización, puede realizar una acción individual y social incalculable.

Pero me he apartado un poco del asunto. Mucho podría hablar acerca de este libro o sugerido por él, mas ya esto va demasiado largo. Básteme decir que, aunque el psicólogo llega, cuando presenta los motivos de acción de sus personajes y cuando los juzga, al máximo de ecuanimidad y comprensión que son compatibles con la rigidez de la ortodoxia católica, no por eso deja de asomar, solapadamente, la parcialidad del apologista.

Así en la rebelión de los modernistas ve ante todo, y con factores decisivos, "orgullo", "furiosas ansias de dominación intelectual", "desprecio anarquista hacia las autoridades más venerables". Poca importancia concede a lo que constituye, en realidad, la causa determinante del alejamiento de esos espíritus: la imposibilidad de cerrar los ojos ante aquello que se les imponía como evidente; la ren-

dición ante una fuerza superior a ellos mismos, sus sentimientos e intereses.

Sin embargo, la conclusión a que llega Bourget, admirablemente sintetizada en las sentenciosas palabras del Rev. Bayle, merece meditar: "Como Ud. ve señor vicario, hay una gran enseñanza en esta historia. Comprendámoslo bien; es la clave de tantos enigmas, la divisa de tantas inteligencias, de tantos destinos. Esa enseñanza es, que se debe vivir como se piensa, si no, tarde o temprano, se concluye por pensar como se ha vivido".

Máxima verdadera y fecunda que, desprendida de la aplicación estrecha y parcial que el autor hace en la fábula de este libro, puede siempre señalar elevadas direcciones de perfeccionamiento moral, y ponernos en guardia contra las degradaciones de la voluntad que traen comúnmente, como lógica secuela, la degradación del sentimiento íntimo y la degradación de la inteligencia. Muchas doctrinas amorales que andan por ahí no reconocen otro origen.

Basta ya. Estos temas me arrastran, sin fijarme en que no tengo derecho a cargar a los demás con mi incontinenencia. Quise escribirte una carta familiar y me ha resultado, a pesar mío, una carta literaria.

Tú me excusarás, porque sabes muy bien que *vivo* la literatura con mucha mayor verdad que los insulsos momentos de mi opaca vida exterior. Ella constituye mi verdadera intimidad.

Por otra parte, siempre me he acostumbrado a mirar en ti no sólo al hermano de la sangre, sino también al compañero de juventud, a quien me liga la amplia fraternidad del espíritu. Realizas, pues, plenamente la bella definición de Boutroux, que siempre tengo presente a propósito tuyo: "Un hermano es un amigo que nos da la naturaleza".

Saluda muy especialmente a Rosita, en mi nombre y en el de papá, mamá y Lucha. Igualmente a todos los de su familia, y tú recibe un fuerte abrazo de tu hermano.

O.

San Bernardo, 25 de Febrero de 1921.

A J. V. L.

1922

Te escribo aprovechando el "baño de aislamiento" en que es necesario templar los nervios después de una jornada tan nutrida, tan espesa de diversiones (?), como la que transcurre aquí desde la noche del sábado a la madrugada del lunes. Son cerca de veinticuatro horas de jolgorio, descontado el reposo del sueño.

Yo me propuse llevar a cabo la *prueba de resistencia* (así la estimo, al menos), de cumplir el programa en todas sus partes. Realicé mi designio, pero aquí me tienes dominado todavía por una sensación de mareo, con la cabeza poblada por una suerte de substancia gaseosa, donde se equilibran, haciendo piruetas, parejas de danzarines y grupos de paseantes, que producen con su conversación forzada, una especie de zumbido confuso del que emergen, distintamente, de cuando en cuando, una frase tonta o un chiste fúnebre, coreado por las risas de la multitud.

Aunque tú conoces esto, por si las cosas han cambiado algo, y para que veas que no exagero, te detallo el programa:

Sábado, de diez de la noche a dos de la madrugada, baile en la cancha de tenis del Club.

La orquesta apenas descansa breves intervalos que aprovecho para acercarme a alguna chica.

Cuando he logrado enhebrar una conversación (cosa más difícil de lo que parece y que no siempre consigo), ahí vienen los acordes de *Salomé* a interrumpirnos. Muchas veces me he preguntado si no debo tomar esto, más que como una impertinencia, como una obra de misericordia que debo agradecer a Terpsícore.

El resonar metálico de los instrumentos se confunde con el roce de los pies contra las baldosas, que hace al oído, puesto a la distancia, el efecto de un ejército en marcha. Los danzantes, a través de las mallas de la reja, cobran un aspecto funambulesco.

Los viñamarinos dan una lección de etiqueta ciñendo severos smockings. Los santiaguinos se desentienden de ella y pretextando las llanezas del veraneo o las fatigas del viaje —muchos llegan esa misma tarde— se presentan, negligentemente, de calle. No sé por qué creo ver en esto un cierto prurito de distinguirse de los criollos y un poco de descortesía hacia los dueños de casa.

Abundan los ingleses, rubios, bermejós, con el semblante despabilado como lechuza y sus mujeres igualmente blondas y arreboladas, con peinados desprendidos que las asemejan también a ciertas aves. (Mis conocimientos de zoología no alcanzan para darles una ubicación precisa).

Alrededor de la pista, distribuídas en mesillas, *personas de respeto* —van quedando tan pocas— y bailarines que descansan para tomar aliento y proseguir con más brío.

La orquesta, infatigable, sigue tocando hasta enterar doce bailes distintos, todos repetidos dos y más veces.

Domingo, a las once, misa principal en la Parroquia. Ya que más que la obediencia a un precepto religioso, es

el cumplimiento de un rito mundano, hay que incluirla como un número, y no el menos elegante y disipado del programa. Las damas, en su mayoría, lucen vistosos trajes de playa y cubren su cabeza con grandes sombreros. Algunas llegan al Evangelio y permanecen de pie, como nosotros. Con persignarse y arrodillarse cuando suena la campanilla o el instrumento que aquí —¡siempre innovadores!— hace sus veces, ya han pagado tributo a la piedad tradicional de la mujer chilena. Muchos hombres llevan trajes deportivos y adoptan posturas indolentes.

El órgano ejecuta trozos escogidos y una voz femenina bien timbrada los acompaña. Las vidrieras laterales con los nombres de las familias donantes parecen una columna de la vida social. Decididamente, a N. S. Madre Iglesia, como a las mamás del día, se le han aligerado los cascos y se ha vuelto bastante cachetona. Hay que transigir con los tiempos. *O rinovarse o morire*, que dijo el bachicha.

A la puerta aguardan los carruajes que llevan a la playa. Somos de allá. Una doble hilera de autos mira con sus motores hacia el mar. Embutidos en los asientos sus ocupantes observan sin ser observados, pues el sol y los parabrisas los hacen indistinguibles a los peatones, y cambian saludos ceremoniosos con los que llegan en *fiacres* y *fores* y antes de descender gustan pasar revista.

A lo largo de la playa discurren los paseantes. Están en gran número. Muchas elegantes han bajado de sus carruajes para exhibir sus toaletas, bailar y beber un aperitivo en la terraza del restaurante. Pasan las muchachas, algunas todavía muy prematuras, con los jóvenes del día, entre los que abundan también los adolescentes. Las *cachetonas* más notorias departen con políticos, *clubmen*, corredores, deportistas y... párvulos. ¿Dónde están los viñamarinos? se pregunta uno. En cambio todo el Santiago social parece haberse trasladado aquí. Y así, en un *paseo de la Alameda*

más cosmopolita, más pintoresco, más elegante, con un paisaje infinitamente más hermoso, —aunque sea forzoso volverle la espalda o dirigirle el flanco— y también ¡ay! con mucho más sol, concluye la mañana.

Se almuerza a la una, y entre las dos y las cinco se llega a las carreras. Es un hermoso hipódromo éste, encerrado en ese cerco que forman el verde bosque de los álamos y los cerros parduscos en que ralea alguna vegetación y blanquean algunas casas diseminadas al azar.

Nos saludamos con la misma gente con que ya nos hemos topado en la iglesia y en la playa, y con que todavía tendremos que toparnos hoy muchas veces en otros sitios, más algunos hípicas profesionales, algunos virtuosos del juego que vienen expresamente de todas partes. Ahí tuve el agrado de encontrarme con Julio Garrido, con quien eché un largo párrafo sobre todas las cosas que a mí me gustan o interesan verdaderamente: libros, crítica de los hombres y de las costumbres; ese comentariò, esa vida al margen que es la única para que me siento capaz. Fué un ameno paréntesis a las tediosas conversaciones mundanas, reducidas al pelambrillo sin ingenio ni espíritu de observación.

A las siete emprendimos el regreso, rumbo al Pabellón de la Playa Nueva. Allí, en un tinglado circuido de asientos para los espectadores, se bailó hasta un cuarto para las nueve. En seguida a comer y vestirse apresuradamente para el baile que sigue al *dinner-concert*. Y con esto se cierra esta jornada, tan intensa si se considera la densidad del tiempo que se destina a las fiestas, tan vacía, tan abrumadoramente vacía, desde cualquier otro punto de vista que se la considere. Yo me he sometido a ella, en parte, por curiosidad y en parte, para ver si consigo adaptarme al ambiente mundano, que me atrae por sus exterioridades, porque llevo en la sangre el culto a la forma no sólo en el arte, sino en la vida; y me repele por todo lo que tengo en

mi carácter de personal, de irreductible, de inasimilable, por todos los resabios que conservo de mi educación aislada, de mi vida sedentaria.

Y el intento, como siempre, resulta fallido: el hábito puede más que el deseo de reforma, y me restituyo a mi refugio seguro, más solo que nunca, abatido y maltrecho.

Pero la soledad tiene sus bálsamos que curan todas las heridas y ellos me devolverán animoso a la lucha, a esa lucha por la *adaptación a la realidad* de la cual, el que me he preocupado, no es sino uno de sus múltiples aspectos. Si, hay que adaptarse a la realidad so pena de ser aplastado por ella. Unos, los más, lo efectúan sin esfuerzo, por una asimilación inconsciente. Otros, menos favorecidos por las circunstancias, tenemos que batallar para conseguirlo.

Yo, que de todo tendré menos de iluso, comprendo muy bien que de nada vale en la vida el cultivo silencioso, que necesitamos del mundo, verdadera atmósfera moral que nos oxigena o nos asfixia.

Ahora reposo, como te dije al comenzar. Creo que muchos hacen otro tanto. La actividad social durante el resto de la semana se reduce a las reuniones vespertinas del Club, los martes y jueves, y al paseo de la playa muy poco concurrido los días ordinarios.

Estoy empeñado en la lectura de "L'Education Sentimentale", novela de Gustavo Flaubert. En ella ostenta el maestro sus poderosas facultades pictóricas, su certera pupila realista, pero la extensión y prolijidad de las descripciones, casi todas ellas de escenas puramente episódicas, hacen lento y pesado el desarrollo de la acción, si es que hay alguna, pues todavía no la descubro. Además la riqueza del léxico, la continua referencia a objetos de uso frecuente, pero cuyo nombre francés no nos es conocido, estorban en la lectura, para los que no nos conformamos con leer un idioma extranjero sin enterarnos de todo, como en el pro-

pio. Pero por eso mismo el libro, ya que no ameno, resulta utilísimo para la tarea que me he impuesto. Veremos también si más adelante toma mayor interés; por algo muchos flaubertianos lo colocan sobre *Madame Bovary*.

La "Correspondencia" del mismo autor es muy interesante. Hay ahí cartas conmovedoras en su sencillez, quejas y protestas de un gran espíritu que no encontraba en el ambiente su expansión natural y que asistía desolado a la siega que la muerte iba haciendo día a día entre los amigos y compañeros de tarea que formaban su *entourage*.

Más bien he leído poco hasta ahora, porque no hay tranquilidad material ni de espíritu. Las tentaciones de afuera y la idea de la inestabilidad de nuestra permanencia aquí no estimulan a trabajar con ahinco.

.....

O.

Viña del Mar, 21 de Febrero de 1922.

A J. G. M.

1922

"Más vale tarde que nunca", dice el adagio, y yo con él. Al despedirme prometí escribirte y, bien que con retraso y en mala forma, lo cumplo. Puedes ver por ahí si soy formal y si te recuerdo.

La verdad es que me encuentro tan desmoralizado, tan aparte de las cosas que mutuamente nos ocupan y con las cuales hacemos nuestras charlas, que no acierto a dar con

nada que pueda interesarte. Había hecho voto de esquivar el ambiente, de concederle apenas lo de afuera, conservando mi libertad cabeza adentro; de buscarlo de cuando en cuando para después volverle la espalda sin cuidarme de él. Pues nada: yo pecador me confieso a ti de haber violado mi consigna, o mejor, de haberme equivocado. ¡Necio de mí que no me conozco bastante a pesar de llevarme observando como un fakir! Me dejé coger por el engranaje y no he podido soltarme de su complicado juego de cuerdas y poleas. El escepticismo debería haberme puesto indiferente, y sin embargo, —aunque en el fondo bien pocas cosas me merezcan verdadero respeto— no puedo intervenir en nada con ligereza, con despego; tengo que salir salpicado, quieras que no, de aprensiones y cuidados. Y vamos después tratando de borrar esas salpicaduras que se adhieren al pensamiento y no obedecen al reactivo de la voluntad, y vamos malgastando en ello tiempo y energía mental. Es que mi mal, como tantas veces hemos hablado, es la carencia de espontaneidad: No puedo entregarme a las cosas, abandonarme al instinto, como tantos.

No me doy nunca con plenitud. Siempre conservo una parte reacia, que se niega a seguir el compás, que titubea y que en sus oscilaciones hace la crítica, se burla de las demás y las estorba.

Vestirse, andar, saludar, cambiar frases triviales, han llegado a ser para todos actos casi automáticos o *reflejos*, como dicen los psicólogos. Pues para mí no: hasta al bostezar pongo un poco de deliberación, pero no de la que ilumina a la voluntad, sino de esa otra que la perturba y ensombrece hasta dejarla sin saber a qué carta quedarse. Y como el tiempo apremia y urge tomar algún partido, concluyo adoptando cualquiera, el que se presenta a la mente en el instante mismo de la decisión, y esto, no porque sea el mejor, dicho está, sino por ser el último, el más próximo. Des-

pués vienen a menudo el descontento, los *malhayas* y los *malhoras*, el darse de mojicones uno mismo, en vez de conformarse con recoger la experiencia y aprovecharla. Esto sin contar con que en todo caso el acto se resentirá con la vacilación preliminar y resultará desmañado, flojo, inoportuno.

Para desechar las preocupaciones consiguientes no vale calificarlas despectivamente de *pequeñeces*. ¡Si precisamente de estas *pequeñeces* se teje la tela de la vida!

En medio de las *distracciones* mundanas (¡cómo nos distraen ¡ay! de lo único que de veras nos importa!) me he reservado muchas horas de soledad para rehacerme y proseguir mis tareas habituales. Poco he logrado. Con rumiar los disgustos que me deja el trato de la gente ya tengo bastante. Me alejo de ella para olvidarla y la traigo metida en la cabeza. . . ¿Qué será cierto que no puedo vivir en paz sino a solas o en la compañía de los libros y de los amigos que son mi prolongación? ¿Seré tan tieso, tan inadaptable, estaré privado del todo de esa milagrosa virtud del proteísmo, sin la cual la vida no es llevadera? Envidio a otros que la poseen en alto grado, pues, a pesar de sus preocupaciones justas, de sus tendencias elevadas, se sienten a sus anchas entre tanto cretino y tanta muñeca de gonce como pululan en los salones. Yo no: lo más que consigo es soportarlos, mientras siento, a su lado, la nostalgia de alguna apartada Tebaida. Una lástima, porque es tan bonito plegarse a todos los gustos, reunir todas las aficiones, pasar en cualquier parte como uno de la comparsa. Equivale, en cierto modo, a multiplicar nuestra personalidad, vivir muchas vidas en una. . . Y en seguida, de vez en vez, hacer un alto, recobrase y mirar todos los *yo* que uno ha llevado encima. . . O, todavía, mirarlos, palparse, y no saber cuál es el verdadero. . . Debe de ser un juego para divertirse a morir. ¡Oh, quién me diera convertirme en camaleón!

Pero no todas han de ser quejas. Las bellezas de la ciudad sobran para compensar lo demás. La verdad, una de dos: o Viña nos queda grande o Santiago nos queda chico. Una ciudad risueña, en que las casas tienen perfiles graciosos y están dispuestas con armonía, no parece de Chile, donde vivimos en pleno imperio de lo barroco.

¡Qué placer vagar por estas amplias avenidas de pavimentos relucientes, flanqueadas de ricas mansiones que se alzan en medio de parques umbríos y floridos jardines!

¡Qué delicia trepar por esas callejuelas empinadas, semiescondidas, llenas de sorpresas! ¡Y qué aire tan señorial, qué sello de melancólica aristocracia —lejos, muy lejos el barullo de los veraneantes— deben tomar, en las tardes de otoño, esas calles solitarias, esos parques abandonados, cuando los árboles depositan su tapiz amarillento sobre el verdor de los prados y la claridad de los senderos! ¡Qué magnífica decoración para una “Sonata” de Valle-Inclán, qué ambiente para un poema de Samain, qué paisaje para un “estado de alma” de Amiel!

Y Valparaíso, adonde voy con frecuencia, tiene también su *cachet* que lo hace muy simpático, a despecho del desaseo y del mercantilismo. Las viejas calles del Puerto, estrechas y retorcidas; los cerros que se yerguen en las partes más céntricas, soportando sobre sus lomos otra población; la abundancia e intensidad de su comercio; la variedad de sus medios de locomoción, el cosmopolitismo de sus habitantes, le dan un atractivo inconfundible a los ojos del turista. Es una lástima tener que abandonar esto tan pronto para volver a sumirse en ese asco de la vida oficinesca y en el monótono ajetreo de la vida santiaguina. Allá sólo puede atraerme la camaradería de los amigos y la proximidad de aquella trigueña de cutis transparente con cuya admiración callada y distante pago mi único y singular tributo al eterno femenino.

Tú, ¿siempre veraneando en la biblioteca del Instituto, respirando el delicioso polvo de los libros? Ramón, ¿veranea o se despereza en Santiago, bostezando y despidiendo bocanadas de humo, mientras piensa en Sócrates y en Buda? Y Ramiro, ¿sigue siendo el amable anfitrión en los ágapes inolvidables de la hospitalaria "Villa Millarai"?

Yo regreso el ocho, así es que no sé si responderás verbalmente o por escrito a mis preguntas. Mi dirección aquí es Agua Santa 65. Entre tanto te encargo para todos un afectuoso recuerdo y tú recibe un abrazo de tu amigo.

O.

Viña del Mar, 28 de Febrero de 1922.

A E. S. C.

1922

Para el trabajo en que Ud. está empeñado le sería de suma utilidad la consulta de la obra de Cejador. Es muy interesante y lo más completo que puede pedirse en tarea de tanta magnitud.

Eso sí que hay que ponerse en guardia contra el criterio algo exclusivista del autor. Su casticismo, es decir, su predilección por todo lo que en su sentir encarna el alma de la casta, de la raza; su afición a las producciones espontáneas, y, entre ellas, sobre todo, a las que parecen inspiradas en el pueblo; su prevención contra los escritores que

han sufrido visible influencia extranjera y han divulgado formas extrañas, le conducen a lamentables extravíos; le llevan hasta encomiar escritos desaliñados y aún chabacanos, que no tienen cabida dentro del arte, y a regatear su mérito a otros de sabida belleza, tildándolos de afrancesados y preciosistas. Así llega a colocar a Palacios ("Almafuerte"), que es un jardín enmarañado donde se encuentran algunas flores fragantes confundidas con profundas malezas, sobre Rubén Darío, que es un jardín armonioso en el cual las figuras trazadas por mano del artista riman maravillosamente con la naturaleza circundante.

Le adjunto "L'art poetique" de Verlaine y un juicio sobre el simbolismo que me parece muy exacto. La omisión de las comillas no permite deslindar con precisión lo que pertenece a Remy de Gourmont de lo que corre a la cuenta de Diez Canedo y Fortún. Las líneas primeras, en particular, pueden ser la mejor definición del modernismo: "una completa renovación poética, no una escuela literaria...; individualismo en literatura...; abandono de las fórmulas enseñadas...; tendencia hacia lo nuevo y lo raro...; idealismo...; desdén por la anécdota social...; anti-naturalismo".

No hay que identificar, empero, el modernismo castellano con el simbolismo francés. El simbolismo fué en Francia una reacción contra el parnasismo; en nuestra lengua llegaron juntos, con el atraso con que siempre nos vienen las modas intelectuales, y muchas veces se dieron la mano en un mismo poeta, como Rubén Darío, que es alternativa y aún simultáneamente parnasiano y simbolista.

El término *modernismo* es, pues, mucho más amplio, más genérico; el término *simbolismo* designa, en nuestra literatura, sólo una de las modalidades específicas de aquél.

Y, en última instancia ¿modernismo no podría ser todo el eterno *devenir* de la evolución literaria? En este fluir constante, aquello que se asienta, que se fija, pasaría a ser

clásico, esto es permanente; lo que reaparece a flor de tierra, y sigue fluyendo y toma desviaciones imprevistas, sería el modernismo. Rubén y los suyos estarían ya incorporados al caudal que atesoran los siglos, junto con los llamados clásicos por los preceptistas, y con los románticos, que fueron, unos y otros, innovadores en su época. El cubismo, el creacionismo, el dadismo, el ultraísmo y demás insensateces que nos hacen sonreír, serían el modernismo de hoy. . . Pero esto es tal vez hilar muy fino y amparar con un nombre seductor y dar carta de ciudadanía en la república de las letras a desatinos pasajeros en que no se descubre un propósito serio de belleza, hijos más bien del afán de singularización y de la impotencia para hacer arte honrado. De otra parte, los cultivadores de esas distintas tendencias revolucionarias se apellidan todos *futuristas* con lo que se sitúan ellos mismos en el porvenir, por lo tanto más allá de lo moderno, que es lo actual.

Dejando de mano estas fantasías, paso a expresarle mi opinión sobre algunos puntos en que parece no andamos completamente de acuerdo.

Dice Ud., si no estoy equivocado, que la estética modernista es una derivación del realismo. En verdad, no lo creo yo así. Al contrario, en ella prevaleció la tendencia simbolista, que constituye más bien una rebelión contra el realismo servil imperante entonces en la prosa. Este era, en lo posible, objetivo; el simbolismo, a la inversa, atiende sobre todo a la impresión personal del artista, impresión que trata de *sugerir* casi siempre por medios indirectos: el símbolo, la imagen, la música verbal y las relaciones entre lo concreto y lo abstracto. Los realistas describen ordenada y minuciosamente; los simbolistas recurren a manchas aisladas, aparentemente inconexas, pero en las cuales el lector dotado de cierta perspicacia, de imaginación despierta y despojado de prejuicios, no podrá menos de reconocer, a

poco que repare, una sólida unidad interna, mucho más real y profunda que la otra a que estábamos acostumbrados.

Para aclarar lo que digo, sirva de ejemplo este admirable soneto de Herrera y Reissig:

La Iglesia

En un beato silencio el recinto vegeta
Las vírgenes de cera duermen en su decoro
De terciopelo lívido y de esmalte incoloro;
Y San Gabriel se hastía de soplar la corneta

Sedienta, abre su boca de mármol la pileta
Una vieja estornuda desde el altar al coro...
Y una legión de átomos sube un camino de oro
Aéreo, que una escala de Jacob interpreta.

Inicia sus labores el alma reverente:
Para saber si anda de buenas San Vicente
Con tímidos arrobos repica la alcancía...

Acá y allá maniobra después con un plumero
Mientras por una puerta que da a la sacristía
Irrumpe la gloriosa turba del gallinero...

Esta no es descripción, es evocación. Los nexos verbales ceden su lugar a los nexos mentales, lo que imprime mayor fuerza a la idea y favorece una especie de colaboración del lector.

Ya oigo el relincho de los incomprensivos: ¡Esos versos son un galimatías!... El decoro de terciopelo..., las vírgenes de cera..., la boca de mármol de la pileta..., la legión de átomos..., San Vicente que anda de buenas..., la

alcancía... el plumero... el gallinero... ¡Eso es una ensalada rusa, un amasijo de cosas sin pies ni cabeza!

—Para ustedes, que tienen los pies en el lugar de la cabeza, seguramente, dan ganas de gritarles. Y a fin de demostrar que no tienen razón; procuremos poner estos versos “en lengua vulgar”, como dicen los eclesiásticos: Es muy de mañana. El recinto de la iglesia reposa en beatífico silencio. Las imágenes de cera que representan a las vírgenes, revestidas de terciopelo desteñido y de esmalte descolorido, semejan dormir en sus hornacinas. Cerca de ellas hay otra que muestra a San Gabriel tocando la trompeta. Al mirarla, se le figura a uno que el santo se aburre de tocar incesantemente...

Cerca de la puerta, entre dos pilares, se halla exhausta, la pileta del agua bendita. Produce la sensación de una boca sedienta.

Una vieja arrodillada en las proximidades del altar, lanza un estornudo que retumba hasta el coro. De arriba, por una ventanilla, desciende un rayo de sol que adopta la forma de la escala de Jacob. Flota en él una legión de corpúsculos. El sacristán, que es el alma reverente de la iglesia, inicia sus labores haciendo sonar la alcancía para implorar de los fieles la caridad, virtud encarnada en San Vicente de Paul. En seguida maniobra acá y allá con el plumero, mientras, aprovechando su descuido, las aves del gallinero hacen gozosa irrupción por la puerta que comunica la sacristía con la casa del párroco.

Y bien, pregunto yo ahora, ¿dónde está la incoherencia? Como puede verse, yo no he hecho ninguna alteración substancial. Me he limitado a agregar detalles y circunstancias superfluas, a decir en forma directa lo que está expresado figuradamente; en los versos, a trocar algunos vocablos cuya aplicación lastimaría los nervios de los puristas, por otros harto vulgares y por lo mismo, más confor-

mes con el gusto de estos gendarmes del idioma. ¿Podrá alguien sostener que el cuadro aparece así más vívido? ¿No es evidente, al contrario, que estas adiciones explicativas le restan todo su vigor y lo asemejan a un inventario judicial?

Para disimular el prosaísmo, la sequedad a que, en esta forma, quedan reducidos, los viejos poetas echarían mano del fácil recurso de rellenar los versos con su fofa y aparatosa retórica. Lo que haría perder a la poesía de Herrera su mayor belleza, que estriba, justamente en su concisión esquemática y en su vigoroso relieve.

A este respecto recuerdo que una vez hice leer los magníficos "Sonetos de la muerte" de nuestra genial Gabriela a uno de esos incomprensivos, mitad pedantes, mitad bufones, que se complacer en zaherir a los modernistas. —No los entiendo, me dijo, después de echarles una ojeada.

Armado de paciencia, le expliqué la historia del suicidio, que es el tema de ellos, sin ponerle ninguna glosa, ampliando apenas lo que ahí está *claramente* insinuado. —Pues todo eso, debió decirse en los versos, *contarse* cómo y por qué se produjo el hecho, exclamó triunfante, cuando hube concluído.

—Veo, mi amigo, —le repliqué—, que Ud. confunde la poesía con la crónica policial. Tres cuartos de lo mismo ocurre a los demás.

Se acostumbra emparentar a los poetas parnasianos con los novelistas del naturalismo. Sin negarlo, este parentesco me parece a mí un poco remoto. Tienen de común, es cierto, la impersonalidad y la exactitud, en cuanto a la factura, y algo también del nihilismo filosófico común a los hombres de la pasada centuria, en cuanto a la ideología, pero nada más. Mientras los naturalistas apegados a su tiempo, esclavos del *documento humano*, observaban al microscopio las miserias cotidianas de la gris existencia bur-

guesa; exhibían al desnudo la vida violenta, llena de zozobras, de los medios obreros; y removían sin piedad el estiércol de los bajos fondos sociales, los maestros parnasianos, ofendidos en su estetismo aristocrático con la fealdad, la confusión y la chatura moral de las modernas sociedades, se evadían hacia la remotas civilizaciones milenarias, nimbadas por la poesía y la leyenda con un halo misterioso o recortadas sobre el azul por el claro sol mediterráneo. Tales Heredia y Leconte de Lisle, los poetas más representativos del movimiento, que fueron a beber su inspiración en la India, en Grecia, en Roma, en los *Eddas* escandinavos. Entre los prosadores realistas solo puede encontrárseles afinidad con Flaubert, el gigante normando, cuyo genio se erguía sobre la limitación de las escuelas y que, hastiado también de su época, se refugió, como ellos, en el pasado, resucitando a Cartago y proyectando la huraña sombra de San Antonio sobre las calvas arenas de la Tebaida. Y entre los parnasianos sólo uno, François Coppée, calificado de disidente, se acerca a los realistas por sus cuadros de interiores modestos y de barrios apartados, y por el interés afectuoso con que se inclina hacia las vidas humildes que pasan a nuestro lado.

No se debe perder de vista, además, que la agrupación de los escritores en escuelas no corresponde nunca a una realidad concreta. Obedece a la necesidad de abstraer, siempre presente al espíritu humano, y que lo lleva a reducir a unidad las variedades individuales; tiene por objeto, orientarnos a través del laberinto de la historia literaria. Pero para realizarla se ha debido atender a los rasgos comunes, que con frecuencia son los menos, y prescindir de los rasgos diferentes, que con frecuencia son los más. La genialidad propia de un autor, su idiosincrasia, eso quedará, por su misma naturaleza, fuera del marco de la escuela. Por ejemplo, ¿qué tienen de común poetas de inspiración plásti-

ca, como Heredia y Leconte de Lisle, con poetas de inspiración introspectivas, como Sully Prudhomme y Jean Lahor? Apenas un vago parecido técnico: el amor que todos ellos pusieron en la limpieza de la forma. Y ello ha bastado, sin embargo, para que se les reúna bajo la gran cúpula del parnaso.

Esto que ocurre en un grupo reducido y todavía no del todo heterogéneo, como el de los parnasianos, tiene que ser mucho más notable en el modernismo hispano, conjunto variadísimo de tendencias diferentes y a veces encontradas, cuya complejidad rebasa hasta los límites holgados de una escuela. De ahí que se esté expuesto a tomar como característica de la literatura modernista lo que no pasa de ser más que una corriente aislada o una manifestación individual, dentro de ella.

No creo que Ud. esté en lo justo cuando afirma que ciertas extravagancias han hecho caer en descrédito el modernismo. Eso equivale a afirmar que la gran obra renovadora realizada por él, obra que Ud. descubre con clarividencia y expone con acierto, no basta para redimirlo de los errores pasajeros y sin trascendencia que a su sombra se hayan podido cometer.

Si diez justos habrían bastado para salvar a las ciudades malditas, ¿cómo no va a salvarse el modernismo, cuyos justos suman legión y ocupan ya un sitio de honor en las letras castellanas! ¿Qué poco debe importarnos que en el áureo caudal que él ha aportado a nuestra lengua se hayan deslizado furtivamente algunas monedas de cobre! Separémoslas, atesoremos lo demás y guardemos gratitud a quienes nos han brindado el obsequio. De las extravagancias, de las ofensas al buen gusto que constituyen el aspecto negativo del modernismo, ni siquiera sería exacto decir que han *caído* en descrédito: ellas estaban desacreditadas sólo con darse a luz.

Por lo demás, le repito, su trabajo me parece muy bien dispuesto: la exposición está hecha con claridad y método y revela verdadera sagacidad crítica

Disculpe la extensión desmedida de esta carta y la pobreza de su contenido y disponga, como siempre de su afmo. amigo

O.

Santiago, 7 de Abril de 1922.

A J. V. L.

1923

Después de un viaje en buenas condiciones (hacia poco calor, me vine charlando amenamente con Gastón Wilson), hénos aquí instalados. La casa es muy cómoda y simpática, dispuesta con acierto. Al frente un pequeño jardín, en el piso bajo, en primer término, el salón y el comedor. Los une un pasillo, el cual se ensancha detrás de la escalera, en un rincón, que llenan un canapé y otros muebles. A la derecha una puerta da entrada al patio de servicio. En el segundo piso, los dormitorios (el de papá con un amplio balcón a la calle), y el escritorio improvisado. Todos espaciosos, bien ventilados y provistos de lo necesario. El mío me gusta mucho: independiente (no está contiguo a ningún otro), con una ventana hacia la galería.

El tiempo está fresco para la estación. Amanece nublado; después brilla un sol algo desteñido, que alegra y quema poco. Esta tarde ha soplado una de esas ventolinas que

se usan por estas tierras: vuelan los sombreros, los ojos se llenan de polvo y el santiaguino bisoño se fastidia y lanza maldiciones. Habrá que acostumbrarse. Todos nos hemos sentido muy bien aquí. Yo respiro mucho mejor, y el asma, que había vuelto sobre la carga, me ha dejado en paz.

Aún no logro organizar mi vida; todo lo he entregado a los caprichos del humor. Ayer me lo pasé en la calle. Las casas nuevas, o que he dejado de habitar por algún tiempo, me causan algo como un desasosiego, tengo que pasar varios días bajo su techo para familiarizarme con ellas, conocer sus rincones, valorizarlos y adueñarme de los que mejor me convengan. Lo mismo con los sitios públicos. Tú sabes que siempre tengo alguno —quinta o cerro— donde espaciar la vista, la de afuera y la de adentro. Esta mañana creo haber encontrado en la playa “mi sitio en este mundo”. Acogido a la sombra que prolongaba una carpa sobre la arena, tumbado cuan largo soy, acariciado por la brisa salobre, contemplaba el mar y, leía los sabrosos recuerdos de León Daudet. Después de dos horas de voluptuosa quietud, me incorporé al paseo. Muy poca gente. Parece que no son muchos los veraneantes y que, en su mayor parte, se quedan en sus casas o en sus autos, o se van a Valparaíso para no perder la costumbre de trajinar por el centro, sobre todo ahora que, con el arreglo del camino plano, es tan fácil trasladarse. Sin embargo aumentan de día en día y creo que terminaremos por tener los de siempre, poco más o menos.

Saludos cariñosos.

O.

Viña del Mar, 27 de Enero de 1923.

A E. S. C.

1923

Es su simpática y amable tarjeta, mi querido amigo, a defecto de las niñas Bisquert, lo que ha traído a mí una fresca ráfaga del Santa Lucía, impregnada del recuerdo de nuestras sabrosas charlas mañaneras. He tardado en contestarle porque aguardaba que mi papá leyera el "Idioma Patrio", para comunicarle a Ud. su opinión. Me dice que lo encuentra bueno y que puede presentarlo confiado a la Facultad.

Me hace Ud. unas preguntas que me llenan de confusión y de remordimiento: "¿Qué es de su vida? ¿Leyendo, leyendo...?" No, mi querido amigo, tonteando, tonteando... De dos docenas de volúmenes que traje, sólo he leído uno completo: "Salons et Journaux" de León Daudet, una que otra pieza teatral y muchos capítulos y fragmentos dispersos. Me siento completamente enervado, incapaz del menor esfuerzo mental, con la cabeza poblada de imágenes inestables o de obsesiones enfermizas. Y todo por haber alterado el curso ordinario de mis días.

El aislamiento en que vivo habitualmente me ha hecho misántropo y misógeno (¡qué palabrejas!), y vengo a conocerlo en todo su alcance, y a sufrir las consecuencias, al ponerme en contacto con la gente. Cometo torpezas, me irrita y me desazona.

Para leer y meditar, necesito apartarme del mundo. O los libros o la sociedad, ha llegado a ser para mí la disyuntiva. Y esto está muy mal. A mi edad, sobre todo, es preciso conciliar las dos cosas, de otro modo no se vive de ve-

ras. Siempre he aspirado a la multiplicidad en la vida, como en el pensamiento, al diletantismo integral, en una palabra. ¿Cómo, entonces, conformarse con esta orientación unilateral, que mis hábitos equivocados quiēren imponerme?

No; aunque sufra al principio con el choque y me aleje de mis plácidos goces intelectuales, es fuerza que me acostumbre a la sociedad y al tráfago mundado. No para convertirme en un profesional de los salones, ¡horror! sino para estar bien en ellos. Sólo el ejercicio reiterado podrá darme la flexibilidad que me falta. Esto aparte del inapreciable material de observación y de experiencia que el mundo aporta a las mismas actividades del espíritu. El moralista, el psicólogo, el sociólogo, el novelista, necesitan de él como campo de experimentación; el crítico, también, para poder aquilatar la mayor o menor exactitud de las descripciones u observaciones de los otros, el diletante igualmente, para poder gozar, a un tiempo, del espectáculo mismo y de su representación.

Por todas estas razones y otras muchas más asisto a todos los sitios donde se habla, se pasea, se circula o se baila. Voy a los bailes del Hotel y del Club y a las fiestas particulares... a que me convidan.

La sociedad chilena ha ganado, indudablemente, en sus exterioridades. En lo demás mejor no hablemos. Me enferma la estupidez de la gente, la necedad de las conversaciones, la artificiosidad de formulismos y protocolos. Y lo peor es que no puedo adaptarme a ellos, y lo conozco, y, al conocerlo, la preocupación me vuelve más torpe. Pienso en alejarme de estas cosas como en una restitución de mi yo verdadero, temporalmente suplantado. Y, así, esta gimnasia con que he tratado de desentumirme, puede resultarme, a la postre, como otros ensayos anteriores, contraproducente.

Un mes de actividad social me deja enfermo y necesito por lo menos, seis meses de retraimiento para curarme. Al cabo de los seis meses salgo todavía más huaso que antes. ¿Qué le parece? Si seré incorregible. . .

Yo sólo vivo en *plenitud* en el silencio y en la soledad, o en la compañía de aquellos amigos como Ud.; con quienes me liga, además del afecto, la fraternidad espiritual. En cambio la sociedad de gentes de aficiones opuestas a las mías, me deprime, me disminuye a mis propios ojos, haciéndome palpar mis limitaciones. Y este auto-análisis, esta constante observación de mí mismo, en mi yo reflejado en los demás, es desesperante. Como dice Flaubert en una de sus cartas privadas, que estoy leyendo, "la vie n'est supportable qu'avec une ivresse quelconque". Y esa embriaguez sólo la encuentro yo en las letras. Si ellas llegan algún día a disgustarme, si pierdo esta insaciable curiosidad intelectual y esta ambición de saber, que me sostienen, la vida no tendrá ya para mí ningún sentido, carecerá en absoluto de objeto.

Pero llego al final y noto con horror que he repetido el caso del furúnculo. . . por favor, hágase cargo y sea conmigo más indulgente. Las tonterías de que le hablo me congestionan y necesito darme estas sangrías de tinta.

Yo permaneceré aquí hasta el diez, así es que, si Ud. regresa luego, podremos reanudar, en poco tiempo más, nuestra tertulia montañesa, en compañía de nuestros buenos amigos Calvo, Bascuñán y Tizzoni. ¿Qué es de ellos? El debate iniciado por Errázuriz y seguido por Echenique, me ha hecho acordarme mucho del doctor. El se desvela tanto con Alessandri y el nuevo régimen. En cambio algunas turgentes desnudeces femeninas que aquí se muestran me han hecho pensar en Domingo Calvo, que sufre de una incurable intoxicación de cantáridas. Salúdelos en mi nom-

bre, muy efusivamente. ¿Cuánto veraneará Ud. todavía? Si tiene lugar, contésteme sin considerar el tiempo que yo he tardado, pues, como Ud. ha visto, el motivo era hartó justificado.

Disponga de su afectísimo.

O.

Viña del Mar, 2 de Marzo de 1923.

A J. V. L.

1923

¡Cuánto me alegro de que Eliana se vaya reponiendo prontamente! Los niños son así; están más expuestos a las enfermedades que los grandes, pero en cambio reaccionan con mayor facilidad. ¡Qué gusto verla reir y retozar después de haberla visto postrada! Es cierto que chocheas, pero de una chochez tan simpática y envidiable.

El veraneo apacible que ustedes llevan es el mejor. Yo, aquí, paseo para ver si logro sacudir alguna vez esta coriedad que me hace aparecer torpe, ridículo y hasta descorrés, que me crea enemistades y es mi principal estorbo en la vida. Mas no podría decir que me divierto. Tampoco me aburro. Al contrario, tanto me entretiene el espectáculo, que casi siempre soy el último en retirarme. No me contagia, sin embargo, la animación general y preferiría ser mero espectador, pues lo que me fastidia es intervenir en esas conversaciones sin asunto, con gente que nada sabe de uno y de la cual nada sé. Siempre las mismas bromas sobre un supuesto pololeo o un pretendido *pillullo* en el baile, todo

en esa jerga de medias palabras, de alusiones difíciles de entender para el profano, y que a la postre no tienen ningún significado, con un gran gasto de *ideal*, *regio*, *colosal*, *romántico*, *notable* u otras expresiones empleadas sin discernimiento.

Hablar así me resulta difícil y tedioso; callar es exponerse a pasar por tonto, por *pavo* o como un importuno a quien se mira con desconfianza. Desconfianza infundada, pues el trato de mis semejantes me ha suministrado una inagotable provisión de indulgencia, la misma que yo necesito para mis torpezas de otro género.

Por lo demás, ¿es tan natural lo que me ocurre! Yo soy distinto porque he vivido siempre aparte; los demás se entienden tan bien porque han crecido y vivido en común, influenciándose recíprocamente.

Pero es muy doloroso comprobar esta soledad. ¿Podrá servir de consuelo el pensamiento de que, unos más adentro, otros más afuera, en el fondo los hombres todos están irremediablemente solos, separados por el *yo* aislador e impenetrable? El otro día tropecé con estas palabras de D'Halmar que me devuelven una idea mía muy antigua, valorizada por la experiencia de un hombre que ha vivido y peregrinado tanto: "Un perro, una mujer que sepa amar, un amigo, todo eso resulta un lujo excesivamente caro. Para mantener un barco a nuestra disposición, al pie de nuestro embarcadero, es preciso consagrarle toda nuestra atención, tejer la cadena con nuestros pensamientos más fuertes, más tiernos y más puros, y aún así la romperá y nada será capaz de disputársela al mar cuando llegue su hora.

"Los inquilinos del corazón no dejan sino perjuicios. ¿Habéis oído hablar de eso que llaman *saber vivir*? Saber vivir, en suma, no es sino habitar uno mismo en su corazón, no compartirlo con nadie. Nada fortifica más que el convencimiento de que uno nació solo, y haga lo que haga

vivirá lo mismo y morirá. Después, los que amamos se acordarán tanto de nosotros como aquellos que ni siquiera nos conocieron...".

El día en que llegue a penetrarme íntimamente de esta gran verdad, a *sentirla*; el día en que ella presida todos los actos de mi vida, ese día ya no me inquietarán la antipatía y la indiferencia de la gente y viviré conforme en mi forzada renunciación.

Pero esta conformidad la adquiriré sólo cuando me convenza de mi radical ineptitud para *saber vivir*, no como lo entiende D'Halmar, sino como se entiende y practica ordinariamente, y es este convencimiento el que yo rechazo con todas mis fuerzas. Siempre he sentido un poderoso e inaplacable anhelo de sociabilidad, que jamás he logrado satisfacer, a causa de las tendencias contrarias que coexisten y se sobreponen dentro de mí. ¡Anhelo tan humano, tan fundamentalmente humano! Es el mismo D'Halmar quien dice: "A donde quiera uno va con su pobre yo, limosneando simpatías". Aunque agrega esta conclusión desesperanzada: "Y en la mano tendida únicamente los años van dejando caer su escarcha".

¡No, no puede ser! Y para ver si logro derrotar las tendencias que me estorban, y si el hábito y el roce liman esas aristas que no me dejan acercarme a los demás sin desgarrarme y rasguñar, voy a todas partes. El sábado estuve en el baile que ofreció el matrimonio Ross-Ossa en su castillo de Miramar. Fué un cuadro original, de arte y suntuosidad. Las parejas bailando estas danzas modernas, dislocadas y sensuales, entre muros y artesonados de piedra del más puro estilo medioeval...; aquí y allá, tapices, colgaduras, caprichosos gobelinos...; en el fondo un jardín esmaltado de flores...; y desde la amplia terraza, abierta al mar, por entre las almenas, el espectáculo fantástico de las luces de Bengala que ascendían al cielo como luengas

caudas de cometas y se abatían en hebras desgredadas como cabezas de Medusa, mientras a lo lejos parpadeaban las antorchas de las embarcaciones. Me acordaba de ustedes, de lo que habrían gozado asistiendo.

He disfrutado de horas muy agradables en la amena compañía de Pancho Walker.

Es tan culto e inteligente, y tan buen charlador, y tan curioso de todo, y tan comunicativo en sus entusiasmos, que a su lado no hay peligro de que se agote el tema. El otro día nos dedicamos al turismo. Fuimos a Valparaíso, estuvimos dos horas en bote, recorriendo la bahía, y visitamos los espléndidos barcos nuevos de la Compañía Sud-Americana. Según Pancho, superan a todos los que hacen la travesía entre Europa y Sud América, y constituyen una honra para nuestro país. Después desembarcamos y nos dirigimos en tranvía a Las Torpederas. Vimos bailar a la gente tan pintoresca —porterías y empleadas— que ahí se reúne, y regresamos al puerto en una rápida lancha de gasolina.

Lo que más me gusta en Walker es la viva curiosidad y el juvenil entusiasmo con que mira todas las cosas, a pesar de lo mucho y muy bueno que ha visto en tierras más adelantadas. Nada de esa displicencia antipática ni de ese constante reproche para todo lo de esta tierra, a que nos tienen acostumbrados los que han asomado la nariz más allá de la cordillera. Por el interés afectuoso con que mira nuestros adelantos, me he convencido de que en el fondo, es patriota, aun cuando él no lo crea.

El libro de que me hablas lo compré antes de venirme y lo dejé para la vuelta. Admiro a Pérez de Ayala como el que más, por el relieve con que destaca a sus tipos, por la agudeza con que los analiza, por la vivacidad y exactitud con que describe las escenas, por el vigor, la sutileza y originalidad de su raciocinio, por su ingenio cáustico en el

manejo de la sátira. Sin embargo, no simpatizo con él. Fál-tale a su humorismo esa efusión cordial, esa indulgente comprensión, que redime a la ironía de la malevolencia y sequedad que parecen serle inherentes. Tú te acuerdas de France y de su "Histoire Contemporaine", de la piadosa sonrisa con que vela los infortunios conyugales de Mr. Bergeret y de su generosa tolerancia para el dogmatismo, a un tiempo intransigente y audaz, del padre Lantaigne.

Como crítico, abusa el autor de "Las Máscaras" de su destreza en la dialéctica y cae a menudo en el sofisma. Ejemplo, su conducta con Benavente. Echa de menos en el teatro del ilustre dramaturgo la acción y la intensidad dramática. Le muestran "La Malquerida", que reúne estas condiciones y exclama: "¡pieza policial!" ¿No hay mala fe? ¿No hay hasta falta de civismo en empeñarse en zaherir a quien es el único valor positivo y universal del teatro español contemporáneo? Por espíritu de justicia y por patriotismo de raza hay que condenar el procedimiento. Como dice Manuel Bueno, "España está en deuda con Benavente". Y al decir España, entiendo yo las tierras de uno y otro hemisferio en que preside don Miguel de Cervantes. Alguna vez espero escribir largo sobre estas cosas: el humorismo, la sensibilidad y la honradez en la crítica, Pérez de Ayala y Benavente.

De los demás de casa no te digo nada porque el papá les está escribiendo a todos ustedes para hacerse perdonar su prolongado mutismo.

O.

Viña del Mar, 20 de Febrero de 1923.

A R. O. G.

1923

Desde mi llegada (¡ay! hace ya un mes!) que me preparo a escribirte. Muchas veces he intentado recoger mis impresiones, pero la cabeza se me ha puesto tan remolona, que no hay forma de reducirla al menor esfuerzo de síntesis. Se desparrama, se disuelve en mil bagatelas deshilvanadas.

Ahí, arrinconados están los libros que traje, dirigiéndome miradas de reproche cada vez que paso junto a ellos. ¡Tanta cosa bella e interesante que se disponían a confiarme! ¡Tanta frase armoniosa que han debido callar! ¡Y pensar que los he desairado por atender a esta gente que me dice siempre lo mismo, a quien digo siempre lo mismo, que es lo mismo que nada!

¡Qué enervamiento, Dios mío! Siento la cabeza vacía como una campana neumática o el cráneo de un lechuguino cualquiera. Voy a detallarte mi jornada diaria y te lo explicarás sin dificultad. Disculpa la estupidez de estas confidencias: ¿qué podrán importarte? Ya lo sé. Pero de algo hay que hablar. Comencemos: duermo pesadamente y despierto con los sentidos aletargados. Me visto con más cachaza de la habitual, que ya es mucha. Encamino mis pasos tardos hacia la playa. Está muy cerca. Fiel a mis hábitos montañeses y para distender los músculos relajados, me voy escalando el pequeño Cerro del Castillo. Los ojos se regalan con la armoniosa geometría y la gama multicolor de los jardines, que se sorprenden por entre las verjas.

Allá abajo el mar que riza su inmensa mancha cerúlea. En las mañanas de sol es una gloria...

Me recuesto en la arena y abro un libro. Casi todos los días uno distinto, que, no logra retenerme y concluyo por dejar abandonado a la vuelta, sobre una mesa. Les pido que me arranquen de esta divagación automática en que languidezco, que me hincen la garra, diciéndome cosas que yo sienta en carne viva, de un modo atropellado y nervioso, y me responden con ñoñerías desleídas o declaraciones enfáticas.

Las letras negras y apretadas se alínean unas en pos de otras delante de los ojos, pero la atención se fuga a cada instante, como una liebre. Y al fin me canso de azuzar los mastines y de espolear la cabalgadura, infructuosamente, y desisto de seguir leyendo.

Junto con el excelente amigo Enrique Vial que, a mi lado, en la misma tarea, no estaba tampoco mucho más recogido, nos acercamos a un corro de muchachas: Inesita, Carmencita, Amelita, Luchita, todas muy llanas, muy simpáticas y muy alegres. Sentadas en el suelo con las piernas estiradas o recogidas a la oriental, tejen y cacarean. En las faldas de alguna ronronea Amado Nervo, con los ojos entornados y sin decir palabra. ¿Qué tendrá el bienaventurado poeta? ¿Estará en el momento de *Serenidad* o en el de *Delicta Carnis*? Donde quiera que esté, en la Nirvana búdico o mejor, en el paraíso musulmán, yo lo envidio en este instante. Y le envidio doblemente, por el sitio en que reposa y porque disfruta del divino privilegio de quedarse callado sin que se le confunda con un estafermo o con la estatua del Comendador. Hay que hablar aunque no se tenga qué decir, hay que reír aunque no haya motivo y hay que celebrar aunque uno se sienta con ánimo de ponerse más formal que un senador de la mayoría. En eso consiste el ser *filarmónico* y *pluma*. Me dicen que estas co-

sas acaban por hacerse sin pensar. Yo lo creo; más creo que ésta es la única manera de hacerlas bien. Porque a la hora que uno las piense...

Almuerzo tarde, desquitándome del apremiante horario postal. Después sumido en la modorra de la siesta, repaso los diarios, estos diarios insulsos de vacaciones, mientras el pensamiento se me escapa —¡incorregible holgazán!— y va a posarse en una probable plancha que he cometido, en una tontería inoportuna que se me ha escapado, en la posible interpretación de un ceño duro que he sorprendido al vuelo, en tal o cual omisión de cortesía, hija de mi timidez ingénita o de mi enfermizo titubear. Y más que estos cuidados en sí mismos me avergüenza y me acongoja el comprobarlos, el presenciar impotente cómo ellos se enseñorean de una conciencia capaz de preocupaciones más serias.

Bien se que el remedio inmediato lo tengo en la mano. Restituirme a mi huraño retiro, y ahí, en el rincón más escondido, como araña paciente y cautelosa, recomponer mi ambicioso sueño de conocimientos. Pero eso sería desertar, Y yo me he propuesto vencer, cueste lo que cueste, todas esas pesadas fuerzas que me inhiben.

Porfiada observación de mí mismo en mí y en los demás, esa es, como tú sabes, la raíz del mal que yo padezco. De él derivan todos los otros: falta de espontaneidad, de flexibilidad; esterilidad intelectual; timidez.

¡Ah, la timidez! ¿Recuerdas la descripción de *Adolfo*, ese pequeño libro enorme, como lo llama certeramente *Xenius*, espejo en que han reconocido su imagen tantas almas conturbadas? No voy a traducirla, sería debilitar la justeza inimitable del original: “Les lettres (se refiere a las de su padre) étaient affectueuses et pleines de conseils raisonnables et sensibles; mais à peine étions nous en présence l’un de l’autre qu’il y avait en lui quelque chose de con-

traint que je ne pouvais m'expliquer, et qui réagissait sur moi d'une manière pénible. Je ne savais pas alors ce que c'était que la timidité, cette souffrance intérieure qui nous poursuit jusque dans l'âge le plus avancé, que refoule sur notre coeur les impressions les plus profondes, qui glace nos paroles, qui dénature dans notre bouche tout ce que nous essayons de dire et ne nous permet de nous exprimer que par des mots vagues ou d'une ironie plus ou moins amère, comme si nous voulions nous venger sur nos sentiments mêmes de la douleur que nous éprouvons à ne pouvoir les faire connaître".

Pues bien, yo me empeño en que este sentimiento no me siga persiguiendo "hasta la edad más avanzada". Y estoy convencido de que no hay otra forma de acabar con él que llegar a hacerse insensible en fuerza de soportarlo.

El sabernos tímidos duplica nuestra timidez, y sólo perdiendo la noción de que lo somos dejamos de serlo realmente.

Salvada esta digresión, que convengo, es un desahogo de pésimo gusto, prosigo mi itinerario alrededor de mí mismo. Leo páginas dispersas de algún libro fragmentario e inconexo: "Correspondance" de Flaubert, el "Camino de Paros", "Nirvana" de D'Halmar. Otras veces me acuerdo de mis interrumpidos estudios históricos y hago en ellos un pequeño avance de tortuga. Otras me pongo a garabatear cosas como éstas que ahora soportas (a la distancia, al menos, hay que hacerse la ilusión de que las soportas), cosas sin interés, donde vacío mi amarilla hipocondría.

Algunas tardes las paso en la confortable biblioteca del Club, imponiéndome de los periódicos europeos llegados por el último correo o leyendo alguna pieza teatral de L'Illustration: "L'ivresse du sage" de François de Curel, interesante por el juego de las ideas, hermosa por sus primores de forma, absurda por las situaciones escénicas; "Les grands

garçons" de Paul Gerald, pequeña joya dramática en que el poeta de "Toi et moi" muestra una vez más su aguda penetración psicológica y su gracia y sencillez incomparables en el decir.

Cuando la atención se fatiga, la vista se distrae en la contemplación del paisaje que encuadra el gran ventanal: los cerros muy próximos, guarnecidos de verdura, y en la cima de uno de ellos, la nota blanca de unas columnas griegas, donde van a enredarse los últimos rayos del sol poniente.

Antes de recogerme a comer doy una vuelta por la playa, obscura, como nuestra Alameda. Apenas se columbran los escasos paseantes que van y vienen y se rozan como sombras al cruzar. Voy también al Club y al Hotel en las tardes y noches de baile. Veo moverse a la misma gente, al son de la misma música y oigo los mismos diálogos:

—Deme este baile, Nachi.

—No, éste se lo tengo prometido al Gato. El tercero a Lucho Majaderanez, el cuarto a Pepe Zoncera, el quinto es para usted.

Se acerca otro:

—¿Cuál va a ser el mío?

—¿El suyo? El sexto, después de Pepe.

—Pero no me vaya a hacer *pillullo* como ayer.

—¿Cuándo le he hecho *pillullo*? No he pensado en hacerle *pillullo*.

—Si, venga a hacerse la lesa...

La orquesta preludia un *shimmy*, el grupo se disuelve. Más allá una muchacha *conversa el baile*, expresión hoy en uso:

—Ayer fuimos a Montemar, en la tarde. ¡Qué linda la puesta de sol! Nada más ideal...

Uno del grupo, afectando ironía, pero en realidad por decir algo:

—Pero ¿qué romántica se ha puesto!

—¿Romántica? (con aire malicioso). Usted sí que estaba romántico el otro día...

—¿Cuándo? Usted está soñando...

—Si, hágase el lesa no más.

Y yo pienso que, en verdad, se hacen los lesos de una manera tan admirable, que es de pegarla que son de veras.

He asistido también a varias fiestas particulares. La gracia arquitectónica de las mansiones, unida a la hermosura de los parajes que las contornan, da a estas reuniones viñamarinas un sello especial de belleza y originalidad que no encontramos en las nuestras.

Y, ahora, ¿qué es de tu vida? Con Pedro García te hemos recordado largamente. Espero que habrás avanzado mucho en tus estudios y estarás listo para los exámenes. Lo contrario sería imperdonable. No tienes derecho a malgastar las cualidades con que has sido favorecido ni a defraudar las esperanzas que en ti hemos puesto los que te conocemos bien. ¿Y la oficina? ¿Sigues en ella y en qué situación? Pedro no me lo supo decir. ¿Y qué es de los buenos amigos y compañeros de tareas, Silva, Bórquez, etc.? Salúdalos a todos muy efusivamente.

¿Y Juan Gómez? ¿Desistió de sus proyectos democráticos? Dile que lo recuerdo mucho y que tenga ésta como suya. Es tan larga, que pueden repartírsela. Yo me quedo hasta el diez. Contéstame pronto. No aguardes para hacerlo llenar tantas cuartillas como yo. Es difícil ser tan latero.

Un abrazo muy fuerte de tu amigo.

O.

Viña del Mar, 26 de Febrero de 1923.

A J. V. L.

1923

Gracias por tus hermosas y alentadoras palabras. Créeme —te lo digo con la sinceridad que nos debemos los hermanos— que me han hecho mucho bien. Las he recibido oportunamente, cuando me sentía, como nunca, dominado por una aplastadora sensación de inferioridad. Estado que va siéndome habitual, pero que tiene sus alternativas y diferencias de grado. Todo aquello de que carezco crece a mis ojos y me parece codiciable. Incluso los vicios. Con cambiarles de nombre... Las costumbres licenciosas, se me ocurre, ¿no serán simplemente manifestaciones de virilidad? ¿Acaso no decimos, de quienes a ellas se entregan, *que son muy hombres*? Al contrario, en lo que poseo no paro mientes, o le otorgo muy escaso valor. ¡Veo que en el medio en que me muevo cuentan tan poco estas cosas que han llenado mi existencia y monopolizado mi juventud! Y para desenvolverme en la vida más bien me estorban, ya que son causa de mis rarezas. Además, y esto es lo más triste, prescindiendo del mayor o menor aprecio que los otros hagan de mis aptitudes, éstas están tan lejos de corresponder a mis aspiraciones, que no pueden compensarme de la carencia de las condiciones comunes.

¿Qué exiguo me parece mi predio intelectual y qué escasa y poco nutritiva su cosecha!

Pero a pesar de todo, cuando se trata de valorizarse uno mismo, nunca falta alguna reserva oportunista. Y es ésta la que, con tus generosas palabras, has venido a avivar. Gracias de nuevo. Son palabras de hermano, es cier-

to, pero también palabras de un hombre inteligente y sincero. Por eso me confortan y estimulan.

¿Que es muy ridículo todo esto que he venido diciendo? Yo también lo encuentro un poco. Lo que sí me dolería mucho es que lo tomaras por retórica, por pose literaria. Querría decir que tú tampoco me comprendes. Aparte de que como retórica sería del peor gusto, y como pose bien poco gallarda.

.....

Hasta luego.

O.

Viña del Mar, 8 de Marzo de 1923.

A J. V. L.

1924

Mañana cumplimos la primera quincena de estada aquí. El clima nos ha recibido bien a todos. Desgraciadamente, la casa, en cuya elección, como sabes, no pudimos intervenir, deja no poco que desear. Tiene dos piezas a la calle, el salón y el comedor, muy bien ventiladas, pero en las restantes se deja sentir bastante el calor. Estos inconvenientes se salvan, en parte, instalándose durante el día en las primeras y, cuando no se está en ellas, estableciendo una corriente de la calle a la galería. A mamá y Lucha les gusta mucho la situación, tan central, en medio del comercio, y se divierten viendo pasar, desde el balcón, mientras tejen y cosen, el continuo desfilar de viandantes y de vehículos.

De noche invade los dormitorios un enjambre de zancudos que, las primeras veces, nos sorprendieron indefensos y nos perturbaron el sueño, dejando a casi todos salpicados de ronchas. Después hemos recurrido, para protegernos, a unos velos llamados *mosquiteros* (de mosquito, nombre castellano del zancudo). Se colocan en la cabecera y se extiende hasta la mitad de la cama, en forma de poner a cubierto la cara y las manos. Los zancudos vienen, pican sobre la tela, zumban coléricos, pero no alcanzan a traspasarla y tienen que privarse de su proyectada cena de sangre. ¡Merecido chasco de los pequeños y molestos vampiros!

La ciudad progresa de un modo sorprendente. Aquí, como en Valparaíso, las cosas marchan muy de prisa, con el movimiento acelerado que le imprimen a todo los anglosajones, avocindados en gran número en esta región. Ellos han influenciado profundamente a los criollos, uniéndose a sus familias o, sencillamente, irradiando su ejemplo, con la virtud expansiva de su raza, tan abierta para derramar las costumbres, como hermética para acoger las del medio circundante.

De un año a otro, donde sólo había sitios baldíos, se levantan grandes y hermosas construcciones, totalmente terminadas. Los medios de locomoción progresan cada día. A los tranvías comunes, muy buenos y superiores a los de Santiago, (parecidos a los de San Bernardo, pero limpios y bien pintados), se han añadido ahora otros nuevos, destinados al servicio de Chorrillos a Valparaíso. Son muy grandes, divididos en dos compartimentos, uno para señoras y otro para fumar, para caballeros. Se abren al centro por puertas de correderas, manejadas por el cobrador; como en Europa; el imperial es también cerrado y cómodo. Además de estas dos clases de tranvías hay un sinnúmero de autobuses, que corren a una velocidad ver-

tiginosa, superior a la de nuestros *Fords*, hasta el punto de hacer, por la noche, en siete minutos el trayecto de la Plaza de la Victoria a Viña. De aquí también sus peligros. Diariamente se producen accidentes, algunos fatales. La autoridad, entre tanto, se conforma con fijar en el camino plano, de trecho en trecho, unos carteles terminantes y amenazantes: *Velocidad máxima...* Los choferes sonríen y apuran la carrera. El defecto de todos nuestros gobernantes, administrativos o edilicios, conformarse con dejar establecidas las cosas en el papel.

El veraneo, igual que los años anteriores, con los mismos paseos, aunque menos concurridos y animados.

Se echan de menos algunas figuras decorativas, que nos habíamos acostumbrado a mirar como parte integrante de estos sitios.

Los sábados llegan de Santiago y de todas partes un gran número de hombres públicos y muchachos *de sociedad*, que regresan el lunes. El dinner-concert del domingo estuvo como en sus buenos tiempos. Mucha locura y mucho *snobismo*. Modas extravagantes: melenas *garçon*, cortadas otras más arriba del occipucio y crecidas y lacias sobre las sienes; zapatos sin tacón y profusión de cigarrillos en los labios pintados. Bailes interminables, estrépito de *jazz-band*, cantos coreados.

Los últimos sobrevivientes resístimos hasta las dos y media de la mañana.

¿Por qué no vienes a pasar unos días, como habías pensado? Tendrías hartito que ver.

Los diarios han publicado una lista de los inscritos en los Registros Militares que reclaman su exención al Primer Juzgado. Los nombres van acompañados del domicilio y de las causales invocadas. Me encuentro en la buena compañía de un coetáneo aproximado, Javier Undurraga.

Se nos señala a la denuncia pública... Todo el mundo lo ha leído, y me ha valido insistentes bromas de los amigos.

La víspera de mi venida hablamos, Ramón Ossa y yo, con el Director para pedirle que nos tuviera presentes en los ascensos que se producirán con el retiro de González. Nos dijo que todo dependía de que Tagle se lo recordara oportunamente. Le pedimos a Escala que lo hiciera.

En el escritorio de Lucho te dejé un ejemplar de la historia de L..., que conseguí encontrar.

O.

Viña del Mar, 14 de Febrero de 1924.

A J. V. L.

1924

¿Qué te parece la campaña electoral? Volvemos a los peores tiempos del oficialismo. Se veja a las personas, se asaltan las propiedades, se empastelan las imprentas de los diarios de oposición, a fin de amordazarlos, (van cinco o seis atacadas en estos días), se encarcela a los mismos candidatos, unas veces con la tolerancia y otras con la participación activa de las autoridades y de la fuerza pública. No se haría todo esto ni se faltaría a la palabra empeñada si se supiera seguro el triunfo de la Unión en lucha abierta. El resultado de las inscripciones y la composición de las mesas, son bien conocidos. Por eso es dudoso que basten los atropellos de la fuerza para anular

estos factores, aunque me lo temo mucho, porque no se detendrán los aliancistas ante nada. Esperemos.

He leído poco, lo que se llama leer. Entre los diarios, páginas dispersas y las largas cartas que he escrito, se me ha pasado el tiempo. Apenas he terminado un libro, "Souvenirs du Vicomte de Courpière", novela de Abel Hermant. Este es actualmente uno de los primeros literatos de su país. Dice Mauriac, joven escritor de gran reputación, que como estilista tiene Hermant su lugar al lado de France, que ambos producen el francés más genuino que hoy se escribe. Estos "Souvenirs" pertenecen a una serie de novelas que responden a la común denominación de "Mémoires pour servir à l'histoire de la Société". Pronto comenzaré el segundo volumen: "Monsieur de Courpière, marié". Parece que Hermant pretende hacer una especie de "Comedia Humana" contemporánea, dedicada principalmente a la pintura de las altas clases.

La novela que acabo de leer tiene pocas condiciones de tal. Es más bien la sucesión de aventuras amorosas que constituyen la juventud del vizconde de Courpière; un Don Juan muy moderno: apenas sensual, hartamente prudente, sumamente práctico y nada sentimental. No hay intriga. La boda que cierra el relato, es el término natural de la carrera erótico-mercantil del protagonista, no el desenlace de una acción planteada al principio y desenvuelta en las páginas siguientes. En rigor, es sólo el desenlace del episodio final.

Los distintos episodios son otras tantas historietas licenciosas, contadas con mucha picardía y mucho atrevimiento, sin degenerar jamás en lo grosero. La audacia está principalmente en las alusiones, porque el autor nos deja siempre a la puerta de la alcoba.

El protagonista es el único personaje que se destaca con relieve entre los muchos que desfilan por la obra. Por

lo demás, los principios directores de su conducta son bien simples. Todos se confunden en este aforismo aprendido en la niñez, de labios paternos: "Un muchacho bien plantado sale muy luego de apuros, ("un garçon bien tourné, ne reste guère dans l'embarras"). Es toda su filosofía práctica, y a ella se conforman, lo que hace pensar en una predilección providencial, los mismos sucesos exteriores en que le toca actuar. La amoralidad de sus acciones y su desenfrenado individualismo, no excluyen una adhesión teórica, pero sincera, a todos los principios de conservación social: religión, autoridad (monarquía en este caso), orden jerárquico.

¡Tipo bien común de vividor aristócrata, de anarquista blanco, este vizconde de Courpière! En nuestro pequeño "mundo bien", junto al mesón del Richmond, hemos conocido muchos así. Habiendo roto en su vida con toda disciplina, jactándose de burlar, cuando se ofrece, al policía y al juez, claman contra la rebeldía de la chusma y exigen, con voz vinosa, un gobierno fuerte que la haga entrar en vereda. Algunos son creyentes, —aunque no sepan palabra de religión—, y patriotas ardientes, —aunque no tengan noción de civismo—, y están dispuestos, en los casos graves a comerse a los degenerados "sin patria". Los demás personajes se asemejan tanto entre sí que, más que individuos distintos, parecen apenas apariencias diversas de uno solo. Las mujeres son todas livianas y venales y los hombres imbéciles o abyectos, o ambas cosas a la vez. No se nos muestra un solo carácter fuerte, de pasiones violentas, avasalladoras. Nunca un rasgo generoso, un impulso redentor. Por todas partes la misma bajeza de alma, disimulada un poco tras una fría apariencia de corrección. Esto no se le escapa a Hermant. Al contrario, lo confiesa sin ambages, después de habernos hecho el retrato colectivo de las damas concurrentes a un

salón: "Je m'aperçois bien que j'ai fait un portrait collectif: cela devait être, car elles n'ont d'individuel que leur nom, et encore il arrive souvent qu'on prenne l'un pour l'autre, même quand on est avec elles du dernier bien". (pág. 65).

El móvil de las acciones y de los mismos vicios de esta mezquina humanidad es el lucro, obtener el dinero necesario para sostener una existencia ociosa, "condición *sine qua non* de la vida mundana, ya que el hombre de mundo debe tener tiempo de obrar para no hacer nada y de hablar para no decir nada". (pág. 59).

El relato está interrumpido por frecuentes digresiones de carácter psicológico, acerca de la aristocracia francesa, de la vida mundana en general, de su espíritu y de sus fines, digresiones hechas con una gracia y agilidad mental admirables.

Hacen recordar las paradojas de Oscar Wilde. Las inspira el mismo amable cinismo, descubren la misma sonrisa desdeñosa. Sólo que en la paradoja de Wilde hay con frecuencia exaltación dionisiaca y en ésta, nada más que indiferencia regocijada. En Hermant encontramos, también, ese rigor lógico que no pierde el francés ni en sus más locos escauceos intelectuales.

El tono de los "Souvenirs du Vicomte de Courpière" es de una constante ironía, una sonrisa felina en que se dibuja a menudo la mueca del sarcasmo. Pero este sarcasmo no es signo de protesta. Nada más lejos del humorismo de Hermant que el *castigat ridendo mores* del latino, a lo menos aquí. No quiere castigar nada, se contenta con sonreír de todo. Aunque declare —zumbonamente, es verdad— "que no querría que se rehusase a su obra todo alcance social", es lo cierto que por ninguna parte asoma en ella la menor intención moralizadora. Al contrario: "La pudeur publique, dice el biógrafo de M. de Cour-

pière, n'admet point, et je la comprends, que l'on touche a certains sujets autrement que d'un style scandalisé. Moi, j'ai pris à la longue le style de mes interlocutrices, qui, sur ce sujet-là, est naturel et indifférent comme celui même de la science". (pág. 42). Su papel es, pues, el de un simple anotador de las observaciones cogidas al pasar. Sólo que estas observaciones no pueden ser impersonales, como procuran serlo las de la ciencia, y es su espíritu escéptico y desdeñoso el que lleva a Hermant a trazar y reñir ciertos rasgos y a dejar otros en la penumbra.

En suma, hay, por todas partes, derroche de ingenio y desvergüenza. Los episodios son divertidos y picantes. Abundan las agudezas de concepto y los hallazgos de expresión. Hay ingenio sutil y a ratos observación profunda en sus digresiones paradojales. En su gracia se aunan la finura y la audacia. El estilo es límpido, elegante, preciso. Las descripciones, sobrias, de un trazo firme y leve a un tiempo. Pero lo que le sobra en "esprit", le falta en calor de humanidad. Ni un asomo de ternura, ni una contracción pasional en esa máscara fría. Siempre la misma mueca burlona, sarcástica, despectiva. La emoción, la poesía, la nobleza moral, están ausentes por completo. De ahí que, a pesar de sus méritos innegables, deje una impresión de sequedad y monotonía.

Dicen que Hermant escoge modelos vivos, muy conocidos en los círculos parisienses o en la bohemia cosmopolita, y esto le ha valido algunos bullados desafíos. Yo mismo creo haber reconocido en el Poeta "tan célebre por su monóculo como por su gloria" a Henri de Regnier. Pero, aunque los extraiga de la vida, no logra insuflar a sus tipos esa vida superior, más potente porque más sintética, de la creación artística. Creo que esto proviene en parte, —descontada la carencia de facultad creadora— del modo convencional como los hace actuar, de las intrigas

toutes faites en que los hace intervenir. Puede que algunas sean páginas verídicas de la crónica parisina, por lo general parecen combinadas demasiado bien para haber sido vividas.

Sea como fuere, es Hermant un autor que debe conocerse. A las excelencias de su estilo, a su vasta cultura humanística —administrada muy hábilmente—, a su frecuente amenidad, se añade, con todas las exageraciones que se quiera, su importante valor testimonial sobre las costumbres europeas de la pre-guerra.

O.

Viña del Mar, 29 de Febrero de 1924.

A E. S. C.

1925

He aguardado este reposo costeno para comunicarme con usted. Después de tres días de aclimatación le dedico mi primera carta. Sentí mucho no verlo en las varias ocasiones que pasó por Santiago. Después de una de ellas me entregó D. su recado escrito. Me dijo también que una de sus chiquitinas había sufrido un ligero accidente. ¿Mejoró ya? Así lo espero.

Desde nuestra última entrevista ¡cuántas cosas, qué cambios más radicales! No crea que voy a romper mi consigna de abstenerme de comentarios políticos. Sólo me permitiré recordarle su optimismo de entonces, su ciega con-

fianza en la eficacia de una candidatura de combate. Como siempre, en política, confundía sus deseos y sentimientos con la realidad.

No sé si Ud. se acordará de mis aprensiones, de mi temor a las consecuencias de una lucha enconada y a un veto militar que impusiera una transacción. Todo a pesar de mi admiración y simpatía por el candidato proclamado. Ud. rechazó estas hipótesis, especialmente la última. Recuerdo sus palabras: "eso sería enajenar la voluntad de la opinión pública". ¡La opinión pública! Una vez más ¿cuál es? Dejemos aparte esas apreciaciones de calidad un poco arbitrarias y personales. Por lo demás, el hecho ha ocurrido en peor forma de lo que yo preveía y la mayoría del país (Ejército, profesorado, empleados particulares, sociedades obreras, estudiantes) o ha aplaudido francamente o ha consentido sin mayor repugnancia. ¿Por qué las fuerzas conservadoras no han realizado, ni realizarán, según todas las probabilidades, una contra-revolución? Pues sencillamente, amigo mío, porque no tienen popularidad. Y en estos tiempos, y en nuestro país más que en ninguna parte, ella es tan indispensable para el buen éxito de toda empresa, como el oxígeno para respirar. Podremos lamentarlo, pero es un hecho. No olvide, tampoco, que yo le dije siempre: esta larga y dramática querella entre la Unión Nacional y la Alianza Liberal es en el fondo y ante todo, una lucha de clases: aristocracia santiaguina, con sus subordinados y adherentes, a la derecha; clase media y pueblo, a la izquierda. ¿Quiénes son más? Es cuestión de sencillo cálculo aritmético, que se resuelve a simple vista. Contemplado bajo esta luz, el reciente movimiento militar se explica fácilmente, sin olvidar, por cierto, las torpezas políticas de la antigua Junta de Gobierno y del Ministerio R., que han tenido influencia decisiva. En el Ejército la oficialidad está en gran parte afiliada a la Masonería y pertenece en su casi totali-

dad, a la clase media; los soldados han salido del pueblo, son pueblo. Su afinidad con los partidos Radical y Demócrata es evidente: y que las aspiraciones democráticas —parcialmente entendidas, es cierto— y el anti-clericalismo, han sido el nervio de esta revolución, lo están probando las declaraciones y manifiestos del Comité revolucionario, donde abundan las expresiones violentas contra la oligarquía y la reacción, junto a una porción de hechos de mayor o menor entidad, como el asalto al Club de la Unión y algunos vejámenes impuestos a personas de situación social espectable. Lo dicho, amigo mío, antagonismo de clases, y nada más. Hasta el anti-clericalismo puede resolverse en ello, puesto que la religión es artículo de lujo, patrimonio y ornamento de la gente de bien, y está entregada entre nosotros al celoso cuidado de las Asociaciones de señoras y Ligas de damas —la florida diócesis de Dodona— y a la ayuda que le prestan, en cambio de servicios recíprocos, los terratenientes de la zona central.

Pero me asalta el temor de haber quebrantado su prohibición y haber faltado a mi propósito con estos superficiales comentarios. ¡Qué quiere Ud.! Hemos pasado cerca de dos semanas, todos, cual más, cual menos, sin poder pensar en otra cosa, oyendo, leyendo y comentando siempre alrededor del mismo tema, que no es raro que lo primero que acuda a los puntos de la pluma, aún sin quererlo, sea esto. En tales circunstancias, para poder prescindir del ambiente sería menester un indiferentismo rayano en la inconsciencia o la capacidad de abstracción del gran Leonardo, que en su diario íntimo consagra apenas dos líneas para un hecho de armas trascendental en una de las guerras civiles, con intervención extranjera, que asolaban su país, y pasa, en seguida, a un minucioso recuento de sus últimos ensayos científicos y artísticos.

Y a propósito, antes de abandonar definitivamente es-

te tema, voy a mostrarle la forma, por demás curiosa, cómo me enteré de la revolución del veintitrés. Puede que le ayude a reconstituir la atmósfera moral en que se desarrollaron aquellos sucesos. A las cuatro de la tarde llegó a nuestra oficina mi amigo y compañero R. O. Venía del despacho del Almirante N. Nos contó que, sorprendido al ver las bocacalles de Palacio cercadas por fuerza pública, su tío don L. G., que le acompañaba, interrogó al Almirante, quien respondió con mucha flema "que el Gobierno tenía noticia de que pensaban tomarse la Moneda a las cinco" textual, así como quien habla de tomarse una taza de té, aquí con más propiedad que nunca un *five o'clock-tea*. En seguida agregó el viejo marino, dejando caer la cabeza sobre sus papeles: "Tengo mucho que hacer". Se ocupaba en dar remate a la financiación del Presupuesto.

Nosotros entendimos que se trataba de un motín abortado por un denuncia oportuno, hablamos algo del asunto y volvimos a nuestras tareas.

Poco después E. V., que pertenece al "Ilustrado", vino diciendo que se tomarían la Moneda a las seis. Habíamos ganado una hora. A las cinco y media, hice once junto con H. H. y R. O. en la confitería de Robinet. Hablamos un poco de actualidad política y mucho más de revueltas populares en general y del carácter salvaje que en nuestro pueblo pueden revestir, debido a su atavismo indígena y a su estado de semi-barbarie. Vaciamos nuestras tazas, fumamos nuestros cigarrillos, discurriendo socráticamente; a nuestro alrededor no vimos preocupación en los semblantes ni llegó a nosotros el eco de ninguna voz alarmada. Salimos a la calle, compramos la primera edición de "Los Tiempos" con una mezcla de escepticismo y ansiedad. Nada, lo de siempre, el cuento extranjero con cromos mal ajustados. De la toma de la Moneda, ni una palabra. Me reí de la credulidad de los demás y de nosotros. H. y

yo nos dirigimos al Cerro, a leer juntos unas de las más bellas prosas de Rubén, la visita a León XIII, en "Peregrinaciones", digna hermana de sus mejores versos. Allá, en nuestra plazuela de Valdivia, nos encontramos con P. A., que leía una novela de Baroja. Hablamos de este autor. No se nos ocurrió, ni a él ni a nosotros, hacer la menor alusión a los rumores circulantes. En seguida leímos, paladeamos golosamente y comentamos con profusión el capítulo de Rubén. Bajamos a las ocho.

Después de un breve pasaje por mi escritorio, me encaminé al centro, en compañía de H. Resolvimos comer juntos, pues mi amigo se marchaba al día siguiente a vacaciones y no nos volveríamos a ver tan pronto. Cruzamos la plaza. Reparamos que en sus ángulos había apostados piquetes de policía montada. Volvimos a inquietarnos. Pero los paseantes se disolvían y tomaban el rumbo de sus casas con la misma despreocupación rutinaria de siempre... ¿Qué pasaba? ¿Pasaba algo siquiera? Era desconcertante todo aquello. No interrogamos a nadie, sin embargo. Nos habríamos expuesto a pasar por seres bajados de la luna; cuando apenas descendíamos del pequeño Huelén. Comimos en el Germania, un modesto prix-fixe de dos pesos cincuenta, sito en Bandera, más allá de San Pablo. Hacía un calor sofocante. Nos situamos en un patio flanqueado de bambúes. En nuestra vecindad, teutones rubicundos y cranicuadrados bebían sendos *schops* espumantes. Alcanzamos a percibir que hablaban del General Dartnell, en alemán. Esto, como Ud. comprenderá no nos dió mucha luz. Nuevas conjeturas. Pero el tema nos dió para poco y luego nos abandonamos, con el excelente camarada, a una de esas charlas desmadejadas, que se deslizan blandamente entre amigos que se comprenden bien y en las cuales lo que el uno comienza el otro lo termina completando su pensamiento. Despachada nuestra parva alimentación, trepamos a un

autobús, camino del centro. Un suplementero me metió por las narices la segunda edición de "Los Tiempos". La cogí con nerviosidad y encontré en grandes caracteres la estu-penda, la escandalosa respuesta a nuestras conjeturas de la tarde, copio los títulos a la letra: "Noticias de última hora. A las 6 P. M. dos regimientos ocupan la Moneda, apres-sando a los miembros de la Junta de Gobierno. El movi-miento cuenta con el apoyo de toda la guarnición. El je-fe del movimiento es el Inspector General del Ejército don P. P. D." No leímos más. Imprecaciones contra la indisci-plina del Ejército: contra la indiferencia de este pueblo "que no tiene nervios". Pero al atravesar la bocacalle de Agustinas hubimos de modificar un tanto nuestro concepto. Un numeroso público se agolpaba frente a "La Nación", obstruyendo el paso. Exactamente como cuando se está ju-gando el honor nacional en la lejana Yanguilandia, entre los puños crispados de Quintín Romero o de Luis Vicenti-ni. Seguimos hacia la Alameda. Estudiantes y obreros se apretujaban en las aceras y en la calzada. Oradores impro-visados vociferaban. Rostros patibularios, sombreados por lacias guedejas, deslizadas bajo el chambergo negro, en-cendían sus pupilas brillantes de rabia y de entusiasmo, de-trás de los espejuelos de concha. Se vivaba a la juventud militar y a Alessandri, cuya efigie volvía a ostentarse en los sombreros como una escarapela, como un amuleto. Le dije a mi amigo sarcásticamente, poseído de compasión por lo que creía una ingenuidad de esa pobre gente: estos im-béciles creen que éste es un triunfo aliancista, como en se-tiembre creyeron suya la victoria los unionistas. Me pare-cía inverosímil atribuir a los militares la grotesca incon-secuencia de favorecer el regreso del Enviado. Poco des-pués la pizarra de "La Nación" se encargó de justificar a mis ojos el regocijo de aquella pobre gente y de burlarse de mi mezquina lógica consuetudinaria, que no contaba con

las ironías de lo imprevisto: El Manifiesto militar prometía, en efecto, el regreso del Enviado, Presidente constitucional, que pasaba a ser así el Reespedido.

En las calles no veíamos a esa muchachada elegante que en Setiembre se sentía vengada y triunfadora, mediante la acción de la "espada flamígera". En el *hall* de "El Mercurio" tropecé con algunos. Mostraban una cara inconmensurable de presuntos herederos defraudados y maldecían entre dientes a los militares imbéciles. Hablaban de licenciar al Ejército. No pude menos de sonreír, recordando que eran los mismos que en setiembre se paseaban del brazo de un teniente cualquiera, orgullosos de mostrarlo entre sus amistades. En cambio grupos de descamisados, de *federados* y de asambleístas radicales celebraban ufanos el asalto al Club de la Unión. Lo miraban como una venganza por el asalto al Club de Estudiantes, el año veinte, y un castigo a la altanera aristocracia, aplicado en su simbólico hogar. Mueras a la oligarquía y vivas a Alessandri proferidos con voz tabernaria al paso de los automóviles que circulaban. Era el odioso y estúpido antagonismo de clase, mucho más odioso y estúpido en una joven república del Nuevo Mundo, que se ostentaba por todas partes. Era la terrible envidia democrática que se mostraba con impudicia en sus necios prejuicios excluyentes, de selección al revés, de nivelación hacia abajo. Me recogí a mi casa irritado, entristecido por la ciega estupidez de los hombres que se clasifican arbitrariamente, se apartan y levantan con sus odios y prejuicios fronteras infranqueables, en vez de estrecharse y cooperar cada uno en su puesto, unidos por la común servidumbre del trabajo y del dolor.

Y al finalizar esta epístola que en mis planes debió ser breve y ha resultado interminable, que debió rozar apenas los sucesos políticos y se ha hundido en ellos hasta adentro, me doy cuenta de que he tratado un solo tema,

y justamente el que me estaba vedado. Pero —vuelvo a impetrar su perdón— de qué podía haberle hablado. Aparte de algunos versos franceses, no he leído en todo este tiempo nada que pueda llamarse literario. “La Nación” argentina, “Les Nouvelles Littéraires” se me han ido acumulando en forma alarmante.

Salude en mi nombre, a su señora, y mande en lo que guste a su affmo. y latero amigo.

O.

Viña del Mar, 6 de Febrero de 1925.

A J. V. L.

1925

Ya calcularás cuánto hemos sentido la enfermedad de Eliana, y las intranquilidades que hemos pasado.

¡Qué veraneo el de Uds.! Los goces inefables de la paternidad se pagan siempre en esta moneda de zozobras y de afanes. Mezquina moneda, dirás tú, a pesar de todo; ella nos hace medir hasta qué punto nuestra felicidad depende del bienestar de estos adorables angelitos rubios. ¡Pobre Rosita, cómo habrá sufrido! Las madres siempre se llevan la peor parte.

Todos nosotros muy bien. Aquí no se siente el verano. Ayer y hoy ha caído en la mañana una fina garúa y durante casi todo el día ha permanecido nublado.

Fuera del domingo, en que hay animación, la temporada veraniega transcurre muy lánguida. Las chiquillas se muestran poco y los muchachos, como siempre bostezan

mucho y rezongan de *la lata*. Lo comprendo perfectamente. Levantarse a las 11; llegar a la playa a las 12; salir para Valparaíso a las 4; dar una vuelta por las calles del puerto; merendar en el Trocadero; callejear otro poco; volver a la playa de Viña; comer, jugar una partida de *bridge* o de cualquier otra cosa, por elegancia, por no hallar qué hacer o por vicio, ¡qué fecundo empleo de una vida! Apenas si, entre medio, los diarios o alguna novelita para estimular el sueño de la siesta. En Santiago, al menos, quien más, quien menos, todos tienen una ocupación. Aunque no reconozcan la causa no pueden dejar de sentir los efectos; esa inmensa sensación de vacío que domina al que todo lo espera del exterior. Ignoran las inagotables riquezas de la vida interna, cuyo interés se renueva sin cesar. Viven al día, sin ajustar sus actos a ninguna ambición elevada y amplia. Aún los mejores no conciben otra cosa que formar un capital para casarse, ocupar puestos decorativos y viajar por distracción. Pero la Némesis no se engaña nunca en el réparto, y si les hace sentir todo el hastío de una existencia sin finalidad, en cambio les ahorra todas las inquietudes del pensamiento. ¡Anda tú a saber, al fin de cuentas, quiénes son los que salen ganando!

Yo alterno entre el paseo y la lectura, que resulta floja y dispersa. Me he hecho presentar al Club como visitante. En su confortable biblioteca, bien provista de semanarios ilustrados, paso algunas horas del día. Ahí me estoy leyendo, en "La Petite Illustration", la nueva comedia de Cúrel "L'ivresse du sage", bien hecha como todas las tuyas

O.

Viña del Mar, 7 de Febrero de 1925.

A J. G. M.

1925

Tu carta tan hermosa, fué para mí una grata sorpresa. Te habías marchado sin despedirte y no habíamos podido, por lo tanto, celebrar esta vez el convenio epistolar que todos los años ajustamos al alejarnos a vacaciones. Ramón me la envió desde Santiago.

Dichoso tú que vives entregado por entero a la meditación, en medio de la soledad. Yo alterno la soledad con la sociedad y veo que aquélla sale perdiendo en su trato con ésta, a lo menos en resultados inmediatos. La sociedad, mujer artificial, frívola e insidiosa, desliza pérfidamente en los oídos de la soledad vanas inquietudes y cuidados pequeños, que turban ese aislamiento de la imaginación sin el cual el aislamiento material no pasa de engañoso espejismo.

Y como si no bastara, ese ruido y esas pasiones de la calle, de que tú has huído, me han perseguido hasta esta playa que debiera ser sólo lugar de esparcimiento o de reposo. La agitación obrera, en vez de amenguar con el pronunciamiento de enero, se ha intensificado y ha llegado a tomar caracteres cada vez más amenazantes. Aquí tuvimos la semana pasada paro de tranviarios, en las últimas horas de la tarde, casi todos los días y el viernes, paro general. El populacho desafiaba con insultos a los coraceros y apedreaban los autos particulares. Los coraceros, que en unión de la policía, patrullaban las calles, se vieron obligados a cargar. El domingo se ha bailado en el Club bajo el amparo de un grupo de marineros pro-

vistos de ametralladoras, instalados en el mismo sitio de reunión, en el parque, a la vista y a pocos pasos de los danzantes. Exceso de precaución, temores infundados y ridículos, dicen unos; ¿por qué no simple prudencia?, digo yo. Por otra parte, a la gente no alarman estos aprestos bélicos, ni los rugidos de la fiera que los motiva.

Baila, *flirtea* y hace frases epigramáticas a propósito de esta protección armada que le brinda la autoridad. Yo no niego que nuestro pueblo tenga razones poderosas para estar descontento. Yo no niego que se le haya mantenido en estado miserable, que hoy mismo no se acude a sus necesidades con la debida diligencia. Pero, admitido todo esto, ¿está aquí el fondo de la cuestión, el impulso inicial que mueve estas pasiones y la fuerza que las sostiene? O será, mejor, como tú insinúas muy bien, que el hombre inferior, al igual del super-hombre, no reconoce ley e intenta apoderarse de los beneficios del hombre mejor, sin poseer sus cualidades? ¡Ah, mi sagaz amigo, qué bien lo dices tú: "El perro quiere también comer de los platos del patrón!" ¿De los platos solamente? Yo creo que *en* los platos también, sobre todo cuando son de porcelana.

Mientras tanto, tú, allá en medio de los árboles, abanicado por sus ramas, tumbado sobre el césped, a la vera del agua cantarina, meditas. Y te preguntas si no será la meditación "un mirarse a sí mismo, una especie de adoración y amor de sí". Afírmalo, Juan, sin más vacilación que la que siempre hay que tener para afirmar cualquier cosa en este mundo de fenómenos y epifenómenos. ¿No decían los antiguos con imagen que no envejece: los líquidos toman la forma del vaso que los contiene. El ejercicio de la meditación nos da la medida de nuestra capacidad, de la fuerza, el alcance y la flexibilidad de nuestra mente, de la calidad de nuestro espíritu; y esto lo vamos percibiendo con mayor o menor conciencia a medida que

meditamos y vamos gozando o sufriendo con esta comprobación, por más impersonales que sean los temas que nos ocupen. Puede ser la teoría de Einstein lo que llene nuestro pensamiento, siempre nos acompañará como una *arrière-pensée* de nosotros mismos, siempre estaremos apreciando el modo cómo se producen las ideas en nosotros, siempre tendremos como una doble vista vuelta hacia nuestro yo. Porque aunque las ideas no nos pertenezcan por su origen, nosotros las pensamos de nuevo, volvemos a crearlas y las pensamos con todo nuestro ser, porque por objetivo y obstruso que sea nuestro pensamiento, es difícil que no interese en alguna medida a la sensibilidad, aun cuando sólo sea en una forma refleja. La misma comprobación de la propia insuficiencia espiritual lleva en el fondo un dejo de placer, porque al tomar conciencia de nuestras limitaciones sentimos que nos elevamos sobre ellas y así podemos concebir la esperanza de llegar a sobrepasarlas y vencerlas un día.

Dices tú: "La vida debe ser como el agua en todas sus formas: limpia, clara, fácil". Es cierto; pero, te pregunto yo, ¿cómo obtenerlo cuando el lecho donde el agua se arrastra es quebrado y tortuoso y tiene un depósito de légamo ancestral y consuetudinario que enturbia la claridad de la linfa? Corrigiendo el cauce, me dirás, limpiándolo de ese fondo legamoso. Trabajo incesante, querido Juan. Lucha constante con la corriente que se obstina en recobrar su dirección, con el viscoso fondo que reaparece porfiadamente. Y en esta batalla con nosotros mismos, fluctuando siempre entre la confianza que alcanza a infundir el triunfo pasajero y la decepción de perder lo que creíamos logrado, ¿cómo alcanzar para nuestro espíritu, la limpieza, la claridad y la fluidez?

Por eso creo más fácil de seguir el ejemplo del árbol "que permanece en un punto, pero va con sus raíces muy

lejos en busca de su savia y reparte a todos los vientos su semilla". Razón tienes al exclamar: "¡Qué sencillo es el árbol: es el modelo de la vida completa, amplia y sencilla!". Sea por impotencia para adoptar otras formas del vivir, o por íntima inclinación, yo recojo su enseñanza:

Alors j'étais mêlé à sa belle vie ample;
je m'atachais à lui comme un de ses rameaux;
Il se plantait, dans la splendeur comme un exemple.

(Verhaeren - "L'Arbre")

Encerrado en un círculo reducido, consagrado a trabajos sedentarios, sin más goces que los muy regalados que proporcionan las actividades intelectuales a quienes hacen de ellas un culto apasionado y absorbente, pero con el ojo abierto de par en par al panorama del mundo y el oído atento a las voces rumorosas que llegan de todas partes, cuidando de percibir las vibraciones del pasado y del presente, que recoge y guarda la página impresa, creo saber más de la vida total que muchos de los que se debaten en su torbellino vertiginoso. Sólo que, a veces, cuando languidezco en la orilla, me acomete la impaciencia de saltar el parapeto y desaparecer confundido en el vórtice de las aguas...

¡Quién como tú que en el amor has hallado la fuerza que congrega y unifica las tendencias dispersas y divergentes de tu vida! El porvenir se te presenta despejado y seguro. Pronto arribarás al abrigo del puerto.

Nunca hablamos de amor, adviertes. ¿Para qué? Cuando el amor no es pasión ciega sino honda y recíproca comprensión, no hace falta decir las palabras del madrigal. El está, para los enamorados, en la lectura que, juntos, los deleita o los conmueve; en el paisaje que hermana sus almas en gemela emoción; en el comentario que explica o en la sonrisa que insinúa; en la mirada profunda o en el relám-

pago fugaz; en el acento con que se dicen las cosas de todos los días y las cosas de todas las gentes y en el halo de silencio que los envuelve, los penetra y los confunde.

Pero es fuerza detenerse y refrenar el pegaso que aquí no pasa de ser un menguado rocín. He tardado un poco en hablar, pero he hablado con exceso. ¡Vicio inveterado e incurable! Veo que me he limitado a glosar los propios motivos de tu carta, sin decirte nada de mi vida, del empleo de mis horas. Culpa tuya, por escribir cosas tan preñadas de sugerencias. Por lo demás, ya lo he dicho, siempre hablamos de nosotros mismos, aun cuando disertemos sobre las tarifas aduaneras. Saluda afectuosamente a Maggi y a Ramiro y recibe un abrazo de tu amigo.

O.

Viña del Mar, 17 de Febrero de 1925.

A J. V. L.

1926

Te escribo al cabo de mi primera semana de vacaciones. Vacaciones que se presentan bajo muy buenos auspicios: tranquilas y con suficientes distracciones, cuando se quiere buscarlas. La temperatura, agradable, por lo general muy fresca, casi fría (hoy ha habido una tenue llovizna); la casa bien situada, cómoda, dominando bellos panoramas; la población, cada año con mayores atractivos, con nuevas construcciones y servicios más eficientes. Mundanamente, Viña ha decaído muchísimo, es cierto, pero casi es para felicitarse de ello. Hasta hoy los veraneantes son muy esca-

sos, como si fuera un fin de temporada. El Gran Hotel, reducido a unas pocas familias argentinas sin interés. Dicen que la sociedad-propietaria está en disolución. Se piensa dividir la propiedad y venderla por secciones. Lástima que vaya a desaparecer ese caserón tradicional, con su gran jardín claustrado, tan hermoso como incómodo y su salón desmantelado, "con los sofás adosados a las paredes, como en las casas de diversión", según le observaba a una dama un viejo vividor.

Apena un poco ver desaparecer estas cosas en las cuales se han enredado tantas horas de nuestra juventud, estas cosas emblemáticas de la época de transición en que nos ha tocado vivir y que se prolonga tanto en su evolución europeizadora. Aquí se asocian las plácidas líneas convencionales de la casa con la audacia de las modas y el desenfado de las danzas, como en las costumbres se funden los resabios del viejo comadrería criollo con las complicaciones del cosmopolitismo que avanza. Larga ha sido la tirada, pero se me impuso este *De profundis* anticipado y tal vez prematuro a este sitio donde he malgastado tanto tiempo, tiempo en pos de cuyas huellas puede que vuelva un día, como el gran escritor francés que me acompaña en los fugaces recogimientos veraniegos.

Y aquí una explicación para mis cartas de otros años y para las que puedan venir. Cada vez que me pongo a escribir, procuro huir de lo que la gente llama *literatura*, procurando al mismo tiempo no caer en los clisés epistolares más manoseados. ¡Inútil empeño! La literatura me asedia y afluye por todas partes y tengo que convencerme de que sólo haciendo literatura puedo mostrarme verdaderamente sincero.

El sábado hice una buena excursión automovilística, en compañía de Roberto Délano y Ramón Ossa. Tomamos el

té en Retiro (Quilpué), recorrimos Limache y comimos en el Hotel de Concón. Hermoso claro de luna en el mar.

Estas escapadas me aligeran y me compensan de las interminables horas perdidas en la cripta del Archivo, bajo la mirada torva del carcelero Suárez. A propósito de Suárez, este señor me hizo pasar un rato desagradable el día de mi partida, cosa muy natural, por lo demás, viniendo de su parte. Había enviado mi solicitud al Departamento del Personal, sin informarla. Este se la devolvió para que cumpliera el trámite reglamentario. Suárez la informó favorablemente, pero en tantas idas y venidas, llegó el día en que yo debía salir, sin que el Director hubiera alcanzado a firmar el decreto. Pedí al Secretario que me autorizara para venirme tres horas antes de que el feriado estuviera decretado. Después de hacerme dar unos pasos improcedentes e infructuosos cerca del Jefe del Personal, y en vista de las consideraciones que le hice valer con firmeza, accedió a mis instancias, no sin haberme dicho antes, en el tono más antipático de su registro vocal, acompañado del gesto más agrio de su repertorio facial: "Entendido que si se le avisa por telégrafo que el Director ha rechazado su solicitud, cuatro horas después Ud. debe estar en su puesto". Como tú comprendes, el sabía que no había ni la más remota probabilidad de que esto ocurriera, pero había que hacer ostentación de autoridad y borrar hasta la más leve sombra de reconocimiento por la mezquina facilidad que se me acordaba... Por eso no olvides presentar en la misma fecha del certificado, la solicitud de licencia y procura cerciorarte, al entregarla, de que no habrá tropiezos.

Te abraza tu hermano.

O.

Viña del Mar, 1.º de Febrero de 1926.

A J. V. L.

1927

Solo, sumido en mis lecturas y divagaciones, sin fiestas, paseos ni compañía de ninguna especie voy pasando el veraneo. Hasta ahora no he encontrado ningún amigo y he conversado una vez, nada más, con dos antiguos conocidos, dos conocidos de los cuales me siento a una distancia estelar en punto a vida y aficiones. Sin embargo, no me aburro; al contrario, exento de obligaciones burocráticas y sociales, mi espíritu se dilata en una inefable libertad. Sólo a ratos, cuando vago por estas calles o las del puerto o por los prados y avenidas del Sporting Club, lamento no poder compartir mis impresiones con algunos amigos de gustos semejantes a los míos. Lo mismo cuando me canso de leer y quisiera prolongar con una charla interesante el *estado de gracia* en que me ha puesto el esfuerzo intelectual realizado y cuya vibración dura todavía. Por lo demás, la falta de estas expansiones se compensa con la concentración mental, con la serenidad de espíritu y libertad de juicio que se adquieren en el aislamiento. De cuando en cuando, una cura de silencio y de soledad es tan necesaria para la economía espiritual, como una cura de aguas medicinales o un cambio de clima, para la economía del organismo. Ahora, si se reúnen las dos cosas...

Y en cuanto a las privaciones que hacemos sufrir a nuestra parte afectiva, la verdad es que los afectos se acrecientan y se depuran con la ausencia. Al intelectualizarse por la distancia, se borran las huellas de todas esas diferen-

cias, de todos esos *petits froissements*, inevitables en el trato directo y reiterado. Queda, en cambio, el recuerdo de lo mejor, de los momentos de comunión íntima que siguen perdurando en nosotros, ahondados por la aplicación del pensamiento.

A decir verdad, el aislarse aquí, como van las cosas hasta ahora, no constituye tampoco ninguna rareza ni ningún mérito. Son contadísimas las familias santiaguinas que han llegado y éstas andan más o menos dispersas. Todavía no se formalizan bien los paseos y reuniones. Los domingos se junta bastante gente, porteña en su gran mayoría, en el Palacio Ducal, pomposo nombre con que se ha bautizado a un modesto restaurante establecido a orillas del mar, en la antigua casa de Mackenna. Fuera de la belleza del sitio y la bondad de la orquesta, lo demás —es decir, las dependencias y la instalación— dejan mucho que desear.

Yo llevo una vida muy higiénica. Me acuesto temprano, duermo bastante. Salto de la cama a las seis y media, y a las ocho u ocho y media estoy en la playa. El apetito, florido, lo que me permite una sobre-alimentación. Papá, mamá y Lucha, igualmente bien. El papá haciendo la vida que siempre hace aquí: trajina por la calle de Valparaíso y va al puerto hasta dos veces al día, como hoy, por ejemplo. Allá se encuentra con sus amistades porteñas.

Todos te envían cariñosos saludos, lo mismo que a Rosita y los niños. Une a estos saludos los míos.

La casa, por la estrechez del espacio, por el número reducido de las piezas, su mala distribución y la carencia de algunos muebles útiles, es algo deficiente. El papá, por lo menos, no se conforma de buen grado. Yo paso por todo con tal de estar lejos de la Dirección de Correos. A propósito, mi feriado dura hasta el 31, inclusive. No olvides

presentar la solicitud de licencia oportunamente, atendiendo a la fecha del certificado.

Esperando que todos Uds. se encuentren bien, se despide con un abrazo tu hermano.

O.

Vina del Mar, 25 de Enero de 1927.

A J. V. L.

1927

A pesar de tus bien inspirados consejos, he dejado pasar las vacaciones sin incorporarme a "la farándula de los veraneantes que pasean". Sólo he hecho algunas asomadas furtivas a los sitios de diversión, lo suficiente para confirmarme en que nada tengo que hacer yo allí. Sin saber bailar y sin oportunidad de cultivar verdaderas amistades, ¿con qué fin seguir dando vueltas sin objeto?

Como espectáculo, dos o tres veces bastan para darse cuenta del ambiente. Ya te lo he dicho en otras ocasiones, estas cosas no me divierten, aunque me atraigan por otros motivos: el aspecto pintoresco, la seducción mundana, la observación psicológica. Pero como me doy cuenta de que no puedo seguir el paso como uno de la comparsa, porque me he formado aparte y de otro modo y ya está viejo Pedro para cabrero, me siento humillado y me alejo luego. No es que me disguste la sociedad, al contrario. Sólo que la sociedad es para mí una cosa muy distinta, una reunión íntima de gente fina, inteligente y cordial, unida por un común amor a la cultura; interés, amor platónico cuanto más no sea, Algo que encuentro en Santiago, en

cuatro o cinco familias que frecuento y en cuyos hogares he vivido horas muy gratas, sintiéndome más ágil de espíritu, más animado que de ordinario, más seguro de mí mismo, a mis anchas.

De los sucesos recientes, mejor no hablar. Desconciertan, y uno no sabe si protestar o aplaudir, tan mezcladas andan las violencias injustas e inútiles, con las medidas de buen gobierno. En todo caso, los hechos, cualquiera que sea su explicación, no pueden ser más deplorables. Dan deseos vehementes de emigrar o, si esto no se puede, de recluirse tras un cerco de libros y de amigos inactuales, que nos protejan de los rumores y de las inquietudes estériles de la calle.

Por ahora encargo a Proust de esta misión. He llegado yo también a la segunda parte de "Sodome et Gomorrhe". Es cierto que desde "Le coté de Guermantes" la obra se alivia. Los diálogos, numerosos, van descartando los largos y enmarañados párrafos del comienzo; las digresiones, siempre tan ricas y abundantes, se distribuyen mejor; los personajes al desenvolverse y acentuar sus caracteres, interesan más, porque se descubren más, como en la vida. Se desea volver atrás, releer los primeros volúmenes, reavivar las primeras referencias, las primeras apariciones de toda esta gente, como nos gusta evocar los primeros pasos de la gente que conocemos en la vida, su primer contacto con nosotros. Ahí tienes a Charlus, esa gigantesca creación de Proust, con algo de relieve caricaturesco de una figura ra-belesiana. Entre el gran señor pleno de *morgue*, afectadamente viril, que hace su aparición en Balbec y l'homme — femme que dirige guiños insinuantes al sastre Jupien, cuántos pasajes preparatorios, cuántos detalles, cuántos matices sabiamente graduados. Uno se convence de que no hay en esta obra nada arbitrario, ninguna cosa añadida sin objeto, que todas las partes están ligadas por una dependen-

cia recíproca. Y se explica el por qué de episodios, cuya finalidad no divisaba al principio v. gr. la visita al tío Adolfo (primera aparición de Odette, "la dame en rose", aun innominada) y todo ese admirable estudio psicológico "Un amour de Swann", (antecedentes de Odette; retrato de Swann-dandy, opuesto al Swann arribista, por interés de su mujer, y al Swann dreyfusista apasionado, que conoceremos sucesivamente; formación del clan de los Verdurin, con sus desmedradas figuras burguesas, que serán más tarde, celebridades del arte y de la ciencia y llegarán a mezclarse con la nobleza del *faubourg*). Proust y Pirandello son entre los escritores de moda, los que ostentan una originalidad más profunda y más vasta. Ella les asegura un sitio en la posteridad que seguramente será negado a ciertos malabaristas de la frase, favorecidos por el aplauso exagerado de los cenáculos de vanguardia.

El papá te escribió hace muchos días y hasta ahora estamos sin noticias de Uds. Confiamos en que se encuentren bien, y que este silencio se deba a la pereza veraniega. Aquí no ha habido novedad. Todos me encargan saludos y cariños para ti, Rosita y niños, a quienes se los darás también de parte mía.

La carta de Europa era de Víctor Alfonso y la obtuve después de mucha insistencia, gracias a las búsquedas de Amengual. A propósito, ¿qué hay de la situación de este empleado? Me gustaría poderle dar una contestación.

Se despide con un abrazo tu hermano.

O.

Viña del Mar, 1.º de Marzo de 1927.

A E. P. S.

1927

.....

Mientras tú enriqueces el sensorio y la inteligencia con sensaciones y conocimientos, yo vivo asediado por la neurrosis, que apenas me deja descansar. Los nervios, cuando no me dispersan en vana agitación, me sumen en una laxitud en que el pensamiento se disgrega, o se concentra obstinadamente en un punto. Así apenas hay lugar para informarse de lo que allá aparece, por los periódicos que nos trae el correo. La información abre el apetito y vacía el bolsillo. Los libros van amontonándose, trepan por los muros, invaden mesas y sillas. A veces se me escapan, como las mujeres infieles, del brazo de un amigo. Pero vuelven al hogar, cansados de aventuras. Yo los perdono, como esos maridos magnánimos de las novelas rusas. Los amigos que los llevaron me revelan sus encantos (los de las obras, no los de los amigos), renuevan para mí el suplicio de Tántalo. Casi todos los libros de que me hablas los tengo aquí, al alcance de la mano. No he leído ninguno. Y mientras tanto sigo creciendo en años y en ignorancia.

Actualmente leo "Si le grain ne meurt..." de André Gide. Edición "remaniée et abregée par lui de manière à pouvoir être mise, sans craintes entre toutes les mains", tanto da decir libro castrado. Daría cualquier cosa por conocer la edición completa. En lo que llevo leído, relata, por lo general, hechos ínfimos, sin realzarlos, sino de tarde en tarde y casi imperceptiblemente, con relieves artísticos. De aquí su valor y también su debilidad. Su interés se reduce al que tienen siempre las cosas de un hombre célebre, por

menudas que sean, añadido al interés que no falta nunca a toda manifestación humana cuando se observa con inteligencia o se descubre con sinceridad. Y la sinceridad es aquí la nota dominante. Gide no necesita decirnos: "Ce n'est pas un roman que j'écris et j'ai résolu de ne me flatter dans ces mémoires, non plus en ajoutant du plaisant qu'en dissimulant le pénible", se percibe, sin empeño, un acento que no engaña. La exposición es descosida, como el autor lo advierte con insistencia: "J'écirai mes souvenirs comme ils viennent, sans chercher a les ordonner. Tout au plus les puis-je grouper autour des lieux et des êtres; ma mémoire ne se trompe pas souvent de place; mais elle brouille les dates; je suis perdu si je ne m'astreins a de la chronologie..." "Je ne compose pas; je transcris mes souvenirs comme ils viennent et passe de ma grand-mère à Marie". Desgraciadamente, —y contra lo que muchos podrían esperar— esta voluntaria omisión de los recursos retóricos, si bien garantiza mejor la sinceridad del relato, le priva al mismo tiempo de relieve, de animación, de amenidad, de esa misma vida, en fin, en obsequio de la cual se ha sacrificado el efecto artístico. Por lo demás, estos vacíos, repito, están compensados con la honradez constante de estas confesiones. En los recuerdos de infancia no se muestra, en ningún momento, niño prodigio, por lo que hace a la inteligencia, o prematuramente complicado y refinadamente sensible, por lo que atañe al temperamento. Nada en él que sobresalga de lo común: "Inutile d'ajouter que j'étais un des derniers de la classe. Je le répète: je dormais encore, j'étais à ce que n'est pas encore né..." Je n'ai de prétention à la précocité et crois bien que le vif plaisir que je prenais a ces séances musicales il faut le placer principalement lors des dernières visites de M. Dorral", (un pianista amigo de la familia). Ni siquiera vacila ante confesiones como éstas, que seguramente lo presentarán como

un hijo desnaturalizado a los ojos de los fariseos y de los tontos: "Quand à la perte que j'avais faite, (la muerte de su padre) comment l'ousse-je réalisée? Je parlerais de mes regrets, mais hélas! j'étais surtout sensible à l'espèce de prestige dont ce deuil, me revêtait aux yeux de mes camarades. Songez donc! Chacun d'eux m'avait écrit, tout comme avait fait chacun des collègues de mon père après qu'il avait été décoré! Puis j'appris que mes cousins allaient venir! Ma mère avait décidé que je n'assisterais pas à la cérémonie funèbre: pendant que mes oncles et mes tantes, avec maman, suivaient le char, Emmanuele et Suzanne resteraient a me tenir compagnie. Le bonheur de les revoir l'emportait presque tout à fait, sur mon chagrin". Por lo demás, a medida que se avanza en la lectura se va encontrando un encanto a esta desnuda prosa calvinista. Y este encanto es el de su misma desnudez, que sentimos mejor cuando pensamos en tanto énfasis hueco y en tanta recargada ornamentación.

He leído varios ensayos de François Mauriac, saboreándolos con deleite. "La Province", una conferencia sobre la novela contemporánea y "Le Jeune Homme". Este último me ha interesado sobre manera, porque he encontrado en él un sorprendente reflejo de mi propia sensibilidad: goces, penas, incertidumbres e inquietudes espirituales. Sobre todo en las páginas consagradas a la amistad: esas idas y venidas nocturnas de la casa del uno a la del otro, sin resolverse a cortar la conversación empeñada; ese descubrimiento de íntimas afinidades, que es el comienzo y el sustento de toda amistad verdadera: "deux garçons découvrent entre eux une ressemblance; Moi aussi... C'est comme moi... tels sont les mots qui d'abord les lient. Le coup de foudre est de règle en amitié. Voilà leur semblable enfin, avec qui s'entendre à demi-mot. Sensibilités accordées. Les mêmes choses les blessent et les mêmes enchan-

tent..."; La comunidad de gustos artísticos e intelectuales; "le bilan d'une amitié, c'est presque toujours des livres que nous n'eussions pas été capables d'aimer seuls, une musique inconnue de nous, une philosophie. Chacun apporte à l'autre ses richesses... Celui-là m'a prêté "Les Frères Karamazoff" cet autre a déchiffré pour moi la "Sonatine" de Ravel; avec celui-ci, je fus à une exposition de Cezanne, et mes yeux s'ouvrirent comme de l'aveugle-né. Todo esto lo he vivido, todo esto lo hemos vivido, "mon vieux", tú, yo y todos los que en este estrecho rincón americano hemos pasado soñando lejos de los límites aldeanos, envueltos en una atmósfera espiritual europea, francesa mejor, mucho más fuerte que el ambiente material criollo que nos circundaba y contra el cual, cada uno a su modo, todos nos revelamos. Por eso este librito compuesto para los jóvenes franceses, parece escrito para nosotros. Muy interesantes son también los pasajes en que Mauriac opone a la doctrina gidiana de la libertad del instinto, de la no intervención, de la constante disponibilidad a fin de realizarse íntegramente, la idea fecunda de la derivación de nuestras malas inclinaciones hacia fines nobles, que las utilicen, transformándolas ventajosamente.

He leído también, en "La N. R. F." una novela corta del mismo autor, "Un homme de lettres" (o algo parecido), llena de finas observaciones psicológicas, en ese lenguaje sobrio, exacto y elegante que le es propio. Con razón me decías en tu primera carta que habías llegado a incluirlo entre tus predilectos (de sus novelas conozco "Le Baiser au lépreux", que está muy bien). "Mémoires écrits dans un souterrain", de Dostoiewski, me ha parecido estupendo. Como siempre: profundidad vertiginosa y agitación dramática.

Leo con vivo interés, la "Correspondencia" de Jacques Rivière y Alain Fournier. ¡Qué simpáticos, esos muchachos! Viven una existencia exclusivamente intelectual, y sus lec-

turas y sus trabajos son para ellos acontecimientos tan importantes y de tan honda repercusión afectiva como una complicación amorosa en un muchacho corriente. Hay, a un tiempo, en sus confesiones y apreciaciones, frescura juvenil y juicio maduro. Colocaré este epistolario entre otros libros preferidos, del mismo género: "Correspondencia" de Flaubert y "Souvenirs sur Marcel Proust", de Robert Dreyfus.

Los admiradores de Proust vamos formando, sin quererlo, una religión ecuménica: religión en el significado estricto de la palabra, que es "ligar entre sí". En todas partes la admiración a Proust provoca simpatías, suscita amistades, forma espontáneamente pequeños grupos que no se cansan de comentarlo.

El discurso de Valéry, ¡qué trabajo de orfebrería! ¡Qué ejemplo de sutileza y de penetración! Señala el límite infranqueable en el dominio de la técnica literaria. Es la prosa más noble que haya producido su idioma.

Críticos apresurados, es decir casi todos los críticos, han creído ver una muestra de desdén hacia France en el hecho de haber omitido su nombre. Olvidan el prolijo refinamiento de Valéry, su intransigencia para desechar los detalles prosaicos. Conozco anécdotas que ilustran al respecto. Encuentro pueril esta interpretación maliciosa. El nombre propio ha sido omitido, es cierto —junto con otros nombres—, pero en cambio le ha reemplazado por elegantes perífrasis, que encierran positivos elogios. Consagrarle todo el discurso al antecesor, es ya una distinción contraria a la costumbre establecida. (Hay algunas digresiones en torno del tema central). Abunda la defensa; el reproche es siempre cortés y va matizado de elogios. Es verdad, también, que los elogios van, a veces, matizados de finas ironías...

Perdona que me haya extendido en este capítulo de las

lecturas, pero es lo único digno de alguna mención en mi pobre vida desprovista de sucesos exteriores, llena toda ella de inquietudes y de modificaciones internas que te interesarían todavía menos. He multiplicado las citas con exceso y no he querido traducirlas para no hacerlas desmerecer. Excusa la majadería en gracia de la buena intención.

Te abraza tu amigo que te recuerda siempre.

O.

Santiago, 21 de Octubre de 1927.

A E. P. S.

1928

He venido a buscar la paz del campo para tonificar mis nervios, que no se entonan con la acción estimulante de los específicos ni con la garantía que les ofrece la ociosidad. Pues por fin me resolví a quemar mis naves y abandonar mi empleo, acogiéndome a la cesantía. Ocho años de constante contrariedad me habían intoxicado de tal modo que no podía resistir un día más. Tengo la expectativa de un viaje a Europa en el año en curso. Acompañaría a mi padre.

...Gracias muy sinceras por el juicio tan generoso que mis escritos te merecen. Desgraciadamente cada día estoy más descontento de mí mismo y cada día veo más remota la posibilidad de hacer algo que valga la pena. Por eso prefiero abstenerme.

.....
O.

Manantiales, 11 de Abril de 1928.

A H. D. A.

1928

Por fin me resuelvo a vencer mi fobia epistolar (1) para esbozarle mi opinión sobre algunos aspectos de la obra de Marcel Proust, que Ud. ha estudiado últimamente. Creo que falta a Proust la capacidad de abstracción, el rigor lógico para encadenar un raciocinio derivado de simples postulados intelectuales, de hipótesis sugeridas por la inteligencia. Flaquea en la ordenación de sus ideas, cuando éstas exigen un desarrollo continuado. Se repite y se embrolla a veces con deducciones intempestivas. En suma, falta de claridad y método expositivo. Aunque todavía no he pasado de "La Prisonnière", me apresuré a leer, al llegar aquí, la larga digresión que abre el tomo segundo de "Le Temps Retrouvé". Me había dicho Ud. que encontraba ahí un verdadero tratado de estética: para M. P. era lo mejor de toda la obra. Después de tales recomendaciones, sufrí una ligera decepción. Se la comuniqué a L., a cada paso conceptos admirables, pero mal asociados, como desprendidos unos de otros; incongruencias desconcertantes. El conjunto me dejó una impresión confusa. Esta impresión puede modificarse después de una segunda lectura. Para escribir esta carta he tenido que recorrer algunos pasajes, y he encontrado en ellos esa precisión que la primera vez había echado de menos. En todo caso, hay en ese prolongado soliloquio, si no un tratado de estética, un en-

(1) Más bien mi grafobia. ¿Podríamos llamar así el horror a escribir?

sayo autocrítico muy clarividente, de un valor inestimable para el estudio de "A la recherche du temps perdu".

De lo dicho al principio no se deduce necesariamente que Proust se desentienda de las ideas generales. Al contrario, llegar a conclusiones de carácter general dentro del campo que le es propio, la psicología, fué toda su aspiración y, una vez recorrido el círculo de su inmensa obra, podemos afirmar el logro de su propósito. "Je ne m'attache —escribía a Luis de Robert— qu'à ce qui me semble déceler (d'après un sens analogue à celui de pigeons voyageurs) quelques lois générales". Sólo que, en vez de seguir el método discursivo, aprovecha los datos que su experiencia ofrece a su intuición ("d'après un sens analogue à celui de pigeons voyageurs"), para inducir algunas leyes psicológicas de alcance general. Estas leyes se le manifiestan con insistencia en multitud de casos particulares y, aunque ya nos fueran conocidas, adquieren a nuestros ojos el valor de un descubrimiento, cuando se nos presentan como el fruto de la existencia personal del artista. Proust llega a tocar así el problema fundamental de la filosofía, el problema del conocimiento, la eterna oposición entre el sujeto y el objeto, el yo y el no yo de los filósofos alemanes. Vuelva a leer el tomo segundo de "Le Temps Retrouvé", desde la pág. 72 hasta la pág. 75, y verá cómo toda la obra, con rara persistencia, se halla inspirada en un concepto relativista de la realidad, cómo todo en ella va a converger al idealismo absoluto, que no es aquí una idea *a priori*, sino al contrario, la cristalización de la experiencia de cada instante: "Je m'étais rendu compte que seule la perception grossière et erronée place tout, dans l'objet, quand tout est dans l'esprit" (pág. 72).

Cierto es que a Proust no le preocuparon nunca las cuestiones religiosas, políticas o sociales. Si se interesó alguna vez en una lucha política, fué movido por un impulso

de su sensibilidad, no por una doctrina: defensa de un inocente sacrificado a los prejuicios de raza y de casta y al fanatismo patriotero, en el asunto Dreyfus: defensa del arte y de la tradición en su campaña a favor de las "iglesias asesinadas"; sentimiento patriótico y humanitario, en sus ansiedades de la gran guerra. Su mundo es el mundo de la conciencia, con su fondo subterráneo; la expresión de su inteligencia; la introspección, el análisis, la interpretación de los datos que le aportan los sentidos: Proust tenía plena conciencia de la misión que la vida, al fijar su temperamento, le había asignado; más aún, creía que ésta era la verdadera misión de la literatura:

"Nous n'avons nullement besoin de parler politique —dice en su carta al crítico alemán Curfius—. La littérature est notre part et c'est une très féconde. Renan a dit quelque part que nous souffrons morbo literaria. C'est absurde. La mauvaise littérature repettisse. Mais la vraie fait connaître la part encore inconnue de l'âme". Y en "Le Temps Retrouvé": "Le livre intérieur de ces signes inconnus (de signes en relief, semblait-il, que mon attention explorant mon inconscient allait chercher, heurtait, contournait comme un plongeur qui sonde) pour sa lecture, personne ne pouvait m'aider d'aucune règle, cette lecture consistant en un acte de création où nul ne peut nous suppléer, ni même collaborer avec nous". (pág. 25, Tomo II). "Ce livre, le plus pénible de tous à déchiffrer, est aussi le seul que nous ait dicté la réalité, le seul dont "l'impression" ait été faite en nous par la réalité même. De quelque idée laissée en nous par la vie qu'il s'agisse, sa figure matérielle, trace de l'impression qu'elle nous a faite, est encore le gage de sa vérité nécessaire. Les idées formées par l'intelligence pure n'ont qu'une vérité logique, une vérité possible, leur élection est arbitraire. Le livre aux caractères figurés, non tracés par nous, est notre seul livre. Non que les idées que

nous formons ne puissent être justes logiquement, mais nous ne savons pas si elles sont vraies. Seule l'impression, si chétive qu'ensemble la matière, si invraisemblable la trace, est une critérium de vérité et à cause de cela mérite seule d'être appréhendée par l'esprit car elle est seule capable, s'il sait en dégager cette vérité, de l'amener a une plus grande perfection et de lui donner une pure joie. L'impression est pour l'écrivain ce qu'est l'expérimentation pour le savant avec cette différence que chez le savant, le travail de l'intelligence précède et chez l'écrivain vient après. Ce que nous n'avons pas à déchiffrer, à éclaircir par notre effort personnel, ce qui était clair avant nous, n'est pas à nous. Ne vient de nous-même que ce que nous tirons de l'obscurité qui est en nous et que ne connaissent pas les autres". (Ibid. pág. 25-27).

En fin, para qué voy a seguir copiando; creo que le convendría releer la introducción del segundo tomo de "Le Temps Retrouvé", que trata ampliamente este punto desde la página 20 hasta la página 30, más o menos. Lo que a mí me interesa dejar en claro es que Proust no es un simple miniaturista, un coleccionador de hechos pequeños, cuyo alcance concluye en ellos mismos. No; esos hechos pequeños son para Proust, como para Freud, signos reveladores de una vida, de un carácter, de una modalidad, de una situación, de algunos aspectos permanentes y universales del alma humana. A propósito de Freud, conviene hacer constar que Proust coincidió con él, no sufrió su influencia. Uno de sus familiares, Jacques Rivière, testigo irrecusable por su probidad, afirma categóricamente que el autor de "Sodome et Gomorrhe" no conoció la obra del psiquiatra vienés.

Muy buenos sus últimos artículos de "La Nación", sobre todo el que trata del humorismo. Muy exacta la asimilación del procedimiento proustiano al *ralentisseur* ci-

nematográfico, y la explicación de la risa que nos suscitan algunas páginas de Proust por las leyes del contraste inesperado y del automatismo psíquico, enunciadas por Bergson.

Me voy a permitir señalarle algunas diferencias de apreciación. Creo que en la poesía, Proust, es tan personal como en el humorismo. Recuerde algunos trozos: el beso maternal, los campanarios de Martinville, los árboles, que le alargan sus brazos para que descubra su secreto, la sonata de Vinteuil, la voz de la abuela a través del teléfono, el sueño de Albertina; y dígame qué reminiscencias encuentra en ellos. No creo tampoco, que la ironía de Proust sea más universal que la de otros autores; creo sólo que se aplica a distintos objetos: las manías inocentes de algunos seres, las anomalías sexuales, las jerarquías sociales y los hábitos mundanos. Mayor amplitud y mayor trascendencia tiene, por ejemplo, la de Anatole France, que en "La Isla de los Pingüinos" construye una epopeya burlesca con la historia de la humanidad y explica, a su modo, la formación de los grandes mitos en que descansa la sociedad. Proust no es un satírico, su risa no tiene una intención de censura para los vicios, las ridiculeces y los defectos que descubre. Ellos podrán despertar en el lector movimientos de antipatía o repulsión; el autor no abandona nunca su actitud de observador desinteresado. Creo que quienes niegan a Proust su condición de humorista, identifican el humorismo con la sátira. Cedámosle la palabra:

"Les êtres les plus bêtes par leurs gestes, leurs propos, leurs sentiments involontairement exprimés, manifestent des lois qu'ils ne perçoivent pas, mais que l'artiste surprend en eux. À cause de ce genre d'observations, le vulgaire croit l'écrivain méchant, et il le croit à tort, car dans un ridicule l'artiste voit une belle généralité, il ne l'impute

pas plus à grief à la personne observée, que le chirurgien ne la mésestimerait d'être affectée d'un trouble assez fréquent de la circulation; aussi se moque-t-il moins que personne de ridicules". (Le Temps Retrouvé, pág. 56).

En realidad Proust no se mofa: observa y se divierte; recoge un tic, un gesto significativo, y lo interpreta. Pero que se divierte y nos divierte, no cabe duda. La ampliación de los rasgos ridículos en las pinturas; el tono enfático aplicado a temas ligeros; la aproximación de cosas distantes y heterogéneas, que contrastan violentamente en las comparaciones; todo aquello que provoca la risa en el lector, la denuncia también en el autor. No es menester mucho *sense of humour* para percibirla.

Bien expuesto y analizado el amor de Swann. Creo que para completar el estudio del amor en "À la recherche du temps perdu" habría valido la pena hablar de los sentimientos del protagonista por Albertina, que tienen una característica que no está comprendida en el anterior. Mientras la desconfianza es causa de que Swann deje de amar a Odette, en cambio sólo en los celos está fundado el amor de Marcelo por Albertina, hasta el punto de que cuando adquiere confianza el amor se eclipsa, para volver a surgir atraído por un nuevo motivo de recelo. Aquí los celos son lo positivo; el amor depende de ellos, es sólo la sombra que ellos proyectan.

O.

Manantiales, 29 de Abril de 1928.

A H. D. A.

1928

Mi querido amigo, mucho me honra al proponerme colaborar con Ud. en un libro sobre Proust, pero francamente, la empresa me intimida. He leído "*À la recherche du temps perdu*" al través de varios años, con intervalos a veces largos, y aún no acabo con ella. Necesitaría leerla de nuevo, esta vez sin interrupción, para seguir el desarrollo continuo de los distintos motivos que ella ofrece a la atención de la crítica, y recoger al mismo tiempo, una impresión de conjunto. Entretanto, lo único que deseo es despedirme de Proust hasta nueva orden. Quiero internarme en otros grandes novelistas que nos han dado, como él, una visión panorámica o introspectiva de la vida —Balzac, Stendhal, Dostoiewski, Tolstoi, Dickens, Galdós, Meredith— para tener mayores puntos de referencia y de comparación. Querría también aquilatar mejor las observaciones de Proust, con mi experiencia personal, cosa que no he cesado de hacer desde que lo conozco, dentro de la reducida órbita en que me muevo. Después volvería a él, enriquecido con la cosecha que hubiera recogido en esos campos. Como Ud. ve, un programa muy largo y muy ambicioso, para una obra, seguramente, superior a mis escasas fuerzas, y que, por eso mismo, tal vez no escriba nunca (1). Pero, mientras tanto, me habré alimentado con la idea, que, por algún tiempo, me servirá de estímulo y

(1) Y también porque, a la vuelta, puedo haber perdido el interés inicial.

de orientación en mi vida, en mis lecturas y en mis meditaciones.

Creo que la diferencia esencial entre la ironía de France y la de Proust, está en que el primero atiende sobre todo, a la vida colectiva del hombre —creencias, acción política y social, lo que forma la Historia, con su tramoya mezquina— y el segundo a la vida individual: las manías pueriles (la tía Leonie); las particularidades de un oficio (Francisca); las ambiciones frívolas (el enobismo intelectual o mundano, la señora Verdurin y el señor Legrandin); la actividad sexual (Charlus).

Su idea de asimilar la psicología de Proust a la de una señora genial, me parece de una verdad aproximada y bastante original, pues no la he visto hasta ahora expresada por nadie. Así, la detención de Proust en las menudas peculiaridades exteriores de las gentes, su fina percepción de los más fugaces e indiscernibles matices de expresión, son, sin duda, rasgos femeninos. Sólo que la mujer, al atender a estas cosas, no lleva el pensamiento de individualizar un tipo, de desentrañar un carácter o de establecer alguna ley psicológica. Hablo de la mujer común, no de la mujer culta, que a lo mejor ha leído a Proust y al Dr. Freud y se sirve de sus métodos de interpretación para llegar a conclusiones hartamente arriesgadas. Proust es más prudente y, por lo general, se conforma con aventurar media docena de hipótesis paralelas o convergentes, como los rayos de una rueda, introducidas por otros tantos *soit qui*. ¿Una señora? Bien, pero una señora genial, una señora que hacía falta en la literatura y que nos ha hecho avanzar en el conocimiento del alma.

Al considerar a Proust en relación con las ideas generales, debemos, ante todo, tener en cuenta que no nos encontramos frente a un filósofo, sino frente a un novelista, un memorialista, un psicólogo. Las ideas generales

a que Ud. se refiere, de orden moral o científico, proceden de la razón pura, de la erudición o de la experimentación sistemática, provocada ex-profeso para fines determinados. Proust sólo confía en sus impresiones en "lo único que procede de nosotros mismos, en lo que arrancamos de nuestra obscuridad y que los demás no conocen", en una palabra, en el sedimento que ha depositado al azar, en la memoria latente o presente, la vida vivida. Lo otro es bien mostrenco, patrimonio de todos. En este impresionismo reside la hondura y la originalidad de su obra, y también su limitación cuando la consideramos como una nueva "Comedia Humana". Si la novela es un espejo que se pasea por la vida, como quería Stendhal, el espejo de Proust es un espejo cóncavo e inmóvil, que deforma la imagen y sólo enfoca el trozo de realidad que tiene delante, con sus planos sucesivos prolongados en el tiempo. Se concreta a reflejar su mundo interior y el ambiente en que vivió, su familia y los salones aristocráticos y burgueses. El amor que infunde en sus personajes es el único amor que él conoció, el amor contrariado y celoso, el amor del ser débil e hipersensible que él mismo fué. Su interés por el estudio de ciertas anomalías, le lleva a agrupar tal número de seres afectados por ellas, en un espacio reducido, que al fin lo anormal cobra un carácter de normalidad, efecto paradójico, sin duda alguna.

¿Inhumana atención? ¡Todo lo contrario! Los otros novelistas nos han mostrado al hombre en los momentos culminantes, dramáticos, de su vida, cuando ésta llega a un grado de tensión que pocos hombres alcanzan. Dostoiewski es el tipo más alto y más representativo del novelista de esta especie: pinta al ser de excepción en sus actos excepcionales. En cambio Proust ha destacado ese sordo fondo pacífico de la vida cotidiana, todos esos he-

chos mínimos que, adicionados, constituyen ese hecho máximo que es, para cada hombre, su existencia personal.

Ahora bien, mostrarnos "lupa en mano" la complicada trama de los caracteres, de las tendencias individuales, en vez de hacer con todo eso un tipo sintético o una definición abstracta, a la manera de los psicólogos y moralistas clásicos, ¿no es, justamente, tocar el límite extremo de la humanización?

Simbolizar, encarnar en un personaje un vicio, una virtud, una tendencia universal, es deshumanizar; hacer de un personaje un compuesto complejo y cambiante de virtudes, defectos e inclinaciones que se compenetran o alternan en su predominio sobre la fluyente superficie de la personalidad, es humanizar. Atender sólo a la hora de resonante vibración, que suena muy rara vez y para muy pocos hombres, es deshumanizar; acotar la hora fugaz, la hora rasa que no se encrespa en una acción rotunda, pero que procrea esa vasta serie de horas gemelas que forman las distintas etapas de la vida, es humanizar. Describir las "antiguas formas monumentales del alma", sacrificando el análisis a la síntesis, es deshumanizar; mostrarnos la estructura íntima, el tejido celular del alma, es humanizar en sentido superior. Y por esto es Marcel Proust el más humano de todos los artistas.

La deshumanización de Proust residiría, según Ortega y Gasset, en su "inmersión bajo el nivel de la perspectiva natural". Esto significa desconocer la humanidad del autor de "*À la recherche du temps perdu*" sólo porque ve más y mejor que el común de los hombres; porque redime al detalle de su condición subalterna y lo eleva al primer plano de la atención, no para aislarlo, sino, al contrario, para incorporarlo a la inmensa corriente de la vida.

Cabe preguntarse: ¿Por qué ha de ser esto una des-humanización, cuando son los hombres la materia de su observación microscópica y es, a un tiempo, la reconstitución y la disociación de la realidad, conforme a los datos suministrados por la memoria, el resultado de la formidable obra proustiana? ¿No son instrumentos humanos los que Proust aplica: sus sentidos extraordinariamente afinados; su temblorosa sensibilidad receptiva, como ninguna; su inteligencia, capaz como pocas de interpretar los grandes y muchos hechos de la vida? A menos que Proust recurriera a los rayos X...

Proust gustaba de los escritos de los demás y los admiraba generosamente, pero a menudo tropezaba en ellos con expresiones que no traducían su manera de *sentir*, y hubiera querido reemplazarlas por otras, que reprodujeran el matiz personal, intransferible de su propia idea o de su propia concepción de la forma. Caso común en el lector que escribe o que puede escribir; considerable obstáculo a veces, para abandonarse a los deleites de la lectura.

La amabilidad no era para Proust una simple manifestación de cortesía o un modo de ganarse voluntades, era una forma exquisita de hacer el bien a sus semejantes, ofreciéndoles el placer inefable de sentirse estimados.

O.

Manantiales, 2 de Mayo de 1928.

A L. F. S.

1928

No temo equivocarme e incurrir en una plancha dirigiéndome a ti como al autor del hermoso artículo que, bajo el título de "Sembrador de Inquietud" y con la firma de tus iniciales, publica "La Nación" del domingo último. Desde este apartado refugio campestre, te envío mi más cordial y entusiasta felicitación. Has dicho la palabra más justa, has emitido el juicio más certero que aquí se haya pronunciado sobre el maestro español. En la actitud del arquero que orna la carátula de sus libros, has clavado la flecha medio a medio en el blanco.

En realidad, el secreto de la fascinación que sobre nosotros ejerce la palabra de Ortega y Gasset, estriba en que, como tú dices, en él "repercute bella y dramáticamente, más quizá que en ningún otro pensador, la hora de su tiempo". Y agregas más adelante: "Toda su obra está en ser espectador, pero un espectador que mira en torno con asombro... Su mente no es sino una mirada nueva para cosas viejas, un como ir siempre llegando ante cada problema".

Es lo que yo decía, después de su última conferencia en la Universidad, a los que le tildan de repetir conceptos conocidos. Ciertamente, la nivelación social conformada a una escala mesocrática, es un hecho que se viene señalando desde hace mucho tiempo. Todo el siglo XIX la ha preparado y es ella el término natural a que conduce la democracia. Cifras estadísticas, hechos políticos de carácter más bien formal, han servido generalmente a los publicistas para atestiguarla. Ortega y Gasset la siente bullir a su al-

rededor en todas las manifestaciones de la vida cotidiana: la advierte en los lugares de reunión, en los centros y espectáculos reservados antes a la *élite*, tanto como en el ágora y en la imprenta. Y lo que en otros, sociólogos de gabinete, parecía casi un problema abstracto, cobra bajo su palabra un tembloroso acento dramático.

Otro cargo que ha circulado mucho, es el de superficialidad. Para escapar a él —aunque temo que no escaparía nunca a los profesionales del descontento, a los que ponen todo su empeño y todo su orgullo en no admirar lo que admiran muchos— Ortega debiera detenerse en los temas que insinúa hasta agotarlos, y aportar soluciones a los problemas que deja planteados. Pretender esto significa ignorar la índole misma de los géneros que él cultiva —el ensayo, la conferencia— y, lo que es peor, desconocer la naturaleza de su talento y la finalidad de su misión educadora. Ella consiste en inquietar, en incitar nuestro pensamiento, en hacernos revisar las opiniones adquiridas. Tú lo dices con gráfica precisión: es el suyo “un intelecto que más que responde, pregunta...”.

Su don máximo es sugerir, iniciar caminos, crear íntimas encrucijadas y a menudo el provecho de leerlo u oírlo empieza donde él termina. Cuando termina la palabra de este hombre, queda el pensamiento poblado de senderos.

Así, su teoría de los grandes ritmos biológicos que mueven la historia en un sentido pendular —el ritmo de la edad y el ritmo sexual— podrá parecer a algunos una teoría ingeniosa, pero desprovista de seriedad. Yo veo en ella una perspectiva nueva para contemplar la evolución de las sociedades, un ángulo más para mirar el campo de la historia, otro factor a que atender para explicarnos el devenir humano, y lo veo así porque en torno a esta idea, que viene a ser como el hilo destinado a sostener las per-

las del collar, se me van juntando muchos hechos que antes encontraba aislados y me parecían de corta significación. Aquí reside la profundidad de Ortega y Gasset: no en la idea difícil, sino en la idea de fácil acceso, pero que prolonga muy lejos sus efectos y abre a los caminos transitados salidas insospechadas que los transforman y dilatan remotamente.

Poeta grande, siente la vida como una aventura espiritual perpetua, un magnífico deporte que no tiene otro fin sino vivirla bellamente, y todo él es este regocijo de mirarla, de pensarla, de soñarla, de irla haciendo.

Sí, la actitud de Ortega es, ante todo, actitud de artista. Vagos resabios de austeridad castellana y gravedad tudesca, le mueven a veces a negar su hedonismo. Pero es inútil. No podemos imaginarlo en la actitud del sabio que busca tenaz y confiado una verdad definitiva ni en la del juez que sentencia o del legislador que fija normas. Asistir al juego de las ideas y sentimientos, en la vida espiritual; contemplar el juego de las actividades humanas en la vida dinámica, es para Ortega un íntimo goce estético, un placer deportivo, incomparable en calidad e intensidad, que justifica por sí solo el ejercicio del pensamiento. No creo que le desvelen la Verdad y el Bien, considerados como entidades metafísicas, como moldes impuestos a la realidad. En cambio le apasiona la Vida, tal como es, multiforme y contradictoria. Toda explicación simplista, toda solución unilateral le arranca una protesta.

"En esta época donde todo el mundo es "anti" yo aspiro a "ser" y a no "anti-ser", declara orgullosamente (1). También ha dicho:

"Necesitamos no perder ningún ingrediente: alma y cuerpo. Vamos, por fin, hacia una edad cuyo lema no pue-

(1) "El Espectador". Tomo V, pág. 113.

de ser "O lo uno o lo otro" —lema teatral sólo aprovechable para gesticulaciones. El tiempo nuevo avanza con letras en las banderas: "Lo uno y lo otro". Integración. Síntesis. No amputaciones" (2).

Es por eso que las nuevas generaciones, que sentimos ese mismo afán de integración, reconocemos en él a un maestro, como lo reconocemos en André Gide, otro portavoz de la corriente ecuménica del momento, quien se ha definido en su lema: "Les extrêmes me touchent. Je suis un homme d'extrême milieu". Suyas es también esta declaración: "Je n'ai jamais rien su renoncer". Ya antes Mauricio Barrès, el príncipe de la juventud intelectual francesa del primer cuarto del presente siglo, había afirmado: "J'ai voulu ne rien nier, être comme la nature qui accepte tous les contrastes, pour en faire une noble et féconde unité". Para ellos, como para nosotros, el grito d'annunziano: "¡diversidad, sirena del mundo!", resumè nuestro más profundo anhelo lírico y expresa la condición más bella y esencial de la vida. Por su atención apasionada a las preocupaciones de la hora que vivimos y por la íntima repercusión que esas preocupaciones encuentran en él, es Ortega y Gasset el pensador de nuestro tiempo. Con razón dices tú: "Por nadie se conocerá un día mejor el drama de esta hora que por este gran español, este espectador que ha sabido mirar con asombro".

Tiempo es ya de terminar estas glosas que van resultando más largas que el texto. Tus apreciaciones coinciden en tal forma con las mías, tus palabras traducen con tal exactitud mi pensamiento, que éste provocado por aquéllas, se ha puesto a discurrir por su cuenta y no he podido imponerle silencio. Creo que, como yo, te estarán agrade-

(2) "El Espectador". Tomo V, pág. 118.

cidos otros admiradores del Espectador por haber sabido expresar tan bien su manera de sentir y de comprender la ideología y la acción de José Ortega y Gasset.

Tu primo y viejo amigo.

O.

Manantiales, 20 de Diciembre de 1928.

A E. P. S.

1930

.....Después de dos días en Córdoba, llegamos a Madrid. Llevamos ya un mes y doce días de residencia fija. Yo me ausenté solo a Toledo por tres días para la fiesta de Corpus. La ciudad es toda ella una sucesión de aguas fuertes y viñetas tan bien logradas, que parece haber sido dispuesta en obediencia a un plan decorativo por un artista de verdad, conocedor de la eficacia estética, de la asimetría, de la sorpresa, de la irregularidad y el contraste. ¡Pero qué íntima armonía espiritual, a pesar de todo, en el fondo del paisaje toledano! Morunas podrán ser sus callejas, sus rejas y sus cancelas; morunos sus minaretes y las arcadas de algunos de sus monumentos abandonados, pero la nota dominante, la que funde todos los contrastes y sintetiza todas las corrientes encontradas, es la nota cristiana, la nota católico-castellana, mejor dicho, la nota ascética, encarnada en el Greco y simbolizada en sus colinas yermas, en su tierra arcillosa y en las aguas de su Tajo, que tienen el color de un sayal de penitencia. Para abarcar todo el

panorama, atravesé una tarde el Tajo y ascendí hasta la ermita de la Virgen del Valle. Cotejé entonces la visión que tenía delante con la descripción de Barrés que releí *sur place*. La descripción —aparte de su valor poético-interpretativo, lo mejor del libro —es bastante fiel, salvo en algunas notas de color que no corresponden a lo que yo vi “leurs murs d’un blanc cru —dice— ont un aspect de l’Orient”. La verdad es que en los muros, como en la colina en que descansan, como en las aguas del río, como en todo lo que hay en Toledo, predominan los tonos pardos, ocre.

Pero Toledo entero me parece un relicario destinado a guardar “El Entierro del conde de Orgaz”. Los Grecos del Prado me habían defraudado un poco, por su color desleído, lo mismo que algunos de la Casa. Esto, en cambio, sobrepasó todas mis expectativas. En los caballeros de la parte inferior hay la elegancia, la nobleza de los de “La Rendición de Breda”, pero con una iluminación interior que no encuentro en los hidalgos velazqueños y la parte superior es Theocopuli en lo que tiene de más original y llegado a la cima de la perfección.

.....He estado en Pombo, donde conocí fortuitamente a Ramón, que ahora me llama a su mesa con mucha cordialidad. He conocido también a Américo Castro, Rodríguez Marín, Salaverría, Díez Canedo, Juan de la Enzina, González Martínez, Pedro Salinas y Rivas Sheriff.

.....

O.

Madrid, 1.º de Julio de 1930.

A J. V. L.

1930

Mucho he tardado en escribirte, lo reconozco, pero esta tardanza está ampliamente justificada. Tú verás. Primero, deseaba escribirte largo y el tiempo me faltaba, materialmente. Luego, tú reclamabas mis impresiones, cuando ni siquiera las había puesto en orden dentro de mi cabeza. Además, escribir impresiones de viaje cuando no se tienen dotes pictóricas, es muy arriesgado. Se cae en el lugar común, irremisiblemente. Y, aparte de esto, las reacciones psicológicas son muy difíciles de reducir a su estado puro, frente a estos sitios prestigiosos, que se nos presentan envueltos en una aura de historia y de literatura que nos nubla la visión. Habría que aislar nuestra reacción espontánea, íntima, intransferible, de todas las reminiscencias de lecturas, de todas las nociones adquiridas que traemos. Me temo que esta experiencia química nos condujera a un resultado desolador. En esas nociones anteriores, que pueden ser tan vagas que se reduzcan al prestigio, a la sonoridad de un nombre: Granada, el Albaicín, reside el poder evocador, la fuerza sugerente de los sitios históricos. Y es esa sugerencia lo que realza, lo que da perspectiva indefinida en el pensamiento a estas cosas que, por grande que sea su valor arquitectónico, de otro modo no lograrían interesar por sí solas al profano; interesarlo al menos, con el interés intelectual que en ellas se mezcla al puro interés sensorial.

Más tarde —sigo justificándome— vinieron los achaques de que te hablaré más adelante, y el trabajo y la fa-

tiga subsiguientes a que, por causa de ellos, me vi condeñado. Después se reanudaron los viajes, con el desconcierto que siempre producen en nuestras ocupaciones. Sólo ahora, en esta playa, he venido a tener un poco de desahogo. Entretanto, para diferenciarte de los amigos y en espera de la carta consabida, no seguí enviándote postales, como lo he hecho con ellos, hasta mi llegada a Toulouse. En Madrid, el 29 de junio, comencé una carta que hube de interrumpir en la primera carilla.

Ya ves si tengo argumentos en mi abono. Creo que cualquiera de los motivos que he invocado: desconcierto intelectual, enfermedad, falta de tiempo para escribir o de disposición para hacerlo, bastaría para justificar mi silencio. Y sobre todos ellos este otro, que puede ser hijo de la vanidad y contra el cual he tenido al fin que rebelarme: el temor de defraudar tu curiosidad, de producir el parto de los montes. Ahora, por fin, el parto de los montes se ha producido y nada he podido hacer para evitarlo. Prepárate para asistir a él, que será mayor mientras más grande ha sido el preámbulo.

¿Mi impresión al llegar a tierra europea, dices tú que deseas conocer? Pues no fué tan clara, tan directa, tan rotunda, como yo esperaba. La explicación es fácil. Si desembarco en Liverpool o desembarco en Marsella —desembarcar en Génova me habría parecido continuar en el Virgilio— el choque habría sido tan violento que Europa se me habría entrado por los ojos y, por los oídos antes de toda reflexión, sin necesidad de ninguna noción intelectual. Oír hablar nuestra lengua, disipa mucho esa impresión de cosa absolutamente distinta que a uno le parece inherente a la cosa europea. Miraba el mismo azul añil y el mismo sol de oro intenso que había dejado en Valparaíso. El panorama de Cádiz que ahora avistaba desde la lancha sí que era otro. Un caserío blanco, coronado de cúpulas y mina-

retes. Palmeras que yerguen sus abanicos entre los muros blancos. "Túnez la blanca", pensé yo. Había algo de africano en ese paisaje. Europa no se imponía a los ojos ni al entendimiento, directamente. Pero la certidumbre que me daba la carta geográfica era suficiente para producirme un gran regocijo interior, capaz de sobreponerse a esta negación de los sentidos. Más tarde, al recorrer las calles, la realidad de Europa se me revelaba por contraste con el trópico que acababa de cruzar y que habitaba en mi memoria como una pesadilla. Después de los caseríos chatos y sórdidos, del calor pegajoso y de las gentes de color, esos muros elevados, de nobles materiales, esas líneas armoniosas, esa brisa fresca, esos rostros trigueños de mirada franca, todo eso era Europa, por fin. Europa en lo que ésta tiene de esencial, claro está, no en esos otros elementos que nos hemos acostumbrado a asociar siempre a nuestra idea de Europa: las grandes aglomeraciones humanas, el cosmopolitismo europeo, hogar de la raza blanca y de la civilización occidental. Me lancé a la calle y sentí el encanto de la ciudad vieja, irregular, arbitraria, que no se ha formado en vista de un plan trazado de antemano, sino a medida que se han ido pronunciando las necesidades de la población. Alternación de planos, curvas, ángulos, lo contrario del tablero de damas. Los tipos con que tropezaba no tenían tampoco esa monótona uniformidad de la gente con que nos codeamos en Santiago. Por lo menos para el forastero, que mira con pupilas frescas, no embotadas todavía por el hábito, esos tipos tenían un relieve plástico enorme. Y el placer que me proporcionaba su vista no era el de descubrirlos, sino más bien el de reconocerlos. Ya los había visto antes, indudablemente, en las tablas, desde pequeño, y más tarde en los cuadros españoles o en sus reproducciones. Moviéndose en el plano de la realidad se confundían con las creaciones del arte. Porque cuando, como

nos ocurrió a nosotros, junto con abrir los ojos, orientamos nuestra vista hacia Europa; cuando los juegos que nos divirtieron, los libros que nos cautivaron, los grabados, los espectáculos que nos dieron una visión más amplia del mundo que el área reducida en que nos movíamos, no nos hablaban sino de estas tierras y de estas gentes, el placer que se experimenta al encontrarse frente a frente con estas cosas es un placer doble, un placer que participa del asombro, de la sorpresa y de la cordialidad de la reminiscencia.

Los nombres de las calles, los monumentos, tenían para mí el sabor del recuerdo.

Aquí se alzaba Moret, gallardo y enfático, como en los fotograbados innumerables de "Nuevo Mundo"; allá Castelar, frente a la casa en que nació, en la actitud de verter uno de esos períodos que, en mis simulacros parlamentarios repetía con fruición. Hasta los rótulos que leía al pasar, sobre las puertas de las tiendas, me hablaban de cosas, de expresiones, de nombres que un tiempo tuvieron para mí un sabor exótico, pintoresco, evocador de una realidad desconocida y que ahora veía confundidos en la existencia cotidiana: *Ultramarinos*, leía sobre el cristal de un *despacho*, e inmediatamente acudía la frase leída tantas veces, "empleado en una tienda de ultramarinos", e introducido por ella, en un esquema, todo ese mundo mediocre de los costumbristas españoles, toda esa clase media, abigarrada y gesticulante de los artículos de Luis Taboada y los dibujos de Cila. Este gozo de la familiaridad dentro de la novedad, se me ha ido repitiendo a lo largo de todo mi viaje, y en cada ciudad a que he arribado y en cada paisaje que he contemplado. Ojalá no lo agote, porque es el mayor encanto de los viajes.

Aquí tienes, confusa e ingenuamente expuestas, algunas de mis primeras impresiones al tocar tierra europea. Son las impresiones de un viajero que lleva a todas par-

tes una visión previa, un esquema vago, borroso, desarticulado, o reducido, por el contrario, a cuatro trazos esenciales, y lo confronta con la realidad viva y multiforme. Para darles interés, se requerirían la sutileza y el sentido poético de Proust con algo de la gracia arbitraria de Pierre Girard. Así como van, sólo pretenden responder a tu insistente pregunta en el reducido espacio de una carta, escrita con toda la pesadez y la tiesura de una pluma inexperta.

En Sevilla y Granada transcurrieron mis mejores días europeos. A las maravillosas visiones que se me ofrecían por todas partes, se añadía el encanto, para mí inapreciable, de la sociedad de viejos amigos como Víctor Alfonso y Eugenio Pereira, a quienes me une, por encima de las obligadas diferencias de carácter, una estrecha comunidad de gustos y de propósitos. Recuerdo con nostalgia nuestros paseos por el Parque María Luisa, nuestras visitas al Alcázar, a la Giralda, a los palacios de Exposición, a los innumerables sitios históricos, a la Alhambra, al Generalife; nuestra excursión al Sacro Monte y los bailes gitanos en la Cueva de la Coja; una tarde en la Plaza de Toros; nuestras charlas en los cafés de la calle de las Sierpes, frente a un chato de jerez o un *bock* de cerveza, mientras veíamos desfilar a los castizos sevillanos, con su chaquetilla exigua y su sombrero cordobés. Tú sabes que la amistad es mi única forma de expansión afectiva, y la charla mi sola forma de producción intelectual. Viviendo en el extranjero, disfrutando de un ambiente nuevo que rompía mis hábitos consuetudinarios, no me encontraba entre extranjeros ni desconocidos.

En Madrid, el panorama cambió totalmente. Fuera del personal de la Embajada, compuesto de excelentes personas: —Carlos Morla, Jorge Molina y Alfredo Condon, a quienes veía muy poco y que acababa de conocer— no me encontré con ningún amigo chileno. Poco antes de venir-

me trabé amistad con otro compatriota, Lorenzo Domínguez, joven artista muy inteligente que, después de diez años de residencia en España acaba de regresar a Chile. Tú tendrás allá oportunidad de conocerle, pues nos ha prometido visitarte. El te dará mayores noticias de nosotros. Conocí, pues, todas las amarguras de la soledad forzada. (Yo he sido siempre un gran solitario y busco la soledad como un medio de expansión interior, pero me desespera la soledad que me imponen las circunstancias y que no puede romper mi albedrío).

La deplorable higiene de la vida española, regida por un horario calculado para los traspasadores; la cocina gruesa, recargada de carnes, saturada de aceite y de una insufrible monotonía; el vagar solitario en medio de muchedumbres desconocidas; la falta de teatros dignos de este nombre, de conferencias públicas, que esperaba encontrar; la carencia de reposo exterior e interior para disfrutar de los libros que constituyen mi alimento; en una palabra, la privación de un ambiente físico y moral adecuados para mí, exacerbaron mi malestar nervioso hasta un grado extremo

O.

Biarritz, 16 de Agosto de 1930.

A J. V. L.

1931

Como te habrás impuesto por las postales que te envié desde algunos puntos de mi ruta, acabo de realizar un viaje por Bélgica en compañía de dos amigos y paisanos:

Max Cardemil, persona excelente y hombre culto e inteligente, que ha tenido a su cargo la crítica literaria de "La Unión", y Jorge Madge, joven pintor pensionado por el Gobierno, gran conocedor en materia de artes plásticas, guía excelente para museos y exposiciones.

En quince días visitamos Bruselas, Amberes, Brujas, Gante, Malinas y Lovaina y, pasando la frontera alcanzamos a una típica aldea holandesa, provista de su gran molino, como es de rigor.

Fué un viaje realizado en espléndidas condiciones, en el que no tuvimos que sufrir ninguna molestia, ni siquiera las propias de la estación, pues, aparte del frío, que en casi todas partes era muy intenso, nos vimos exentos de los demás rigores invernales y pudimos movernos sin inconvenientes y llenar bien nuestro programa de turismo. Yendo de París, Bruselas fué una decepción; me pareció una ciudad chata, de vida escasa y modesta edificación, considerada como ciudad moderna, se entiende, pues sus bellezas del pasado, (los palacios de la Plaza del Mercado y la Catedral de Santa Gudula, por ejemplo) se imponen desde el primer momento a la admiración del viajero.

Muy distinta fué, en cambio, mi impresión al volver de las provincias belgas, cuando pude mirar la ciudad en sí misma, disipado un poco el recuerdo de París. En realidad es una gran capital, con grandes arterias comerciales y amplias avenidas de residencia. Sus edificios no son bajos como me parecieron al principio (seis pisos, por lo general), si bien no tienen esa elegancia sencilla y homogénea de los edificios grises, uniformes en su estilo y dimensión, que flanquean los bulevares de París.

De las otras ciudades belgas, todas interesantes por algún concepto y dotadas de grandes tesoros artísticos, Brujas es la más seductora. No conozco todavía ninguna ciudad europea, fuera de Toledo, que se mantenga tan fiel al pasa-

do y de la que emane una atmósfera tan pura de tradición, de misticismo y de poesía.

Este viaje me ha sido muy beneficioso, espiritual y físicamente. Me ha dado a conocer el arte flamenco (los museos de Bélgica son un modelo, por su riqueza y organización); me ha obligado a aprender a viajar con expedición y economía y me ha curado momentáneamente de los nervios. Me ha vuelto el sueño, y con él una relativa serenidad de espíritu. Hoy por hoy, si no tengo motivos para alegrarme, por lo menos disfruto, libre de esa angustia que hasta hace poco me enturbiaba el ánimo, del espectáculo inagotable de esta ciudad hechicera. Tal vez se deberá también esta mejoría, a que ahora me oriento mejor y he vencido ese desconcierto de los primeros tiempos. Lástima que sea ahora, precisamente, cuando tenga que dejar París.

París tiene, sin duda, grandes inconvenientes. En primer lugar su clima, húmedo, destemplado, excitante, como es excitante su vida apresurada y profusa. La circulación es difícil en los barrios comerciales; el tránsito está mal organizado; los transeúntes, atropelladores. La gente, por lo común, es de carácter brusco, impaciente, irascible y no tiene ningún interés en facilitar la vida al forastero. (Esto se explica fácilmente por la gran afluencia de extranjeros y por la vida afanosa que aquí se lleva).

Los teatros y demás salas públicas, no son de fácil acceso. Para conseguir, sin molestias mayores —colas y aglomeraciones— una buena localidad, es menester tomarla con anticipación y, por lo tanto, hacer dos viajes al teatro, aquí donde las distancias son grandes y pasar preocupado del día y hora de la función. La función comienza a las ocho y media, de modo que hay que regresar temprano al hotel, para comer a tiempo, o buscarse un restaurante próximo.

Pero todo esto está compensado con creces por la be-

lleza de la ciudad, por la intensidad de su vida, por la abundancia y variedad de sus atracciones, por la multiplicidad de sus aspectos, interesantes y pintorescos. El extranjero, aunque conserve su distancia con los franceses, siempre está seguro de encontrar connacionales, amigos, con quienes formar un ambiente familiar, que le dé a ratos la impresión de su tierra, sin obligarlo a renunciar a las ventajas de la gran ciudad.

La calle, cuando se circula por la acera o se la mira desde la terraza del café, es el más atrayente y el más variado de los espectáculos. (Mientras no se esté dominado por el *spleen*, se entiende). Al anochecer, cuando se encienden las lámparas y los anuncios luminosos y se esfuman los contornos de las cosas, la calle adquiere una belleza fantástica.

He asistido a algunas conferencias en los teatros, en la Sorbona y en el Colegio de Francia. He oído hablar, entre otros, al dramaturgo Lenormand, a Paul Valéry, a la Condesa de La Rochefoucauld, a Helena Vacaresco, a Guignebert, a Seignobos, a Bedier, a Maspero, a Mornet, a Pierre Janet, a nuestro conocido Víctor Basch.

Nada que me haya entusiasmado. Por lo general disertadores bastante aburridos, a los que sólo se puede aprovechar a través de todo un curso, cuando se trata de profesores, tomando apuntes y asistiendo con un fin de especialización en algún ramo determinado. He asistido también a un *meeting* de la Acción Francesa, muy interesante por el ambiente de entusiasmo y de juventud en que se desarrolló. Hablaron León Daudet, Charles Maurras y René Benjamin. Pude observarlos a mis anchas porque estaba situado en primera fila. Esta noche hay otro al que probablemente concurra.

He visto en La Comedia Francesa, "Vieil Homme" de Porto Riche, "Le Barbier de Seville" de Beaumarchais y

“Le Medecin malgré lui” de Molière; en el Albert I. la “Danse de mort” de Strindberg, muy mutilada, y en el Théâtre de l’Oeuvre, “Maison de Poupée”, admirablemente interpretada por Ludmila Pitoeff. En el Casino he visto “Paris qui remue”, revista que lleva cuatro meses de representación incesante, por Joséphine Baker y su *troupe*.

Desde París he visitado Versalles, Fontainebleau, Chartres y Lisieux, en plena Normandía, donde debí pernoctar.

La muerte del Mariscal Joffre ha dado lugar a solemnes ceremonias, que han conmovido a toda la población. El cadáver fué embalsamado y expuesto al público durante dos días en la Capilla de la Escuela Militar. La multitud desfilaba sin cesar. Se formaban colas interminables que obligaban al último a varias horas de espera. Fuimos a verlo, el papá y yo. En lugar del hombre grueso y rechoncho que divulgaron las fotografías de la guerra, encontramos un viejecito menudo, de rostro descarnado y facciones afiladas por la enfermedad y por la muerte. Los funerales fueron grandiosos. Los vi pasar por la Avenue des Champs Elysées. Para situarme en primera fila, hube de llegar a las ocho de la mañana. El cortejo comenzó a pasar a las 11. El ataúd iba sobre una cureña, cubierta con la bandera francesa. Seguían a pie, el Presidente de la República; los Ministros de Estado, los representantes de las Cámaras; dos Cardenales, con sus largas colas desplegadas; los magistrados con sus togas; los académicos con su uniforme bordado de verdes palmas; las delegaciones extranjeras, el príncipe heredero de Bélgica; el Lord Mayor de Londres, tocado con una peluca blanca, revestido de púrpura, precedido de los maceros que sostenían en un almohadón las insignias del mando; la Guardia Real Inglesa, rígida bajo los cascos empenachados; tropas belgas; tropas americanas tras de la gran bandera estrellada; tropas

italianas. Abría el cortejo la Guardia Republicana, batiendo al viento la cimera de sus cascos relucientes.

Fué una ceremonia rodeada de toda esa discreta teatralidad sobria, elegante, imponente, que los franceses saben escoger para sus actos cívicos.

Aunque parezca paradoja, en este país de lengua extranjera me he sentido mucho más acompañado que en España, a excepción de Sevilla. He encontrado nuevos y antiguos amigos chilenos, entre los cuales Roberto Humeres, con quien, como sabes, me une una ya antigua y muy estrecha amistad. Hoy voy a ir a ver al doctor Bascuñán, con el cual no me he encontrado todavía.

Estamos prontos para marcharnos a la Costa Azul. Nos detendremos de paso en algunas ciudades del Mediodía: Lyon, Marsella, Nîmes, Aviñon, luego pasaremos diez días en Niza y sus alrededores y seguiremos luego a Italia. Dejaremos aquí nuestros baúles y otras cosas, pues debaremos volver varias veces, de paso para España, Inglaterra o Alemania.

O.

París, 9 de Enero de 1931.

A J. V. L.

1931

Mi querido Julio, por tu carta de fecha 8, que acabo de recibir, he venido a conocer los detalles de la muerte de Mario. ¡Cómo habrás sufrido tú que te inquietabas con la más leve indisposición de tus chicos y que no habías pa-

sado nunca por una prueba parecida, pues, a Dios gracias, en nuestra familia no hemos tenido nunca que lamentar una desgracia semejante! Es preferible doblar la hoja.

Pronto hará un mes que regresamos de nuestro viaje a Italia y Suiza. Contra lo que esperábamos, el verano, no se hace sentir aquí. A excepción de los primeros días, que fueron bastante ardientes, el tiempo ha estado tan fresco que a veces hemos llegado a sentir frío. Casi no pasa día sin que caiga un chubasco por lo menos. Esto no deja de ser incómodo. Pero, gracias a estas lluvias frecuentes, los árboles de las calles, parques y jardines ostentan un verde lustroso que allá sólo conocemos al despuntar la primavera y que da a la vegetación una belleza incomparable. Cuando se han conocido otras ciudades y se vuelve a París, se aprecian mejor sus encantos, que no se encuentran en ninguna parte, por lo menos en lo que yo llevo visto. El encanto de París reside en su variedad y en su complejidad. Las avenidas anchurosas alternan con las retorcidas callejuelas; los centros donde bulle una vida febril, con los rincones apacibles; los barrios en que impera el cosmopolitismo, con los que conservan un sello provinciano. Y cada uno tiene su vida propia, una población, un comercio distintos: en los grandes bulevares, en la Rue de la Paix, en la Avenue de l'Opera, los grandes almacenes, las joyerías, las tiendas elegantes; en la Avenue des Champs Elysées, los cafés y restaurantes de lujo; en la antigua Avenue du Bois de Boulogne, los grandes hoteles particulares; en Montmartre, la vida galante; en Montparnasse, todos los esnobismos y todas las excentricidades que, entre paréntesis, no son tantas como se las imagina; en el Barrio Latino, las escuelas universitarias, los grandes liceos e institutos, que dan vida a un comercio especial, al alcance de los modestos recursos del estudiante, las librerías mejor surtidas; en San Sulpicio las "boutiques" con

libros, estampas y objetos del culto, (los mismos que se exportan a todos los países del mundo y en que se ha hecho especialista "Zamorano y Caperán") y todo lo que requiere la vida eclesiástica, lugares de hospedaje, sastres dedicados a la confección de los hábitos sacerdotales; en el Faubourg Saint Germain, las viejas residencias herméticas, donde se esconden todavía algunos restos de la antigua aristocracia... Y así podría seguir enumerando, porque éstos no son sino algunos de los múltiples aspectos de París, del que dijo Carlos V, hace ya cuatro siglos: "Esto no es una ciudad, es un mundo".

¡Y qué decir de sus monumentos (El Louvre, Notre Dame, la Magdalena, el Arco de Triunfo, el Panteón, la Tour Saint-Jacques, la misma Tour Eiffel tan discutida), de sus perspectivas maravillosas, del panorama del Sena, de todas esas cosas que uno puede ver todos los días con una emoción siempre renovada y enriquecida por esa educación incesante de la sensibilidad, que produce la contemplación de las cosas bellas!

Todo esto no se aprecia bien cuando se llega a París por vez primera, con pocas nociones claras y muchas fantasías. Se esperaba encontrar un conjunto uniforme, de suntuosa elegancia, de corrección impecable, y en vez de esto se ve lo humilde en vecindad con lo grandioso, y hasta los mismos monumentos decepcionan en un principio al ojo que busca el brillo y encuentra en su lugar esas piedras ennegrecidas, patinadas por el tiempo, el polvo y el hollín. Pero, poco a poco, París nos va conquistando, su belleza, su gracia indefinible van penetrando por los repliegues más esquivos de nuestra sensibilidad, hasta que llega un día en que lo amamos con fervor tal como es y en que preferimos su imagen real a la que nos había pintado la fantasía.

No sé si ya te había dicho muchas de estas cosas,

pero en todo caso, al recobrar el contacto de París, las he vuelto a sentir, en forma mucho más intensa y he experimentado, por eso, la necesidad de decirlas.

He pasado en Italia cuatro meses que contarán entre los recuerdos más amables de mi vida. Crucé la frontera en Ventimiglia. El tránsito de un país al otro, en un principio es poco sensible, viniendo de la Riviera, que en un tiempo fué italiana y geográficamente sigue siéndolo, como es natural. Luego la montaña va acentuando las diferencias del paisaje.

El recorrido del ferrocarril por la costa ligure, es hermosísimo y dispone desde luego en favor de Italia. A un lado una sucesión ininterrumpida de pequeños pueblos, plantados entre los cerros: muros blancos, celosías verdes, esbeltos campanarios y de cuando en cuando un espacio abierto, con su fuente pública al centro; al otro, el mar, que no se pierde nunca de vista.

Génova, edificada sobre planos superpuestos, me dió, en cierto modo, una síntesis anticipada de la ciudad italiana, con sus palacios renacentistas y sus callejas tortuosas y empinadas, bautizadas aquí con el nombre de *vicos* o *vícolos*. En el arte italiano, sin embargo, Génova ocupa un lugar insignificante.

Su cementerio merece visitarse, a título de curiosidad, por su situación sobre las faldas de una colina y por sus monumentos funerarios pintorescos, (ya calcularás lo que este epíteto significa aplicado a cosa tan respetable), pero desprovistos de verdadero valor artístico.

Fué en Pisa donde tuve la primera revelación de lo que yo llamaría, aplicándole una frase demasiado conocida, "el milagro italiano", o sea, la revelación de la riqueza y del refinamiento incomparables del arte italiano del pasado, aún en aquellas épocas en que el resto de Europa vivía sumida en la barbarie medieval. Verlaine habló en

verso inolvidable de "le moyen âge énorme et délicat", pero la delicadeza de la Edad Media es de un género muy distinto de ésta que aquí encontramos. Todo el tesoro de Pisa se contiene en un rectángulo: un tapiz de césped y sobre él, como sobre un cojín de felpa, tres joyas arquitectónicas, tres filigranas de un mármol dorado que tiene la coloración del marfil: la Torre Inclinada, el Duomo y el Bautisterio. Los púlpitos de los Pisanos, me mostraron de golpe la gracia y la suntuosidad de la escultura italiana. Y no olvides que estas cosas son de los siglos XI y XII, es decir, de un tiempo todavía muy distante del Renacimiento. Pero, ¿puede hablarse de Renacimiento, tratándose de Italia?

En Roma uno se siente sofocado bajo el peso de tanta historia. La atención se divide entre la Roma pagana, la Roma de los primeros siglos del Cristianismo y la Roma papal, y se necesitaría una residencia prolongada y muchas lecturas para familiarizarse con sus recuerdos y poder digerirlos. El Museo del Vaticano, el de las Termas y los del Capitolio, presentan, junto con el Museo Nacional de Nápoles, la más fabulosa colección de esculturas antiguas que se puede encontrar en el mundo. Naturalmente, el interés histórico predomina sobre el interés artístico, —sobre todo en las galerías iconográficas— pero entre estas estatuas se encuentran algunos de los modelos insuperados de todos los tiempos: el Laocoonte, el Apolo del Belvedere, el Torso y otros que no podría recordar en seguida. En las salas del Vaticano, en la Capilla Sixtina, Rafael y Miguel Angel han dejado sus más vastas creaciones pictóricas. Nada más noble, más sugerente puede presentarse al hombre nutrido de tradición latina, que el panorama de las ruinas del Foro, desde la colina del capitolio: arcos triunfales, columnas truncadas, despojos de templos y palacios, entre los prados verdes y los cipreses

melancólicos. Más que por el tiempo y el azar, parecen haber sido distribuidos y cortados por mano de artista. No creo que se necesite acudir a la imaginación reconstitutiva para sentir su belleza.

Y, contrastando con estas ruinas elocuentes, mucho más lejos, la Plaza de San Pedro, el grandioso hemiciclo de su columnata, los gallardos surtidores de sus fuentes, hablan de la majestad, de la sólida e inmutable estructura del Catolicismo, de su vitalidad inextinguible.

Pero Roma no es una ciudad "de bonne compagnie". Su misma majestad la hace adusta, severa, como la imagen de la matrona romana. Falta la animación de la vida moderna: los grandes bulevares, las terrazas desbordadas sobre la acera, la circulación intensa, los escaparates llamativos, los anuncios luminosos con su brillo espasmódico. De noche el centro de Roma es más sombrío y más solitario que el de Santiago hace diez años.

Sus ruinas, sus monumentos severos, sus trescientas sesenta y cinco iglesias (no hay exageración, al contrario, la estadística es antigua) pesan demasiado sobre la Ciudad Eterna. No hay que olvidar que se trata de la capital del Catolicismo y la mancha negra de la sotana que aquí se ve por todas partes, no es precisamente una mancha de color.

El viajero fatigado de tanta erudición improvisada, sólo encuentra la naturaleza para aliviarse; en medio de la aridez de sus muros anaranjados, Roma encierra oasis exquisitos: la Villa Borghese —el parque más bello que he conocido—; el Pincio, el Janicolo —colinas— jardines, que me recordaban el Santa Lucía; y el delicioso mercado de flores de la escalinata de la Trinita dei Monti.

Sus iglesias se resienten de frialdad. Construidas con materiales preciosos, abundantes en obras de arte, carecen

de misterio y de fantasía. Su claridad y su regularidad, descorazonan.

Después de Roma, Nápoles equivale a una inmersión en la vida primitiva. Tres mañanas en el Museo Nacional y medio día en Pompeya, bastan para el pasado. El resto se puede destinar a discurrir frente al anfiteatro magnífico de su bahía; a recorrer su comercio abigarrado; a subir y descender por sus *vícolos* inverosímiles, donde pulula una muchachada harapienta que muestra al aire sus formas delicadas y su hermosa piel tostada. Los contornos de Nápoles son lugares paradisíacos: Capri —jardín de delicias—, Amalfi, Ravello, Sorrento... Sus nombres solos son ya una melodía. “O sole mio”, desdeñado por los refinados, adquiere todo su valor, oído a orillas del Golfo de Nápoles, como lo oí una tarde, frente a un sol reverberante.

Luego remontamos al norte. El paisaje pierde su exuberancia en la Umbría, en la Toscana, pero se hace más suave, más aristocrático, más espiritual.

Perugia y Asís, como Siena y San Gimignano, son relicarios medievales. El tiempo parece haberse detenido en sus calles abovedadas, en sus amplias plazas, flanqueadas de palacios de noble arquitectura. Pero la vida circula por ellas, amable e ingenua en su simplicidad provinciana. En Florencia me detuve un mes. Es éste el verdadero centro artístico de Italia. El arte, la elegancia han prodigado aquí todas sus seducciones. El “milagro italiano”, revelado en Pisa, adquiere en Florencia su máximo esplendor. La arquitectura da su nota más alta en el Duomo, en el Campanile, en el Palazzo Vecchio, en el Palazzo Strozzi; la pintura en Uffizzi y en Pitti; la escultura en la tumba de los Medicis, en el Palazzo Bargello. Florencia

tiene todo lo que a Roma le falta: la armonía, la gracia. La vida es animada, sin ser tumultuosa, como en las grandes metrópolis; la naturaleza es generosa, sin prodigalidad. Sus jardines son los más bellos de Europa: Bóboli, la Villa Palmiere —donde Bocaccio compuso el *Decamerón*— la Villa Gamberaia.

Sus industrias regionales, trabajadas con tanto amor, sus cueros, su cerámica, hacen la delicia del transeúnte en los escaparates de los almacenes. Y el panorama del Arno, en las vecindades del Ponte Vecchio, es algo que no se puede olvidar jamás, como el del Canal Grande de Venecia o como el panorama del Sena.

Venecia es un heraldo del Oriente. La naturaleza y el hombre han derrochado aquí su fantasía. La Piazza San Marco, con las cúpulas doradas de su basílica bizantina, con su estupendo Palazzo Ducale, con su *Campanile* y las dos alas paralelas de las *Procuratie*, con sus columnas y sus mástiles, tienen algo de irreal.

Otras ciudades italianas que visité, guardan cada una su tesoro: Ravenna, sus iglesias bizantinas; Padua, el Giotto. En Milán encontré, alrededor de su Duomo maravilloso, algo de lo que había echado de menos en Roma: la vida febril de la gran ciudad europea. Pero hay también algo que tienen en Europa otras grandes ciudades, que tiene París, que tiene Madrid, que tiene aún Barcelona y que a Milán le falta: la vibración sentimental.

En Italia todo dispone a la voluptuosidad. Su cielo azul, su bella raza, las sílabas armoniosas de su idioma, su cocina abundante y sabrosa, sus vinos suaves de Chianti o de Frascati, sus gentes cordiales y expansivas, todo habla de vida amable, del *dolce far niente* sibarita. En ella encontramos, por eso, la expresión más acabada de lo que se ha convenido en llamar “el espíritu mediterráneo”. Pe-

ro del pueblo italiano y de su situación actual hablaremos otra vez.

Saluda a la Rosita y dile que no la olvido en su pensar. Muchos besos para tus niños y para ti un fuerte abrazo de tu hermano.

O.

París, 22 de Julio de 1931.

A J. V. L.

1931

La lectura de tu carta del 2 de setiembre me ha conmovido profundamente. Comencé a leérsela a papá, pero se me anudaba la garganta y me costaba trabajo continuar. Por fin hube de terminarla para mí solo. La idea de la pérdida del niño se alimenta de todas las sensaciones y emana de todos los objetos que te rodean. Mientras vivas en esas condiciones es difícil que encuentres el alivio que debes procurarte. Tienes razón cuando dices que un viaje sería un lenitivo eficaz. No desperdicies la primera oportunidad que se te presente para emprenderlo. La experiencia me enseña que los viajes procuran el olvido de las penas que nos vienen del pasado y disipan los temores del futuro. El instante encierra tanto interés y asume formas tan diversas, que concluye por absorbernos. La vida, que parecía haber agotado la mezquina ración que nos había reservado, nos muestra así nuevas posibilidades o nos renueva la confianza en otras que creíamos perdidas para siempre.

No es posible que tú hables de la vida como de una cosa liquidada y te sientas viejo cuando apenas entras en la madurez. No creo que la fidelidad a la memoria de un ser querido nos obligue a cultivar su recuerdo en forma tan despiadada que llegue a amargarnos la existencia y conducirnos a la desesperación. ¿En qué han quedado el estoicismo y la cordura que mostrabas en las primeras cartas? Bien sé que las penas no se ahuyentan con buenos propósitos. El olvido no depende de nuestra voluntad inmediata ni puede ser la obra de unos días. Lo que está en nuestra mano es buscar a la vida nuevos incentivos. El estudio y los viajes pueden ser estos incentivos. Piensa en un viaje a Europa como en un ideal asequible y ponte a estudiar todo lo que para él pueda serte provechoso, todo lo que puede contribuir a dar un interés mayor a los pueblos y a las cosas con que un día has de entrar en contacto. Los idiomas, la historia, la geografía, los relatos de viaje, las colecciones de arte, las diferentes literaturas—expresión de las costumbres y del alma de un pueblo—pueden aportarnos infinitos motivos de interés. Aún en el caso de que no llegáramos a utilizarlos en un viaje, siempre nos procurarán algo de lo que pedimos al viaje mismo: la facultad de evadirnos de nosotros mismos. Comienza por revisar tus idiomas extranjeros. Son los idiomas un instrumento indispensable para viajar con agrado y con provecho. Aún sin esta mira ulterior, nos procuran sutiles placeres, como el de revestir nuestro pensamiento de formas nuevas que parecen modificar su misma substancia. Los idiomas deben practicarse en la juventud lo más temprano posible. Con los años nuestra capacidad receptiva se va cerrando a ellos cada vez más. Su estudio se nos presenta árido al principio, pero poco a poco nos va apasionando, porque vamos palpando día a día sus resul-

tados y obteniendo recompensas parciales de nuestro esfuerzo, que nos alienta a continuar.

En fin, tal vez es ingenuo que yo proponga tales remedios a un padre atribulado pero, ¡qué quieres! cada uno vierte en sus consejos el fruto de su experiencia.

Yo no he experimentado nunca, claro está, un dolor que se acerque al tuyo, que pueda, atendiendo a su violencia, medirse con él. Pero, no olvides, mi vida entera no es sino una sucesión de miserias físicas y morales que no han tenido nunca proporcionada compensación. Mis desgracias no han venido de afuera, han nacido de mi propio temperamento, tal como lo recibí al nacer y como lo acentuó mi educación. Su remedio, por lo tanto, es más difícil, por no decir imposible. Y sin embargo, yo he encontrado en estas cosas de que te hablo, si no la felicidad, que sólo presumo al través de algunos, una serenidad relativa que se le asemeja un poco. Esto no basta para hacerme gozar de los grandes placeres que exaltan la vida, pero, me permite al menos, disfrutar de esos pequeños goces que la vida prodiga en nuestra existencia cotidiana y para los cuales estuve ciego y sordo durante mucho tiempo.

Te escribo ahora aprovechando el reposo de esta aldea de la Costa Azul, a donde he venido a pasar diez días. Soy el huésped de una dama polaca, que ha formado su familia en Francia, mujer de mucho talento, de esmerada cultura y de una bondad y una gentileza de trato poco comunes. Posee una pequeña *villa*, edificada sobre la altura de una colina, desde la cual se disfruta de un panorama magnífico sobre el valle, el mar y el pintoresco caserío de la aldea. Cagnes, por sus paisajes, por el trazado pintoresco de sus callejuelas, por sus casas vetustas, es asilo predilecto de los pintores. Aquí vive nuestro conocido Boris Grigorieff que, como recordarás, ha sacado de

Cagnes muchos motivos para sus cuadros. Aquí, y en la misma casa donde yo estoy, pasa las vacaciones Roberto Humeres, mi buen amigo de Chile, por medio de quien he conocido a la señora que me hospeda.

El otoño, que en París hacía amarillear las hojas de los árboles, apenas si, comienza a dorar los pámpanos en esta tierra privilegiada. El sol brilla como en estío, el aire es tibio y acariciador. Por desgracia, poco he podido disfrutar de esta atmósfera paradisíaca: una tarde en Niza y otra en Saint-Paul, pequeña ciudad medieval, que conserva todo su encanto... El resto del tiempo lo he pasado recluso, cuidándome una crisis de asma que se me ha descargado sin saber cómo. La mejoría se va acentuando, gracias a inyecciones y medicinas, y mañana regresaré a París, donde me espera papá, que debe estar ya pronto para emprender viaje a España. Saldré a las tres de la tarde y arribaré a París a las nueve de la mañana. Como ves, el viaje es largo y, hecho en una jornada resulta fatigoso, pero no hay más remedio que hacerlo así, pues el tiempo apremia.

Muchos cariños a los sobrinos, corresponde sus saludos a Rosita y para ti un abrazo muy estrecho de tu hermano que desea verte animoso y optimista como en otro tiempo.

O.

Gagnes sur-Mer, 19 de Octubre de 1931.

A L. V. D.

1932

Como ya tendrás noticias por algunas postales que te envié al hacer mi jira por las ciudades castellanas, me encuentro en España desde mediados de noviembre. Cuando la visité hace dos años pude darme cuenta de la animadversión que despertaba el rey entre los intelectuales y el pueblo y de la extensión y calidad, cada vez mayor, de la opinión republicana. Esta impresión me la confirmaron en los propios círculos diplomáticos. Aquella idea en que vivíamos en Chile de la incontenible popularidad de Alfonso XIII no pasaba de ser una fábula desde la muerte de Canalejas y de los desastres africanos. En Sevilla se mostraba con aparente despreocupación. Le oí hablar y estuve a pocos pasos de él en un baile de las fiestas de la Exposición. Tenía un aire simpático, juvenil y afable, sin duda alguna. El pueblo sevillano, sin serle hostil, no dió entonces tampoco, ninguna muestra de entusiasmo. En Madrid no le vi nunca. Dicen que se muestra muy poco y siempre rodeado de una gran escolta, que apartaba a la gente de su proximidad. No hay duda de que carecía de las condiciones de un hombre de Estado. No tuvo ninguna orientación definida. Atrajo a unos y otros y a nadie dió satisfacción y todos se sintieron burlados: Maura y Primo de Rivera; Sánchez Guerra y Santiago Alba. No supo o no quiso solucionar los problemas más importantes de España: el problema militarista, el problema clerical, el problema agrario, el problema educacional, el problema de las aspiraciones regionales. Los soslayó muchas veces, con

Maura, con Canalejas, pero nunca los abordó con franqueza, enemigo, sin duda, de las soluciones radicales, que estos problemas reclamaban. En cierta ocasión, el Conde de Romanones, poderoso terrateniente, tuvo la vena de inquietarse por la situación de los campesinos de Andalucía. El conde era Ministro, Presidente del Consejo, tal vez. Llamó al profesor Fernando de los Ríos y le encargó un estudio sobre este problema. De los Ríos practicó una amplia y minuciosa encuesta y presentó un informe concluyente. “¿Y qué vamos a hacer?”, preguntó a Romanones, al cabo de un tiempo. “Pues ¿qué quiere Ud. que hagamos? No se puede hacer nada”, respondió el conde desalentado. Y es que la monarquía se apoyaba en todas las fuerzas retardatarias: en el ejército, en el clero, en la nobleza y en la plutocracia, es decir en todos los interesados en mantener el orden existente.

Muchos monárquicos de doctrina decían, como Sánchez Guerra: queremos la monarquía, pero con otro rey. Y otros agregaban: con otra dinastía. Recuerdo las muestras de escándalo con que una señora chilena, establecida en París, me oyó hablar de la impopularidad del rey de España. Para ella España era el baluarte más seguro de los sentimientos monárquicos y católicos. Tres meses después unas elecciones daban al traste con la Monarquía y se implantaba la República con el aplauso del pueblo y más tarde se adoptaban medidas severas hasta la exageración contra dignatarios eclesiásticos y congregaciones religiosas, sin que nadie se levantara contra ellas. Esa señora representaba un tipo muy común en nuestras repúblicas americanas: el tipo del americano esnob, que siente desdén por España, en nombre de Francia, Alemania, los Estados Unidos o nuestros mismos países, que considera más progresistas; el americano que la califica de país atrasado y, sin embargo, desconoce su intelectualidad y se deslumbra con lo que

España tenía de más rancio: el trono y los títulos nobiliarios.

He vuelto a España, después de dos años y la he encontrado en plena fiebre de renovación. Hay, claro, muchos descontentos. El español, como sus descendientes, es por definición un animal descontento. Para unos la República es jacobina y demagógica, para otros tímida y con-temporizadora, sin contar a los muchos, al frente de los cuales se encuentran, cada uno campeando por su cuenta, el caudillo Lerroux y el pensador Ortega y Gasset, que querrían una política nacional amplia, sin exclusivismos de bandería. Todo esto es cierto, pero es cierto también que hay un gobierno que gobierna con todos los recursos del poder y apoyado en una mayoría parlamentaria fuerte, disciplinada, incondicionalmente adicta. Y que este gobierno ha acometido y va camino de realizar bien o mal —aquí entra la apreciación personal y las opiniones se subdividen hasta lo infinito— la solución de todos aquellos grandes problemas: el militar, el clerical, el educacional, el agrario y el de las aspiraciones autonomistas de las regiones. Yo creo que en todo caso esto es preferible al estagnamiento en que se vivía. Los reaccionarios dicen que ha disminuído la decencia pública; yo creo que ha aumentado la franqueza y va retrocediendo la gazmoñería. En el teatro se dicen hoy cosas que antes no se habrían tolerado. Campañas basadas en consideraciones científicas como las del Congreso de Reforma Sexual, reunido en Suiza hace pocos años, no pudieron librarse en España, durante la Dictadura, por la oposición de un gobierno inconsciente, que se había atribuído la misión de hacer más morales a todos los españoles. Hoy día se ha constituído una filial de ese Congreso en España, bajo el alto patrocinio del doctor Marañón, y, al constituirse ha declarado que lo hace a favor del ambiente de mayor comprensión

que domina en la República, para apreciar estas cuestiones. ¿No consideras que éste es, de por sí, un signo bien revelador de que la República no ha significado sólo un cambio de régimen y de hombres, sino también un cambio en la mentalidad de los españoles? En cuanto a los levantamientos comunistas de que habla el cable y de que allá harán cuestión los cavernícolas, ríe tú de ellos. Aquí nos pasan inadvertidos. Un ataque a la Guardia Civil en el Llobregat o en Villafradique, no hace peligrar la organización social de España. Estos pueblos blancos, genuinamente europeos (Rusia es asiática), tienen una estructura social a prueba de motines y prédicas demagógicas. Por el otro lado, la intemperancia del gobierno de Azaña —verdadero gobernante por otros conceptos— ha suscitado, como respuesta, una innegable reacción de las derechas, en estos últimos tiempos. Esa reacción influirá en la dirección del país, se hará sentir en las futuras elecciones, pero no creo que llegue nunca a traducirse en una restauración monárquica. Las mismas aguas no pasan nunca bajo el ojo del mismo puente.

Hace dos años me pediste mis impresiones sobre la situación de España. Sin duda no previste las consecuencias de una frase escrita tal vez, sin intención: cuatro carrillas de letra apretada y líneas estrechas capaces de sofocar a cualquiera. Excúsame. Son los inconvenientes de la formalidad. Yo creía haber contraído un compromiso y lo he cumplido a mi manera, que no es, probablemente, la más amena.

Durante mi ausencia, ante cualquier hecho de significación política, artística o social ocurrido en el mundo, he pensado en los comentarios que habrá suscitado en la tertulia dominical de la calle del Dieciocho. ¡Cuántas, cuántas cosas desde que no nos vemos! ¿Recuerdas el in-

terés con que glosábamos a Keyserling, Madariaga y demás psicólogos de los pueblos? ¿Y el ansia con que evocábamos estas viejas civilizaciones de Europa, que nos daban vida espiritual? ¿Y el fervor con que tratábamos de animar las referencias de los viajeros y las descripciones de los libros? Un conocimiento concreto ha sucedido a este conocimiento imaginativo; muchas nociones simplistas o esquemáticas se han desvanecido en presencia de las cosas mismas. La realidad es siempre más compleja y menos diferenciada que las nociones intelectuales. Dile a Mario Garcés que me he acercado a algunos intelectuales y que lo que dicen verbalmente no es más expresivo que lo que le escriben en sus autógrafos. Dile a Eugenio Pereira que reconozco una deuda postal que tengo con él y pronto se la pagaré. A Eugenio Rioseco dale la noticia de que los jóvenes no creen hoy en un arte intrascendental y reniegan de él, en teoría por lo menos, lo que hace ruborizarse, según dicen, a Ortega y Gasset, que había estado tan pronto para interpretarlo y acogerlo.

He visto en "El Mercurio" la muerte de un Alberto Fabres, acaecida en Roma, me parece. ¿Era nuestro contertulio? ¿Qué sensible sería, tan joven y buen camarada!

Yo me marcho en estos días a Mallorca. Espero encontrarme allá con Roberto Humeres. Pasaré un mes en las Balears y en seguida regresaré a París desde Barcelona.

O.

Madrid, 19 de Junio de 1932.

A J. V. L.

1932

Esta mañana recibimos una carta tuya por la que sabemos que tanto en tu casa como en la nuestra todos están buenos. Dices haber recibido nuestra tarjeta de Si-güenza y pides noticias de nuestros proyectos. De Si-güenza, como habrás sabido después, pasamos a Zaragoza. Zaragoza, próspera y progresista capital de provincia, es una de las ciudades menos interesantes de España, desde el punto de vista artístico. Claro es que no faltan hermosos palacios antiguos, y la Seo, (Catedral) a pesar del ladrillo y del estuco, presenta un hermoso golpe de vista al que contempla sus bóvedas y sus columnas, armoniosamente entrelazadas. El famoso templo del Pilar, en cambio, es uno de esos monumentos de mal gusto, que parecen ser la fiel expresión de la iglesia y de los católicos de nuestros tiempos. Una cosa fea, abigarrada y aparatosa, de una vulgaridad que contrista.

Desde Zaragoza nos dirigimos a Barcelona. Como recordarás, hace dos años, en los últimos días de la exposición, pasamos aquí una quincena. Barcelona es, sin duda, una gran capital, la más grande, la más moderna y la más cosmopolita de España. Tiene, en su parte antigua, obras arquitectónicas que no tiene Madrid y que son de positiva belleza. Sin embargo —no sé si en esta impresión entre en mucha parte la época, verdaderamente canicular, en que siempre me ha tocado visitarla— Barcelona, por la vida y los gustos de sus habitantes, mercaderes apegados a su faena, me parece una de las ciudades más aburridas

y antipáticas que me haya tocado conocer. Entra también por mucho en esto, lo reconozco, la antipatía instintiva que siento por el nacionalismo catalán, ahora tan exacerbado. Me fastidia oír a cada rato esa lengua áspera y desapacible; me irrita verla escrita en muchos rótulos oficiales y comerciales y me desagrada, lo mismo, oír nuestro castellano pronunciado con ese duro acento de estas gentes, por lo demás tan amables y complacientes, como todos los españoles.

De Barcelona zarpamos a Palma de Mallorca. La navegación dura, más o menos, desde las nueve de la noche hasta las ocho de la mañana. Yo me levanté a las tres para ver la salida del sol. El calor era tan grande y tanta la afluencia de pasajeros que muchos, unos por gusto y otros a la fuerza, dormían sobre cubierta. Hablo de los que viajaban con billete de primera y segunda clases, sin contar a los que toman billete de cubierta. La aparición de la costa en la mañana, y el largo desfilar de sus peñones nimbados por el sol, es un hermoso espectáculo que vale por una calurosa bienvenida. La oportunidad de las vacaciones, única oportunidad que el año ofrece a mucha gente para viajar, lleva ahora en el verano, una gran corriente turística a las Islas Baleares: ingleses y norteamericanos, viajeros profesionales, repartidos por todos los puntos del planeta; alemanes, curiosos de todo; franceses, con su infalible sentido de la economía, atraídos por la vida barata; pintores de Montparnasse y de la Costa Azul y hasta los parásitos que viven a costa de todo este mundo flotante y cosmopolita: *gigolos* que uno recuerda haber visto en cafés de Montmartre o en *boites* de la Avenida Víctor Hugo y que de regreso en París, vuelve a encontrar en Montparnasse o en el Barrio Latino... "Rien que la terre..." dice Paul Morand como síntesis de sus correrías. "El mundo es un pañuelo", afirman los Quinteros.

“Como el mundo es redondo, el mundo rueda”, repite Becquer. Grandes verdades que la experiencia de los viajes confirma a cada instante.

El calor, un calor tropical, me estropeó la estada en Mallorca. Aunque hubiera preferido pasar tendido a la sombra, no me dejé acobardar y recorrí toda la isla en autobús. Aparte de las molestias de la temperatura, no es el verano estación adecuada para apreciar las bellezas del paisaje mallorquino. Hay que ir a Mallorca cuando florecen sus almendros innumerables. En el verano esa tierra calcinada y gredosa, removida por la labranza, de la que surgen olivos milenarios que se retuercen en epilépticas contorsiones, ofrece un aspecto desolado y parece clamar su sed a través de todos los terrones de su gleba. Claro es que quedan cosas que escapan al flujo de las estaciones: sus grutas dantescas, con un decorado fantasmagórico que recuerda los dibujos de Doré; la curva elegante y la tersura imponderable de sus bahías; y Palma, con sus casonas señoreales y la esbelta vegetación de piedra de su Catedral Marina.

De vuelta en Barcelona, al cabo de pocos días, salimos para Francia. Pasamos dos noches y dos días en la prodigiosa ciudadela de Carcassonne, sumergidos en plena Edad Media; seguimos a Toulouse, donde se expande la alegría meridional; continuamos a Orléans y Tours, coquetas ciudades provincianas, en que no falta una fina catedral gótica o alguna elegante casa consistorial que acredite el gusto seguro del siglo diez y siete francés. Pero Tours vale sobre todo por el límpido paisaje de la Turena, y el armonioso suelo de la Turena, por los piñones y torrecillas de sus castillos, “cincelados como una joya”, que el Loira refleja en su linfa cristalina. Desde Tours o desde Blois, visité los castillos de Blois, Chambord, Chevering, Chenonceaux y Amboise, disfrutando, de paso, del encan-

to de la campiña tursenese o de la gracia de sus aldeas y ciudades minúsculas, desde mi asiento de autocar o, a pie, en los altos del camino.

Vuelto a París no he interrumpido mis andanzas. Cuando no recorro los distintos barrios de esta ciudad seductora entre todas y donde siempre hay algo que ver otra vez y donde nunca falta algo más que ver, salgo, por algunos de los variados medios de locomoción que allí existen, en *bateau-mouche*, autocar, tranvía o ferrocarril, hacia algún punto de la dulce Isla de Francia: Saint Cloud, Suresnes, Argenteuil, Saint Germain-en-Laye, Chantilly, Senlis, Compiègne, el Carrefour de l'Armistice (vagón donde fué firmado). Pierrefonds, con su castillo feudal hermosamente restaurado por Viollet-le-Duc.

Preguntas si aprovecharemos la prórroga de los pasajes para quedarnos seis meses más. Todos nuestros deseos eran quedarnos hasta marzo para hacer un viaje a Grecia. Desgraciadamente los fondos apenas nos alcanzarán para un corto viaje a Berlín, pasando por Colonia, haciendo el recorrido del Rhin.

Parece que tú has perdido toda esperanza de conseguirnos algo. He oído que alguna casa comercial, Weil, me parece, establecida en Santiago y en París, facilitaba dinero aquí, en cambio de sumas pagadas allá. ¿Es esto verdad? Está alerta para aprovechar cualquier coyuntura.

O.

París, 22 de Setiembre de 1932.

A R. H.

1933

A bordo del "Reina del Pacífico", de regreso de Europa.

Salí de París completamente deshecho por las fatigas y las emociones de los últimos días. Ni un pensamiento melancólico de despedida para el Louvre, el Luxemburgo o... "Capoulade". Una mirada distraída para "la dulce Francia" que me decía adiós del otro lado de la ventanilla. Las cosas habían llegado a serme indiferentes. La idea de partir absolutamente *irrealizable*. En cambio seguía vi-
viendo —con una actualidad alucinante, que no excluía la conciencia penosa de su pérdida— nuestras últimas entrevistas, esas charlas postreras en que alcanzamos a poner pie en zonas de intimidad adonde nunca habíamos llegado hasta entonces.

.....

Mi ánimo parece entregado a los vaivenes de las olas que se quiebran contra la quilla del barco en que me alejo. Alternativas de pesimismo desesperado, de laxitud, de indiferencia... De cuando en cuando, al tocar tierra, ante un paisaje o una nota de vida o de color, interés, entusiasmo aún, pronto desvanecidos. Escasas y dispersas lecturas. (Frustrados todos mis propósitos de estudio). La vida a bordo, los calores del trópico, toda la gama de cambios climatéricos, el recuerdo de lo que se deja, la inquietud de lo que se avecina, todo favorece la dispersión. Algunos apuntes escritos de mala gana, para mí, desahogos, simples anotaciones de estados de ánimo. Muy pocas me-

ditaciones, interminables *rêveries*. Ninguna aventura, ni ningún interés por ellas. Cada día me convenzo más de que mi preocupación intermitente por las cosas sexuales es más que todo una obsesión enfermiza, como cualquiera de las que asaltan a los neuróticos; reflejo de la vida de los otros más bien que signo de una necesidad profunda y urgente. Lo que hay en mí de verdaderamente profundo, intenso y singular, es una inmensa reserva de ternura que se consume sola, que a veces balbucea tímidamente, que querría hablar, pero que luego calla, porque sabe que no encontrará eco, a causa, en parte, de su misma singularidad.

El único pasajero interesante que he encontrado en el barco es un chico de quince años, "feo, chileno y sentimental", como diría el autor de las "Sonatas". Es primo de un amigo mío que está en Chile. Ha hecho parte de sus humanidades en Francia y me he entretenido, al principio, en practicar con él el francés. Lo habla como un perfecto parisiense. Es extraordinariamente precoz. Me ha dado algunos datos muy curiosos sobre la vida escolar de París. Los muchachos franceses no resultan nada bien parados, por lo menos los de los liceos aristocráticos como Jauson de Sailly. Después de los primeros días, cuando ya creía agotado su interés y esquivaba su compañía, lo sorprendí una vez escribiendo. Era su "carnet de route", escrito en francés. Le pedí que me lo diera a leer. Quedé sorprendido por la suelta elegancia del estilo (ha obtenido muy buenas notas de composición), y la viveza y exactitud de las descripciones. Ha planeado también algunos proyectos de novelas, un poco ingenuos, pero que muestran una imaginación harto despierta. La crisis de la pubertad lo sacude con fuerza y tiene ante la vida (¡oh ironía!) esa misma actitud inquieta, expectante que tenemos nosotros, adolescentes incurables. Se embarcó, esperando obtener de las muchachas fáciles de hoy día la *gran revelación*. No en-

contró nada de eso y en cambio se enamoró de una chica de diez y siete años, muy seria, precozmente madura, que lo toma por un mocoso y a la cual no se atreve a descubrir sus sentimientos por temor de caer en ridículo. Me pide le ayude discretamente, deslizándole a ella algunas frases que él cree oportuno. La otra noche estaba muy agitado porque temía haberla ofendido. Me tomó aparte y, como mi destino es servir de confidente universal, me expuso lo que le ocurría. No sé por qué y sin que mediara ninguna de las preguntas violentamente indiscretas que según dicen yo acostumbro, me habló de sus relaciones con sus padres. Un abismo de incomprensión, un verdadero drama, desde el punto de vista del niño y de su hermana, en el estilo de *Poil de Carotte*, que yo no habría imaginado jamás. Como sus padres muestran, al contrario, una satisfacción más bien inmodesta ante los triunfos de los niños, no se me habría ocurrido suponerles capaces de tanta dureza. Todo por falta de comprensión y por un concepto errado de la autoridad paterna. Una vez más pensé en las grandes mentiras que se ocultan a menudo detrás de esas grandes frases: "la familia, la felicidad del hogar, la dichosa edad de la niñez, la adolescencia ilusionada...". Este niño ha pasado por terribles horas de hastío, como las que yo he pasado, como las que paso todavía, y alguna vez ha pensado en el suicidio. No creas que hay en todo esto sugerencias literarias. Mi chico no ha ido más allá de los trozos escogidos que exigen en clase. En otro tiempo, revelaciones como éstas me habrían trastornado. Ahora me han sorprendido en un estado de atonía para todo lo que venga de fuera.

.....

O.

Febrero de 1933.

A E. P. S.

1934

Mi querido Eugenio, tu recuerdo —siempre latente aunque no se traduzca en muestras epistolares— se aviva en estos sitios donde transcurrieron lejanas vacaciones, pasadas en simpática camaradería. Pero si los sitios son los mismos y las cosas no han cambiado mucho, nuestra situación es bien diferente. Tú, muy lejos; yo, de vuelta de largas correrías, con el espíritu harto cambiado por años y desengaños. Ya no me asomo siquiera a los lugares de diversión. La sociedad —o lo que se acostumbra llamar así— no me interesa, y la sola perspectiva de verme obligado a frecuentarla, me infunde pavor. El sereno equilibrio que comenzaba a conocer después de mi regreso —fruto de la madurez y de la satisfacción de aspiraciones largo tiempo acariciadas— me ha abandonado por completo. Circunstancias desgraciadas, que no podría detallar, han renovado mis dolencias nerviosas, con una intensidad que está en razón directa de la gravedad de la causa que las provoca. Nuestro carácter, nuestro temperamento, modelan nuestro destino; y el mío parece que es sufrir, sufrir siempre y hasta el fin. No quiero insistir. Te fastidiaría, sin más provecho, que la satisfacción egoísta de sentirme momentáneamente aliviado. Lo peor es que casi no puedo hablarte de otras cosas. Lo que ocurre en el mundo, lo que pasa a mi alrededor, apenas resbala por mis sentidos y mi pensamiento. No puedo dedicarme a nada que requiera concentración y continuidad. Mariposeo por los libros. No aban-

dono mis estudios de inglés, pero los interrumpo continuamente y los llevo adelante en pésimas condiciones.

Te hablo de todo esto a sabiendas de que no puede interesarte. ¿Con qué quieres que llene este pliego? Y yo quiero escribirte sobre cualquier cosa, sólo para mostrarte que no te olvido y quedar en espera de una carta tuya que me haga sentirme más cerca de tu buena amistad, en estos días —o siglos— de prueba.

Hace un mes que dejé Santiago y debo pasar todavía un mes aquí, junto con mi familia. Los domingos de Chulito no han sufrido durante el año mucha variación. Sólo noto las repetidas ausencias de don Benja y la incorporación de Ramón Sotomayor y Carlos Vidal, que no concurrían hace cinco años. A pesar de que yo prefiero eludir los temas políticos, el mundo está tan saturado de ellos —y sobre todo este pobre país— que es imposible entablar una conversación sin hablar, por lo menos, del comunismo, del fascismo y del nacional-socialismo. Aunque de mala gana, discuto mucho con Chulito sobre estas nuevas formas de gobierno o mejor dicho sobre la concepción del poder público en que ellas se basan. Yo no he tenido tiempo para estudiar esto, ni me interesa mucho por ahora, pero mi apasionado individualismo —que nada tiene que ver, por lo demás, con la escuela económico-social así llamada— se rebela contra un Estado que quiere unificar la vida y el pensamiento de los hombres, convirtiéndolos en instrumentos de sus fines, tales como los conciben los despotas mesiánicos del momento. A la fórmula “El individuo para el Estado” yo opondría la de “El Estado para el individuo”. El Estado encauzando o estimulando, con los recursos que el individuo ha puesto en sus manos, el desenvolvimiento de las singularidades individuales. Yo no sé si esta finalidad es o no más utópica que la otra. En todo caso, me parece más digna de ser intentada. Los dogmas

comunistas o nacionalistas nos llevan a una nueva Edad Media. Se busca, como entonces, la unidad de conciencia, pero ahora se la quiere fundar sobre ideales mucho más limitados, de un contenido espiritual bien estrecho, si es que tienen alguno digno de este nombre. Dicen que estos nuevos regímenes políticos son medios y no fines. Que revelan sólo la bancarrota de la democracia parlamentaria y son el camino para un orden nuevo que no se concreta todavía. Puede ser. En todo caso, este período de la transición me parece insoportable y no veo cómo de principios cesáreos y de prácticas despóticas puede surgir un porvenir libre y armonioso. Tal vez el hombre sea incapaz de engendrarlo y esté condenado siempre a algún género de tiranía: tiranía de un hombre, tiranía de la multitud, tiranía de los grupos políticos que se disputan y reparten el poder en nombre del pueblo.

.....

O.

Viña del Mar, 15 de Febrero de 1934.

A. M. C. V.

1934

Mientras estuve en cama, me vi privado de conversación y sólo durante la última semana pude entregarme a la lectura. Como no tenía la cabeza muy firme, escogí un libro liviano, anecdótico, "Le Salon de Madame Arman de Caillavet", que Ud. con tanta razón, me recomendara.

No creo exagerar al decir que es uno de los libros más amenos y, a un tiempo, de contenido humano más rico, que yo haya leído. Con todo el acento de la verdad me da toda la impresión de una novela. La vida ha urdido la fábula; el autor ha ordenado la documentación, ha colmado las lagunas y ha puesto las apostillas indispensables, con mano diestra, con mano leve de mujer. Los personajes, sin perder un ápice de su auténtica individualidad, sin haber sufrido ampliación ni deformación alguna, aparecen como estilizados por el mero hecho de verse reducidos a sus rasgos esenciales. La vida de Anatole France, que nos habíamos acostumbrado a identificar con la existencia opaca de sus personajes eruditos, —Silvestre Bonnard o Luciano Bergeret— adquiere, a la luz de la intimidad, un acentuado relieve novelesco. Cuando hace su entrada al salón de la señora Caillavet, colgado del brazo de su robusta Xantipa, el hijo del librero del Quai Voltaire es un hombrecillo zurdo, tímido, desgarbado. Una cabellera hirsuta y una barbilla desgredada ponen marco estrecho a su cabeza equina. Formado en la apacible sociedad de los libros, habituado al auditorio remoto e invisible del anónimo lector, este auditorio inmediato, irónico, exigente, le intimida. Balbucea frases truncas, diluye las anécdotas en sonrisas avergonzadas. Poco a poco, la acción discreta, firme y suave de la Egeria parisina, opera en él una transformación maravillosa. El hombrecillo tímido se trueca en un hombre seductor; los modales torpes se cambian en maneras refinadas; la sumisión humilde, en exigencias caprichosas. Su nombre, hasta entonces sólo regalo de los doctos, alcanza a los oídos del vulgo. Sucesor de Voltaire, de Renan, de Víctor Hugo, por sus cualidades intrínsecas o su significación intelectual, llega a encarnar ante el mundo algunos de los aspectos más genuinos y universales del genio francés: la ironía, el escepticismo crítico, la sátira

punitiva, el espíritu humanitario. Su posición ante la sociedad de su país ha crecido en proporción todavía mayor. El menudo amanuense —autor ya de libros imperecederos—, el burócrata informal de otro tiempo, debe sonreír desdeñosamente al recuerdo de las reconvenciones del jefe filisteo, incapaz de comprender los privilegios del talento. Desde la altura inmensa de su patriciado intelectual, recibe solicitudes y extiende recomendaciones que son órdenes para los gobernantes de la República jacobina... ¿No cree asistir Ud. a la evolución de un personaje proustiano? Recuerde al Dr. Cottard, profesional obscuro, desmañado en sociedad, burdo de ingenio, al iniciarse las reuniones de la señora Verdurin; clínico famoso más tarde, charlador exquisito e irreprochable, hombre de mundo según testimonio de los hermanos Goncourt...

La señora de Caillavet no es tampoco la misma que yo me había figurado. Conocía su voluntad fuerte, su acción enérgica y eficaz sobre la carrera literaria de Anatole France. Sabía de su talento y de la abnegación con que lo había puesto al servicio del gran escritor, sin reclamar nada para sí, satisfecha con su papel de animadora. Pero creía que en el culto de la señora Arman de Caillavet había sólo admiración intelectual y un si es no es de vanidad femenina, ya que ser la querida de un grande hombre o simplemente de un hombre célebre, significa, en cierto modo, participar de su gloria y confiere uno de los títulos más valiosos que una mujer puede mostrar a sus contemporáneos y a las generaciones venideras. Lo que nunca imaginé fué que el fervor intelectual de esta mujer inteligente y discreta hubiera llegado a los extremos de la pasión romántica que se exhibe en las últimas páginas de este libro y que autorizan a Mme. Pouquet para situar a su heroína cerca de Paulina de Beaumont, la amiga de Chateaubriand y Joubert.

El final de este amor es doloroso como el epilogo de Adolfo. La señora de Caillavet hace pensar en aquella doliente Leonora de tan triste destino. La animosidad y el orgullo que habían insuflado a su amante, se vuelven contra ella. Seguro de sí, ansioso de libertad, el autor de "La Azucena Roja" rompe la coyunda que ella le ha impuesto y a la cual debe lo mejor de su obra y de su gloria. Se aleja de su lado y muestra intención de unirse a una muchacha, que le brinda esos frescos laureles que su sensualidad impenitente apreciaba tanto. Vuelve luego de su viaje, desilusionado tal vez de la aventura, empeñado en borrar los efectos de lo que llama una simple broma, dispuesto a reparar, con atenciones de enfermero diligente, sus averías sentimentales. Pero ya es tarde. Lúcida hasta la crueldad, su vieja amiga no se deja engañar: "Nous venons de déjeuner, j'ai mangé des reillettes et l'on a eu grand soin de ma boisson, tout en cherchant la cause mystérieuse de mon mal d'estomac. Les rapports sont très polis... M. France a prétendu n'en rien savoir, puis, voyant que cela ne prenait pas, il a baissé la tête. Enfin les choses vont à peu près, mais tout est gâté, irrémédiablement gâté... Je tâche de rester calme, mais au fond c'est toujours l'écoeurement. Lui fait semblant de me porter beaucoup d'intérêt... Mon estomac est loin d'être guéri et M. France feint d'ignorer le cause de cet état. D'ailleurs nos relations sont aussi bonnes que le comportent les circonstances, mais le courage me manque toujours de vivre désormais la vie qui m'attend... Je suis trop dégoutée et découragée". Alma leal, no puede olvidar la traición ni acomodarse a la desconfianza: "Il vaut mieux que je m'en aille... Je n'ai plus le courage de vivre la vie qui m'attend...". Y es que, en realidad, más que la confianza en el objeto de su amor, había perdido la confianza en sus

propios medios de seducción: "Trop vieille, il vaut mieux mourir... Ma mort arrangera tout!".

El relato de Mme. Pouquet toma un acento dramático al transcribir las frases entrecortadas con que la moribunda le confía sus reliquias sentimentales para que las descubra más tarde a las miradas fisgonas de la posteridad. Porto Riche no discurrió una escena tan dramática. La señora de Caillavet quiere que su amor sobreviva en la memoria de los hombres y que la historia le conozca su puesto al lado del artista inmortal. Y para conseguir este fin, todas las precauciones le parecen insuficientes: "Si vous veniez à mourir avant cette publication à laquelle je tiens (1), il faudrait que Simonne (la nieta) s'en chargeât... Vous lui expliquerez... elle comprendra. C'est ma dernière, ma formelle volonté. Faites cela en souvenir de moi...". En el umbral de la muerte, la gran apasionada desdeña el juicio incomprensivo de la moral farisaica. ¿Acaso no ha sacrificado primero a este amor supremo el mismo afecto del hijo único, objeto de todas sus ternuras maternas?: "Je n'ai jamais cessé d'aimer Gaston tendrement... Il ne l'a pas toujours senti... oui, oui, je sais, j'ai été souvent maladroite, aveuglée... Mais il a été quelquefois injuste. Il n'a pas compris! On ne comprend jamais... ou trop tard. Aujourd'hui je comprends... Je comprends tout... tout. Ah! quelle misère. Si je lui ai fait de la peine, je lui en demande pardon... Vous le lui direz, n'est-ce pas?... mais pas aujourd'hui... plus tard... bientôt, quand je serai morte. Il ne faut entre lui et moi d'explications...". Empero, a pesar de todos los antagonismos sentimentales, ella no puede, en su último instante, dejar de unir en su memoria los dos grandes amores de su vida: "Ne pouvant prononcer une parole, la pauvre femme

(1) Subrayado en el texto.

saisit un crayon, toujours à portée de sa main, et écrivit sur un papier posé à côté d'elle: "Gaston vite, et Mr. Fr...". La mort ne lui permit pas d'achever le nom qui avait été si profondément gravé dans son coeur. Son fils arriva à temps. Elle mourut dans ses bras".

Madame Arman de Caillavet comprendió como nadie la verdadera misión de la mujer, que no consiste en realizar por sí misma las obras del hombre, sino en suscitarlas con su estímulo. Su hijo Gastón decía, al abandonar el liceo: Maman a l'âme d'un pion, il faut toujours qu'elle fasse travailler quelqu'un. Aparte de France y del propio Gastón, Charles Maurras, Coulaugheon, Marcel Proust y otros, conocieron su acción bienhechora. Hasta sus últimos momentos se mantuvo fiel al pensamiento dominante de su vida. "Simonne, exclama —pensando en su nietecilla— cui... j'aurais pu aussi m'occuper d'elle, la faire travailler, comme les autres... mais je suis trop vieille...".

¿Sabe Ud. quién es ahora esta Simonne de Caillavet? Pues Madame André Maurois. ¿Y sabe Ud. quién es hoy día Mme. Gaston de Caillavet, esa *petite Jeanne* a quien se dirige Mme. Arman en sus cartas y a quien confía, en vísperas de su muerte, sus más íntimos secretos? Pues Madame Jeanne Maurice Pouquet, la misma autora del libro que nos ocupa. (Unas segundas nupcias explican, seguramente, el cambio de apellido). Yo vine a saberlo después de haber terminado la lectura de la obra, por un artículo de María Hollebecque, que encontré en mi archivo (?) de recortes. Sin embargo, debía habérmelo advertido el tono que la autora emplea al referirse a Mme. Gaston de Caillavet y que sólo puede emplearse para hablar de sí mismo, con modestia convencional, o para hablar de un enemigo: "Elle lui répliqua avec perfidie, mais avec cet air candide qui, joint à sa timidité et à la malveillance de quelques habitués de l'avenue Hoche lui valaient une réputa-

tion bien établie de niaiserie". Y aquí viene el relato de la mala jugada con que castigó Mme. Gaston de Caillavet la insolente perfidia del Conde de Montesquieu. Antes ya —con la misma aparente indolencia con que celebra aquí su ingenioso desquite— nos había revelado el amor silencioso y platónico (demasiado silencioso y demasiado platónico) que inspiraba a Marcel Proust, adolescente.

A propósito de Proust, ¿no cree Ud. que este libro nos muestra el material histórico —vivo entonces— de que se ha valido el autor de "À la Recherche du Temps Perdu" para elaborar una gran parte de su ficción novelesca? En estos salones, con sus rencillas y sus rivalidades, encuentro yo el núcleo que Marcel Proust transformó y desarrolló en su mundo de los Verdurin. Desde luego, me parece descubrir en la autoritaria señora Aubernon —intolerante con los coloquios particulares, alerta siempre para castigar las infidelidades de sus contertulios— por lo menos el embrión de la señora de Verdurin.

Para estudiar las fuentes vivas de la obra proustiana, lo mismo que la evolución artística e ideológica de Anatolio France y la clave íntima de algunas de sus obras, este libro femenino, de apariencia frívola, sería un instrumento precioso. Note Ud. el ritmo acelerado que cobra la producción de France, hasta entonces tan floja y discontinua, bajo la batuta imperiosa de la gran animadora; note también que todo el aporte italiano —de calidad tan exquisita— que se incorpora a su obra —los cuentos de "El Pozo de Santa Clara", el ambiente florentino de "La Azucena Roja"— se deben a las traducciones y a los frecuentes viajes que su musa providente le proporcionó. Y, entre paréntesis, ¿qué poco permeable debió de ser la sensibilidad de France para las gentes y cosas extrañas, cuando, aparte de estas muestras —con tanta pátina erudita— nada hay en sus libros que recuerde sus viajes, harto fre-

cuentas en cierto período de su vida! En todo lo que de él conozco no recuerdo una sola alusión a su paso por Inglaterra, por España, por el Africa del Norte, por Constantinopla o por Buenos Aires. ¿Este sedentarismo espiritual no explica, en parte, el desvío con que la juventud de la tras-guerra —vagabunda y cosmopolita— mira la obra del rutinario buquinista de los muelles del Sena?

A la evolución ideológica del autor de "El Jardín de Epicuro" no es tampoco ajena la señora de Caillavet. France comenzó siendo nacionalista. Le atrajo la cimera del general Boulanger, y, cuando Abel Hermant se permitió algunas irreverencias con el Ejército, el patriotismo del futuro demoledor de "La Isla de los Pingüinos", se sintió herido en sus fibras más íntimas. Habló con voz emocionada de los derechos limitados del escritor y de sus deberes ineludibles: "On veut l'indépendance de l'art. Je la veux aussi; j'en suis jaloux. Il faut que l'écrivain puisse tout dire, mais il ne saurait lui être permis de tout dire de toute manière, en toute circonstance et à toutes sortes de personnes. Il ne se meut pas dans l'absolu. Il est en relation avec les hommes. Cela implique des devoirs; il est indépendant pour éclairer et embellir la vie; il ne l'est pas pour la troubler et la compromettre. Il est tenu de toucher avec respect aux choses sacrées. Et, s'il y a dans la société humaine, du consentement de tous, une chose sacrée, c'est l'armée". ("La Vie Littéraire", I, pág. 80). Más tarde estalló el escándalo del proceso Dreifus. La señora de Caillavet abrazó con ardor la causa del inocente. El salón de la Avenida Hoche se convirtió en un centro revisionista, frecuentado por políticos y periodistas de la izquierda. France —humanista epicúreo, *benedictino socarrón*— no pudo nunca sentirse realmente atraído por la

violencia agresiva y la estrechez intelectual que tienen en los institutos armados su expresión más genuina; pero yo creo que su socialismo antimilitarista de la última época fué, en gran parte, fruto del ambiente político que imperaba en el salón de la señora Caillavet. Y su evolución fué tan completa, que llegó a reclamar la disolución de ese mismo ejército para el cual antes exigía todos los respetos debidos a las cosas sacrosantas: "Non! une menace restera suspendue sur le prolétariat français tant que notre démocratie gardera des institutions militaires, d'origine et d'esprit monarchiques". ("Vers les Temps Meilleures, T. II, pág. 14). La evolución de France hacia la izquierda no se detuvo hasta su muerte. Del radicalismo de Combes pasó al socialismo de Jaurès y de éste al comunismo de Lenin. ¡Paradójico efecto de su amistad con la aristocrática dama! Verdad es que a esta amistad debemos también "Le Lys Rouge", su única novela mundana y la única en que se muestra o se simula la pasión, flor exótica y, por lo mismo, un poco anémica, en la zona templada donde se extiende el jardín de Epicuro.

Por el libro de la señora Pouquet nos enteramos asimismo de algunos secretos profesionales del gran escritor. Sabemos que las disensiones domésticas del matrimonio Bergeret, el carácter de la protagonista de "El Maniquí de Mimbre" y el episodio que da nombre a la novela, le fueron sugeridos por las intimidades de su propio hogar; sabemos cuál fué el origen de la intriga eclesiástica referida en la "Historia Contemporánea" y así, muchos otros detalles importantes para el estudio de la génesis de una obra literaria. Pero la revelación esencial que debemos a la señora Pouquet es el conocimiento aproximado

de la influencia decisiva que una mujer ejerció sobre un hombre que parecía deberlo todo a su trato directo, íntimo, exclusivo con los libros y cosas del pasado.

O.

Junio 28 de 1934.

A M. P. M.

1935

Al cabo de un mes ya puedo hablarle de mi veraneo y de sus efectos. Bastante buenos, por cierto, gracias al clima y a la relativa libertad de que disfruto. La falta de teléfono me libra de compromisos y son muy pocos los que se aventuran a llegar hasta mi casa. Trabajo, así, más y mejor que en Santiago y esto, Ud. comprende, me entona el ánimo. Siento que gano algo al tiempo, en cambio, ¡ay! de los cabellos que me arranca y de las canas y arrugas que me deja... El aire de la costa, tan fresco, tan sutil, me permite respirar a mis anchas y me hace sentirme más ligero.

El sueño, siempre liviano, siempre inquieto y angustiado a las veces, pero mejor también que en Santiago. Duermo lo necesario, sin recurrir a hipnóticos, a menos de haber pasado un día agitado o haber sufrido alguna de esas contrariedades a que los nerviosos estamos siempre expuestos, porque nunca falta quien se encargue de proporcionárnoslas. Si Ud., que sufre de achaques parecidos,

sabe de alguna Tebaida a donde no alcance la torpeza, la perfidia y la ingratitud de la gente, comuníqueme su derrotero para buscarla y descansar en ella por el resto de mis días. Pero esto, lo sé muy bien, es pedir gollerías, y entretanto me conformo con lo que tengo ahora, con este equilibrio inestable que es para los de nuestra raza, lo que más se parece a la felicidad.

Con Lolita, Carola, Hernán y los Bulnes he pasado ratos muy agradables. He recobrado la buena compañía de mi amigo Max, con el que me avengo tan bien, y que andaba últimamente en jira por el Sur.

Pero lo que absorbe la mayor parte de mi tiempo, en forma tiránica, es, como Ud. calculará, el estudio del inglés. He avanzado no poco en estas vacaciones. Procurando siempre conciliar el agrado con el provecho y, justamente, para mayor provecho, he adoptado como texto "Point counter Point", de Huxley. Leo el texto inglés, consulto la traducción francesa, el diccionario inglés-español, el inglés de Oxford, algún diccionario frances-español cuando el caso lo requiere, y tomo apuntes de voces y giros que procuro retener en la memoria... Tarea laboriosa, pero apasionante. En cuanto a la novela misma, me parece interesantísima, cautivadora, deliciosa, lo mejor que he leído después de Proust, a quien se asemeja tanto. Huxley es un Proust más liviano, menos vasto y genial, claro está, menos hondo y sutil también —siéndolo mucho— pero más elegante y más decantado. Por esto, al confrontarlos, Proust —desmedido, enmarañado y turbio— me parece el anglo sajón y Huxley —ponderado, ordenado y nítido—, el francés. Pero, ¡por favor! no vaya Ud. a creer que los estoy midiendo, ni menos que cuanto digo de Proust tiende a disminuirle. Mas bien podría ser lo contrario. Ahora, que como escritor *de bonne compagnie*, me quedo con Huxley.

Desde las primeras líneas, y a medida que avanzo en

la lectura, no he cesado de recordarla y de lamentar que esté Ud. tan lejos. A cada rato encuentro pasajes, frases, observaciones finísimas que se enriquecerían con sus agudos comentarios. Espero resarcirme a mi vuelta a Santiago. Para entonces, al paso que voy, apenas si habré llegado a la mitad del volumen. Y nada sería para mí más grato que releer, en su compañía, algunos trozos escogidos. Pueda ser que así la mueva a recomenzar y completar la lectura de este libro admirable, que Ud. abordó tal vez en un mal momento, lo que le impidió apreciarlo debidamente.

Y entretanto, ¿qué hace Ud.? ¿Qué escribe, qué lee, qué proyecta? Contésteme en francés, si le es más fácil o más de su gusto.

.....

O.

Viña del Mar, 18 de Febrero de 1935.

A M. C. V.

1935

Me apresuro a agradecerle su afectuoso recuerdo, que aprecio en todo lo que vale, en la gran desgracia que me aflige. La noticia de la muerte de mi amigo la supe algunas horas después; su falta la voy sintiendo poco a poco y con mayor intensidad, a medida que las circunstancias me ponen en situación de experimentarla. La sentí esta mañana, con honda melancolía, al volver al Cerro, donde

nos encontrábamos desde que yo frecuento este paseo y donde ya no le veré más. La sentí ahí mismo al comenzar la lectura de su último libro, "Literatura Española", que aún no conocía y que me confirmó en mi idea de la irreparable desgracia que su pérdida significa para la cultura chilena y las letras castellanas. Créame, no me ciegan el afecto ni el pesar que me causa su muerte —los motivos sentimentales influyen poco en mi apreciación de las gentes—: tengo la convicción más profunda de que con Eduardo Solar perdemos a uno de los raros valores de nuestra literatura y de nuestra cátedra; a un crítico sagaz, sensible y erudito que ya había pasado las fronteras de su tierra y estaba llamado al aprecio de todos los hombres que entienden de letras en el mundo de nuestra lengua. (Y aun fuera de él: recuerde los juicios de Marcel Brion en "Les Nouvelles Littéraires").

Para mí su desaparecimiento significa todo esto y muchísimo más. Pierdo en él un amigo que me levantaba el ánimo en momentos de tribulación, con su sabio consejo, su afectuosa solicitud y su valioso ejemplo de amable optimismo, de armonioso equilibrio y serena energía. Aunque muchas veces no pudiera confiarle mis inquietudes, el interés de su palabra, desaliñada, pero rica de conceptos; la nobleza de sus preocupaciones; la jovialidad de su humor; la atención a un tiempo cariñosa e inteligente que me demostraba, tuvieron siempre la virtud de disiparlas, por lo menos mientras duraba el efecto de su compañía, que se prolongaba mucho más allá del momento de nuestras entrevistas. ¿Qué significan junto a esto, las diferencias que entre nosotros podía haber y que hasta servían a nuestra amistad provocando fecundas discusiones, que no hacían más que acercarnos en un interés común por las ideas, superior a nuestras divergencias de opinión?

Hay muertes que sentimos por los muertos, de quie-

nes nos dolemos por saberlos privados del goce, bien discutible, de la existencia; hay otras muertes que las sentimos también dentro de nosotros mismos por la privación que ellas imponen a algunas de las necesidades más esenciales y más exigentes de nuestro ser. La muerte de Eduardo Solar se encuentra para mí entre estas últimas. Por eso su recuerdo vivirá en mí mucho más tiempo y con mayor intensidad que la impresión de estupor que me produjo la noticia inesperada. Me acompañará a lo largo de toda mi vida, en los pensamientos, en las lecturas que desearé comunicarle, en las alegrías, en los dolores, en las emociones de todo género que querré en vano compartir con él. Hay cosas nuestras que sólo podemos decirlas a una persona, porque sólo en ella podrían encontrar un eco. Hay en mí muchas cosas que seguirán fluyendo interiormente, pero que callarán para siempre porque ya no podré decírselas a Eduardo Solar, que las acogía, las ampliaba y las corregía con su análisis agudo y su espontánea y generosa comprensión.

Por fortuna —y esto nos reconcilia un poco con la vida y nuestros semejantes— mi amigo ha encontrado la justicia que merecía. Sus funerales fueron una imponente manifestación de duelo, a la que se asociaron el mundo oficial, el de las letras, el de la enseñanza, sus discípulos de ayer y de hoy y sus amigos íntimos que lloraban, como hubieran podido llorar, por el deudo más inmediato. Así vi llorando a hombres de la calidad intelectual y moral de Hernán Díaz, Pedro Prado y Pablo Larraín.

Adversarios suyos en algún momento, como el doctor Gálvez, Ricardo Donoso y los universitarios de izquierda han reconocido sus méritos en público o en privado y han rendido homenaje a su memoria. Lea los artículos de "El Mercurio" y "El Diario Ilustrado" de ayer y de hoy y la reseña de los funerales que publica este último y se dará

cuenta por sí mismo de lo que le digo. Se le prepara una velada en la Universidad y una corona fúnebre. Sus amigos cuidaremos de que se den a las prensas los diversos estudios, por desgracia inconclusos, que tenía entre manos. Porque, no hay que olvidarlo, la obra literaria y docente de Solar —ya tan importante— no hacía más que comenzar. Sólo los que le conocíamos íntimamente, sabíamos sus propósitos, y estábamos en situación de apreciar su capacidad, sabemos lo mucho que se ha llevado y lo que con él pierde para siempre la cultura chilena. Otros podrán hacer aquí cosas que él, conocedor como nadie de sus personales aptitudes, no pretendía siquiera intentar. Pero lo que él podía hacer y habría hecho, seguramente, si la vida le deja tiempo, ningún otro podrá hacerlo ya. Y esto, como chilenos, no podremos nunca dolernos bastante.

Un cariñoso saludo a los suyos y a Ud. todo el afecto y la gratitud de su amigo.

O.

Santiago, 12 de Julio de 1935.

A M. C. V.

1937

Pensando que Ud. estaría demasiado bien acompañado para interesarse en recibir noticias mías, he dejado pasar, de intento, algunas semanas antes de escribirle.

El estado de equilibrio en que Ud. me encontró, se prolonga hasta hoy día, eso sí que con algunas intercalencias y regresiones pasajeras. Como confío poco en su per-

manencia, procuro asegurarla mediante una vida de intenso trabajo intelectual, que definiendo celosamente de todo lo que pueda perturbarla o hacerla imposible. Al proceder así no hago sino seguir las lecciones de mi experiencia y la prescripción del doctor Juarros, que he olvidado tantas veces: "Distribuir las horas del día de modo que todas tengan ocupación". Y cada vez me convenzo más de que, para mí por lo menos, (Ud. me ha dicho que los goces intelectuales no son tan positivos como los otros) los placeres más ciertos y menos mezclados de sinsabores, son los del espíritu. Por suerte hay otros que sienten y han sentido como yo, y no han creído renunciar así a la vida, sino, al contrario, vivirla mejor y más intensamente. Hace poco, releiendo el "Marcel Proust" de Curtius, me encontré con este pasaje que parece escrito ex profeso para acallar ciertos importunos escrúpulos míos, fomentados por el ejemplo y la opinión de muchos: "La vie et la connaissance sont ici (en la obra de Proust) unie à la base. Cette unité nous apparaît comme immédiate et spontanée. L'activité spirituelle n'est que la fleur la plus suave née du rythme vital. *La vie intellectuelle est pour Proust la plus intense de toutes les vies parallèles que nous vivons.* C'est le sentiment qu'exprime Bergotte (personaje proustiano, escritor, compuesto con rasgos de Barrès y del mismo Proust) quand il essaie de consoler un malade. Je vous plains beaucoup, lui dit-il. Et pourtant je ne vous plains pas trop; parce que je vois que vous disposez des jouissances de l'intelligence et parce que celles-ci, pour vous comme pour tous ceux qui les connaissent, sont vraisemblablement les seules qui comptent'.

Terminé mi lectura completa, prolija y apasionada de "Les Fleurs du Mal". Sumido ya en Baudelaire, leo ahora el curiosísimo estudio del doctor Laforgue, "L'Echec de Baudelaire, étude psychanalytique sur la névrose de Char-

les Baudelaire". Interesantísimo, sin lugar a dudas, por más que salten a la vista los prejuicios de la escuela a que el autor pertenece, y los artificios de su lógica minuciosa e implacable, que edifica, a menudo, complicadas construcciones sobre pormenores íntimos, atrevidamente hipotéticos. Estoy seguro de que la imaginación del más desenfrenado libertino no iguala en lubricidad a la de estos graves doctores freudianos, a la caza de símbolos eróticos; sabios maniáticos que, desde luego, les aventajan mucho en sutileza pornográfica. Ya verá Ud., ya verá.

He leído también con gran deleite, y a ratos con no poca impaciencia, en "La Prensa" de Buenos Aires, cuatro magníficos ensayos de Ramón Pérez de Ayala, "En torno a Stendhal". Ayala quiso leer —o releer— "La Chartreuse de Parme", y no pudo pasar de la mitad: "Vi en el escaparate de una librería, dice, "La Chartreuse de Parme", de Stendhal.

"Stendhal es una especie de mito, unánimemente enaltecido por sanedrines y mandarines de la crítica selecta. Comencemos, pues, por Stendhal pensé. Bien sabe Dios que jamás escritor alguno fué abordado con mejor voluntad que la mía, ni degustado con paladar más apetente, puro y libre de sofisticación o fastidiosa exigencia. Hasta mitad de volumen llegué, acumulando todas mis reservas de abnegación y poniendo en juego ese árbitro de la actividad desfalleciente o agotada, que es el amor propio. Me declararé vencido. Señores, no haya engaño, esa cartuja es impenetrable. Quiero decir, ilegible. Y con esto no niego que haya quien la lea de cabo a rabo, por esnobismo o idolatría del mito corriente".

Exactamente me ocurrió a mí hace ocho años, a pesar de estar prevenido, también, en su favor por el entusiasmo de la crítica y de mis amigos más o menos esnobs. La confesión del insigne escritor español libera mi

conciencia de una penosa humillación. "La Rouge et le Noir", leído también en aquel entonces, me interesó bastante, pero no llegó, tampoco, a convertirme al culto stendhaliano, que es una de las religiones más acatadas del mundo literario, desde Taine y Nietzsche a Gide y Valéry, pasando por Bourget y Barrès. Varias veces, con años de intervalo, he comenzado a leer "De l'Amour" (y bien sabe Ud. que me interesa el tema) y otras tantas he tenido que desistir de engolfarme en esa "matemática del corazón".

No seré yo, pues, quien proteste del gesto de independencia de Ayala; no exento, por lo demás, de jactancia. Muy bien, pero, en todo caso, Stendhal merece respeto y nadie me asegura que yo mismo, leyéndole en circunstancias más propicias, no me convierta un día, y muy sincera y entusiastamente, al culto que le profesan "the happy few" cada vez más numerosos y más felices, a quienes dedica su "Cartuja". Pues cuesta un poco creer que el objeto de tal admiración no pase de ser un simple mito, sin otra base que el espíritu gregario de la gente. Y porque pienso así, me desagrada el ataque encarnizado de que Ayala le hace objeto; lo que no me impide —y esta es una complicación deliciosa y enfadosa a la vez— admirar al mismo tiempo, la sutileza, el vigor dialéctico y la exquisita elegancia formal —primorosa hasta el virtuosismo— con que el gran ensayista se desempeña.

El estudio que comento es, por lo demás, una nueva manifestación del espíritu iconoclasta y del erostratismo intelectual que distinguen al autor de "Las Máscaras". No niego la sinceridad del movimiento inicial. No me cuesta creer que a Pérez de Ayala, como a otros, le haya disgustado "La Cartuja". Pero —y así me lo hacía notar, con su habitual agudeza, mi amiga Magdalena— él está, en el fondo encantado de su disgusto. Se complace en disentir

de la opinión corriente, aunque sólo corra dentro de una minoría selecta, y mucho más cuando esta minoría cree ella misma encarnar el espíritu de selección, ser "the happy few". Le encanta lucir su ingenio destruyendo el presunto mito stendhaliano y edificando, sobre esas ruinas ficticias, sutiles y vigorosos ensayos que atraerán de nuevo la atención sobre él y promoverán tal vez alguna polémica, como los que dedicó a Benavente y Oscar Wilde. Ud. comprende: analizar la obra, y negar, por el análisis, el valor de Pérez Escrich o de Ponson du Terrail, no es tarea para tentar a un dialéctico tan diestro y a un letrado tan fino como Pérez de Ayala. Más bien podría tentarle la contraria: demostrar el valor de estos ingenios, desconocido por la estulticia y la rutina de la crítica. En cambio, emprenderlas, con Stendhal y el stendhalismo, ¡qué oportunidad para realizar pruebas arriesgadas y hacer proezas intelectuales! Mas, cuando se tiene costumbre de asistir a semejantes torneos, el ojo adquiere también cierta malicia, y descubre los trucos con bastante facilidad. Que es lo que me sucede con las críticas de Ayala: bajo las razones y las pruebas diviso el sofisma. Por ejemplo, pretender probar el absurdo estético y la carencia de significación moral de "Le Rouge et le Noir" presentando, como testimonio objetivo irrecusable, la relación escueta del argumento, tomada de la Historia de Lanson. . . Es como querer probar la fealdad de Helena de Troya y la ninguna razón de haber armado tanto alboroto a causa suya, exhibiendo su osamenta o su momia descarnada y escamosa. Si se trata de una novela de acción folletinesca, como la de Stendhal, el procedimiento conduce infaliblemente al resultado previsto por el crítico, aun cuando éste diga que ocurre a él para que no se le atribuyan "interpretaciones tendenciosas", mostrando así cierta intranquilidad de conciencia. Y agrega entre paréntesis: "Se puede

proceder con la mayor buena fe y honestidad crítica, y sin embargo, ser víctima de una tendencia o bias subconsciente; *y es lo corriente*". Sí, lo corriente, por lo menos, en el señor Pérez de Ayala. ¡Oh grandeza y servidumbre de la originalidad literaria! De la originalidad en cierto modo voluntaria, que viene a ser más bien singularidad.

Porque yo creo que es el afán de singularidad ideológica —consciente o subconsciente— lo que lleva a estos extremos, como es el prurito de singularidad inventiva o expresiva —consciente o subconsciente también— lo que lleva a otras innovaciones y tentativas literarias. Y el ensayo rara vez escapa a ese afán, en manos de sus más ilustres cultivadores, llámense Unamuno u Ortega y Gasset, Pérez de Ayala o Marañón, Wilde o Andrés Bide. (He ahí, como de la mano en una ronda, unos cuantos nombres que se asombrarían y quizá protestarían de verse juntos, pero que no asocio al azar, sino con motivos muy fundados). Dentro de la novela, búscase hoy la singularidad en la novedad del tema, de la fábula o de la composición; dentro del ensayo, en lo inesperado, insólito y peregrino de la tesis sustentada. Esta última tendencia tiene en el pasado —en un pasado en que ya apunta el espíritu moderno— un antecedente muy ilustre y de mucha entidad: el caso de Juan Jacobo. A la pregunta de "Si el progreso de las ciencias y las artes ha contribuido a corromper o depurar las costumbres", planteada en un concurso por la Academia de Dijón, Rousseau respondió con la paradoja que sirve de fundamento a su famoso "Discurso" y en la cual está implícita su filosofía naturalista: la moralidad de las costumbres sigue una línea inversa al progreso de las ciencias y las artes. Rousseau ha descrito el estado de sublime embriaguez a que lo exaltó la súbita revelación de su idea. La Academia —rasgo sorprendente

en una academia— estimuló su audacia, otorgándole el premio.

No he de mostrarme ahora yo menos sensible a los encantos de la paradoja que los severos académicos del siglo y del país de la razón. Muy por el contrario, me apresuro a reconocer en ella una forma de expresión sobremanera atrayente, necesaria y provechosa. Atrayente, porque es un delicioso juego que brinda la inteligencia a la inteligencia, prueba de audacia, agilidad y destreza, muestra de ingrátida elegancia espiritual; necesaria, porque habemos menester del juego para aliviarnos de la presión urgente de toda energía superflua (y conste que aquí superfluidad significa superabundancia vital); provechosa porque equivale a un ángulo nuevo, desde el cual obtenemos una nueva perspectiva de la realidad.

Federico Nietzsche —cuyo espíritu paradójico debía llevarle a buscar una nueva tabla de valores morales, opuesta a la cristiana, fundamento de nuestra civilización— dice en uno de sus libros: “Hay escritores que al representar lo imposible como posible y hablar de lo que es moral y genial como si uno y otro no fueran más que una fantasía, un capricho, provocan un sentimiento de libertad gozosa, como si el hombre se posara sobre la punta de los pies y por virtud de una alegría interior se viese absolutamente obligado a danzar”. Y añade en otra parte: “No se me ocurre qué podría desear de mejor el espíritu de un filósofo que ser buen danzarín. Pues la danza es su ideal, su arte particular y, por último, su única devoción, su culto”. Este mismo pensamiento —prueba de la importancia que Nietzsche le atribuía— se halla contenido, sin duda, en la parábola del hombre que después de escuchar las palabras del maestro Zaratustra, danza en la cuerda tendida sobre el abismo.

Oscar Wilde, el gran virtuoso de la paradoja, la justifica con otra muy aguda y certera, apoyada en una metáfora que coincide también con la del filósofo teutón —y no es ésta, por cierto, la única y más importante, coincidencia entre estos dos maestros de inmoralismo, tan diferentes por lo demás: “Al fin y al cabo, dice Wilde, el camino de la paradoja es el camino de la verdad. Para conocer la realidad (“to test Reality”; literalmente: para probar la realidad”) es preciso verla en la cuerda floja. Hasta que las verdades no se hacen acróbatas, no podemos juzgarlas”. A mayor abundamiento, la historia confirma el aserto de Wilde. Pues los sofistas griegos, ¿no fueron acaso profesionales de la paradoja? Y fueron los sofistas quienes infundieron al lenguaje y a la dialéctica una sutileza y agilidad hasta entonces desconocidas; quienes tuvieron la audacia de poner en tela de juicio todos los conceptos admitidos; y quienes, con todo esto, prepararon y contribuyeron a engendrar el pensamiento de Sócrates, su mortal enemigo, aunque con alguna razón fué calificado también de sofista por Aristófanes y por sus jueces. Y fué Sócrates quien, a su vez, fecundó el pensamiento helénico y por medio de él, todo el pensamiento occidental, e imprimió a la filosofía un derrotero que alcanza hasta nuestro tiempo.

Al hacer la defensa de la paradoja, creo haber dicho bastante, si bien de un modo implícito e indirecto, en abono de ese espíritu de singularidad que siempre se encuentra latente en ella y que, como decía, se manifiesta también en el campo de la literatura por el afán de innovación. Séame permitido ahora insinuar algunas reservas. El afán de singularidad, junto a sus ventajas, tiene sus peligros y por eso debemos mirarlo con cautela. Cuando uno está poseído por él, prodúcese una especie de deslum-

bramamiento, que llega fácilmente a enturbiar nuestro juicio, como el del pobre Juan Jacobo, y a adular o suplantar nuestra auténtica individualidad, vale decir, nuestra *originalidad*, la que tiene su *origen* en nuestro yo profundo y entrañable. Queda dicho con esto que singularidad no es sinónimo de originalidad. Como que la originalidad puede residir holgadamente sólo en la autenticidad, en la profundidad y humanidad de la idea, aunque ésta haya sido enunciada ya muchas veces y haya sido vaciada antes en los mismos moldes. Y la calidad de obras así concebidas, puede ser superior a la de otras que nos sorprenden por su singularidad. Y es en la sencillez dentro de la plenitud, que de esa inspiración y por este medio se obtiene, donde reside, justamente, para André Gide, la esencia y el valor del clasicismo: "Il n'est pas une des qualités du style classique, dice Gide, qui ne s'achète par le sacrifice d'une complaisance... Le grand artiste travaille à n'avoir pas de manière; il s'efforce vers la banalité... Un grand artiste n'a qu'un souci: devenir le plus humain possible, —disons mieux: devenir *banal*—, écrivais-je il y a vingt ans. Et chose admirable, c'est ainsi qu'il devient le plus personnel. Tandis que celui qui fuit l'humanité pour lui-même, n'arrive qu'à devenir particulier, bizarre, défectueux".

Ahora bien, cuando Gide habla de "estilo clásico", atendiendo sobre todo al aspecto formal, nosotros podemos ampliar el alcance de su definición y fijar ahora el acento sobre lo que podría llamarse el espíritu, la mentalidad clásica. Y entonces el espíritu rebelde de Gide pensador, que encara los problemas, muy a menudo, desde un punto de vista tan particular y los resuelve, o se excusa de resolverlos, de un modo tan particular también, ¿no correría el riesgo de quedar fuera del marco de su propia definición, y de esta otra, que añade después?: "La perfection

classique implique, non point certes une suppression de l'individu (peu s'en faut que je ne dise: au contraire), mais la soumission de l'individu, sa subordination, et celle du mot dans la phrase, de la phrase dans la page, de la page dans l'oeuvre. C'est la mise en évidence d'une hierarchie". Aquellas mismas expresiones antes citadas, tan felices, pero tan llamativas —y llamativas precisamente por lo felices—: "Il (el gran artista) s'efforce vers la banalité... n'a qu'un souci:... devenir banal"; la violenta oposición de sus términos, evidentemente deliberada, ¿no está diciendo a gritos que ha significado para el señor Gide una complacencia que, para deleite nuestro, él no ha querido sacrificar? Pero no busquemos tres pies al gato y guardémonos de importunar al señor Gide con los propios argumentos que él mismo nos entrega, que esto puede no ser muy leal y pecar un poco de sofístico; pecado éste, es cierto, capaz de engendrar virtudes, según hemos visto ya.

No vaya Ud. a decirme, aunque sea con intención de halagarme, que en esta carta me he limitado a hablarle de autores y de libros, de tendencias y de géneros literarios, y nada le he dicho de mi personal intimidad. La verdad es que paso por un momento de la vida en que mi intimidad consiste precisamente en todo eso y en muy poco más.

Paseo bajo las alamedas frescas y umbrosas de la Quinta Normal; discurro por sus veredas fragantes, que orillan huertos, viñedos y sembrados. En la mano, un libro; en el alma una gozosa sensación de libertad, de vigor y de plenitud. Es la soledad la que me infunde esta sensación, "la soledad sonora", poblada de voces amigas, de añoranzas y meditaciones, de diálogos y soliloquios inaudibles:

“Converso con el hombre que siempre va conmigo; —quien habla solo, espera hablar a Dios un día— mi soliloquio es plática con este buen amigo que me enseñó el secreto de la filantropía”. (1).

Otros amigos, y amigas, me acompañan también, de vez en cuando. Amigos sencillos, doctos y discretos, finos cultivadores de aquella “sabiduría cortesana”, de esa “conversable sabrosa erudicción”, cara a Gracian.

Frecuento el cine. Absorto o distraído, mudo y solo en mi butaca. A mi alrededor, camaradas que comentan detalles de la cinta; enamorados que se arrullan y se estrechan con la complicidad de la sombra. La soledad no es aquí siempre la buena compañera del despoblado. He de confesarle que a veces se vuelve un poco envidiosa de la ajena compañía. Esta es mi vida, mi querido Max.

Me asalta, sin embargo, el temor de que Ud. me salga al paso con la objeción tantas veces formulada: “Todo eso está muy bien, pero, entre tanto, ¿está Ud. viviendo *toda* la vida? ¿No hay en ella regiones inmensas y muy ricas por donde Ud. no transita?”. Y yo, a mi turno, respondo a su hipotético reproche: con el pensamiento —es decir con la imaginación que se alimenta del recuerdo, de la representación y de la fantasía— las recorro yo todas, libre, además —lo que es no poca ventaja— de los riesgos tremendos que encierra la realidad inmediata. Cada vez que, peregrino ilusionado, aventuré mis pasos por esta selva fragosa del vivir inmediato, sólo encontré en ella una profunda e irremediable soledad. Destino reservado al insensato que piensa que las corrientes paralelas de dos vidas individuales pueden juntar su caudal y formar una sola que, así unida y duplicada, prosiga su ruta, hasta ver-

(1) Antonio Machado.

terse un día en el mismo océano misterioso de donde emanó y en el que tal vez fué antes substancia homogénea e inseparable. "Que el que tenga oídos para oír, oiga".

Sí, yo también estoy pronto a decir: "Ceda al tatto la vista, al labro il lume". Pero la vida me niega la oportunidad. Por eso, si, a pesar de todo, hay siempre un fondo de amargura en mi existencia, la culpa no es mía sino de quien no supo comprender o no quiso recoger mi encendida ternura, hecha, a un tiempo, de fervor y lucidez, de amor y de inteligencia, de realidad y de ensueño. Que hasta la vigilancia del análisis, sin disolverse en quieto arrobamiento, suavizaba sus contornos en penumbra de poesía. El autor de "Intentions" ha definido, en alguna parte, ese sentimiento que los oxfordianos llaman "intellectual Love". No resisto a la tentación de copiarle sus palabras; primero, en el original, luego traducidas por Baeza, para el caso que tropezara con alguna dificultad: "The love that he bore him —for it was really love— had nothing in it that was not noble and intellectual. It was not mere physical admiration of beauty that is born of the senses, and that dies when the senses tire. It was that love as Michael Angels had known, and Montaigne, and Winckelman, and Shakespeare himself". ("En el amor que le tenía —pues realmente era amor— nada había que no fuese noble y espiritual. No era la simple admiración física de la belleza que nace de los sentidos, y se extingue con el cansancio de éstos. Era un amor como lo habían conocido Miguel Angel y Montaigne, y Winckelman y Shakespeare").

Me acerco al final de esta epístola, que si no tiene nada de carta íntima, tiene todas las apariencias de una carta abierta, cansado yo de escribirla como Ud. de leerla, y, presa de fundados escrúpulos, me pregunto: ¿para qué habré escrito tanto y, sobre todo, con tantas citas? Pero pienso, procurando tranquilizar mi conciencia y excusarme

ante Ud., que cuando nos encontramos, después de prolongada separación, nos entregamos los dos a estos mismos comentarios de lecturas y hacemos un parecido balance de nuestra vida en el intervalo que dejamos de vernos. ¿Por qué, entonces, no pudiendo hacerlo directamente, me he de privar de hacerlo por el papel, y con la extensión que necesito, aunque sea saliéndome del tono y de los límites ordinarios de una carta? Sea ésta mi única disculpa. Que en cuanto al destino que espera a estas carillas, no me hago ilusiones, pues lo conozco de antemano: sentirán un instante resbalar por ellas unos ojos burlones, que dulcifican su ironía a través de los densos cristales de unos espejuelos de concha, y en seguida irán a reposar, rotas en mil pedazos, en la frívola cesta de mimbre; tránsito efímero en su carrera ineluctable hacia el vientre inmenso, hediondo y voraz de la alcantarilla. No importa. Habrán cumplido su destino; el mismo de sus hermanas mayores y de las que puedan seguirlas. "Sic transit gloria mundi".

Hágame el favor de saludar de parte mía y de los míos, a todos los suyos, y muy especialmente a su mamá, cuya generosa hospitalidad recuerdo siempre con íntima gratitud.

Espero tener pronto noticias directas de Ud., o mejor, verle por aquí. Entre tanto reciba un abrazo de su amigo.

O.

Santiago, 13 de Marzo de 1937.

A M. C. V.

1937

Toda la semana pasada han estado dándome vueltas en la cabeza los temas de nuestra discusión de aquel domingo, y sobre todo —¿por qué no confesarlo?— los ataques más o menos encubiertos de que Ud. me hizo objeto. A tal punto, que he leído apenas y con gran esfuerzo, y hasta el humor, el apetito y el sueño se me han echado a perder. Creo que para purgarme de esta intoxicación no tengo más remedio que escribirle. Un amago de gripe, detenido a tiempo, y angustiosas inquietudes de otra índole, felizmente disipadas, han retardado el curso de esta carta. No le extrañe, pues, que venga a resollar después de tanto tiempo. Nunca es tarde, por lo demás, para aclarar conceptos de suyo intemporales. Dispénsame Ud. un poco de paciencia y atención. Recuerde la anécdota clásica: “¡Pega, pero escucha!”.

El punto de partida de nuestra controversia fué —no lo habrá olvidado Ud.— la opinión de Ortega y Gasset que Ud. hizo suya con gran regocijo, y resumió más o menos en estos términos: “Escribir bien es siempre una acción revolucionaria. Para lograrlo hay, pues, que arremeter contra la gramática y contra el diccionario”. Entretanto las verdaderas palabras de Ortega, que ahora tengo a la vista, fueron en realidad mucho más moderadas y modifican no poco —limitándolo— el alcance de los conceptos invocados por Ud.

Dice el autor de “La Rebelión de las Masas”: “Escribir bien consiste en hacer continuamente *pequeñas ero-*

siones a la gramática, al uso establecido, a la norma vigente de la lengua. Es un acto de rebeldía permanente contra el contorno social, una subversión. Escribir bien implica cierto radical desnudo". Un poco más allá habla de "la prisión del lenguaje normal", del "enorme aparato policiaco que son la gramática y el uso mostrenco". Muy bien. Repare Ud., ante todo, en que se trata sólo de "pequeñas erosiones"; nada de esos profundos y aterradores cataclismos geológicos que parecían arrastrar las tremendas palabras que Ud. le atribuía. Simplemente, "pequeñas erosiones". Y erosión —perdóneme que eche mano de ese instrumento infamante que para Ud. es el diccionario— no pasa de ser una "depresión producida en la superficie de un cuerpo por el roce de otro". Cuáles son, concretamente, las pequeñas erosiones que se pueden practicar en la gramática, sin que padezca la limpieza —y por lo tanto, la claridad y la elegancia— de la lengua, Ortega y Gasset no lo dice. Tome nota, sí, de que para él, como para todo el que se detenga a pensar en ello un momento, la gramática no es ese conjunto de reglas dictadas y promulgadas arbitrariamente por los gramáticos, de que hablaba Ud., sino que se confunde con "el uso establecido", "la norma vigente de la lengua", "el uso mostrenco". O sea que viene a ser lo que yo le decía: la sistematización del uso. Pero del uso ilustrado, no del plebeyo; por lo menos mientras éste no se haya decantado en la lengua de los poetas. Que es, *mutatis mutandis*, lo que todos aprendimos de niños en el libro del gran don Andrés: "el arte de hablar y escribir correctamente, *esto es conforme al buen uso, que es el de la gente ilustrada*". Ortega no menciona el diccionario en las palabras antedichas, pero es evidente que también se refiere a él, dado que es también, en su esfera, "la norma vigente de la lengua", producto del "uso establecido, del uso mostrenco". Y aquí se me ocurre ob-

servar de pasada: Ud. que es hombre de derecho, sabe mejor que yo que las controversias jurídicas versan a menudo sobre la interpretación de palabras y de frases en instrumentos públicos, y no ignora que para resolverlas es forzoso acudir a la autoridad del diccionario y de la gramática. Prueba cierta, a falta de otras, de que la autoridad lingüística tiene una función que trasciende el campo de las letras, y es tan necesaria a la convivencia social como la autoridad política.

Pero volvamos a las opiniones de Ortega y Gasset. ¿Tiene Ud. presente la definición de lengua que nos da él, en el mismo artículo que venimos comentando? Héla aquí: “Una lengua es un sistema de signos verbales merced al cual los individuos pueden entenderse sin previo acuerdo”. Pues bien: la definición del contenido de esos signos verbales, —no siempre claros— es el diccionario: su clasificación sistematizada, la gramática. Mas lo que me interesa, sobre todo, subrayar, es el carácter de universalidad que para el mismo Ortega deben tener esos signos (las palabras), a fin de que “los individuos puedan entenderse sin previo acuerdo”, y que en esto reside, a juicio suyo también, la esencia misma de una lengua, cualquiera que ella sea. Su esencia y su función, su función social, como diríamos en el lenguaje al uso del día. ¿Ve Ud. ahora cómo esta condición previa limita muchísimo el margen de esas pequeñas erosiones, de esa subversión, de esa rebeldía permanente contra el contorno social, de que hablaba al principio? Así lo comprende, como es natural, el propio Ortega, cuando añade, al hablar del escritor que lo es “en algún buen sentido de la palabra”: “Esto implica que *ha usado su lengua nativa con un prodigioso tacto*, logrando dos cosas que parecía imposible cohonestar: ser inteligible, sin más, y a la vez modificar el uso ordinario del idio-

ma. Esta doble operación es más difícil de ejecutar que andar por la cuerda floja...".

"El estilismo personal consiste, por ejemplo, en que el autor *desvía ligeramente* el sentido habitual de la palabra, la obliga a que el círculo de objetos que designa no coincida *exactamente* con el círculo de objetos que esa misma palabra suele significar en su uso habitual. (1). La tendencia general de estas desviaciones en un escritor es lo que llamamos su estilo. *Pero es el caso que cada lengua comparada con otra tiene también su estilo lingüístico, lo que Humboldt llamaba su "forma interna"* (o sea el genio, la índole del idioma de que yo le hablé y que provocaba en Ud. una despectiva sonrisa de conmiseración para este aprendiz de escritor académico que cree en tales patrañas). (2).

(1) Sería interesante comparar esta definición genérica de Ortega con los preceptos de Verlaine en su "Art Poétique, credo del simbolismo simplemente. Yo sólo recuerdo estos versos de la traducción de Marquina:

"No es necesario que las palabras
con minuciosa propiedad luzcan:
son preferibles los versos grises
que a lo indeciso lo exacto juntan.
Son ojos negros detrás de velos... etc".

(2) En el tomo I de "El Espectador", (Ideas sobre Pío Baroja) he tropezado más tarde con estas sentencias que coinciden cabalmente con el sentido que daba yo a las otras palabras de Ortega que motivaron la polémica y con mi propio pensamiento respecto de la cuestión en debate: "El estilo del lenguaje es decir, la selección de la fauna léxica y gramatical, representa sólo la parte más externa y, por tanto, menos característica del estilo literario tomado íntegramente. Todos los que escribimos nos damos clara cuenta del reducido margen dentro del cual puede moverse nuestra elección en punto al idioma. El habla de nuestra época nos impone su estructura general, y las transformaciones que el más grande innovador del decir haya realizado son nada si se las compara con su originalidad en los otros planos de creación. *Las condiciones y finalidad del idioma hacen de él una cosa en gran parte mostrenca y comunal*".

Puede ser que Ud. quiera recordar algunas palabras más de la otra tarde, y que tan bien coinciden con otras de las que acabo de reproducir: Esto del empleo, afortunadamente insólito, de las palabras, le decía yo, es cuestión delicadísima, cuestión de tacto, entregada a la exquisita intuición del artista. A su intuición del genio del idioma en que trabaja, y a su sentido de la realidad, que le impone las condiciones ineludibles de la lógica fundamental. Y le citaba como ejemplo de ese empleo afortunadamente inusitado de las palabras, de ligera desviación de su sentido habitual, aquello del “vulgo municipal y espeso” de Rubén. Pude agregar, entre otros, los versos de Valle-Inclán:

“Y el talle *con alusiones*
de vihuela”.

La gramática —fijese Ud. bien— nada tiene que ver, por lo demás con esta ligera desviación del *sentido* habitual de las palabras. Ahora bien, ¿qué resulta cuando falta ese tacto, cuando el autor no se limita a desviar el sentido habitual de la palabra, sino que se desentiende del todo de él, para prestar a éstas un sentido puramente subjetivo, de su exclusiva voluntad? Pues resulta esto:

“Por ti las sastrerías con sus negras membranas
se llenan de cucharas y de sangre,
y tragan cintas rotas y se matan a besos
y se visten de blanco (1).”

Aquí la relación entre el sentido habitual y el sentido nerudiano de las palabras, desaparece, resulta absolutamente imperceptible. La obra de arte, al hacerse hermé-

(1) Neruda: Oda a Federico García Lorca.

tica, pierde, pues, una de las condiciones esenciales que la justifican: su comunicabilidad.

Por lo demás, no crea que, a pesar de los arrestos verbales que hemos venido comentando, Ortega pueda ser un apologista de la subversión, de la revolución en ningún orden de cosas. Le sobra cultura para sostenerse en posturas *sans culotte*; cultura y elegancia mental. Es él quien dice en su "Prefacio para franceses": "Las revoluciones, tan incontinentes en su prisa, hipócritamente generosa, de proclamar nuevos derechos, han violado siempre, hollado y roto el derecho fundamental del hombre, tan fundamental que es la definición misma de su substancia: el derecho a la continuidad. La única diferencia entre la historia humana y la "historia natural" es que aquélla no puede nunca comenzar de nuevo. Köhler y otros han mostrado cómo el chimpancé y el orangután no se diferencian del hombre por lo que, hablando rigurosamente llamamos inteligencia, sino porque tienen mucho menos memoria que nosotros. Las pobres bestias se encuentran cada mañana con que han olvidado casi todo lo que han vivido el día anterior, y su intelecto tiene que trabajar sobre un mínimo material de experiencias. Parejamente, el tigre de hoy es idéntico al de hace seis mil años, porque cada tigre tiene que empezar de nuevo a ser tigre como si no hubiera habido antes ninguno. *El hombre, en cambio, merced a su poder de recordar, acumula su propio pasado, lo posee y lo aprovecha. El hombre no es nunca un primer hombre: comienza desde luego a existir sobre cierta altitud de pretérito amontonado. Este es el tesoro único del hombre, su privilegio y su señal...* Por eso Nietzsche define al hombre superior como el ser "de la más larga memoria". *Romper la continuidad con el pasado, querer comenzar de nuevo, es aspirar a descender y plagiar al orangután*".

Y yo le digo a Ud. prescindir de los clásicos, desco-

nocer la gramática y el diccionario —que derivan, en gran parte de aquéllos y se completan con otros aportes— es ignorar lo que Proust llamaba “les belles manières de l'esprit”, como si dijéramos las reglas de Carreño del espíritu, son: “romper la continuidad con el pasado, querer comenzar de nuevo, aspirar a descender y plagiar al orangután”.

Antes de seguir adelante, quiero volver —aun a riesgo de merecer una vez más el calificativo de machacón— a las palabras de Ortega que motivaron nuestra disputa, para considerarlas ahora desde otro aspecto. Veréme obligado a copiarlas nuevamente, a fin de que Ud. y yo las tengamos a la vista en este momento: “Escribir bien consiste en hacer continuamente pequeñas erosiones a la gramática, al uso establecido, a la norma vigente de la lengua. Es un acto de rebeldía permanente contra el contorno social, una subversión. Escribir bien implica cierto radical denuedo... El estilismo personal consiste, por ejemplo, en que el autor desvía ligeramente el sentido habitual de la palabra, la obliga a que el círculo de objetos que designa no coincida exactamente con el círculo de objetos que esa misma palabra suele significar en su uso habitual. La tendencia general de estas desviaciones en un escritor es lo que llamamos su estilo”. Ortega dice que, al hablar así, habla del “escritor en el buen sentido de la palabra”, o sea, que su definición conviene a todo buen escritor y a todo buen estilo. Por contraste, se me vienen entonces a la memoria los términos en que otro gran prosista, crítico y disociador de ideas —André Gide— define el clasicismo literario y dibuja los perfiles esenciales del escritor clásico. Hállanse en su libro “Incidences”, y se los transcribí y comenté en aquella malhadada carta sobre el ensayo y otras cosas, que tuve la desgraciada ocurrencia de dirigir a Ud. a principios de año. Es una lástima que yo

no tenga a la mano el texto de Gide ni mi carta —como no tengo ninguno de los libros que tratan de las materias de que vengo hablando—, pero recuerdo muy bien sus conceptos y, hasta, a la letra, algunas frases, lo que no tiene nada de raro, pues suelo pensar en ellos. (Ricardo Baeza ha glosado las opiniones de Gide en su opúsculo “Clasicismo y Romanticismo”, con gran acierto y originalidad).

Para Gide, desde luego, el clasicismo es una modalidad permanente del espíritu humano, y —bien se ve— la expresión más cabal y depurada de la belleza y del hombre. Defínelo como “un art de pudeur et de modestie”, lo que viene a ser, si no me equivoco, lo contrario del radical desnudo, de la rebeldía permanente de que habla el otro. El clasicismo formal reside, para Gide, en la subordinación de la palabra a la frase, de ésta a la página y de la página a la composición total, de modo que ninguna se destaque en medio de la otra y a sus expensas, y la belleza resulte de la armonía del conjunto. Ortega al desviar la palabra de su sentido habitual, quiere marcar el acento sobre ella, destacarla del conjunto, constituirla en su objeto primordial.

Según Gide, el escritor clásico se esfuerza en “n’avoir pas de manière”, en “devenir banal”. Lo que no se logra, precisamente, con el “estetismo personal” que preconiza Ortega como el único plausible, y que él mismo se encarga de definir como la tendencia general de un escritor a desviar la palabra de su sentido habitual, a obligarla a designar un círculo de objetos que no coincide exactamente con el círculo de objetos que esa palabra suele significar en su uso habitual.

La confrontación de estas dos opiniones divergentes, nos lleva inevitablemente a esta conclusión: la definición de Ortega es demasiado ambiciosa: pretende ser genérica, y es sólo específica, no define al buen escritor en general,

puesto que no cuadra al escritor clásico, sino que conviene a una sola categoría de escritores. ¿Cuál es, entonces, esa categoría? Precisamente la que se opone a la clásica: la barroca. Y conste que no doy a la palabra barroco un sentido peyorativo. Ello implicaría una ingenuidad primaria y una estrechez de espíritu impropias de cualquiera que haya ido un poco más allá de los manuales, y haya logrado superar ciertos secos prejuicios de la centuria decimonónica. Ortega y Gasset mismo, en un ensayo de "El Espectador", consigna las diferencias entre el estilo literario clásico y el barroco, y declara su preferencia personal por éste, sin desconocer la superioridad de aquél. (1). Andrés Gide, en cambio, ha sido calificado de clásico por la crítica, y él mismo ha declarado orgulloso su filiación. Mi padre me decía una vez, de la prosa de Ortega: "Esa prosa crepa...". Jacques Rivière llama lisa la prosa de Gide. Entre el estilo de Ortega y el de Gide, entre el concepto de la forma sustentado por uno y otro, media la diferencia que existe entre lo barroco y lo clásico, lo crespo y lo liso. Y ambos son grandes estilistas. Y ambos proponen como padrón, modelo y paradigma, su modo personal de escribir...

En nuestra disputa de la otra tarde, Ud. manifestó su aversión por los escritores académicos. La palabra académico tiene también, en su uso corriente, como la palabra

(1) "Otro punto sobre el que un día insistiré, porque de él depende la cesación de muchas discusiones estéticas. No se advierte que las obras de arte como todo lo que es objeto de valoración, son sometidas a dos ordenaciones o jerarquías distintas: una según sus rasgos objetivos; otra según nuestra personal preferencia. Y ambas son perfectamente comportables cuando se tiene en cuenta la dualidad de planos en que se realizan. Así, las virtudes tienen una jerarquía inquebrantable en el sistema de la ética; pero cada uno de nosotros prefiere acaso una virtud distinta y tal vez una que no es la primera en el orden objetivo. Así en arte me ocurre a mí que prefiero las obras donde se agita un cierto barroquismo, y, no obstante, percibo claramente que en un orden ideal de valoración corresponde el primer rango a las que irradian una clásica serenidad estelar". (Ortega y Gasset, "El Espectador", Tomo I, pág. 203).

barroco, un significado peyorativo. Se la aplica por lo general a los escritores de ideas cortas, que repiten conceptos usaderos en una forma correcta, pero fría, desmayada, insípida. No obstante, a Anatolio France le han llamado escritor académico algunos críticos que le comprendían bien y querían encomiarle. Y France —siendo, es claro, lo contrario de un novador— es, empero, uno de los estilistas más finos, transparentes y perfectos de su lengua, y la tersura de su prosa sirve a menudo para envolver los pensamientos más paradójicos y las ideas más explosivas. Don Juan Valera poseía una cultura refinada y vastísima, escribía en una lengua pura, desenvuelta, llena de gracia, y era por muchos conceptos lo que se llama un espíritu egregio, aristocrático, preeminente. Pues bien, Valera ha sido también calificado de académico por otro escritor que tiene con él muchas concomitancias. Eduardo Gómez de Baquero, en un estudio crítico, sagaz y laudatorio, que le consagró con motivo del centenario de su nacimiento. Y Azorín y Pérez de Ayala se han llamado recíprocamente escritores académicos, en juicios certeros, ponderados y apoloéticos. Fuerza será concluir, entonces, que el epíteto “académico” tiene también aparte del enunciado, un significado distinto, y que debe de ser honroso, cuando se lo aplican a escritores como los mencionados, otros que los apreciaban bien y les rendían admiración. ¿Cuál puede ser ese significado que cuadra por igual a France, a Valera, a Baquero, a Azorín y a Pérez de Ayala? Pues no otro que el compendio de las cualidades que distinguen conjuntamente a estos escritores: esa claridad, esa elegancia y esa medida que Ud. admira, con razón, en el genio francés, si bien no son privativas de éste, y que tienen su expresión cabal en una forma nítida, castigada y exquisita, exenta de extrangerismos viciosos y enriquecida con el aporte de los inagotables valores clásicos. Hay, por lo tanto, dos modos de ser

académico, uno positivo y otro negativo: por la posesión de estas virtudes, o, simplemente, por la ausencia de los vicios correlativos, lo cual, claro está, no basta para engendrar aquéllas. Bien sé que al denostar a los académicos, dirigía Ud., por elevación, sus tiros contra mí. No podría yo decir si merezco en algún sentido ese dictado. En todo caso, Ud. comprenderá que no me opongo a que se me aplique en el mismo que le ha sido aplicado a France y Valera, Pérez de Ayala y Azorín.

Ensañóse Ud., como hemos visto, con la clase de los escritores que tienen en cuenta el diccionario y la gramática. Hablaba Ud. en general, sin traer a colación ningún ejemplo. Yo voy a citarles algunos. Sé que entre ellos hallará Ud. a uno de su predilección. Teodoro de Banville —el poeta de las “Odas Funambulescas”, innovador en la métrica, como Rubén, y modelo suyo, entre varios— recomienda a los escritores leer y releer, sobre todo y constantemente, el diccionario, y no sólo el llamado de la lengua, sino los vocabularios especiales: los de artes y oficios, los de las distintas ciencias, técnicas y profesiones.

Enrique Massis cuenta en los recuerdos de su vida literaria —leídos por Ud., y seguramente olvidados— que Anatolio France, a quien él vió trabajar muy de cerca, acostumbraba escoger, de los ejemplos del Diccionario de Littré, voces y giros usados por los clásicos para emplearlos a su vez. Y Carlos Maurras, otro gran estilista —insospechable de parcialidad en favor de France, pues había sido víctima de sus enconos políticos— afirma que el autor de “La Vie Littéraire” hizo obra de patriota, conservando la integridad de la lengua francesa en medio de la barbarie general. Massis, aunque le haya llamado “humanista inhumano”, piensa lo mismo.

En el “Journal” de Gide se observa la constante preocupación de su autor —tanto en sus lecturas como en sus

escritos— por la corrección gramatical y la propiedad del léxico. Lo mismo en su libro “Incidences”, donde hay, si no recuerdo mal, unas cartas dirigidas a Pablo Souday, en las que se condeule de que el “passé défini” vaya siendo desterrado del lenguaje familiar. Pareja preocupación encontrará Ud. en la correspondencia de Proust, sobre todo en sus cartas a Dreyfus y en sus crónicas. No se trata —ya lo ve— de escrúpulos de puristas especializados en el estudio de la casuística del idioma. Hay un sentido del lenguaje —particular a algunos hombres, al igual que el sentido musical, el pictórico o el de la métrica— que ordena los aciertos e impide los errores, sin necesidad de traer a las mentes ningún ejemplo o regla establecida. Lo que no implica por fuerza que hayamos ignorado siempre ejemplos y reglas, sino que esos aciertos y esas inhibiciones han llegado a ser tan naturales y espontáneos para nosotros, como los buenos modales que un tiempo debieron imponérse-nos preceptiva y ejemplarmente. Con frecuencia no se trata de normas fijadas y escritas.

La frase que provocó nuestra discusión, fué la siguiente: “Y, *del* momento que estamos en esta conversación... etc.”. Yo le dije: ¡qué sonido tan francés tiene esta frase! Nosotros habríamos dicho: “ya que, puesto que estamos en esta conversación”. Pues bien: no conozco ninguna regla gramatical que me impida decir de aquel modo y me orde-ne decir de este otro. Puede todavía que no la haya. Es simplemente mi oído castellano el que me dicta ese reparo y esta enmienda. Nunca, en ninguna tierra donde se habla castellano, he oído decir eso. ¿Por qué? Pues, porque el genio de nuestra lengua —quién sabe por qué incógnita repugnancia— no la ha dictado ni a los escritores ni al vulgo. Percibir espontáneamente estas diferencias es poseer ese sentido, esa intuición del idioma, de que he hablado tantas veces.

Decía Ud. también —como otros aquí— que la gramática se le figuraba una especie de zapato chino que constreñía la inspiración del artista. Me gustaría oír algunos ejemplos en apoyo de tesis tan improbable, porque pensando concretamente en lo que es la gramática y en lo que es la inspiración, no acierto a imaginarme nada parecido. Son viejos prejuicios románticos, es también el espíritu improvisador que nos distingue a los criollos americanos —espíritu propio de pueblos de cultura incipiente— lo que nos mueve a sentir del modo que Ud. expresaba. Y si no, vea Ud., la Métrica es, sin lugar a dudas, una disciplina rigurosa para el poeta. Empero voy a citarle un caso que debe llevarnos a juzgarla con cautela: el de Paul Valéry. No ignora Ud. que en la época de todos los excesos vanguardistas, los jóvenes levantaron sobre el pavés al autor de “La Jeune Parque” y le proclamaron el primer poeta de Francia. Pues bien, Paul Valéry —tan moderno en su espíritu y en su estética— se señala por su estricta observancia de los cánones de la métrica. Y ha declarado, muchas veces que las disciplinas métricas, lejos de ser una traba, son más bien un estímulo para la inspiración, y que la obra del artista vale no en razón de su facilidad, sino, al contrario, de las dificultades vencidas.

Aquella tarde hablaba Ud. de Darío como de una especie de escritor francés que se tradujese al castellano con más o menos literalidad. Profundo error. No niego que la parte de Francia en la obra de Rubén es muy grande, ni desconozco que hay en él muchas cosas que pueden dar asidero a su afirmación: los cuentos de “Azul...” (ya Valera lo observó entonces); los poemas de “Prosas Profanas”, en su gran mayoría; los estudios de “Los Raros”, en especial. Sin embargo, antes de sufrir la influencia francesa —en la época de su primera formación literaria— había sufrido Rubén la de los clásicos castellanos y la de algunos poetas

españoles e hispanoamericanos del siglo XIX: Núñez de Arce, tal vez Díaz Mirón, Becquer, Campoamor, Bartrina. Las huellas están muy claras en sus primeras colecciones: en los poemas de Nicaragua, en la "Rimas y Abrojos" de Chile. De su devoción por España y por sus clásicos, hablan más tarde, en la plena madurez de su talento, sus "Decires, layes y canciones" ("a la manera de Joan de Duenyas" y otros) y sus "Cantos de Vida y Esperanza"—quizá su obra capital— ("Salutación Optimista", "Cyrano en España", "Letanías de Nuestro Señor don Quijote", "Cervantes", "Retratos" y tantos otros poemas). De su dominio de la lengua materna hablan todos sus escritos. No hay que atribuir nunca sus galicismos—voluntarios o involuntarios— a impericia verbal. Tal impericia—absurda en Darío, mago del verbo— no es compatible con el título de escritor.

En Europa los clásicos no son ejemplares disecados de museo: son modelos vivos y operantes a través de todas las fases evolutivas del devenir artístico. Una época, una escuela, una tendencia se inspiran en unos; las demás, en otros: siempre encontraremos algún clásico como divinidad tutelar—próxima o remota— de todo conato innovador. Cuando no son punto de partida, son punto de regreso. La vanguardia española se inspira en Góngora. Entre sus corifeos y sus epígonos hay catedráticos de castellano—que hasta para alterar las normas es menester primero conocerlas— y algunos de ellos son autores de notables trabajos sobre figuras y monumentos del pasado: Pedro Salinas, Gerardo Diego, Benjamín Jarnés. En Francia, a propósito de "Plain Chant" de Cocteau, la crítica habla de "Malherbe" de Ronsard. (1).

(1) Un año después de escrito lo anterior encontré en un discurso de Gabriela Mistral sobre "Juan Montalvo y el Clasicismo", los siguientes conceptos parejos con los míos: "Pero yo quiero recordarles a ellos (los jóvenes), modernistas y futuristas, que los

Después de toda esta exhibición de argumentos y de testimonios fehacientes, sólo me resta desear que Ud. sea, como dice Ortega, "una especie de último abencerraje, último superviviente de una fauna desaparecida", esto es un hombre "capaz frente a otro hombre, de creer que es el otro y no usted quien tiene razón".

Voy a encarar ahora la parte más delicada de nuestras diferencias: la parte personal. Al hablar Ud. con tanto desdén de los escritores académicos, de los que tienen en cuenta la gramática y el diccionario, Ud. aludía a mí y quería, sin duda, molestarme un poco. ¿Qué le movía a ello? Ud. me perdonará si le digo que el resentimiento personal no era ajeno a esta actitud agresiva. En más de una ocasión le he manifestado yo, en tono ligero, mi desacuerdo con algunas de sus manías intelectuales (todos tenemos nuestras manías, pero nos desagradan las del vecino): su manía francófila, en materia literaria y de lenguaje; sus incursiones por los dominios de Eugenio Labarca: ese mundo de favoritas, cortesanas, coreógrafos, divos y *vedettes*; y, en fin, su parisianismo, poco grato a mi paladar, por ciertos resabios de novela erótica 1900 y de crónica boulevard-

maestros de su Iglesia literaria han sido criados en el regazo de Francia, con leche de clasicismo y dentro de una verdadera saturación de humanidades. Ni Jean Richepin, ni Paul Valéry, ni Jean Cocteau, ni Max Jacob son otra cosa que unos maestros de arte nuevo que trabajan con la greda resobada de sus clásicos. Francia labora así, y siempre hará lo mismo: usa las herramientas más atrevidas en la forma; ara y siembra con arados nunca vistos; pero cójase y mírese esa maquinaria que parece loca, y se verá que ha salido del buen hierro de Villon, del buen acero de Racine o de la buena plata de los felibres provenzales".

Más adelante agrega: "Y en cuanto a nuestra lengua española, yo les recordaría (a los jóvenes americanos) que Berceo ayuda y no daña para manejar el populismo y que Lope y Gil Vicente son el madero natural del nativismo que queremos fundar en América o los semillones que hay que fecundar para que esto brote...

"No lo reneguemos (a Montalvo) alejándonos del castellano prócer que él logró para todos nosotros, tan ancho de vocabulario como el botín de César". (G. Mistral).

ra criolla que he creído advertir en su composición. Por lo demás muchos en Sudamérica hemos pasado por ese estudio parisiense. Yo fui introducido en él, junto con las primeras letras, por nuestro compatriota Mont-Calm. Luego vinieron los maestros del género, los Carrillos, los Ventura García Calderón. Hoy lo confieso, todo aquello me resulta sobremanera empalagoso, y sólo a título de documento histórico lo podría tolerar. Unamuno clavó para siempre en la picota esta boba admiración sudamericana por los caprichos de París en el artículo que dedicara a otro compatriota nuestro aquejado del mismo mal: Benjamín Vicuña Subercaseaux, autor de “La Ciudad de las Ciudades”. En todo caso, mis pullas no iban dirigidas contra Ud., sino contra ese espíritu del que también fui tributario. También me permití objetarle una vez, en la misma forma ligera, su propensión a los retruécanos que calificué de “chistes Cottard”. Todo esto no me lo ha perdonado Ud., y no ha perdido ocasión de devolverme la mano. ¿Será que para Ud. los elogios y los reparos son objetos de mercado: pasando, pasando? Conozco su prurito vindicativo. Oigo todavía la vibración de sus propias palabras: ¡Ah, *la vendetta, la vendetta!* La venganza es un placer de los dioses”. De los dioses del Olimpo, sin duda, pero no del Dios del Calvario, en el que Ud. cree y al que quiere servir. En el hecho, más que un discípulo del Maestro del perdón, parece Ud. un instrumento de la Némesis antigua. “¡Pequeñeces!”, dirán algunos tal vez demasiado exigentes con nuestro deleznable limo genesíaco. “Humano, demasiado humano”, repetiría yo más bien.

Ya veo cómo sonreirá Ud. ante mi pretensión de incluirme entre los escritores, aún entre los malamente académicos; yo, que apenas escribo y no paso de ser lo que los españoles llamarían “un escritor para andar por casa”. ¡Qué quiere Ud.! He nacido sintiendo, como Mallarmé —qui-

zá por efecto de experiencias ancestrales— que “dans le monde tout est fait pour aboutir au livre”. A un libro, que se alimenta de mi vida, al igual que un vampiro, que seguramente no escribiré nunca, y que se disolverá en la huesa junto conmigo. Concédame, por lo menos, que soy un escritor *a nativitate*, si bien *in partibus infidelium*. (¡Qué miedo me da citar frases latinas, cuando no tengo a la mano las páginas rosas del “Pequeño Larousse”).

Quedamos, pues, en que a Ud. no le gusta mi manera de escribir, por académica y engolada. Lo siento, porque soy muy sensible a la aprobación de los amigos, pero no puedo hacer nada por modificar su juicio ni merecer su aplauso. Ni siquiera cometer una grave falta de sintaxis o construir una frase escandalosamente galicana. Lo que no me explico, eso sí, es que teniendo Ud. en tan pobre concepto mis escritos, desee, sin embargo, que escriba más tarde su necrología. ¿Será porque la muerte es la hora de los elogios, y Ud. los recibe siempre bien, aun en el estilo de don Angel Custodio Mendoza y Villa o de don Enanel Urrutia Pastini, etc., etc.?

Bromas aparte, no se le ha ocurrido a Ud. nunca preguntarse ¿qué es lo que busca en el trato de los amigos? A mí sí, respecto de mí mismo, y he llegado a la conclusión de que lo que yo busco no es escapar a la soledad material, con la cual me acomodo tan bien, sino romper la corteza pétrea de mi soledad interior, derramarme y enriquecerme, dar y recibir. “Le vrai de l'amitié, c'est de sentir ensemble”, dice un verso de Sully Prudhomme que Proust se complacía en repetir. Yo pienso lo mismo, y cuando la realidad me desmiente sufro un desgarramiento, una decepción comparable a las del amor. ¿Se explica ahora el motivo y el objeto de esta carta? Porque yo no pretendo abrir polémica, ni aguardo su respuesta. Me contento con haber dado salida a sentimientos que de otro modo se me habrían

descompuesto adentro y habrían podido viciar con sus emanaciones la atmósfera limpia de nuestra amistad.

Muchas veces le he oído quejarse de que sus amigos no tienen en cuenta sus opiniones. La desmedida extensión de esta epístola, motivada por opiniones suyas, le probará que a mí, por lo menos, no me conviene ese reproche.

O.

Villa Alemana, Setiembre de 1937.

P. S.

En su última tarjeta, prescinde Ud. de todo epíteto en el vocativo inicial y suprime las fórmulas de despedida. Me acojo gustoso a esta cómoda y pequeña erosión que Ud. hace al uso mostrenco, a la norma vigente en el género epistolar.

A H. D. A.

1937

Al recibir su recorte pensé escribirle en el acto; luego se me atravesaron muchas cosas de por medio, aplazando el cumplimiento de mi propósito, y, justamente hoy, cuando me disponía, por fin, a cumplirlo, llega a mis manos su carta.

Ya conocía yo el juicio de Keyserling sobre Gide, a través de su comentario, porque yo converso con Ud., a la distancia, todos los domingos, por intermedio de "La Nación". Converso, sí, que conversación, y, no audición mental, es siempre para mí la lectura. Con el papel ante los

ojos, sin proponérmelo, voy interrumpiendo al autor que me habla, taladrando sus escritos con una observación, una corroboración o una rectificación, ya de forma, ya de fondo. Sólo que como Ud. no oye ni lee mis respuestas, porque las guardo *in petto*, piensa que no contesto. Nada más natural, y yo pensaría lo mismo en lugar suyo.

Lo de Keyserling tiene, para mí, sus aciertos y sus errores, como todas las cosas.

Está muy bien definido Gide con aquello de “su constante cambio de frente y su simultánea invariabilidad de carácter” y le hace plena justicia al decir de él que su “condición de literato es pura como pocas”. (Quien haya leído el libro de Pierre Quint —que ojalá conociera Ud.— sabrá que ésta es más que una frase. ¡Qué diferencia entre la silenciosa ascensión de Gide hacia la fama, por el valor intrínseco de sus obras y el afán de otros por alcanzarla, provocando ruido de polémica en torno de ellas!). En cambio creer que aquel “mundo especial” no significaba nada para Gide, lo mismo que para Keyserling, me parece el colmo del egocentrismo del “incalculable conde”. Un egocentrismo que llega a la ingenuidad. Como su empeño en reducir la complejidad substancial de Gide a un puritanismo intransigente, se me antoja de un simplismo increíble en maestro tan sutil y discriminador en análisis espectrales. No; si Gide no fuera mas que un puritano, “Les Nourritures Terrestres” y “L’Immoraliste”, serían puro juego retórico, y “Si le grain ne meurt...” la más larga y laboriosa de las mentiras. Puritano por la conciencia y por la subconsciencia y sensual por los sentidos y por la imaginación, eso es Gide, y ahí está su tragedia, y en esa su gran tragedia, su grandeza y su servidumbre: “C’est en écartelé que j’ai vécu”. Aislar uno de estos elementos de su espíritu y pretender que él lo contiene entero, es empequeñecerlo y falsearlo.

Pero no ha sido sólo a propósito de esto que yo le he tenido a Ud. presente. Al volver a Villa Alemana, leí un artículo suyo sobre "El Embrujado", traducción castellana de "L'Envoûté", adaptación francesa a su vez de "The Moon and Sixpence". Quiso la casualidad que trajera entre mis papeles el borrador de una carta dirigida por mí a J. M. hace más de dos años, a raíz de la lectura de Paul Gauguin, "The calm madman" por Beril Becker, carta en la que expresaba también mi opinión sobre la novela de Maugham y esbozaba un paralelo entre el personaje ficticio y su modelo real. Mi opinión sobre la novela coincidía de tal modo con la suya en algunos puntos, que estuve por copiársela, a título de curiosidad. Luego me pareció demasiado sumaria y mal escrita y opté por ampliarla, conservando lo esencial. Escribí, así, un artículo, pero encontré que llenaba con divagaciones el vacío de una información más precisa y de más importancia, que el tiempo había evaporado de mi memoria. Volví a leer entonces el libro de Maugham, esta vez en la misma traducción castellana (llamémosla así) de que Ud. habla. Me costó trabajo. La forma es para mí algo tan esencial, que me cuesta mucho traspasarla y llegar al fondo por más interesante que éste sea, cuando aquélla me hace tropezar a cada paso con vulgaridades, barbarismos y disparates del calibre de "irrumpió en sollozos" y otros de ese jaez, repetidos varias veces en la susodicha traducción. Una vez que la hube leído, quise refrescar mis datos sobre Gauguin y me encontré con que no tenía nada entre manos. Recurrí a la Enciclopedia Espasa y al Larousse. Era todavía muy poca cosa. Le pedí a Julio que me buscara algo en las librerías de Santiago. Me trajo un libro excelente, recién aparecido con bellísimas reproducciones en negro y en color: "Gauguin, peintre maudit" por Charles Kinnstter. No desespero de volver a conseguir en préstamo el de Beril Becker. Tengo ahora en mi poder el

original en inglés de "The Moon and Sixpence", que pienso leer por segunda vez. De todo esto resultará —o no resultará— otro artículo, que titularía "Paul Gauguin en la biografía y en la novela". Bien entendido que yo me concretaría a hablar del hombre artista, sin detenerme en el pintor, por razones que no necesito explicar.

Esta preocupación intermitente por Gauguin, me ha hecho abandonar varias veces la lectura de otros libros que he comenzado: la "Correspondencia de Valera" y "Fortunata y Jacinta" de Galdós: cuando los tomo ¡qué bien me siento navegando en ese castellano tan genuino, tan vivo y desembarazado! Me cuesta salir de él, pero tampoco quiero abandonar lo otro a medio camino. Ud. que es un lector tan veloz y tan voraz y un escritor tan arduo y tan puntual, no comprenderá, sin duda, que para mí sea un problema satisfacer a un tiempo tantas solicitudes diferentes.

Muy sabios, sanos, oportunos y cariñosos los consejos que me da y se los agradezco cumplidamente. Por cierto que tiene toda la razón; la cuestión es tener un camino por el que se avanza y detrás un camino por el que se ha avanzado. Así uno vive o cree que va viviendo. Yo he pensado siempre lo mismo y he vivido siempre así. Pero hasta ahora me he limitado a acopiar el material: la experiencia, la observación, la meditación, los viajes, las lecturas; a perfeccionar los instrumentos: el conocimiento de los idiomas extranjeros y el de la propia lengua, que en Chile conocemos tan mal y empleamos peor. Y quiero juntamente ir borrando de mí ese "marque de roture intellectuelle" que, según Proust, lleva uno encima cuando apenas ha leído a los clásicos. En esta faena de la formación de sí mismo hay también una continuidad como en la preparación prefijada: la continuidad del ser; y hay también un camino recorrido y otro por recorrer: lo que se ha aprendido y lo que queda por aprender. ¿Qué esto no es una meta? Claro, pero es

un camino hacia una meta, —la iniciación de una obra— que será a su vez el comienzo de otro camino hacia otra meta más distante: la obra realizada. Y así “se pasa la vida, y así se viene la muerte, tan callando”.

Celebro que el libro que acaba de terminar, a pesar de su pesimismo para apreciarlo, le haya dejado el impulso para emprender otro. A Ud. le sobran talento y práctica del oficio literario; su último trabajo ha probado que también es capaz de adquirir la contracción y continuidad en el esfuerzo que antes le faltaban. Aproveche tan preciosas cualidades.

.....

O.

Villa Alemana, 17 de Diciembre de 1937.

A H. D. A.

1937

.....

Muchísimo le agradezco su invitación a la conferencia de Eugenio Montes. Inconvenientes de diversa índole me impiden ir a ésa; lo que, por suerte, no me privará de oírle, pues sé que viene a Valparaíso. Yo le admiro profundamente desde que le conocí a través de sus artículos de “El Sol” de Madrid. ¿Recuerda que le hablé de él, a mi regreso de España, como de un hallazgo? He leído artículos suyos que no olvidaré: uno sobre Menéndez y Pelayo en el aniversario de su muerte; otro sobre Gide y Barrés; otro sobre

Stephan George; otro sobre los vascos en la guerra civil, publicado el año último en "La Nación" de Buenos Aires. Hace dos semanas leí también uno en la revista "Hoy": "El Ejército y el Estado Español". Admirable. Por cierto que estoy lejos de comulgar con su ideario. No soy fascista ni militarista, como dice serlo él. Pero eso es lo de menos. Le admiro como poeta de las ideas y de la palabra. Su prosa sanguínea, musculosa, elástica, sacudida por hondo temblor emocional —emoción de historia, emoción de raza— me deleita y me entusiasma. Por un momento —mientras le leo— comulgo con él, y la hostia de mi comunión es el castellano que él me brinda. ¡Qué ritmo el de su frase! ¡Y qué acierto para asociar sustantivos y adjetivos que no se habían encontrado nunca juntos! "La emoción telúrica" por el sentimiento de amor al terruño; "el embarque lacustre a Citera"; y esta frase típica suya: "¡Qué codicia ascendente y trascendente la de Isabel latina y paridora!". Y este párrafo tan suyo también, iluminado por la sonrisa desdeñosa de las últimas líneas: "A eso vino el ateneísta Manuel Azaña, encargado por la revolución de triturar" —tal es su verbo favorito— la dignidad del ejército. "Con indecible congoja asistí yo a un espectáculo que me apenó profundamente: el orfeón de alabanzas con que el gremio profesional modulaba la pérdida de la honra y la potencia de la patria, tan sólo porque eso satisfacía no sé qué resentimientos tenebrosos. Aquella novia que en un paseo de provincia nos dejó a un lado por un teniente de Húsares...". La elocuencia llevaba la frase en el instante más patético del trémolo. Montes viene a retorcerle el cuello con esa nota final que podría ser de Daniel de la Vega...

...Es curioso: en 1933, el año de mi regreso, nadie conocía aquí a Montes; con nadie pude compartir yo la admiración que por él sentía. Luego volvió de España Ma-

nuel Garretón tomado por el mismo entusiasmo. Hoy día los periódicos de Santiago traen su nombre todas las mañanas, le entrevistan, le comentan y le resumen.

O.

Villa Alemana, 1937.

A M. P. M.

1937

Voy a romper ahora la consigna que me he impuesto de no escribir cartas, porque me disgusta tanto hacerlas como gusto tengo en recibirlas, para enviarle desde aquí un afectuoso saludo de Año Nuevo.

Ya sabrá Ud. por la Lucha que mi salud va viento en popa. Descontada la penosa necesidad de estar lejos de mi casa y de los míos, y de buenas y gratas amistades como la suya —que no es poco descontar— lo demás no supone sino ventajas para mí en este dulce destierro. Claro que en estos pueblos todavía incipientes, hay que renunciar a algunas de las comodidades que uno más aprecia, y esto duele mucho, por lo menos al principio; y por cierto que las casas de pensión distan de ser un paraíso; pero no es difícil resignarse a pasar por todo esto, cuando se tiene en cambio, salud, con todo lo que ella significa, y se logra independencia, con todo lo que ella permite.

Es cierto que no hago muy buen uso de estos dones preciosos, porque me disperso dando comienzo a la vez a varios trabajos, estudios y lecturas a los que no doy nun-

ca remate, y en esto se me va el tiempo insensiblemente, pero, por lo menos hago algo, aunque no termine nada, y vivo más o menos a mi gusto, lo cual no es poco. En cambio, ¿qué provecho y qué placer saco yo de los compromisos sociales que me envuelven en Santiago apenas las enfermedades me dejan respirar un rato? Y esas discusiones políticas y literarias que nos acechan en todas partes y que a mí me hacen tanto daño... En Villa Alemana no tengo, por suerte, con quién discutir, y cuando viene a verme algún forastero, aleccionado por la experiencia, procuro evitar los temas que me *enardecen*.

Desde aquí asistí muy complacido al triunfo de "La Quintrala", "el mayor éxito de la temporada", al decir de Serrador y de todos. ¿Recuerda Ud. lo que le dije a raíz del estreno, sobre las relaciones entre el público y la crítica? Ya lo ha visto: a la gente le importa un bledo lo que opinen los críticos, y no son ellos un buen barómetro para prever los resultados de la taquilla.

En cuanto a lo que yo piense de la *pieza*, eso no tiene ninguna importancia, y Ud. hizo mal en enfadarse tanto. En el fondo, por lo mismo que soy incapaz de realizar nada, siento un profundo respeto por todo el que realiza algo, en el arte, en el pensamiento o en la acción. Y por lo mismo que carezco en absoluto de inventiva, no puedo menos de admirar a quien, como Ud., inventa personajes, intrigas y situaciones episódicas, los combina y pone todo eso en movimiento, aunque lo haga a veces de un modo distinto del que yo hubiera deseado. A mí no se me ocurre más que escarbarme adentro, desmenuzarlo todo y divagar. La vida de los otros, cualquier hecho mínimo que pase rozando la mía con sus alas, me despierta infinitas sugerencias y aventuradas hipótesis, pero nunca se me ha ocurrido *construir* con ello alguna cosa, tal vez porque tengo la conciencia anticipada de que no sabría hacerlo.

Mas no se deje estar Ud. tampoco, ni se contente con los aplausos, vengan de donde vengan. Cultive la forma. Lea a los buenos españoles modernos, tenga siempre uno a su cabecera, puesto que tiene que escribir en castellano, y para hacerlo bien necesita corregir la torpeza del léxico criollo, enriquecerlo y olvidarse momentáneamente del francés. Paul Valéry ha dicho que en la palabra reside la poesía, ya que un poema se hace con palabras. Y él lo sabe, y por eso le sobra razón. A muchos les parecerá elemental, pero conviene repetirlo, porque hay tantos que lo niegan sin detenerse a pensar. Yo creo en la mágica de las palabras, porque la siento. Ellas crean la atmósfera poética, *el clima*, como dicen ahora; ellas suscitan sensaciones y sentimientos; ellas engendran los sueños y fecundan el pensamiento. "En el principio era el Verbo, y el Verbo era Dios...". Y todavía lo es, y lo será por siempre.

Un afectuoso saludo de mi parte a su mamá y hermanas. Nuevos triunfos y la dicha que Ud. bien merece, le desea para el año que llega, su amigo afectísimo.

O.

Villa Alemana, 30 de Diciembre de 1937.

A M. P. M.

1938

Muchísimo le agradezco su amabilidad de escribirme y enviarme el recorte.

No tiene por qué excusarse de la inserción de mi carta. Ni Hernán tampoco. Al contrario, yo estoy muy agradecido a ambos por haberla tomado en cuenta, y a Alone,

en particular, por las amables palabras de la nota que con ella compuso.

El mismo día domingo, una vez repuesto de la sorpresa, me puse a escribir a Hernán, cosa que, por lo demás, pensaba ya hacer cuando no tenía idea de la susodicha nota. Fué mi propósito dirigirle una carta familiar, pero las frases, tomando vida propia, se me fueron imponiendo, como a Pirandello sus personajes, y me arrancaron una carta literaria. Simple modo de designar algo que no es carta ni literatura, vale decir, buena literatura, que es la que merece tal nombre. Por eso convendría mejor llamarla *epístola*, cosa insufrible. La cosa y el nombre. Un fárrago pedantesco, latoso y disparatado, que no pude evitar y al cual no puedo renunciar.

Ojalá tenga Hernán en cuenta que à mi pluma, entumecida por la inacción no puede pedírsele que se mueva con soltura, ni menos que baile danzas clásicas o haga gimnasia sueca, y que yo no soy escritor de oficio sino aficionado ocasional. En realidad he escrito tan poco, tan contadas veces en mi vida, que lo único de admirar es que pueda hacerlo, aunque sea malamente.

Comprendo que a Eugenio Montes le hayan caído bien mis palabras. Para un autor es siempre grato encontrar, en tierra extraña, algún amigo desinteresado, anónimo y silencioso, o por lo menos, que no se empeña en halagar y hacerse presente.

A Raquel Meller la oí cantar hace siete años, ¡Dios mío, cómo pasa el tiempo!, en el Casino de la Méditerranée de Niza. Fuí yo con mi papá y nos situamos muy cerca del escenario, creo que en primera fila de butacas. Nos pareció encantadora como mujer y como artista; asombrosamente joven para sus años, y aun sin tenerlos en cuenta. Efecto tal vez de los disfraces.

Es cierto que es difícil dar con un título que le con-

venga, dada la modalidad tan personal y tan fina que ella imprime a su arte. Los Quinteros tienen una pieza intitulada "Cancionera". No la conozco. ¿Llamarán así ellos a la que entona canciones? No lo creo; pero ¿no podría darse este uso a la palabra quinteriana? Los andaluces nombran *bailaora* a la danzarina de baile flamenco. Ignoro si a la que canta, siguiendo la misma lógica, la llaman *cantaora*.

Celebro mucho, muchísimo que reconozca y confiese "el ciento por ciento de español que los chilenos llevamos dentro". Es nuestra ejecutoria de nobleza, es el título que nos da derecho a participar en la civilización occidental y en la universal hermandad cristiana; sin embargo, hay tanto criollismo miope y vulgar y tanto esnobismo cursi y mentecato, interesados en negarlo o disimularlo, que cuando oigo una declaración así, no puedo menos de sorprenderme agradablemente, aunque provenga de parte de quien no podía esperarse otra cosa.

.....

O.

Villa Alemana, 19 de Mayo de 1938.

A M. P. M.

1938

Al fin dispongo de un respiro para echar un párrafo con Ud., como lo deseaba hace tanto tiempo.

Los consejos que me da son muy sabios y cariñosos, y yo los tengo en cuenta mucho más de lo que Ud. creé.

Acabo de terminar una larga epístola, en la que hay

apreciaciones críticas y efusiones líricas. Espero se publique. Hube de sortear en ella muchos escollos, pues es más difícil escribir cuando uno se dirige a un tiempo a una persona en particular (y esta persona es de gusto exigente) y al público en general, que cuando uno se dirige a ese público anónimo, simplemente. Me salió, por eso mismo tal vez, un esperpento; pero, en fin, me salió, gracias a Dios.

La traducción la tengo interrumpida, pero no desisto de ella, aunque me reviente. ¡Qué quiere Ud.! No he encontrado todavía otra forma de conciliar mi deseo de no perder mis laboriosos estudios de inglés y la necesidad de ganar algún dinero. Sólo que al paso que voy no progresaré en el inglés ni ganaré un centavo.

La verdad es que a mí me falta sobre todo, y amén de muchas otras cosas, entrenamiento en el arte de escribir. Seguramente los demás lo ignoran o lo olvidan, y por eso me exigen facilidad, celeridad y hasta elegancia y virtuosismo. . . Piense Ud. que en todo el transcurso de mi vida no he escrito más de cuatro o cinco artículos, y que me he pasado años de años sin tomar la pluma más que para escribir dos o tres cartas, por las vacaciones. Desde que aprendí a leer, hasta los primeros años de la adolescencia, solía yo redactar periódicos en que escribía un poco de todo y remedaba a los grandes. Esto me divertía sobremedura. Después, a la edad que le digo, más o menos a los diez y seis, leí una semblanza de Flaubert, escrita por Zola. El ejemplo del gran francés me desarrolló un complejo, como decimos ahora, y sus escrúpulos me paralizaron. Por eso más tarde, no he hecho casi nada. No he contado siquiera, para desentumecerme, con esos trabajos de simple redacción: notas, decretos, escritos legales, o la contestación de una correspondencia regular. Por eso, no me canso de re-

petirlo, en cuanto yo escribo sólo es de admirar el que pueda hacerlo.

Y Ud., ¿sigue escribiendo? No pierda la costumbre. (Ahora me llega el turno de darle consejos). Hágalo todos los días, regularmente, unas horas. ¿Leyó lo que dice la *Mistral* en un reportaje de "Ercilla"? Es un sistema aprendido de los escritores franceses. Así se llama a *la inspiración*, se la ejercita y se la doblaga.

Y no deje de leer buenos autores españoles. Léalos y reléalos. Son la cantera de donde tenemos que extraer nuestras palabras y nuestros giros. Y para esto no es necesario ir a ellos con ánimo de trabajo, ni hace falta tomar notas. Basta con la memoria verbal, criba que va desechando, por nosotros, lo que no podemos asimilar, y dando paso sólo a aquello que nos pertenecía de antemano, que nos estaba reservado por una incógnita afinidad electiva. La palabra puede decirnos con el Cristo de Pascal: "No me habrías buscado si no me hubieses ya encontrado".

.....

Siga leyendo a Valle-Inclán y aprenda en él a amar la palabra, que es la esencia, el signo específico del arte literario; como el puro sonido lo es de la música y la línea y el color, de la pintura. Que arte es expresión antes que pensamiento, descripción o representación. Esto podrá ser perogrullada en cualquier parte menos en Chile, donde la gente carece del sentido de la belleza verbal y los escritores se alimentan de traducciones, periodismos o lenguas extranjeras, que si pueden proporcionar cultura, más bien sirven para estropear que no para enriquecer la propia.

Sin ese sentido de la forma, el escritor no puede ser un crítico de sí mismo. Y no olvide Ud. que ningún crítico, ningún profesor, ni ninguna persona de buena voluntad, puede reemplazar al autor en esta tarea. Como que los extraños pondrán ahí sus palabras y no las del autor.

Pero el autor no sabrá escogerlas, si previamente no ha educado y depurado su instinto, y no tendrá dónde escogerlas si carece de esa reserva verbal que se va acumulando en la subconsciencia con el sedimento que en ella deja la lectura de los maestros del idioma. Y entonces, sólo entonces, se podrá añadir la expresión popular, gráfica y sabrosa, con plena conciencia y oportunidad.

Todas estas cosas debí decírselas la otra noche; pero el teléfono y la presencia, aunque más no sea distante, del interlocutor —contradictor— me irritan los nervios y confunden el pensamiento. Perdone. Como carezco de toda autoridad no intento una lección ni menos una imposición. Es un simple consejo de amigo que cree en su talento, pero conoce demasiado su pereza y, sobre todo, su terquedad.

.....

Ultimamente me puse a leer de nuevo "Pepita Jiménez", que había leído por primera vez hace ya muchos años, y con este motivo la tuve a Ud. presente todo el tiempo. Algo hay en la novela de Valera que me recuerda su "Quintrala", y ha sido para mí no poca sorpresa encontrarlo: la seducción del sacerdote por la mujer (aquí un pichón de sacerdote que ahorca los hábitos antes de haberlos llevado); la intervención en ambas novelas de una oficiosa criada celestinesca; y, sobre todo, esa mezcla de devoción y voluptuosidad, de pasión y de teología que constituye como la salsa de las dos.

Claro que el tono es harto diferente y los caracteres también; la sensualidad sádica, el ascetismo que con ella se entremezcla y la superstición que flota por todas partes, danle a "La Quintrala" un carácter de trágica barbarie muy propio de la vida criolla en aquellos días coloniales, pero, por lo mismo, muy distante de la sana alegría y la amable indolencia de la vida andaluza que en las páginas de Valera se retrata; mas esto nada quita a lo que dejo

dicho, y que me hacía asociar con frecuencia los dos libros en el curso de mi lectura.

Vuelva a leer Ud. también "Pepita Jiménez". Es una de esas cosas con las que el tiempo nada puede, flor de humanismo y de clasicismo, y de casticismo también, en lo que éste tiene de más fino y depurado. La ciencia y el arte —sabiduría literaria, filosófica y teológica, y arte del estilo y de la composición— se hacen en ella imperceptibles pero no impasibles, por virtud de la naturalidad, de la elegancia y de la gracia. Al de Valera podría muy bien aplicársele lo que Faguet dijo del estilo de Renan: "Está hecho maravillosamente, y no se sabe cómo está hecho". Es el secreto del clasicismo auténtico, que otro francés, André Gide, definiera con acierto: "C'est un art de pudeur et de modestie".

Fluidez, transparencia, donaire; simplicidad externa y sutil complejidad interior, tales me parecen las virtudes de Valera, y todas podrían resumirse en una sola palabra: armonía. Y en esa armonía reside todo su encanto y en ella también su inmarcesible frescura.

Mientras así me pongo a hablar, me parece oír a alguien que me está diciendo: "Córtela, córtela". Por si es Ud. quien así me reclama, no me hago repetir la orden y me despido con un saludo muy afectuoso.

O.

Villa Alemana, 6 de Junio de 1938.

A H. D. A.

1938

Tengo para mí que eso que llaman telepatía, y de que tanto hablan los teósofos, debe de andar mezclada desde hace tiempo entre nosotros.

Dígame si no tengo razón: el otro día amanecí con la comézón de escribirle, y me puse a borrar unas cuartillas que luego confié a un sobre, en el que puse encima su nombre y las señas de su casa. En esas estaba, cuando me llegó una carta de L., en la cual me hablaba de Eugenio Montes y me transcribía, entre otras, la opinión que a usted le había merecido. Respondíle yo en seguida expresándole, a mi turno, la mía. Poco más tarde, en la noche, me entregaron su carta de usted, destinada, como ahí dice, a participarme la impresión que le había dejado el escritor español. Sin ponernos de acuerdo, a los dos se nos había ocurrido escribir, casi a un tiempo, sobre el mismo tema, en forma que nos permitía confrontar nuestras respectivas opiniones.

Pero no paran aquí las coincidencias. Días después estuvo Max a verme, le hablé de su artículo acerca del libro de Subercaseaux, artículo que él ya conocía. Leílo yo otra vez —ahora en voz alta— y ambos lo celebramos mucho y lo comentamos detalladamente.

Al siguiente día, desperté con la idea de escribirle sobre el artículo. Mientras me afeitaba se me agolpaban en la cabeza muchas cosas que pensé decirle y que de seguro no acudirán ahora al llamado de la péñola. Abro luego "La Nación", por la parte de su suplemento dominical, y

¡qué veo!: párrafos de mi carta a L. puestos entre comillas, y antes y después de ellos, unas líneas suyas, con palabras muy amables, muy benévolas y muy honrosas para mí. Usted va a sonreír de mi puerilidad, pero créame, fué una emoción distinta de las que había experimentado hasta hoy, y en la que se mezclaban la sorpresa, el halago y la gratitud.

Por cierto que hizo usted muy bien en omitir mi nombre en esta ocasión. Aparte de que no merecía la pena, hay allí frases que llevando al pie una firma desconocida, habrían tomado un aire de ridícula petulancia al aparecer estampadas en letras de molde; verbigracia, eso de decir crudamente, de rondón: no soy esto, ni aquello, ni lo de más allá. ¡Cómo si al público fuera a importarle algo lo que pudiese ser yo!

Además, es de mal gusto. Parecerá a muchos una declaración de principios, y yo tengo horror a las declaraciones de ese género. Puede hacer creer, por otra parte, que pertenezco al bando que sustenta las ideas contrarias a aquéllas que yo confieso no profesar, cosa que todavía estaría más lejos de la verdad.

Pero basta ya de literatura política. Es tiempo de que hablemos de la otra, de aquella que no aspira a convencer ni a remover, sino a conmover y deleitar. Su glosa en torno al "Niño de lluvia", de Subercaseaux, pertenece a esta categoría y logró su objeto cumplidamente en la persona de este humilde "ciudadano honorario de Villa Alemana".

¿Y cómo no iba a ser así? La existencia del tipo psicológico que toma cuerpo en el libro de Subercaseaux, constituía para mí, desde hace tiempo, una aguda preocupación del espíritu; y en su artículo nos ha dado usted de él, al par que una explicación razonada, una bella interpreta-

ción poética. Entre el libro, la glosa y el lector de la glosa había, pues, una concatenación de causas y efectos, una irradiación de ondas concéntricas que lo explica todo, incluso el que, venciendo mi natural desconfianza, me haya puesto yo a pergeñar las apostillas que vienen en seguida. Y al grano de una vez.

Dice Subercaseaux que los niños de lluvia “nacen preocupados”. Tal vez convendría añadir que andan preocupados, porque viven ensimismados, lo cual viene a ser preocupados en sí mismos y no en el mundo exterior, cuando éste no es ya una mera prolongación de su propia e inalienable intimidad.

“Los niños de lluvia, comenta usted, serían los más felices de la tierra si no existieran también los niños de sol. La diferencia entre ellos crea el drama”.

Cierto, muy cierto; hay un drama en esta convivencia, o más bien dicho en esta coexistencia de dos grupos de seres pertenecientes a faunas antagónicas. No importa que Daniel, el niño de lluvia de Subercaseaux, se sepa superior, “como generalmente se saben los niños de lluvia, a quienes pertenece el reino interno”; no importa que “de ese dominio secreto, oscuro, cerrado”, broten, sordamente, “la poesía y la complacencia profunda”. Entre los rasgos distintivos de esos habitantes del reino interior, cuéntanse la codicia ilimitada de horizontes y la apetencia immoderada de experiencias. Ellos querrían dominar también los reinos exteriores, abatir las fronteras; ser niños de lluvia y ser niños de sol; soñar, cavilar, atisbar silenciosos el contorno, desde la penumbra del rincón; y, puestos en vena de retozo, dar suelta al trompo —irisado danzarín— sin que la cuerda se enrede y la peonza agudamente apuntada vuelva a la mano que imprimió el movimiento, la golpee y la hiera.

¡Cuántas amargas, cuántas lágrimas, cuántos fra-

casos cuestan al niño de lluvia este demente afán por abarcar los dominios del niño de sol! Olvida que para lograrlo tendría que renunciar a su ser específico e individual, a lo que constituye su originalidad, su necesidad y su orgullo, a "cette inimitable saveur que tu ne trouves qu'à toi même" (1).

Ilusión muy antigua y muy frecuente, que hizo caer al primer hombre y con él a la especie entera. Adán era dueño del Paraíso terrenal y quiso anexar a éste el paraíso ultraterreno. Y por intentarlo perdió el primero y estuvo a punto de perder el segundo, para sí y sus descendientes.

Mas Adán fué, bien mirado, un caso inverso del que me ocupa. Era niño de sol y quiso ser niño de lluvia, de la clase soberbia, estilo Prometeo. Caso raro, pero que no deja de suceder. Ilusión inofensiva, pero no del todo exenta de peligros. Luchador ha habido que perdió en el estadio preciadas recompensas, por pasarse la noche en vela sobre la "Crítica de la razón pura", como el bachiller en filosofía; y sé de un panzudo mercader que ha estado a punto de malbaratar sus existencias en pública almoneda, porque un día tuvo el antojo de ponerse a rimar endecasílabos, a imitación del pálido estudiante de la buhardilla. Y ni el gladiador aprendió a pensar, ni el mercader ganó el laurel de Apolo.

Insisto, sin embargo: no son muchos los niños de sol que se dejan seducir por tales añagazas y fantasías. La hartura, la conformidad están en su esencia diferencial, como el hambre y la inquietud en la de los otros. Ahitos, satisfechos con su pingüe y opípara sustentación, miran con lástima, con desdén o con ironía al pobre niño ensimismado que se alimenta de viandas tan sutiles como la luz dorada y el plenilunio.

(1) Valéry: "Ebauche d'un serpent".

Pourtant, sous la tutelle invisible d'un ange,
L'enfant desherité s'enivre de soleil,
Et dans tout ce qu'il boit et dans tout ce qu'il mange
Retrouve l'ambroisie et le nectar vermeil. (1).

El niño pluviófilo crece y vive en íntima soledad. Hemos visto que no puede entenderse con los niños heliófilos. No es ésta, empero, su mayor tragedia, ni la razón única de su incomunicación. La verdad es que tampoco puede entenderse con los demás niños de lluvia, ya porque no los reconoce cuando pasa a su vera, preocupado y ensimismado, ya porque la atmósfera particular que emana de cada uno establece entre él y los otros, en virtud de la hipersensibilidad que les es común, violentas oposiciones de clima.

Nada más natural también. He dicho muchas veces que vive ensimismado, y el ensimismado se siente solo y se siente único en su soledad. Un inmenso niño de lluvia, niño de lluvia torrencial y de tormenta, aquel "celeste Edgardo" perdido en el infierno de Yanquilandia, lo explicó y lo cantó por todos los demás, aún por los más frágiles niños de llovizna (2). Soledad rumorosa: fuente de poesía y de complacencia profunda, fuente de angustia y de infortunio.

(1) Baudelaire, "Bénédiction".

(2) En efecto, en uno de sus poemas más significativos y más bellos, para mi gusto, el intitulado "Alone", dice Edgard Allan Poe:

From childhood'hour I have not been
As others were, I have not seen
As others saw, I could not bring
My passions from a common spring.
From the same source, I have not taken
My sorrow; I could not awaken
My heart to joy at the same tone;
And all I loved, I loved alone.
Then—in my childhood, in the dawn
Of a most stormy life—was drawn
From every depth of good and ill
The mystery which binds me still.

Confesión individual que encierra una confesión genérica, si así puede decirse; explicación bella, cabal y pertinente.

Pero hay todavía más. Al niño ensimismado, el hada torva que le visitara en la cuna —hada madrastra y no madrina— asigne un destino tremendo: no poder renunciar nunca a su niñez precita (1). Destino tremendo, en verdad, porque más tarde tendrá que vivir y desenvolverse entre adultos, y los adultos exigirán de él, obtusamente, acciones y sentimientos de adulto. El niño —terco, mohino— resistirá al principio; la vida —dura, obstinada— acabará por quebrantar su resistencia, forzándole a seguir el rebaño por el monte poblado de bestias feroces, serpientes y alimañas.

Acallando la disorde algarabía de sus nervios inquietos y de sus deseos rebeldes, el hombre párvulo seguirá el sendero abrupto, serena la mirada, firme el paso, revestido de madurez. Pero un día entre los días, un obstáculo grande o un tropiezo mezquino le arrancarán, sin remedio, el gesto pueril del niño latente, vivo siempre en lo hondo, redivivo ahora en la periferia del ser y del acaecer y entonces será la desolación, la orfandad irreparable, el alzar en la noche las manos implorativas en demanda de las amadas sombras tutelares, robadas por la muerte.

(1) "El destino horrible y sublime de Baudelaire, de Verlaine de Rimbaud —dice François Mauriac— reside en el dón espantoso de no poder envejecer. En torno de su alma adolescente y llena de deseos, sólo el cuerpo se deshacía". (*Le Jeune Homme*, pág. 32).

Y cuida bien de agregar más adelante: "¿Seres de excepción, monstruos? No hay tales monstruos; nosotros no somos tan diferentes de ellos. A muchos de nosotros propone el destino el mismo enigma que a estos tristes hermanos. En el momento de alcanzar aquella edad que se encuentra en el medio de la vida, esta sola pregunta encierra para nosotros todas las demás: ¿qué haremos del joven que fuimos un tiempo? Yo estaba equivocado al acordar sólo a los seres de genio este don de la juventud inmarcesible". (*Ibid.*, págs. 57-58).

Dando al aire su angustia, grita, ahogada por los sollozos, la voz de Carlos Mondaca:

¡Yo no sé, madre, no sé nada!
Yo sólo sé que tú no estás...

.....
Yo no sé donde está el camino.
Voy, aterrado de vivir,
buscando a tientas un destino
que no consigo definir (1).

Y le responde como un eco, débil, temblorosa, pero distinta, la voz de Magallanes Moure, agujereando las tinieblas cruzadas de relámpagos:

Me siento como un niño
extraviado en la fiesta.
¿Dónde estás, madre mía?
No eres ésa ni ésta,
ni aquélla. . . ¡Madre mía!
¿Cómo hallarte, si ignoro
cuál eres? Te he buscado,
y al no encontrarte, lloro.

*Como un niño pequeño,
lloro en mi desamparo.*

(1) El anhelo de volver a la infancia, devorada por las aguas del tiempo, pero cuyo tañido de campana sigue llamándonos desde el fondo, como los rumores que emergen de la catedral sumergida —aplicando aquí la hermosa imagen de Renan— ha encontrado expresión en otro poema del mismo Mondaca, "Cansancio", al cual pertenece esta estrofa:

¡Quién pudiera dormirse como se duerme un niño,
sonreír entre sueños al sueño del dolor
y soñar con amigos y soñar el cariño,
y hundirse, poco a poco, en un sueño mayor...!

Tema atrayente, por cierto, para una monografía o un ensayo, éste de los niños de lluvia en la literatura chilena. Recoja usted la insinuación.

Niño de lluvia, niño irremediable, niño vitalicio, niño poeta, en la infancia, poeta niño en la madurez; bien ha sabido usted desentrañar el germen de su sino dramático en los sueños extraños que agitaban a Daniel, mientras la campana llamaba a incendio, y "moría la *mariposa* en grandes destellos, como batiendo terribles alas de sombra" (1). "Así son, dice usted, los sueños que tienen los niños de lluvia en su noche invernal. Ellos creen que esta noche no va a terminar nunca, que jamás serán "grandes"; marchan aprisionados en la infancia como está el padre muerto en su retrato" (2).

De esa infinita noche invernal ha surgido, sin duda, el libro interpretado por usted, y de ella también quizá las efusiones líricas que mi memoria, estimulada por la presencia del tema central que en todas ellas se repite, ha creído oportuno traer aquí a colación.

No tengo inconveniente en reconocerlo; la irrefrenable manía de asociar pensamientos y de invocar testimonios ha podido en mí más que el sentido de la medida, contrariado de modo patente por el coro babélico de citas que acompaña mis palabras. Su gusto ponderado encontrará a cada paso muchos otros motivos de reparo, que a mí tampoco se me escapan del todo, y que, sin embargo, no he podido descartar.

En gracia de esta franqueza para confesar mis yerros, y de mi inexperiencia en los menesteres de la pluma, que conozco mejor a través de los otros, que por personal ejercicio, sea usted benévolo con este torpe engendro de su amigo.

O.

Villa Alemana, Mayo de 1938.

(1) Subercaseaux, "Niño de lluvia".

(2) Alone: *Crónica Literaria*, ("La Nación" del 8 de Mayo).

P. S. — Antes de despedirme en definitiva, permítame felicitarle a propósito de una evocadora lámpara de tulipas rosadas (¡oh!, la rosada aurora novecentista), que batía sus pesas colgantes “como badajos de terror”, en el terremoto del año seis. La lámpara de Aladino no me hubiera producido tanto deleite. Ya sé que la lámpara no es suya, pero los badajos son de su fábrica.

Bien por ellos.

A J. V. L.

1938

.....
Salimos al patio, abierto sobre la carretera y sobre el mar. Me habla de los trabajos del balneario de Caleta Abarca:

—Todo esto — dice, indicándome los barracones que todavía están en pie, entre la línea férrea y la playa— todo esto lo van a *tirar*.

Le observo: —Con tantos años como está Ud. en Chile, no ha cambiado, sin embargo, sus expresiones castizas por nuestros modismos. Nosotros habríamos dicho *botar*. Se comprende, la vida en comunidad con los otros religiosos, españoles también.

La charla se desliza por la suave pendiente de los vocablos, para mí tan grata, y fluye así más fácil. Le hago varias preguntas para satisfacer curiosidades de este género. Responde a ellas con seguridad: En España no se emplea nunca la palabra *balde*, sino *cubo*. (Yo no recordaba haber oído nunca allá la primera, pero quería que me lo confirmase). En vez de lo que nosotros llamamos *fondo*, ellos dicen *caldero*, y no designan nunca con este nombre

al pequeño brasero de carbón, como creo haberlo oído yo aquí. Dice *a las veces* por *a veces*, forma que yo sólo había encontrado en los libros españoles y que creía un poco arcaica.

Hablamos luego de los vascos. El es navarro; “vasco por lo tanto”, me agrega con decisión. —Pero Navarra no es una de las provincias vascas, le objeto yo dubitativamente.

—¡Claro que sí!

—Entonces ¿por qué cuando alguien ha mencionado Navarra entre las provincias vascongadas, se le ha rectificado?

—Porque las provincias vascongadas son: Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, y las vascas: Alava, Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra. Los vascongados son vascos separatistas; los navarros, vascos que se sienten españoles y no piden más derechos que los que les dan sus fueros. Los vascongados han perdido éstos por unirse al gobierno republicano en cambio de una autonomía equivalente a la independencia.

Esta diferencia entre vascos y vascongados —género y especie— era una noción precisa que me hacía falta. Hasta ahora creía que ambos términos adjetivados y aplicados a las provincias, eran sinónimos. De cómo no basta expresarse con precisión para ser entendido con la misma precisión.

El padre J. me habla ahora con manifiesto interés, con soltura, con vivacidad. Mis aprensiones se disipan. Está discutiendo acerca de lo que le es propio ante quien le escucha atento porque quiere hacer suyas las nociones que él le aporta. La comunicación entre los dos ha llegado a hacerse completa.

O.

Viña del Mar, 22 de Octubre de 1938.

A H. D. A.

1940

Ya transmití a Max los "Amores Raros" que Ud., generosamente, (celestinezcamente iba a decir) me proporcionó durante su última estada entre nosotros. No necesito agregarle que estos "Amores" han sido muy del agrado de nuestro amigo, quien encontró en su traducción —como yo cuando se la oí leer— toda la viveza, la soltura y la fluidez de una buena obra original.

Y ahora, "a otros carneros", como decía en estos casos, no sé por qué, el buen Rubén Darío. ¿Pero es verdad que le ha parecido a Ud. pésimo su artículo sobre Julián Green? Si pudiera yo compartir sus absurdos temores acerca de aquel pequeño tumor hipotético y la "pequeña imbecilidad" consiguiente, tendría que apoyarme no en sus escritos, por cierto, —¡qué va!—, sino en la errónea apreciación que Ud. mismo hace de ellos. (No es sólo mi opinión, harto liviana, es también la de otros lectores de más cuenta, y por eso me permito contradecirle en forma tan categórica).

Ha mostrado Ud., en el artículo de que le vengo hablando, cuanto el "Diario" del escritor francés encierra de más significativo y trascendental. Lo que no está dicho está insinuado, con esa destreza suya para las alusiones veladas y no por eso menos transparentes, que nunca me canso de admirar en los productos de su ingenio. Escogiendo aquí y allá algunos rasgos dispersos o entremezclados a veces, —aunque insistentes— de ahí su valor representativo, nos ha compuesto Ud. una figura definida y coherente; y créame que estimo grande hazaña de retratista el ha-

ber logrado aprehender y fijar así, en tan corto espacio y sin despojarlo de su complejidad natural, un espíritu, no por franco, sincero y espontáneo, menos esquivo, diseminado y cambiante. Y todo, dicho con gracia, elegancia y sobriedad, como Ud. acostumbra.

Lástima grande que los cajistas se hayan ensañado esta vez con Ud. más que de ordinario, y le hagan decir: "No cuesta mucho creer lo que *no* nos interesa tanto", que es, a todas luces, lo contrario de lo que Ud. escribió; "Cuanto *el* sistema religioso de la oración", donde Ud. puso de seguro *al*; "*Ni* congregación, capilla o escuela podría reglamentarlo", cuando Ud. ha escrito, "Ninguna congregación", etc.; y, en fin, le rematan el artículo con esta barbaridad: "estas páginas, *tijeras* aladas y sagradas", en vez de "*li-geras*, aladas y sagradas", como el sentido lo indica. Y aquí viene al caso preguntarle: ¿es que hay algún tipógrafo que tiene cuentas pendientes con Ud.? Yo le señalo estas cosas para que se ponga en guardia, por si no repasa las crónicas, una vez impresas.

Después de su partida leí su artículo "Fin de Año", que tenía guardado junto con otros muchos, de diarios nuestros y de la Argentina, aparecidos últimamente. Reciba también mis felicitaciones por él. Ha esculpido Ud. ahí, con mano maestra, tres hermosos medallones, tres vigorosos retratos, que componen al final un grupo espléndido, en esa imagen de los "tres árboles insignes de la misma tierra", desarrollada tan bellamente.

La llegada de mamá y mi hermana Lucha y de Julio por otro lado, me ha devuelto, si bien sólo a título de préstamo, mi antiguo hogar, mermado ahora por la muerte y disgregado por la vida. Pero, como nunca puedo estar satisfecho, el placer que me proporciona su presencia, se ve un poco enturbiado con la idea de que cada hora que paso

junto a ellos me acerca a la de la separación próxima e inevitable.

Acabo de leer "Pidiendo un Goethe desde dentro". ¡Qué fuerte, qué ágil, qué nutrido y qué nutritivo es este Ortega, no sólo de pensamiento, sino también de estilo! Y cómo siento que Ud. no deponga frente a él sus porfiados prejuicios y no se avenga a leerle "con novedad de corazón", con simpatía, como si Ortega fuera francés y se llamara Albert Thibaudet. Porque, al fin de cuentas, ¿qué culpa tiene el pobre de no haber nacido al otro lado de los Pirineos y de llamarse simplemente Ortega, igual que un prendero cualquiera o que el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile? (Le nombro Thibaudet porque a éste le reconoce Ud. el derecho de ser retorcido y rebuscado, y a Ortega le niega hasta el de emplear ciertas palabras y ciertos giros que no coinciden con los suyos). Este Goethe orteguiano, es sólo un pretexto que da para pensar mucho tiempo y para conversar otro tanto.

Como Ud. calculará, yo he seguido dando y cavando sobre los temas de nuestra permanente controversia. Y al azar de mis lecturas me he topado con esta frase: "Au fond de ma conscience *oblitérée*, j'éprouvais pourtant de ces louanges indues une honte désespérée". ¿Quién, se dirá Ud., tiene el mal gusto de escribir *oblitérée*, ese epíteto *sabio*, con sabor a medicina y aire de filatelia, que tiene todavía, en este caso, la desventaja de formar con *désespérée* una fea consonancia interior? ¿Algún pedante español traducido al gabacho? No, mi amigo, un francés "tout ce qu'il y a de plus français". ¿Algún infecto catedrático entonces, alguno de esos "cuistres *sorbonnards*" contra quienes se ensaña la verba rabelaisiana de Leon Daudet? Tampoco, mi querido Hernán, es Marcel Proust, uno de esos literatos franceses que escriben todo "como se habla" por definición, y la palabreja se encuentra en la pá-

gina 152 de "Les Plaisirs et les Jours", edición Gallimard, en ese pequeño libro escrito por "le petit Marcel", cuando no pasaba de ser un modesto *cabro* de poco más de veinte años. ¿Podemos deducir de ello que los *cabros* franceses hablan así? No, Hernán, yo los conozco y le aseguro que no dicen nunca *oblitérée*, ni en la conversación, ni en ninguna otra circunstancia, por comprometida que sea, lo que no les impide escribirlo, como Ud. ve, cuando les viene a la cabeza y se les antoja oportuno.

Y no se trata aquí de un caso aislado. En realidad ni Proust ni otros escritores de buena cepa francesa se privan de echar mano de la expresión sabia, cuando así conviene a su idea o al efecto que tratan de producir. Para probárselo recurriré a Yves Gandon y su precioso libro "Le Démon du Style" que Ud. me encareció con tanta razón y me procuró con tanta amabilidad. Me extenderé en las citas más allá de la medida porque así conviene a lo que me propongo probar. Quiera Ud. leerlas y leerme con la misma paciencia que yo he tenido para copiarlas y escribirle.

Cada vez que ha Ud. hablado de Duhamel —por lo demás con el acierto que le es habitual— no ha perdido Ud. la ocasión de celebrar la perfecta naturalidad con que escribe y que cree Ud. patrimonio de los buenos franceses. Va a ver Ud. ahora cómo esa "perfecta naturalidad" de Duhamel no es tan natural ni tan perfecta, es decir, para el caso, tan absoluta, según lo demuestra otro francés, el cual tratándose de franceses, ha de ser, por la fuerza, mejor juez que nosotros.

Dice Gandon, refiriéndose al estilo de Duhamel:

... "Mais la matière même du style n'est ici moins à considérer. S'il fallait en définir d'un mot la saveur propre, l'on serait assez porté à prononcer celui de *succulence*. Car le style de Duhamel comporte une sorte d'épaisseur

charnelle qui sollicite en premier les organes du goût. Il est apéritif, il chatouille les papilles gustatives, et ce n'est nullement recourir à un cliché que de formuler à son propos qu'il constitue un véritable régal pour le connaisseur.

"Cette succulence tient sans doute, tout d'abord, à la précision du vocabulaire. Duhamel n'hésite jamais à employer un terme vieilli, une locution archaïque, si ce terme et cette locution lui apparaissent seuls susceptibles de rendre fidèlement sa pensée. Et il en agira de même pour les termes populaires.

"...Chaque écrivain possède ses coquetteries d'écriture, des coquetteries que l'on pourrait mieux encore appeler des tics. Celles —ou ceux— de Duhamel sont des plus faciles à dénoncer et achèvent à souhait son portrait d'écrivain soucieux de tenue irréprochable —avec une pointe de scrupule. Ainsi écrit-il couramment cet "aimer de" suivi d'un infinitif, aussi chéri d'Abel Hermant qu'abominé de Paul Léautaud. (Exemple: "Edouard n'aime pas d'épuiser son jugement en de petites causes"; il affectionne "que si", dont on n'a pas à lui faire grief; et il emploiera plus volontiers "souventes fois" que "souvent": toutes formes qui ne sont pas sans contribuer à vernir son style d'une patine curieuse, dans le goût ancien, et qui déjà le fixent, en dépit de sa vie profonde, à l'égal d'autres ayant subi l'épreuve du temps".

¿Constituye Duhamel en esto una excepción entre los franceses? No por cierto. Mucho más evidente, según parece, es el ejemplo de Abel Hermant, de cuyo estilo se expresa Gandon en esta forma: "Il convient de noter, en premier lieu, que ce style définitif ne présente aucun caractère de spontanéité: On a déjà observé qu'il évoquait le dix-huitième siècle: et rien n'est plus exact. Mais sur cette toile de fond commode, où se profilent les ombres légères de Diderot, de Laclos et de Marivaux, Abel Hermant n'hé-

site jamais à piquer des archaïsmes remontant au dix-septième siècle ou même aux âges antérieurs, *et qu'il exhume pour son seul bon plaisir*. C'est précisément quand on a hasardé l'archaïsme".

En cuanto a la propiedad del vocabulario llevado hasta el tecnicismo, hé aquí lo que Gandon dice de Colette: "*Pareille plénitude serait difficilement concevable si, avec l'art du raccourci fulgurant, Colette ne possédait, à l'instar d'un tireur qui, à tout coup, fait mouche, le génie de la propriété des termes*. Tant et si bien qu'elle n'hésite pas à emprunter au vocabulaire des sciences naturelles *le mot insolite technique, qui se trouve le seul à la pouvoir satisfaire*. Exemple: "Elle mordit ses lèvres, fendillées par les plongeurs quotidiens, et chemine sur les rochers hérissés de balanes... N'étant pas d'une région maritime, vous vous demandez peut-être ce que sont les balanes. "Des crustacés cirrhipèdes, que l'on appelle aussi glands de mer", vous répondra le Larousse. Mm. Colette s'en voudrait toute sa vie d'avoir, pour désigner ces gentilles bêtes, employé un mot trop général pour fixer la représentation que vous vous en devez faire.

"Concédon's qu'elle en pousse le souci un peu loin dans son inventaire des plantes. Elle vous assène paisiblement et les *vegelias* et les *dentzias* et les *lobélias* et la *bugrane*; et ne pensez pas qu'elle vous épargne davantage, entre autres, le *polygonum*, le *chimonanthe* ni le *pelargonium inquinans*. C'est le tout petit défaut —*mais je ne prononce ce mot qu'avec précaution*—sur le bord de la menaçante précosité de cet écrivain qui défie la commune mesure.

"Le néologisme —glissons— le en passant— est tout à fait absent de son oeuvre".

Un poco más adelante tropiezo con esta palabra que subrayo, escrita por el propio Gandon, y que encontrada en Ortega y Gasset, le habría hecho a Ud. crisparse de ho-

rror: "Colette ne se laissa jamais *obnubiler* (1) par le dangereux prestiges de celui qu'elle appelle "le chatoyant, le fugace, le passionant adjectif".

De los escritores de substancia realista, vayamos ahora al padre y maestro de los fantasistas, a Jean Giraudoux, ese juglar de la palabra y de la imagen, de apariencia tan poco trascendental, y jefe de la fila en la vanguardia literaria. Dispóngase, pues, a oír esta larga cita del mismo Giraudoux con que Gandon comienza su estudio y el comentario que le sigue: "Il n'employait jamais un mot pour un autre. Il n'avait jamais commis même ce mensonge de fait qui consiste à appeler *garde-feu* le pare-etincelle ou *liseré le passepoil*. Il évitait de parler des quelques étoiles dont il ignore le nom, et quand il disait qu'il bruinaît, on pouvait être sûr qu'il s'agissait bien de la bruine et qu'il ne pleuvait, et qu'il ne brouillait point. De sorte, disposant de soixante mille noms pour désigner son univers, alors que les Français, alors que Racine et Bossuet ne disposent pour désigner le leur, que de cinq cents à mille, qu'il avait l'impression d'un monde en ordre, d'un grand apaisement, l'impression qu'il pouvait mourir en paix ... De sorte aussi que l'univers était recouvert pour lui plus que pour tout autre d'une croûte verbale qui lui cachait les gouffres du chaos et qu'il était optimiste...

"Ce jugement —comenta ahora Gandon— qu'il porte sur l'un de ses héros l'écrivain Lemaignon de *Juliette au pays des Hommes*, il semble qu'on pourrait l'appliquer avec assez de pertinence a Jean Giraudoux lui-même. *Jamais, en effet, l'auteur de "Belle" n'hésite sur un terme, si technique soit-il, et l'étourdissante aisance de son style doit être, en premier, attribuée à la multitude de mots disponibles qui sans effort apparent, affluent sous sa plume.*

(1) No figura en el Petit Larousse ni en el Dictionnaire Essentiel de la Langue, consultado para el caso.

"On voit tout de suite comme l'élasticité indéfinie de son vocabulaire allait faciliter la démarche de Jean Giraudoux. Il est vrai qu'il définit lui-même la préciosité: "un mal qui consiste à traiter les objets comme des humains, les humains comme s'il étaient dieux et vierges, les dieux comme des chats ou des belettes, mal que provoque, non pas la vie dans les bibliothèques, mais les relations personnelles avec les saisons, les petits animaux, un excessif panthéisme et de la politesse envers la création".

"Il n'est pas un écrivain d'aujourd'hui, pour avoir montré une désinvolture comparable à celle de Giraudoux dans les plaisirs et les jeux de l'intelligence appliquée au style.

"...Gongorisme tout pur, dont je n'aurai pas le mauvais goût de me plaindre. Mais, des "Aventures de Jérôme Bardim", j'extrais une phrase représentative du système d'écueils au milieu desquels navigue Giraudoux: "L'angelus sonnait. Chaque coup de cloche (1) oblitérait de séculaire cette heure qui passe pour neuve".

"L'écrivain ne semble pas s'être aperçu ici qu'il perdait pied. Mais le miracle est justement qu'il ait presque toujours réussi à se maintenir à l'extrême bord de l'abîme sans s'y laisser happer.

"...Cette virtuosité s'exerce également dans et par toutes les formes du discours. Oppositions, antithèses, parallèles (celui des Rebendart et des Dubardeau, dans "Belle", reste le plus fameux), prosopopées au besoin, tout cela n'est que jeu d'enfant pour Jean Giraudoux, ancien élève de l'Ecole Normale supérieure et qui ne l'a pas oublié. Ayant reçu de cette vénérable maison les recettes éprouvées et la manière de s'en servir, il a su aussitôt s'évader de leur moule rigide pour leur rendre une nouvelle vertu. Il a enveloppé la sèche ossature normalienne d'une chair

(1) Subrayado por Gandon.

neuve. Et l'on peut croire que la prose française lui doit une note de légèreté brillante, diamantée, de (1) *cocasserie spéculative allant jusqu'au baroquisme et aussi de tendresse mitigée d'humour, de mélancolie "mozartienne"* qu'elle ne connaissait pas avant lui".

¿Recuerda Ud., que hace meses, mucho antes de leer este estudio, le señalé yo la filiación Giraudiana de Benjamín Jarnés?

De Giraudoux, el preciosista bajamos ahora al graso y robusto Leon Daudet.

Una tarde, en la playa de Miramar, Ud. me lanzó a la cara, como un reto, esta frase: que Jacques Thibaudet aplicaba a la prosa del memorialista admirable de "Fantomes et Vivantes": "la langue verte de la rue".

Había aquí según parece, un ejemplo contundente, que Ud. me oponía al empleo del neologismo *primigenio*, de que yo me sirviera en alguno de mis escritos.

Es oportuno preguntarse entonces, el humanista Daudet, saturado de griego y latín, ¿habría repudiado este vocable *sabio*, como Ud. dice? Yo creo que no, entre otras razones porque no es tan simple como Ud. piensa esta cuestión del colorido de la prosa daudetiana, y por el contrario, el ver en ella sólo lo verde, acusa en el espectador un evidente daltonismo. Ives Gandon, nuestro inapreciable guía, va a mostrarnos en la lengua del gran humanista y panfletario, todos los colores del arco-iris, incluso aquellos que tienen la propiedad de irritarle a Ud. tanto, como el rojo al toro de lidia.

"La contexture même de son outil verbal —dice Gandon, a propósito de Daudet— se laisse par ailleurs, déterminer assez facilement. *D'avoir vécu dans le milieu des Goncourt, il a gardé quelque teinture de style "artiste". On*

(1) Cocasse — drôle (A. Zed. Dictionnaire Essentiel de la Langue Française).

le voit employer des adverbes forcés comme “véracement”, des verbes inusités ou forgés de toutes pièces, tels que “incandescer”, “esclavager” ou des tournures précieuses dans le goût de celle-ci: “la plus exquisement cutanée des morts”. (“Les Bacchantes”, pag. 22) (1).

“Mais les inflexions classiques retentissent, bien davantage en lui. Exemples: “Un doux soleil ridait la mer de sourires” (“Les Morticoles”, pag. 5) et cette cadence proprement latine: “Ils étaient de ceux, les chers anciens, qui font trouver la mort trop cruelle, dont la mémoire demeure liée pour nous aux accents déchirants et si nobles d’Alceste et que l’on voudrait en grande pompe et grand honneur aller rechercher sur les sombres bords” (“Fantômes et Vivants”, pag. 18).

“A ces assises classiques qui sont le signe de tout écrivain français de qualité, León Daudet ajoute un appel quasi constant et d’un goût à peu près infaillible à la source populaire. (¡Al fin apareció la lengua verde!). “La mort, comme elle préoccupe et *embringue* tous ceux que devraient pourtant se moquer d’elle”, écrit-il dans *le Stupide dix-neuvième siècle*. Et il parle ailleurs de “mistoufle”, de “barbasse” (employé pour barbe), d’un homme qui s’endort “à la renversade”, etc. —sans oublier des expressions plus fortes et grasses, pour autant, se laisse-t-il aller à penser, que “la saine invective est, comme la belle couleur, faite avec les matières les plus viles”.

“Notons encore, parmi les images saisissantes et à l’emport pièce charriées comme des paillettes d’or dans ce style fertile en trouvailles, l’importance de la terminologie médicale et culinaire, Leon Daudet étant, comme on sait, docteur en médecine et gastronome. Marquons les effets —parfois faciles— obtenus par les déformations bur-

(1) I. G. no habría escrito una frase tan cursi comò ésta de D.

lesques des noms propres. (Ce penchant s'accusait déjà dans les *Morticoles*, où des médecins s'appellent Cloaquol, Cudane, Cercucillet).

"Ce qui ne souffre pas discussion, toute chinoiserie gramaticale cessante, c'est que l'on doit saluer en cet "amant passionné de la belle langue vorace et nue du seizieme, prolongée dans Pascal et Molière et les prêchi-prêcha splendides de Bossuet", un ébouriffant écrivain naturel, surgi du meilleur terroir, *un écrivain — de race et de vocation — spécifiquement français*".

Después del detenido examen que Ives Gandon ha hecho ante nuestra vista de todo lo que constituye el estilo y la técnica de algunos eminentes y representativos escritores de Francia, fuerza es concluir que aquellas fórmulas generales de "gracia, medida, refinamiento y término medio justo", con que acostumbramos definirlos, son demasiado generales y por lo mismo demasiado inexactas para caracterizarlos individual y colectivamente; y es necesario concluir también que si el lenguaje de los escritores franceses nos parece a nosotros tan llano y natural es precisamente, porque en francés, lo llano y natural para nosotros es la literatura y no la vida íntima o de relación.

Y anoto aquí de paso una incongruencia suya: goza Ud. más, según me ha explicado, leyendo francés que castellano, porque aquella lengua no encierra para Ud. las impuras y triviales asociaciones de que está saturada la lengua que hablamos y que se habla en derredor nuestro; porque, en suma, toma Ud. el francés como un medio de evasión y de liberación de la absorbente vulgaridad circundante; y sin embargo, quiere Ud. reducir la literatura chilena al marco estrechísimo de ese mismo lenguaje hablado y mal hablado que tantas asociaciones vulgares y prosaicas le suscita y despierta.

Ante tamaña inconsecuencia, se me ocurre preguntarle:

la frecuentación de la literatura española, el acrecentamiento de nuestro vocabulario usual con los aportes que ella nos proporciona, ¿no vienen a constituir también una forma de evasión estética, mucho más fecunda para el efecto de purificar y enriquecer nuestra lengua y nuestra sensibilidad, que la emigración hacia literaturas extranjeras que, si podemos absorber, no podremos en cambio nunca asimilar del todo?

Entre los diez y seis escritores franceses contemporáneos que Gandon ha estudiado —todos, le repito, eminentemente representativos— sólo hay uno, Roland Dorgelès, que se aproxima a ese ideal literario del giro común y el léxico corriente que Ud. preconiza y encarece. “Roland Dorgelès ou le style oral”, intitula Gandon al estudio que a él le consagra. Y hé aquí la conclusión a que llega:

“N’est-ce pas aussi que, bien plus qu’un romancier, malgré un don certain du récit, Roland Dorgelès serait un journaliste supérieur —journaliste s’entendant ici pour reporter et chroniqueur? Un gran journaliste brosse des tableaux d’ensemble, anime des groupes, prend une vision générale de l’homme en société. Et l’auteur de “Sur la route mandarine” s’est appliqué a cette tâche dans tous ses livres, où l’usage du pronom indéfini “on” apparaît plus que fréquent.

“Je n’entends pas insinuer par là que le journalisme implique style débraillé, ni que le style de Roland Dorgelès soit tel. *Mais il n’est pas niable que la nécessité d’obtenir l’oreille d’un public étendu —et par définition insensible au mérite de la forme—* engage les meilleurs journalistes sur *cette périlleuse pente du style cursif* (1), où la plupart d’entre eux se laissent trop facilement aller. Si le journalisme est une bonne école d’observation —parce qu’il faut, en principe, voir juste et vite, courir, sans désespérer, à l’es-

(1) Cursif = courant, rapide (écriture).

sentiel— *il ne sera jamais, quoi qu'on puisse prétendre, et par la hâte même qu'il a érigée en precepte, une école de style*”.

Tenemos, pues, que ese estilo que se limita al empleo de términos y locuciones de uso corriente y se dirige a un público vasto e indiferenciado, en el que se cuenta, sobre todo, el llamado lector medio, es, tanto en Francia como en Chile, el estilo propio del periodismo y no de la literatura, en su sentido más estricto, y por eso Ives Gandon identifica el estilo oral con el periodístico; “que, a juicio suyo, no será nunca, dígame lo que se quiera, un modelo de estilo.

Por lo demás, en Chile, lo mismo que en todas partes —el periodismo está muy lejos de ser un mero eco de la lengua hablada, y puede afirmarse, sin vacilar, que es mayor el influjo que sobre ella ejerce, que la influencia que de ella recibe. Porque, periodismo, es entre nosotros, el imperio del clisé, de la barbarie pedante y de la cursilería, que invaden luego, por su intermedio, la oratoria y aun la conversación de la gente llamada culta. El periódico —lo mismo que la radio, su equivalente oral—, es aquí la escuela donde se habla a cada paso del campesinado, del alumnado, del estudiantado y donde se llama *la ciudadanía* al conjunto de los ciudadanos, *familiares* a las personas de la familia y *sismos* a los temblores de tierra; el periódico es aquí el país maravilloso donde las aspiraciones se *crystalizan* inevitablemente, donde se *dictan* las conferencias, se *programan* los espectáculos y se *protagonizan* las películas; donde las artistas de cine son siempre *estrellas* y la mujer es siempre el *bello sexo*; el pueblo dichoso donde gobierna nuestro *Primer Mandatario*, asistido por sus *Secretarios de Estado* y cobijado bajo la sombra tutelar de una *Primera Dama de la República* que ha sacado a luz recientemente cierta revista.

En cuanto a la inspiración que en materia de lenguaje y de estilo podría la literatura recibir de nuestra llamada buena sociedad, francamente no la diviso, porque no se me ocurre que pueda ser propuesto como padrón o paradigma idiomático un mundo en que los caballeros son *una simpatía*, y las señoras *se ponen furias*, las fiestas son *brutales*, las chicas son *pichicalugas* y los perros falderos, *un amor*.

Desearía terminar aquí esta *carta manifiesto*, como llama a las mías un travieso amigo que yo tengo, —pero creo necesario agregar unas cuantas palabras sobre el tema del estilo en la literatura francesa, antes de abandonarlo definitivamente y dejarle a Ud. en paz por hoy y para siempre.

Del análisis sutil y prolijamente documentado que Ives Gandon hace del estilo en la decena y media de escritores franceses por él estudiados, desprendo yo una moraleja que no viene a ser sino la confirmación de la idea que anticipadamente yo tenía: el lenguaje en una literatura de idioma extranjero, se nos aparece como una superficie homogénea, en la que los contornos se esfuman y apenas si, distinguimos de planos, de volúmenes, de colores y de matices. Es cierto que del hallarse sumidas las palabras en esta atmósfera indistinta, nace para nosotros la ventaja de no advertir las imperfecciones que enturbian la bruñida superficie de la forma verbal, —sin olvidar por esto que el entendido halla también un goce, escamoteado aquí, en percibir esos defectos—; pero aquella ventaja, no me lo negará Ud., en ningún caso y en manera alguna, compensa la pérdida del goce correlativo de distinguir los hallazgos, refinamientos y sutilezas que en lengua forastera nuestra percepción limitada e insegura deja escapar.

Porque nadie, —ni siquiera Ud., mi querido Hernán, con toda la agudeza de su didáctica ingeniosa—, nadie, insisto, logrará convencerme nunca, ni aun apelando a la có-

moda teoría de la sugerencia, de que pueda encontrarse un placer de calidad superior o de naturaleza más recóndita e inefable, en el hecho de *confundir* que en el de *distinguir* y *difundir*. Difundir, sí, puesto que la lectura o la audición de la lengua propia, bien escrita y bien hablada, excita y procrea, en tanto que la práctica preferente de las lenguas extranjeras esteriliza o cuando menos engendra hijos bastardos, raquíuticos y deformes. Lo sé por experiencia propia y por eso lo digo, lo siento y lo pienso de este modo porque, como Monsieur Teste — Valéry, “je ne suis épris que de clarté”.

Siempre cordialmente suyo, no obstante todas las diferencias de opiniones ventiladas y que ojalá sean sólo aparentes y pasajeras.

O.

Viña del Mar, 4 de Febrero de 1940.

A H. D. A.

1940

Me propongo escribirle ahora una carta que no sea como de costumbre, “sabia, erudita, bien fundada y larga”; sobre todo quiero que no sea larga, porque no tenga Ud. que decirme al cabo de un mes: “he leído toda su carta”, como quien proclama haber ejecutado los doce trabajos de Hércules. Pero el hombre propone y Dios dispone, o mejor el demonio, el terrible “demonio del estilo”, de que habla Gandon, el del lenguaje, de que habla Duhamel y el de la lógica de que habla Monsieur de la Pallice.

Bueno, y ahora a su carta. Aquello de que haya palabras mías que puedan servirle de estímulo, bien calculará Ud. que no puedo tomarlo en serio; y respecto a que no crea una palabra de cuanto le digo, prefiero atribuirlo a desconfianza de mi juicio antes que a desconfianza de mi sinceridad y buena fe.

Ya me imagino, por lo que Ud. me cuenta, cómo debe de ser esa "Adrienne Mésurat", algo asfixiante, desolador y terrible, como esas "Cumbres Borrascosas", en que me aislé, no ha mucho, con sádica insistencia.

Para curarse de los efectos de esa atmósfera sombría, venga a pasar unos días de sol en estas risueñas playas. Durante la Semana Santa se anuncian en esta pensión muchos huéspedes; pero después quedará reducida a los pupilos permanentes. Y vaya ahora un cuarto de espadas sobre nuestra eterna discusión.

Tampoco soy yo dogmático sino casuista, como Ud., en estos achaques de lenguaje y de estilo. En lo que diferimos es en la apreciación que nuestra sensibilidad nos dicta en cada oportunidad y en cada caso particular.

¡Ahí es nada! porque aquí está toda la cuestión y aquí también es donde nos bifurcamos.

Así, a Ud. le pareció cuando menos inoportuno el que yo emplease el adjetivo *primigenio* en una carta literaria dirigida a Jorge Prat, por tratarse de una carta y por estar ella destinada a un joven. Olvidaba Ud. que yo había comenzado por advertirle que se trataba en realidad de una crítica, para la cual adopté yo la forma epistolar, como Valera lo hace en sus "Cartas Americanas", pero rehuendo como él, el tono íntimo o familiar que no habría venido bien a su contenido. En cuanto a la circunstancia de estar la crítica dirigida a un joven, voy a citarle en mi abono un ejemplo irrecusable: Cuando apareció "La Paz del Sendero", el primer libro de Ramón Pérez de Ayala, Rubén Darío, que

tenía como pocos, no me lo negaré Ud., esa intuición, ese tacto de la palabra que Ud. encarece con tanto juicio, escribió en "La Nación" de Buenos Aires: "He leído "La Paz del Sendero", manifestación primigenia de esta fragante alma". Y Pérez de Ayala mismo explica en sus "Escolios a El Sendero Innumerable"; "La Paz del Sendero" es un poema de adolescencia. Lo escribí cuando me hallaba en los umbrales de la juventud". Y cuente con que Darío escribía la palabra de marras en un artículo de diario y cuando nadie tal vez la había escrito antes de él en castellano. Yo, por lo menos, no recuerdo haberla leído en ningún escritor anterior a Rubén. Y no me salga Ud. con que se trata de Rubén Darío y Pérez de Ayala y estos señores pueden permitírselo todo, porque yo le contesto que, efectivamente, ellos se lo permiten todo para que nosotros, guardando todas las distancias y con no poca prudencia, nos permitamos también algo.

De toda su carta última yo recojo y guardo con sumo y singular placer esta declaración que ojalá tuviera Ud. siempre en cuenta en sus críticas orales o escritas: "Todo puede decirse, no hay palabra proscrita". ¡Muy bien! Levantado entonces el destierro y el anatema a las palabrejas *sabias*, a los términos y giros inusitados; nada de manías excluyentes de temas, de ojerizas, de *marottes*, ni contra las voces poco socorridas en Chile, o en su casa de Ud., ni contra el enclítico o el que relativo, a los cuales ponen mala cara otros.

Ahora no más releía en una charla tan deliciosa como instructiva de Georges Duhamel, publicada en "Conferencia", bajo el título de "Le langage et ses Demons":

"A mon entendre ne croyez pas que je cède a des *marottes*. ¡A Dieu ne plaise! J'avais, étant adolescent, un professeur de français que déployait contre les adverbes le dra-

peau de la guerre sainte. Le malheureux se privait d'un très précieux instrument. Il se torturait le cerveau pour obéir à son absurde règle. Certains écrivains ont de l'adjectif une frayeur superstitieuse: ils appanorissent leur palette sans fortifier leur pensée. Le premier devoir d'un homme qui parle ou qui écrit, c'est d'être libre. Ni la passion ni la peur des mots. Les mots sont nos serviteurs. Ne les laissons jamais faire de nous leur esclave ou leur jouet".

Sabio, sapientísimo criterio. De cómo lo pone en práctica Duhamel, puede darle una idea, aparte de los ejemplos que de él nos muestra Gandon, esta frase que extraigo del mismo ensayo de donde tomé la cita precedente: "mais encore de voir le vocabulaire s'accroître par des *superfétations* successives. . .".

No recuerdo yo haberme topado antes con esta palabra superfétation; Ud., antiguo y asiduo lector de francés, no creo tampoco que haya solido encontrarla. El "Petit Larousse Illustré" la define así: Superfétation f. (lat. super, sur et *foetus*, foetus). Chose qui s'ajout inutilement à une autre. Redondance: *superfétation de mots*".

El "Pequeño Larousse Ilustrado" castellano, también la incluye, con esta definición: *Superfetación* f. Nueva concepción que sobreviene durante la preñez. Neol. Redundancia, repetición: *debe evitarse la superfetación*.

Y considere Ud. la circunstancia, el caso especialísimo de que Duhamel recurría a este término *sabio* hablando ante un auditorio compuesto, en su mayor parte, de señoras y señoritas de buena sociedad, y en el cual dominan las últimas sobre las primeras; pues su conferencia fué dada en la Universidad de los Anales, fundada y dirigida por una mujer, madame Ivonne Sarcey. Y Duhamel, Ud. lo sabe, no es un pedante, sino un espíritu agudo y un estilista de gusto infalible.

Pero basta, que ya he quebrantado gravemente mi propósito inicial, y es tiempo de que vuelva a la ahincada lectura que estoy haciendo de su "Blest Gana", el cual me parece, desde luego, amenísimo y sobre el que he de hablarle otra vez.

Hasta luego. Su amigo que le quiere.

O.

Viña del Mar, 19 de Marzo de 1940.

A L. E. C.

1941

Como no hay mal que por bien no venga, creo que ha sido la guerra civil —y gracias a ella la visita y la presencia de Marquina, Margarita Xirgu, Eugenio Montes y María de Maeztu, sin olvidar a los refugiados, a Catá y antes aún a nuestro D'Halmar— mucho más que las "amonestaciones" a que Ud. alude lo que ha provocado ese saludable acercamiento a España y al castellano auténtico, de que ahora, según veo con regocijo, está beneficiando la obra ejemplarmente española de Ramón Pérez de Ayala.

Conocí al autor de "La Paz del Sendero" —literariamente, se entiende— en los verdes años de la adolescencia, y desde entonces no he dejado de frecuentarle, sobre todo a través de sus ensayos y artículos de "La Prensa" de Buenos Aires, tan elegantes de forma como ricos de contenido. A propósito, ¿ha leído Ud. uno de la serie "A vuelo de hombre, con la ruta del sol", acerca de "San Martín en los Andes; ingleses, franceses y españoles", publica-

do en "La Prensa" del 30 de marzo? ;Qué abundancia, qué agilidad y sutileza de conceptos; qué caudal de cultura; qué cúmulo de sugerencias e incitaciones latentes, prontas a dispararse por los cuatro puntos cardinales! Y todo como si fuese lanzado al aire, con la desenvuelta elegancia de un ejercicio deportivo.

En mi ya larga carrera de lector asiduo, de estudiante indefinido y de aprendiz indeterminado, debo a Pérez de Ayala muchas cosas: goces estéticos, ideas claras, saber idiomático, —y lo que todavía vale más porque es el principio de todo— un interés siempre renovado por cuanto abarca el espectáculo del mundo y las intimidades del espíritu. Algunas de sus opiniones han tenido la virtud de exasperarme, lo confieso; en especial cuando, llevado un poco por cierto prurito, acaso inconsciente, de singularidad, o bien arrastrado, como él mismo dice, por "el ejercicio polémico, que es actividad cotidiana en la república de las letras" le he visto empeñarse con fruición en negar o disminuir el valor cierto —cualesquiera que sean las reacciones subjetivas del gusto— de un Stendhal, un Wilde o un Benavente; pero, y esto va implícito en cuanto llevo dicho, nunca, en ningún momento, esas opiniones han provocado en mí el bostezo o el encogimiento de hombros, que denuncian la indiferencia, el aburrimiento o el hastío.

Leí "Troteras y Danzaderas" hace muchos años, cuando apenas me apuntaba el bozo y a pesar del tiempo transcurrido y de que no he vuelto a leer sino fragmentos, espiados aquí y allá, conservo siempre, de esta admirable novela, una impresión como si dijéramos atmosférica, que incluye en su ámbito no pocos detalles topográficos precisos y puntuales.

Para el lector habituado a los cánones narrativos más corrientes y a la composición cerrada, conforme al conocido padrón francés, el libro de Ayala resulta, bien se me al-

canza, algo desconcertante, y puede dar la sensación de flojedad y desconcierto en su trabazón orgánica. En realidad se trata de una novela que cae de lleno dentro de la especie designada hoy en día con el nombre de "novela suma", especie en la cual, junto con los elementos propiamente novelescos, tienen importancia considerable los diálogos y digresiones de los personajes acerca de los más varios temas relacionados con la filosofía, la estética, la política y la moral. Por su carácter y por el sitio que ocupa en mis dilecciones, yo coloco "Troteras y Danzaderas" al lado de "Point counter Point", de Huxley, y "Les Faux Monnaieurs" de Gide, dos novelas —sumas también, en que la pintura del medio— sobre todo del medio intelectual, con su correspondiente clave —y el ejercicio de la disociación de ideas, se sobreponen a la acción novelesca, que llega a veces a perderse de vista.

Y ya que he hablado de clave, y Ud. me pide la de "Troteras y Danzaderas", allá va ella, reconstituída sin más ayuda que la memoria, pues no dispongo aquí del libro, y con las lagunas que Ud. supondrá y tendrá a bien excusar:

Alberto Díaz de Guzmán = Ramón Pérez de Ayala;
Alberto del Monte Valdés = Ramón del Valle-Inclán.

Teófilo Pajares = Emilio Carrere y Pedro Luis de Gálvez, combinados. Los versos de las "rosas lujuriosas" parodian la manera de Carrere. La vida bohemia de Pajares corresponde también por lo menos a la leyenda que Carrere se ha formado. En cambio, al hablar de la pieza de Pajares, Ayala pone en solfa el teatro de Marquina y Villaespesa: la "balada de los ías, ones y otas" —"tras de tu airón yo me iría... contigo me partiría..."—, alude claramente a la famosa balada del caballo alazán de "En Flandes...", así como aquel verso, atribuido a Pajares: "En féretros de espuma, cadáveres de rosa", pertenece, si no me engaño, a "El Alcázar de las Perlas".

Pérez de Toledo = don Fernando Díaz de Mendoza.

La Roldán = doña María Guerrero.

Raniero Mazorral = Ramiro de Maeztu.

Antón Tejero = Ortega y Gasset.

Halconete = Azorín.

Bobadilla = Benavente.

El novelista Honduras = Hoyos y Vinent.

Hay también un escritor viejo, grande y ciego, cuyo nombre olvido ahora, que representa a Galdós.

El artículo de Hernán sobre "Belarmino" me produjo, no le exagero, una alegría tan grande que me tiene contento hasta ahora y es que encontré en él, aparte de sus cualidades intrínsecas —juicio certero y gracia formal— un acuerdo perfecto con mi sensibilidad, que tenía que serme halagüeño y gratísimo, como lo ha sido igualmente el que con Ud. he encontrado en este caso; ante todo por aquello que Proust repetía con verso de Sully-Prudhomme:

"Le vrai de l'amitié, c'est de sentir ensemble".

Le agregaré que el artículo ha gustado mucho en todas partes. Espontáneamente me hablaron de él con entusiasmo M. C. y J. P., que estuvieron de paso por aquí.

¿No ha notado Ud. que Hernán, feliz siempre, se supera cuando habla de buenos libros españoles? La explicación no se le escapará, sin duda alguna: el estilo se mueve con mayor holgura y con más brío a favor de la corriente limpia y caudalosa de la lengua materna, que bregando contra la corriente turbia de los idiomas extranjeros o chapoteando en el arroyo mezquino de la jerga criolla.

Ojalá cumpla pronto la promesa de venir por acá. Entretanto, disculpe la desmedida extensión de esta carta y créame siempre su amigo afectísimo.

O.

Viña del Mar, 17 de Mayo de 1941.

A H. D. A.

1941

Así como Ud. me las relata, me figuraba yo que serían las horas dolorosas que estaba Ud. viviendo, y de aquí le seguía yo con el pensamiento desde que supe la triste nueva, pues conocía el gran afecto, el respeto y la estimación que profesaba Ud. al mayor de sus hermanos. Yo también he pasado —Ud. lo recuerda— por un trance parecido, teniendo también que hacer un viaje en condiciones semejantes a las del suyo, cuando me llamaron con apremio a Villa Alemana, donde me encontraba, porque a mi padre le había sobrevenido una fatiga; conozco, como Ud., la angustia de esa incertidumbre “que es exactamente como un serrucho, un dolor que va y viene a cada instante”, y estoy por eso, tal vez más que otros, en aptitud de comprenderle y de asociarme a Ud. en estos momentos con mi afecto y mi simpatía más cordiales.

Sí, tiene Ud. razón, morir de un día a otro, extinguirse del todo y para siempre, justamente cuando, “después de una vida entera de trabajos y duros sacrificios”, se ha conseguido por fin el triunfo y ha llegado la hora de la cosecha, es demasiado injusto y estúpido para no pensar que las cosas no pueden ser así; que hay algo que se nos esconde y reserva mientras tanto; que ese algo es nada menos que la clave de este oscuro e intrincado problema de la existencia; y que esa clave sólo vendremos a conocerla cuando nos sea permitido abrir el “Libro del Maestro” que discutió el problema y nos lo propuso, quizá como ejercicio destinado a desarrollar a un tiempo la osadía del pensamiento y la prudencia y reserva de la humildad.

En lo que ya no estoy tan de acuerdo con Ud. es en la dura condenación que Ud. pronuncia, en seguida, contra la inteligencia, facultad primordial y específica del hombre, única luz que nos ilumina aquí abajo y desde aquí, por lógica presunción, nos hace vislumbrar la existencia problemática del incierto hemisferio que debe de extenderse más allá de la sombra.

Porque me siento yo tentado a preguntarle, cuando Ud. se revuelve contra “la crueldad absurda y sarcástica” de una vida de sacrificios, sin compensaciones, ¿qué es lo que en Ud. protesta y se rebela? De absurda ha calificado Ud. esa idea, y absurdo, dice el Diccionario, es el “dicho o hecho contrario a la razón”. Es su entendimiento, pues, quien rechaza esa hipótesis, y es él también quien le dicta las razones que Ud. invoca para creer y confiar en una supervivencia ultraterrestre que explique el absurdo aparente y lo destruya.

Yo no sé a ciencia cierta qué entiende por intuición el filósofo de “La Evolución Creadora” —he leído en alguna parte que la define como “el instinto consciente”— e ignoro cómo la han entendido los demás filósofos que han especulado hondamente acerca de ella, pero yo, desde la penumbra de mi ignorancia, suelo aventurarme a pensar por mi cuenta sobre esta facultad misteriosa, y créame que no la veo como algo substancialmente distinto de la inteligencia, sino al contrario, sólo como una de sus facetas, estoy por decir, una de sus funciones y atributos. Hablando claro, aunque por modo muy profano y acaso disparatado, entre la aprehensión intuitiva de la realidad y el llamado por antonomasia método discursivo, yo no veo sino una diferencia de *tiempo*, si así puede hablarse: y al hecho de que el acto intuitivo lleve implicado un proceso lógico tan veloz que la conciencia sólo alcanza a percatarse de su conclusión, se debe el que creamos haberlo conseguido por una

especie de incógnita y la repentina iluminación interior, cuando es lo cierto que ha mediado entretanto un riguroso eslabonamiento inductivo; exactamente como ocurre con el proceso de las sensaciones, que creemos estar experimentando en el órgano que las introduce, cuando en realidad, han seguido y completado ya, toda una trayectoria, que tiene en el sensorio su punto central de recepción y difusión. Comprendidas así las cosas, los mitos religiosos, las teogonías, cuya elaboración se acostumbra atribuir a factores emocionales más o menos inmediatos, no pasan de ser, en rigor, sino la forma plástica, simbólica en que, como el entendimiento del hombre, se ha representado la realidad en una fase, pueril aún, de su desarrollo evolutivo.

Siendo la inteligencia atributo específico del hombre, dicho está que no puede ser inhumana, como Ud. lo afirma: ¿será, entonces, cuando menos, frígida e impasible como Ud. lo mantiene también? Mi propia experiencia y la de otros —la suya en primer término ¡oh lúcido y sensible Alone!— me están probando a diario que tampoco merece este cargo. Podría multiplicar los ejemplos, pero me limitaré a invocar dos, ambos de un poeta, cuya sensibilidad extremada conoce Ud., tan bien como yo: Recuerdo haber oído a Pedro Prado, que explicando en cierta oportunidad las teorías del matemático Poincaré ante un auditorio recogido, sintió que corría por su cuerpo ese escalofrío inequívoco de las sensaciones profundas, exactamente como si estuviese aludiendo a cosas de su intimidad más entrañable. Y no hace mucho, en medio de una animada plática en que barajábamos con igual fervor, si bien con desigual fortuna, algunos conceptos elevados, le vi detenerse de pronto, trémulo, húmedos los ojos, y exclamar con exaltación: “¡Qué bella es la vida que procura estos instantes! Hacía tiempo que no disfrutaba yo de una emoción así, de una emoción de calidad intelectual!”.

“Gozar es vivir, sí —dice Pedro Salinas en su maravilloso estudio sobre “El Cisne y el buho”— pero también entender es vivir, y en el ejercicio de la inteligencia, tal como es dable admirarla en los “Diálogos” de Platón, por ejemplo, hay una forma incomparable de placer. La lección viva que Grecia sigue dando al mundo con su lengua muerta es, sobre todo, una lección de entender”.

¡Ah! mi querido Hernán, es que por mucha agudeza que gastemos en disociar, acotar y distinguir en el campo de la conciencia, y por más radical que a ratos nos parezca este divorcio entre el sentimiento y la intelección, la verdad es que la oposición resulta ficticia y se disuelve en una fuga de espuma, frente al hecho vivo del ser complejo, unitario e integral, en cuya actividad interna todo se asocia, se compenetra y se confunde.

Mas no para aquí mi disentiimiento con Ud. Pienso asimismo que si es justo defender la inteligencia con razones de orden teórico, no menos motivos nos asisten también para defenderla con razones de orden pragmático, sobre todo en esta hora de confusión que estamos viviendo, cuando parecen naufragar en un mar de sangre los más preciados valores del espíritu.

Hace algún tiempo leí en “La Nación” de Buenos Aires un vigoroso ensayo de Tomás Mann, que creo anda recogido ahora en un opúsculo intitulado “Advertencias a Europa”, en el cual sostiene, con copia de argumentos probatorios, que la marea de demencia, de fanatismo y de barbarie que ya entonces iba extendiéndose por ese continente, había sido, en su punto inicial, promovida, henchida y descargada por el enérgico anatema que, paradójicamente, la propia inteligencia pronunciara contra sí misma, en beneficio de fuerzas místicas, que obedecen a distintos imperativos y siguen distintas direcciones, pero vienen a concurrir todas en un franco repudio de la razón cognoscitiva y

rectora: Mann no indica nombres ni especifica doctrinas; señala sólo corrientes y tendencias en lo que éstas tienen de más común y genérico. Bien podemos ahora precisar su idea con algunas aplicaciones nominativas e individuales. En efecto, ¿qué vemos, si nos paramos a contemplar el panorama del pensamiento europeo en lo que va corrido del presente siglo? Vemos a Bergson aguzar su entendimiento incomparable en una apología de la intuición, a expensas de la inteligencia; vemos a Georges Sorel recoger de sus enseñanzas unas *reflexiones sobre la violencia* que serán más tarde una tea en manos de marxistas y fascistas; vemos a Unamuno proferir denuestos contra "la cochina lógica" y defender con lujo de dialéctica sutil y de arbitrarias paradojas, las razones de la sinrazón; vemos a Ortega y Gasset exaltar los valores biológicos frente a los valores intelectuales, que quedan en postura hartó desairada, vemos, en fin, en el orden estético, al suprarrealismo caótico, empeñado en que el arte renuncie a su esencial función ordenadora, para disolverse en una algarabía que asciende en ecos indistintos de la caverna de lo inconsciente. Si esto ha ocurrido y ocurre en los dominios del pensamiento, ¿podrá sorprendernos el ímpetu arrollador alcanzado en el campo de la acción por el marxismo, el fascismo y el racismo, levantados sobre el descrédito de la inteligencia y afanados todos ellos en forjar mitos capaces de mover las masas a impulso de místicas de pasión, de discordia y de violencia, llamadas a sofocar todo conato de crítica, todo intento de reflexión, toda palabra de tolerancia?

Pero noto que poco a poco he ido hinchando el tórax y alzando la voz hasta soltar el estentóreo do de pecho, y héteme aquí un poco corrido, porque temo se me hayan escapado algunos gallos, y no poco comprometido porque me cuesta ahora bajar el diapasón para decirle otras cosas que obligan a hablar con llaneza. ¡Ay, qué difícil arte, mi

querido Hernán, el de las transiciones, y qué importancia tan grande tienen! Azorín dice y repite, acaso con razón, que en ellas reside todo el arte de escribir. En fin, procuraré bajar del Sinaí con el mayor decoro posible.

A principios del mes, como Ud. tal vez ya lo sepa, pasó aquí una semana Jorge Prat, y juntos vivimos días de íntima confianza y de exaltación fervorosa por los temas que constituyen nuestras comunes dilecciones. Mientras más conozco a este muchacho, más aprecio su inteligencia alerta, su sensibilidad finísima y su rectitud moral, manifestada ante todo en esa heroica sinceridad para consigo mismo, que más que una virtud de carácter ético, viene a ser una virtud intelectual, la virtud intelectual por excelencia, la que distingue y define al intelectual verdadero; por lo menos cuando no habla para el público y no cede a la tentación de la retórica o del ingenio, perdición de tantos.

Jorge, que le admira a Ud. mucho y le tiene en mucha estima —y éste es, por cierto, uno de los puntos en que mejor coincidimos— deseaba vivamente conocer su “Sombra Inquieta” y hasta hoy no había podido dar con ella en parte alguna. (Conste que el juego de palabras es enteramente fortuito). Quiso su buena estrella que encontrara en Valparaíso, yendo conmigo, un ejemplar cuidadosamente encuadernado y conservado, aunque, es claro, de segunda mano. Devoró el libro en pocas horas, y luego era de oírle cómo me pedía precisiones acerca de la clave de los personajes y la base real de la anécdota. Al fin creo que quedó más enamorado de “Shade” que Ud. mismo, cuando la conoció en persona; y lo que más aplaudía era que Ud. hubiese esgrimido la pluma para hacer justicia y castigar a los malvados que intentaron mancillar el buen nombre de su heroína real y fingida.

Acabo de recibir “El Greco” de Alfonso, que hasta ahora sólo he alcanzado a hojear, pero que me parece desde

luego interesantísimo, muy bellamente escrito y, lo que todavía aprecio más, con mucho sabor y comprensión de nuestra España. Dígaselo Ud. así y déle mis agradecimientos, mientras llega el momento de que yo se lo diga y se los dé, cuando haya leído el opúsculo con la atención que merece.

Salude cariñosamente a Lolita, a Mario y a todos los que por mí le pregunten y disponga Ud. siempre de su afmo.

O.

Viña del Mar, 25 de Agosto de 1941.

A M. G. S.

1941

.....

Una de estas defensas es, como Ud. sabe, la pasión por la lectura, para mí a la vez deporte y trabajo, educación y estímulo inspirador. Tomada de este modo, la lectura proporciona aventuras y reserva sorpresas parecidas a las que se encuentran en el mundo de los afectos y de las relaciones personales, con la diferencia de que aquéllas son casi siempre de más provecho y de calidad superior a los de éstas. Autores y libros hay que nos atraen con un "coup de foudre"; otros, que nos van conquistando poco a poco, a medida que intimamos con ellos, no sin haber tenido que vencer, a las veces, repulsiones y resistencias naturales. Y su trato tiene también veleidades e inconstancias y está sujeto a las mismas *intermitencias del corazón* (¿recuerda Ud. a Proust?), que en el amor y en la amistad se producen.

Voy ahora a contarle una de las anécdotas confesa-

bles de mi vida, una de las aventuras de mi existencia intelectual. Probablemente a Ud. le sabrá a poco y no le encontrará desenlace, o hallará que éste es un verdadero parto de los montes; pero, ¿qué quiere Ud.!, de las cartas se esperan siempre noticias personales y en realidad no podría yo darle otras.

Como Ud. es buen observador, estoy seguro de que habrá reparado en un retrato de José Enrique Rodó que tengo yo en mi despacho, y como dispone Ud. de una memoria infalible, cierto estoy de que no lo habrá olvidado. Posiblemente, al tropezar con él, le ocurrió a Ud. preguntarse qué hacía ahí ese retrato que en nada corresponde a los entusiasmos literarios que Ud. me oyó manifestar por la época en que frecuentaba mi casa de Santiago. Y su extrañeza hubiera sido fundada, porque en realidad Rodó ya no representaba para mí entonces ningún sentimiento actual, y Ud. no tenía por qué saber que había sido en la vida de mis lecturas una de esas cálidas amistades de adolescencia, que orientan el espíritu e imprimen en la sensibilidad rasgos esenciales que no se borran en todo el curso de nuestra existencia terrena.

Lo recuerdo muy bien. Fué en los días aurorales de mi fervor rubeniano y de mi devoción renaniana, cuando me despertaba al alba con la *Salutación del Optimista* y rezaba por la noche, antes de entregarme al sueño, la *Oración en la Acrópolis*. Y el autor de *Ariel* era chantre de la catedral a la cual yo era asíduo concurrente, y entonaba los cantos de la liturgia con una voz tan armoniosa que parecía infundir la fe por efecto y ministerio de la música.

Luego, pasó el tiempo. Otros dioses reemplazaron en mis altares a los primeros, amistades nuevas ocuparon el puesto de las antiguas, distintas preocupaciones solicitaron mi atención. Conocí el francés, el inglés más tarde, y me consagré a estudiarlos en su literatura. Intimé con Gide, con

Proust, con Valéry, con Ortega y Gasset —los maestros de la trasguerra—, sin descuidar a los menores y a los épicos: Mauriac y Maurois, Cocteau y Morand, Giraudoux y Girard, Jarnés y Marichalar, Huxley y Katherine Mansfield. Entretanto, la voz de Rodó, entonada y robusta, apenas llegaba ya a mis oídos. Su frase rotunda no podía ya escucharla hasta el final. A comienzos del siglo —y todos estos ejemplos y estas pragmáticas mantenían para mí plena y renovada vigencia— Unamuno decía que cuando él se percataba de que una frase íbale resultando redondeada, “le hacía esquina”, para romper su rotundidad y se burlaba de los “bárbaros que quieren lañas lógicas, con partículas conjuntivas, copulativas, disyuntivas, con *asís*, *como*s y *luego*s”; Azorín desterraba escrupulosamente el *que* relativo y lo sustituía por esos puntos que entrecortan a cada paso las cláusulas, privándolas de los recursos, mas también alejándolas de los escollos, del período; Valle-Inclán proponía “reemplazar los nexos gramaticales por nexos mentales”; Gómez Carrillo —frívolo como siempre— se mofaba del “estilo adiposo de Castelar”, mientras todo el mundo de habla hispana —Darío el primero— lloraba el desaparecimiento del enorme tribuno y le entonaba loas, cuyos ecos se prolongaron largo tiempo, sin perjuicio de suscitarse, por esto mismo, la protesta de los inconformistas profesionales. (Años más tarde, uno de los corifeos de la generación del 98, el inquieto y versátil Azorín, consagrará un libro a Castelar y Fray Luis de Granada —modelos del estilo periódico y numeroso— donde proclama a entrambos los más grandes prosadores de la lengua. Saludable lección para quienes se dejan impresionar por las negaciones iconoclastas y seducir por las modas negativas y excluyentes).

Además, —y esto por lo que a mí atañe y a Rodó se refiere— los cronistas hispanoamericanos afincados en el Bulevar me tenían en aquel tiempo convencido de que el

neoespañol —el nombre es de Gourmont, y Ventura García Calderón lo acogía y glosaba con gran complacencia, por cierto— debía ser elíptico, “rápido, nervioso” y el de Rodó pecaba de lento, de prolijo, de solemne. Verdad es que sus maestros —al menos así me lo enseñaron— habían sido franceses, pero esos maestros, qué lejos estaban ya de nosotros, jóvenes hechos o rehechos por la postguerra; qué distantes los sentía yo ahora de mí mismo, oscilando como me hallaba entre tres posiciones recíprocamente antagónicas, pero concordantes las tres en su decidida antipatía hacia la actitud intelectualista o escéptica: el heroísmo de Péguy, la introspección desesperada de Proust y el individualismo hedonista de Gide. Los maestros espirituales y formales de Rodó se llamaban Taine, Guyau, Renan, todos “muy siglo XIX”. Y el siglo XIX —habíamos convenido en ello— era, por definición, “el siglo estúpido”. (Ahora me doy cuenta de que para reducir la ideología de Rodó a filiación tan simple, había que prescindir de su constante afirmación de la insuficiencia del positivismo y la perentoria necesidad de superarlo; y ser, sobre todo, insensible al soplo bergsoniano —la filosofía del movimiento—, que inspira, agita y remueve “Motivos de Proteo”, desde la primera hasta la última página).

Al fin, tantos y tales progresos hice en la ingratitud, que de Rodó sólo me quedó el retrato aquél, vecino a los de los otros maestros olvidados: Renan, Gourmont, Anatolio France. Cuando iban a visitarme los amigos esnobs —todos ultramodernos y superfinos— sonreíanle desdeñosos y protectores, sin omitir de pasada algunos de esos epítetos multisilábicos y enfáticos en que solemos resumir nuestro menosprecio: grandilocuente, resonante, redundante, trascendental... (Ser trascendental, era, en 1926, hacerse reo del pecado contra el Espíritu Santo. El arte no pasaba de mero juego, difícil, eso sí, y había que jugar por la fuerza).

Uno, hiperfino entre los finos, llegó a pronunciar contra Rodó un epíteto más corto, pero mucho más corrosivo y lapidario: le trató de cursi. Yo, por lealtad intentaba defensas desganas, y por debilidad hacía concesiones, que al fin de cuentas no me costaban demasiado, porque el esnob que, cual más cual menos, todos llevamos dentro, se sentía inclinado a encontrarles razón y hasta se avergonzaba un poco de su devoción de otro tiempo. Tentado estuve muchas veces de arrancar ese retrato que de tal modo me comprometía y tantas molestias me acarreaba. Porque ser tenido por anacrónico, y de mal gusto, por añadidura, es una de las cosas más tremendas que a uno pueden ocurrirle, y se necesita una suerte de heroísmo para no desprenderse de símbolos o distintivos que atraen sobre nosotros fallos tan adversos. He de decir en mi abono que fuí capaz de ese heroísmo, como lo atestigua la inmutabilidad del retrato en el sitio que le tenía consagrado.

Un día, glorioso para mí entre todos, crucé el mar, viví en España, y de allá volví —¡oh poder de Proteo!— cambiado otra vez, y reconquistado. Reconquistado por España, no por Rodó, de quien seguía manteniéndome a distancia, con tanto más motivo cuanto que no creía yo pudiese encajar él dentro del círculo de mis redivivas devociones hispanas; pues tenía por afrancesado hasta la médula, muy criollo cosmopolita en éstas y otras cosas, y, por consiguiente, desabrido en cuanto a idioma y sin savia tradicional en cuanto a espíritu.

Pero Proteo no puede estarse quieto, y, como el fiero sicambro, suele adorar lo que ha quemado y quemar lo que adoraba la víspera. Por lo demás, es cosa averiguada, según el poeta, que "on revient toujours a ses premiers amours...".

Ud conoce mi afición a la literatura epistolar. No es que guste de cultivarla, pues a eso le tengo horror, aunque pa-

rezca desmentirlo en este momento, sino que me encanta leer y paladear las cartas de los otros. Fué esa afición la que me llevó hace poco al "Epistolario" de Rodó, un folleto infamemente impreso, que andaba confundido tiempo ha entre mis papeles. Bien sabía que tratándose del autor de "El Mirador de Próspero" no iba a encontrar ahí abandonos, indiscreciones, ni confidencias demasiado íntimas. Me imagino que éstas, Rodó, huraño y esquivo, no se las haría siquiera a su almohada; tantas y tan insistentes son sus recomendaciones de silencio, y tan rigurosa y severa su consigna. Mas hay en la vida de todo artista, como en la de todo humano ser, una indecisa zona limítrofe, en la cual el hombre se confunde con el oficio a que algunos —los más fieles— entregan lo más fuerte y lo más puro de su energía vital. Y hay en esta correspondencia pasajes que arrojan luz vivísima sobre esta zona tan interesante para el psicólogo y para el crítico: me refiero a aquellos en que el autor habla de su obra a un joven admirador suyo, y lo hace con esa complacencia profunda que por tácita convención no se muestra jamás en público y suele aún disimularse en privado.

Querría transcribírselos todos, pero me veré obligado a sólo entresacar unos cuantos. Sé que aún así ocuparán en esta carta un espacio desproporcionado a lo que en ella he puesto de mi cuenta. Pero no importa: me parecen sustanciales y significativos, y tengo mucho interés en que Ud. los conozca. Pertenecen ellos a distintas letras dirigidas por Rodó a Juan Francisco Piquet entonces en Europa: "Cuando el tiempo y el humor no me faltan, sigo batiendo el yunque de "Proteo", libro vario y múltiple como su propio nombre; libro que, bajo ciertos aspectos, recuerda o más bien recordará, las obras de los "ensayistas" ingleses, por la mezcla de moral práctica y filosofía de la vida con el ameno divagar, las expansiones de la imaginación y las galas

del estilo; pero todo ello animado y encendido por un soplo "meridional", ático o italiano del Renacimiento; y todo unificado, además, por un pensamiento fundamental que dará unidad orgánica a la obra, la cual, tal como yo la concibo y procuro ejecutarla, será de un plan y una índole enteramente nuevos en la literatura de habla castellana, pues participará de la naturaleza de varios géneros literarios distintos, v. g. la didáctica, los cuentos, la descripción, la exposición moral y psicológica, el lirismo —sin ser precisamente nada de eso y siéndolo todo por encima de "Ariel", y partes en que la dialéctica y el análisis ideológico son finos y sutiles, en defensa de ideas y doctrinas que han de parecer peligrosas a más de un espíritu enmohecido y "encajonado". (Págs. 31-32).

"...Pero, en fin, entre desalientos y desmayos, la obra se va haciendo, y "Proteo" reviste sus múltiples formas, dentro de las cuales alternarán la filosofía moral con la prosa descriptiva, el cuento con el apotegma, la resurrección de tipos históricos con la anécdota significativa, los ejemplos biográficos con las observaciones psicológicas, todo ello en un estilo poético, *que a veces asume la gravedad y entono de la clásica prosa castellana, otras la ligereza amena y elegante de la "escritura" francesa, recorriendo las inflexiones más diversas del sentimiento y del lenguaje.*

"Será un libro variado como un parque inglés, o más bien como una selva americana; un libro en el que, a vuelta de una escena de la Grecia antigua encontrará el lector la evocación de una figura épica de la Edad Media, o una anécdota del renacimiento, o una evolución del siglo XVIII, o una descripción de la Naturaleza, o un análisis psicológico, todo ello relacionado con un plan vasto y complejo, sobre el que se cierne, como un águila sobre una montaña, un pensamiento fundamental". (Págs. 32-35).

No oculta cuánto le halagan los comentarios que sus

obras suscitan; los recoge con avidez y hace caudal aún de los juicios halagüeños pronunciados en la intimidad, —los más sinceros por otra parte—, como el de Menéndez y Pelayo, repetido en público por Luis Morote: “Algunas de las citas a que Ud. se refiere sobre aquella obra mía (*Ariel*), me son conocidas, otras no, probablemente. *No deje de enviarme lo que encuentre. Acabo de recibir un artículo de Luis Morote, publicado en Madrid, donde habla de la admiración que Menéndez y Pelayo siente por mi “Ariel”.*”

“Ello es que esta obra va prolongando sus ecos de una manera poco común, y creo que no queda párrafo de ella que no haya sido citado o transcrito por alguien. Con los comentarios que yo conozco (y he de desconocer muchos) podrían formarse veinte opúsculos del tamaño de “*Ariel*”. Ahora va a reproducirse la obra como folletín de un diario de México”.

“Los primeros ecos que suscite la aparición de “*Proteo*” se confundirán, pues, con los que aún deja vibrantes en el aire su hermano mayor. “*Proteo*” es mi preocupación casi absorbente. Lo compongo con “delectación morosa”, si vale en esto la frase. Hay páginas en que el colorido de la descripción, la firmeza del dibujo, el cuidado de la frase, y la compenetración del concepto y de la forma me dejan satisfecho plenamente”. (Págs. 37-38).

Luego habla de la documentación de su obra con el mismo indisimulado orgullo: “Tengo cuadernos enteros (diez o doce) llenos de noticias y detalles biográficos, que he reunido, compulsado y organizado durante largos meses, para obtener de ellos conclusiones relativas a diversos puntos de mi tesis. Esta sola tarea importa la consulta de más de “cien” (1) volúmenes de obras biográficas, en mi biblioteca, en la del Ateneo, en la de la Universidad, etc. He

(1) Estas comillas, como todas las otras, figuran en el texto citado y pertenecen al autor.

querido que los datos que me sirvan de "canévas" sean juntados y obtenidos por mi propio esfuerzo, comparando unas fuentes con otras, y no saqueando tres o cuatro libros donde la tarea esté hecha, como suele hacer la fácil erudición americana. Yo reúno mis datos uno por uno y los ordeno a mi manera. En cierto modo es un bien que no haya escrito mi obra estando en Europa; porque teniendo más elementos de información a mano, quizá no habría parado hasta agotarlos o poco menos, lo que me habría hecho demorar quién sabe hasta cuándo. Tal como está, la base de erudición de mi libro me satisface, porque es el resultado de mi labor e investigación propia y prolija".

"Pero no se limita a la información biográfica el fondo de datos de que he tenido que echar mano. Como la tesis de la obra abarca fundamentales cuestiones psicológicas y éticas, y se roza con puntos de historia, etc., es mucho más lo que he tenido que ver; y todo lo he sustanciado, criticado y asimilado por mi cuenta".

"Después de eso, la cuestión de estilo, de ejecución, que, como Ud. sabe, es fundamental para mí".

"Mi aptitud para transformar en imagen toda idea que entra en mi espíritu, me ha favorecido para dar a la obra gran animación y amenidad. Para cada punto o particularidad de mi tesis, se me ha ocurrido un símbolo claro, un cuento o una parábola, en los que he vertido todos los colores de mi paleta, toda la luz, toda la armonía de mi imaginación, pintando cuadros que creo han de vivir en la memoria de los que me lean. Hago como Raimundo Lulio, el filósofo-artista y baño la idea en la luz de la imaginación y la magnetizo con el prestigio hipnótico del estilo. Tengo la convicción de que mi obra "quedará" en la literatura americana, superando acaso al éxito de "Ariel".

“Le escribo en circunstancias en que estoy enteramente poseído por el espíritu de mi obra en gestación y por eso no le hablo sino de ella”. (Págs. 37-39).

Aunque las citas parezcan excesivas, yo sólo siento el verme forzado a omitir otros pasajes en que el autor entra en pormenores acerca de cómo piensa, cómo escribe y cómo compone su obra.

No era, sin embargo, a estas confidencias de Rodó a donde yo quería llegar, por más que me haya detenido tanto en ellas. (Cervantes dice —y está en lo cierto— que en un viaje lo que más importa no es la posada, sino el camino). Mi propósito era hablarle de mi reconciliación con uno de los guías de mi juventud, y del descubrimiento que después de buenos años de conocimiento he venido a hacer hoy día, en circunstancias completamente fortuitas. Se trata de una experiencia íntima, sin más valor objetivo que el de brindarnos la oportunidad de palpar una vez más la inexactitud y superficialidad de muchas opiniones circulantes, fundadas sobre todo en el prejuicio, y mantenidas por la fuerza increíble de la pereza, de la rutina y de la inercia. Cuando, de muchacho, me interné en la obra de José Enrique Rodó, tenía, es cierto, a mi favor el entusiasmo del neófito, pero mi cultura era escasa, mi sensibilidad balbuciente, mi criterio inmaturo, y no habría sabido dónde apoyar el menor conato de resistencia personal a las afirmaciones categóricas de sus críticos, glosadores, y panegiristas. Ante ellos, ¿qué otra actitud me cabía sino la del creyente “que cree en lo que no ve, por la autoridad de quien lo dice”, como define y manda el catecismo del padre Asquete? Pero yo veía, veía con ojos ajenos, que es manera asaz cómoda de mirar y de ver.

Ahora bien, todos aquellos escoliastas de mi referencia, pertenecían al número de esos afrancesados que tanto abundan en nuestra América advenediza y sin raigambre

cultural; espíritus finos muchos de ellos, pero limitados en su formación e información literarias, y tan herméticos en su exclusivismo que creen de buena fe que la cultura francesa es toda la cultura y su literatura, la literatura por antonomasia; especie de centro de un sistema planetario, astro en torno del cual giran las letras universales, en un movimiento constante, que va de las canciones de gesta del ciclo carolingio a los más recientes folletines truculentos de monsieur Siméon.

Estos señores me enseñaron —y yo, el muy incauto, les creí— que Rodó era una semilla desprendida del gran árbol galo y traída por el viento a los dominios de la lengua vernácula, donde brotara como planta exótica llamada a renovar el anquilosado idioma literario de Cervantes, de Granada, de Fray Luis de León y de Santa Teresa. (1). (Otro tanto dijeron de Darío, y ésta es la hora en que Torres Rioseco y otros eruditos comentaristas han evidenciado las profundas raíces hispánicas de la poesía de Rubén). No ya sólo al hablar del pensamiento del autor de "España Niña", de "Recóndita Andalucía", de "Cristo a la jineta" y otras páginas de tan profunda y clarividente hispanidad, sino al ocuparse en el estilo mismo del gran prosista uruguayo, nada más que influencias francesas supieron descubrir los tales. Entre tantos juicios americanos como he leído sobre la materia —y debo confesar con rubor que desconozco hasta hoy el más importante, el estudio de Zaldumbide— sólo recuerdo una discrepancia, y ésta emiti-

(1) En una nota informativa redactada por el escritor uruguayo Hugo Barbagelata para la "Maison de la Presse" de París y que aparece al frente del "Epistolario" puede leerse lo siguiente, que, a mayor abundamiento, confirma cuanto estoy diciendo: "Maneja de muy personal manera la lengua española, a la que, —cual lo hiciera en el verso el malogrado poeta Rubén Darío— *ha dado una flexibilidad y una elegancia desconocidas y que lo acercan a la prosa de nuestros más fuertes escritores*". (Se refiere a los escritores franceses).

da en tono de censura: la de Ventura García Calderón, émulo de Carrillo en su galicismo unilateral, quien, juzgando "Motivos de Proteo", reprocha a Rodó haber abandonado el presunto neoespañol de sus primeros escritos, para retroceder al castellano de la mejor época, que a juicio suyo debiera hace tiempo estar oleado y sacramentado...

Pero "la verdad está siempre en marcha", como se decía en los días azarosos de la campaña revisionista de cierto proceso célebre. Leyendo yo ahora estas cartas con una relativa experiencia literaria, muy distante de mí a los veinte años, puedo darme cuenta cabal de lo ciegos y sordos que andaban aquellos acotadores de que antes hablara. Engañados por su daltonismo, todo les pareció teñido de francés en la obra rodoiana; sordos a todo son que no viniese de Francia, no supieron distinguir el acento genuino y virilmente castellano de esta prosa admirable. Habrá que decir de paso, que a los distraídos españoles corresponde no poca culpa en la formación del mito de la ausencia de España en las ideas y el estilo de Rodó. Ellos debieron estudiarlo, divulgarlo e incorporarlo de hecho, como ya lo está de derecho, al acervo de las letras peninsulares, de igual modo que hicieron con Darío; en vez de hacerle correr la misma suerte de otros grandes valores hispánicos nacidos en América —Bello y Montalvo, por ejemplo—, tan mal conocidos en la patria del idioma que ellos ilustraron más que muchos que en ella nacieron y de ella han recibido copiosa recompensa.

En todo caso, y sea la culpa de quien fuere, creo que ya es tiempo de poner las cosas en su sitio, y decir bien claro que el estilo de Rodó, lejos de ser algo extraño e inusitado en nuestra lengua, deriva de sus fuentes más puras, como que procede del mismo hontanar ibero de donde dimanar "El Libro de la Oración y Meditación" y los "Nombres de Cristo"; el elogio de la Edad de Oro y el discurso

sobre las armas y las letras; las oraciones de Castelar y la "Introducción a la Historia de las Ideas Estéticas en España". Y ya que he aludido a Menéndez y Pelayo, juzgo oportuno agregar que me parece descubrir cierta relación, no señalada por nadie, que yo sepa, hasta hoy —y este silencio corrobora lo dicho acerca de la parcialidad afrancesada— entre la manera, tanto crítica como formal, del autor de "Calderón y su Teatro" y la del autor de la magnífica carta sobre "La Raza de Caín" que en este epistolario se inserta.

Si no estuviera ya tan cansado, y no temiera tenerle a Ud. más cansado aún, le haría aquí una demostración, con ejemplos aclaratorios, de la influencia directa y visible de la literatura peninsular en el estilo y el lenguaje de Rodó. Quede para otra ocasión. Por ahora me interesa sólo dejar constancia de que he visto confirmado una vez más lo que vengo sosteniendo con insistencia desde hace tiempo; a saber: que no se puede ser grande ni mediano escritor en nuestra lengua, sin estar bien empujado en la lectura de los valores literarios de España, —los de hoy y los de siempre.

.....

No se queje ni murmure de mí por haberle escrito tan largo. Yo no sé hacerlo de otro modo, y Ud. en broma o en serio, está reclamando de continuo contra mi negligencia. Para desmentirle, y porque sentía la necesidad de desahogarme, le he lanzado esta epístola, pesada y voluminosa como un adoquín. Que pueda recibirla con entereza y leerla sin indigestarse son los deseos de su amigo.

O.

Viña del Mar, 19 de Setiembre de 1941.

A J. V. L.

1942

Dos cartas tuyas tengo yo hace tiempo por contestar, y en respuesta a ellas aquí va ahora lo que he ido yo escribiendo deshilvanadamente, interrumpido a veces por largos intervalos, solicitado al mismo tiempo por muchas otras atenciones y preocupaciones. No te extrañe, pues, si el tono vacila y la argumentación se desvía a ratos. Tuerto o derecho, no me siento con ánimo de rehacer y fundir de nuevo lo que así fué forjado.

Convencido estoy como tú de que "sobre el motivo de nuestra discusión no podremos ponernos nunca de acuerdo". En realidad las razones sólo sirven para explicar los sentimientos a quienes sienten de la misma suerte, a veces sin explicárselo, o por lo menos explicándose lo mal. Pero cuando las personas comienzan por sentir de un modo distinto por antagonismo de temperamento y de aspiraciones, los argumentos resultan inútiles, porque las palabras mismas de que cada uno se vale al expresarlos tienen para cada cual un contenido diferente en calidad, en peso y en extensión. Bien lo dice Pérez de Ayala en su Belarmino y Apolonio, por boca de Aligator, aquel estudiante —vitalicio como yo— a quien tal vez recuerdes: "Los santos, oralmente y en acción hablan un idioma distinto, que no entienden los que no son santos. Cada hombre que es una cosa de veras, habla un idioma distinto, que no entiende el que no es esa cosa, porque tiene alma distinta. El chalán habla su idioma, el contrabandista el suyo, el suyo también el político, y el artista, y el ferre-

tero, y el soldado y el dentista. El mundo es como una gran lonja llena de sordos que aspiran a verificar sus transacciones; todos gritan; hay un horrendo rebullicio; pero como no se oyen los unos a los otros, no se concluye ningún trato".

Sobre el punto preciso de nuestra divergencia, me parece ocioso decirte que yo nunca he rechazado en principio la idea de colaborar libremente en los diarios y revistas de Santiago o de cualquier otra parte. Al contrario, lo haré de buena gana cada vez que me sienta en disposición de hacerlo, es decir, cuando un tema se me imponga de modo tan imperioso que el darle expresión, aunque sea en la forma imperfecta de un artículo de periódico, signifique para mí un desahogo inexcusable. (Este fué el origen de unas glosas al Epistolario de Rodó que envié hace tiempo a Mario Garcés y que ojalá publique éste en alguna parte, cosa que por tratarse de una carta dirigida a él en respuesta a otra suya, no creo propio insinuarle yo mismo).

En cambio, el malgastar mi tiempo y mi actividad cerebral escribiendo, a plazo fijo, de mala gana y sólo en vista de la paga, premiosas gacetillas, cuando podría dar mejor empleo a ese tiempo y a esa actividad adquiriendo conocimientos que me habiliten para producir más tarde cosas de más aliento o más hondura, que por su índole o su extensión no pueden tener cabida en ninguno de nuestros diarios, esto sí que me parece terrible, hasta el extremo de mirarlo como el fracaso de todos mis sueños, desbaratados y reducidos a añicos por una cruel imposición de la necesidad, que, como tú dices, "tiene cara de hereje". (Y no olvides, puesto que de él hablamos, que si el hereje tiene mala cara, peor es todavía la que la Iglesia pone al hereje, o sea, para el caso, el gesto despectivo con que el

entendido recibe la producción chapucera e inconsistente del plumista ganapán que por doblérgarse a esa necesidad reduce a baratijas el metal de su ingenio).

En realidad yo no he pensado nunca en la abundancia, en la riqueza: me basta con la seguridad del pan, para hoy y para mañana. Al dedicarme a las letras —a conocerlas y, si es posible, a cultivarlas— hice yo previamente voto de humildad y voto de pobreza, como cumple a quien consagra su vida a esta suerte de insensata, aunque sedentaria, caballería. No diré que sean estos votos de realización sencilla y recompensa profícua, inmediata y lisonjera, que bien me sé que el desconocimiento y el menosprecio acompañan de ordinario al infeliz lunático que tiene la peregrina ocurrencia de llevarlos a la práctica en estas sociedades improvisadas, para las cuales la fortuna, los honores y el rango social constituyen los signos distintivos de la capacidad e importancia de las gentes. Y me guardaré también de decir que la estimación social sea cosa de poco momento. No; el ser que vive dentro de una sociedad —digamos todo ser humano, ya que Robinson Crusoe no alcanza a constituir una excepción— necesita de ella a lo menos para su felicidad más epidérmica. Pero no se trata ahora de esta felicidad burguesa, del *bienestar*, a que aludía Nietzsche en frase sarcástica: "Yo no busco la felicidad; sólo los ingleses la buscan; yo busco mi obra". Se trata de una felicidad más difícil y profunda, aquélla que se logra conquistando la alegría a golpes de dolor; la patética, la divina alegría beethoveniana.

Porque llega un momento en que no hay más remedio que elegir entre la estimación social y la estimación propia, basada en la realización de nosotros para nosotros, o sea, para nuestro ideal, que es lo que en nosotros tenemos de más auténticamente nuestro.

Qui que tu sois, ne suis-je point
Cette complaisance qui poind
Dans ton âme lorsqu'elle s'aime?
Je suis au fond de sa faveur
Cette inimitable saveur
Que tu ne trouves qu'a toi-même! (1)

Repito que esta constricción, esta reducción de nuestro ser social, este parcial renunciamiento que la necesidad de la opción nos impone, resulta doloroso y difícil de soportar con entereza; pero la dificultad sólo puede hacer desistir al que no sienta en los redaños del alma la mordedura persistente del ideal insatisfecho: ideal de saber o de crear, que al fin todo es lo mismo, y hay quien crea una obra objetiva y hay quien hace de sí su obra y creación. Por eso el que consagra la vida al ejercicio desinteresado de la inteligencia, sin otra mira cierta, sin otro fin inmediato que las satisfacciones que ello le procura, fuerza es que tenga temple de héroe y vocación de asceta —asceta viene del griego *asketes*, que vale decir “el que se ejercita”— para resistir airoso el asedio tenaz de los arteros demonios tentadores del espíritu: la ambición de la riqueza y la ambición del renombre fácil y brillante, con todos los regalos y todos los halagos que tales cosas procuran a quienes las poseen y disfrutan. ¿No dijo acaso el Apóstol que cuanto hay en el mundo puede reducirse a “concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y orgullo de la vida?”.

¡Tremenda, angustiosa lucha la del que intenta romper el triple cerco, sin cesar renovado, de este prepotente triunvirato de concupiscencias polimórficas! Pero el cuidado oye en el trance —aguijón y bálsamo a la vez— las

(1) Valéry, “Ebauche d'un serpent”.

palabras de Cristo, cuyo sentido místico y trascendente no nos impide descubrir también en ellas otro más próximo y temporal, aplicable a nuestro destino, y el de nuestro nombre sobre este inseguro y limitado planeta: "El que ama su vida la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará". Probemos sustituir la expresión *vida eterna* —para el caso demasiado presuntuosa— por *vida superior*, de alcance y finalidad más restringidos y circunscritos, y veremos cómo la sentencia evangélica viene a servir de justificación al mismo tiempo que a procurar aliento al pobre intelectual empedernido que, sin perder la lucidez y acuidad de su visión, se niega sin embargo, con viril estoicismo, a pactar y transigir con la implacable realidad circundante. Al igual que los versos en que la santa de Avila parafraseó, por modo insuperable y acaso involuntario las palabras del Maestro:

Hay que aventurar la vida,
que no hay quien mejor la gane
que quien la da por perdida.

Mucho me temo que todo esto te resulte un galimatías, o te sepa a pura divagación literaria, formada con residuos de lecturas, adheridos pegadizamente sobre mi natural genuino y espontáneo. Si tal crees, mal harías en creerlo, porque es lo cierto que estas ideas las pienso yo con tanta intensidad que mejor que decir que las pienso sería afirmar que las vivo con todo mi espíritu y mi cuerpo todo, pues como fuerza inmanente informan ellas mi ser entero, en la integridad de sus movimientos internos y externos, de manera que más que estar ellas en mí, soy yo quien está en ellas. Ahora, si las expreso en un tono que puede parecer retórico, tampoco es culpa mía: el acento escrito brota de adentro, como el timbre y las inflexiones de la

voz. Adoptar otro, en apariencia más natural, sería en mí tan falso como fingir una voz ajena o imitar la pronunciación más corriente que no es precisamente la mía propia. En realidad yo no conozco otra forma más segura de ser sincero conmigo mismo y con los demás, que ser siempre fiel a mi propio acento.

Bueno, puedes tú replicarme; si tú sientes y piensas así, ¿por qué entonces te afliges ante las duras materialidades de la vida? ¿Por qué te alarmas y te inquietas cuando baja la moneda y suben los alquileres y los consumos? ¿No hemos quedado en que la vida espiritual es capaz de suplirlo y llenarlo todo por sí sola? ¿Y no es justamente cuando las condiciones de la vida normal se hacen más difíciles, cuando es llegado el caso de poner en práctica ese ascetismo y ese heroísmo cotidiano de que has venido hablando con demasiada insistencia? Se te presenta la ocasión de probar de un modo efectivo que aborreces la vida —la vida del mundo, la vida de los sentidos— y tú tiendes hacia ella los brazos implorantes, suplicándole que no te abandone, que no se aleje de ti, que no se ponga fuera de tu alcance... El destino te ofrece una oportunidad única, inapreciable, de "aventurar la vida", y tú retrocedes espantado, clamando por la seguridad, por el bienestar... ¿En qué quedamos al fin? ¿Eres Don Quijote cabalgando ayuno por las yermas llanuras de Castilla, o eres Sancho Panza husmeando golosamente los calderos espumantes en las bodas de Camacho? ¿Eres de verdad un héroe y un asceta, o eres al contrario un cerdo famélico de la piara de Epicuro?

Voy a responder, paso a paso, a estas posibles objeciones. Ante todo —y disipemos así cualquier apariencia de hipocresía— yo no he querido hablar del heroísmo y el ascetismo como fines, sino tan sólo como medios, como ásperas exigencias que la mezquina realidad impone al es-

píritu en cambio de permitirle vivir de acuerdo con sus intenciones. En seguida —y ésta es otra dura, pero aun más ineludible imposición de la necesidad— el espíritu descansa sobre el cuerpo, vive con él en íntima dependencia, es condicionado por él, aunque a su turno le condicione y si el cuerpo flaquea porque la nutrición es exigua, flaqueará también el espíritu y no podrá cumplir adecuadamente sus funciones. Además, el trabajo de la mente, como el de las manos, se desenvuelve y realiza a través del tiempo y dentro del espacio. No es posible, por eso, que el tiempo —esa substancia tan preciosa por lo fugaz e irreformable que es nuestro tiempo— el tiempo que necesitamos para realizar nuestro ideal, nos lo cercenen, nos lo roben los cuidados pequeños, las deplorables “amenidades del diario vivir”, sobre todo del diario vivir de la casa de huéspedes, que más valdría llamar casa de mala vida.

“Creo que la verdadera elegancia —ha dicho Azorín— está no en el té de las cinco, sino en la meditación entre cuatro paredes blancas y desnudas”. Elegancia sencilla, elegancia humilde, franciscana elegancia, más no por eso tan fácil de lograr como a primera vista parece, querido y admirado maestro Azorín. Para meditar no basta “el cuarto propio” que reclamaba Virginia Woolf; no bastan las “cuatro paredes blancas y desnudas”. Es necesario también que ese cuarto propio pertenezca a una casa donde reine el silencio, el “maravilloso silencio” cervantino, el silencio amigo que prolonga y dilata los límites de nuestra habitación y pertenencia. La puerta, dócil y discreta, deberá defender celosamente nuestra intimidad de la presencia intempestiva del visitante importuno. Anchos ventanales bien orientados franquearán el paso a la luz clara que los ojos requieren para su actividad constante. Puro ha de ser el aire y tibia la temperatura que dominen adentro, pues una atmósfera viciada ofusca el entendimiento, y el calor estorba y

el frío entorpece el adecuado trabajo de la mente. Y luego hay que pensar en los muebles. ¿Hasta qué punto podrá el intelectual ascético y heroico desentenderse de los muebles, considerados no como ornamento, sino más bien como instrumentos de labor? El sillón Chesterfield y el escritorio americano, claro que no han de serle indispensables; pero su desasimiento de las cosas terrenales no llegará al extremo de hacerle prescindir aún de la humilde silla de esparto o la desnuda "mesa de pintado pino", destinada a sostener las cuartillas donde la meditación vaya vertiéndose, lenta o rápida, fácil o premiosa, diligente o remisa. Y aunque parezca lo contrario, no todos estos requisitos se reúnen fácilmente en cualquiera modesta casa de pupilos.

Mas, es del caso preguntarse, ¿hacía falta una demostración tan prolija? La casa donde more, la asistencia que en ella le dispensen, la vecindad y el ambiente que le circunden, tal vez a nadie aquí abajo podrá dejar menos indiferente que a ese ser hipersensible, de nervios siempre tensos por la vigilancia incesante del espíritu, que es el intelectual de mi referencia. Es verdad que la biblia de nuestro idioma "se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación"; pero ésta y otras excepciones gloriosas no bastan para negar la evidencia de la regla. Privilegio del genio es substraerse a las odiosas servidumbres que a los simples mortales nos encadenan; el organismo espiritual, como el organismo físico, no disponen en todos los hombres de iguales fuerzas de reacción y resistencia para escapar inmune de las adversidades del destino y la hostilidad del contorno; y, por otra parte, el mismo manco egregio proclama la constancia de la ley cuando agrega a continuación de la frase preinserta: "*El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que*

las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento''.

Al hablar del alimento y la morada, no hemos agotado por cierto la enunciación de las necesidades primarias a que el intelectual está sujeto y que constituyen el inevitable tributo que Ariel deberá, siempre y donde quiera, pagar a Calibán.

El intelectual, aun el mejor dispuesto a la privación ascética y más capaz de impavidez heroica; aun el más indiferente a los halagos y los desdenes del mundo, a sus lauros y olopeles, a sus caprichosas y a menudo enrevezadas jerarquías; aun el más ganoso de silencio y más hambriento de soledad, no puede, aunque se empeñe, pasar la vida recluso en altanera torre de marfil, o siquiera en breve minarete construido de cualquier otra materia más tosca y deleznable. La naturaleza y la organización de la vida —de la vida individual y de la vida colectiva— le impiden prescindir de la grey más allá de cierto límite, le obligan, más allá de su deseo, a rozarse con los demás hombres; y los hombres —y ¡ay! sobre todo las mujeres— por más que afirmen, hipócritamente, que el “hábito no hace al monje”, lo cierto es que cuando la ocasión se presente tratarán siempre al monje conforme al hábito que lleva puesto y no a lo que de su ser interno pueda mostrar a los turbios y entelados ojos de sus congéneres. El intelectual no llevará, pues, ropas bisuntas ni raídas, si no quiere que los otros hagan de él un estropajo, o le reduzcan a la aflictiva condición de aljofifa para fregar y bruñir las losas del suelo.

(Pero antes de dar remate a este capítulo para entrar en consideraciones de carácter más privado, importa abrir un paréntesis a fin de explicar el verdadero alcance que aquí tiene el nombre de *intelectual*, tan llevado y traído a lo largo de tan larga epístola. La explicación me parece

indispensable, tanto para definir mejor el concepto como para disipar toda apariencia de presunción de parte mía, ya que a falta de otro no he tenido más remedio que aplicarme yo mismo el zarandeado epíteto; el cual, —digámoslo de pasada— si en boca de muchos puede tener intención laudatoria, a mí me ha sonado siempre con cierto dejo peyorativo. La definición, junto con las reservas necesarias para este caso particular, me la proporcionará muy oportunamente José Ortega y Gasset. Dice, en efecto, el sutil ensayista: "El intelectual de que aquí se habla (1) no es el "escritor", ni el "hombre de ciencia", ni el "profesor", ni el "filósofo". Son todos éstos, nombres de oficios o profesiones, es decir, figuras sociales, perfiles públicos que el individuo adopta y que no garantizan lo más mínimo la autenticidad de una incoercible vocación intelectual en el hombre que los ejerce. Mas aquí se trata del Intelectual que lo es de verdad, cualquiera que sea su aparente y notoria ocupación. Ser intelectual no es cosa que tenga que ver con el yo social del hombre. No se es intelectual para los demás, con éste o el otro propósito, a fin de ganar dinero, de lucir, de sostenerse en el piélago proceloso de la colectividad. Se es intelectual para sí mismo, a pesar de sí mismo, contra sí mismo, irremediablemente". Y unos párrafos más adelante, completa Ortega y Gasset su definición con la reserva a que antes ha aludido y a la cual, personalmente, yo me acojo: "Sin embargo, no se presume que el intelectual es por fuerza muy inteligente. También en esto conviene evitar confusiones. Intelectual es el nombre de una vocación. (2). Talento es el nombre de una dote. Y aunque aqué-

(1) *El Intelectual y el Otro*, por José Ortega y Gasset, *La Nación* de Buenos Aires.

(2) *Vocación* procede del latín *vocatio*, que significa *llamado*. Y en los menesteres del espíritu, como en todos, no es letra huera la afirmación evangélica: "Muchos son los llamados y pocos los elegidos...". De ahí el distingo de Ortega y Gasset.

lla suele coincidir con ésta, hay ocasiones en que no van juntas. Se puede tener enérgica vocación y no tener talento. Se puede tener talento y ninguna vocación. Como es cuerdo ponerse en lo peor, casi todo lo que voy a decir del intelectual vale, aunque le supongamos lerdo...”).

Cerrado este paréntesis marginal y volviendo a lo mío, la conclusión de cuanto decía es obvia y disipa toda apariencia de contradicción en mi conducta y en mis palabras: si es indiscutible que para el ejercicio desinteresado o deportivo del espíritu se requiere —a menos de ser fakir o eremita de la Tebaida— el tener asegurado el mantenimiento, la habitación y el vestuario, nadie podrá demostrar en cambio que el ejercicio desinteresado del espíritu sea capaz de proveer a la oportuna satisfacción de estas necesidades. Yo, —intelectual estéril, más no inactivo— no he carecido hasta hoy de lo más indispensable, pero el valor de los consumos y el de los alquileres crece de día en día, mientras que mis entradas siguen siendo más o menos las mismas desde cuatro años a esta parte. Llegará entonces un momento en que aun para mantenerme en mi situación actual —ya lo he dicho, prácticamente inferior a la precedente— tendré que destinar lo mejor de mi tiempo y de mi esfuerzo no a nutrir, ejercitar y disciplinar la inteligencia como una pura actividad del espíritu, sino a ganarme la vida, es decir, en mi concepto, a perderla; a perderla para lo que la tengo yo destinada, o más bien para lo que ella misma, por fatal e irrevocable imperativo, me obliga a mí a destinarla. ¿Comprendes ahora que hay una lógica profunda y rigurosa en mis alarmas e inquietudes?

Para comprenderlo mejor, imagínate por un instante lo que sería de ti si para ganar tu sustento tuvieras que renunciar a cuanto constituye la razón de ser de tu vida: los afectos y expansiones de la familia y del hogar, unidos a los placeres, regalos y satisfacciones de todo orden a que

estás habituado, de tal modo que han concluído ellos por parecerte inseparables del hecho mismo de existir. Dime francamente, ¿no estimarías tú entonces que en realidad estabas haciendo un mal negocio y que a ese precio sólo el instinto ciego y animal de la propia conservación podía mantenerte asido a una existencia desprovista en tu sentir del más mínimo agrado y del más mínimo interés? Pues ésa viene a ser, *mutatis mutandis*, la existencia que a mí se me promete y que a ti, contemplada en mi caso y sentida en mi pellejo, —el pellejo ajeno siempre resulta resistente— te parece tan natural y llevadera. Y ten en cuenta que no se trata de identidad de goces ni de pérdidas, sino de una aproximada equivalencia, bien atendidos y estimados los gustos tuyos y los míos. Concretando más: todo lo que para ti significan las ternuras del hogar y la posición social y profesional; el radio perfecto y el automóvil de último modelo; la calefacción central y las tuberías de agua caliente en baños y lavabos; la buena mesa y el tabaco perfumado; el amplio diván y los sillones mullidos para la siesta; los trajes de tela inglesa y las camisas de marca Harrods; el libro o la revista llegados por el último correo y las encuadernaciones de tejuelos dorados sobre lomo de piel; todo lo que para ti representan esas dulzuras, esas voluptuosidades y esos refinamientos, todo eso tiene para mí su equivalencia en el goce de disponer ilimitadamente de mis horas para el estudio y la meditación, solitario y recoleto entre cuatro paredes blancas y desnudas. Y es esto —mi único bien— lo que estoy expuesto ahora a perder, de un día a otro.

¿Que mis amigos intelectuales se ilustran y escriben además regularmente, sin perjuicio de emplear parte de su tiempo en tareas remunerativas, a veces ajenas a las letras? El ejemplo de los otros no sirve mucho para resolver los propios problemas. Cada hombre es un caso indepen-

diente, personalísimo, con su temperamento, su educación y sus aspiraciones exclusivas e intransferibles. De los que tú me citas, uno, Hernán Díaz, se jubiló temprano de un empleo que, según confesión suya, muy poco le estorbaba, porque así y todo le estorbaba demasiado, y ahora está ya pensando en la mejor manera de zafarse de la crítica hebdomadaria y obligatoria, a pesar de que su aptitud innata, perfeccionada en más de veinte años de práctica, para la información rápida y esencial, unida a su destreza para eludir el asedio de los importunos y su relativa indiferencia ante la enemistad de los descontentos, le hacen la tarea menos difícil que a cualquier otro que en su lugar estuviese, no digo ya a mí, que no poseo ninguna de aquellas condiciones tuyas y padezco en cambio con terrible exageración las contrarias. Los demás que me nombras son ante todo periodistas, es decir, no hacen su obra, sino la del periódico que les encomienda y retribuye sus artículos, unos son también abogados, lo cual ayuda mucho a su labor periodística, que exige ciertos conocimientos de derecho, de economía, de ciencias sociales y políticas; otros sirven además empleos de bibliotecarios, en los cuales encuentran tiempo, material, y si es preciso, ayuda para sus empeños de cultura y sus trabajos de erudición.

Hablando claro, se me ocurre que si invocas estos ejemplos y me hablas de la necesidad de trabajar, en el sentido que tú entiendes la palabra, lo haces porque en el fondo me tienes por un incapaz y porque me crees todavía un grandísimo holgazán que en vano procura disimular su congénita proclividad a la pereza, madre y señora de todos los vicios. (Por lo demás, celebro que me lo dejes entender, pues así me proporcionas oportunidad de defenderme). En cuanto a lo primero, puede ser que tengas razón, y al fin y al cabo no soy yo el llamado a contradecirte; en cuanto a lo segundo, pienso que el empleo que hago de mi tiempo,

aunque no se traduzca en obras ni en dinero, en lo que llamas “algo efectivo”, basta en todo caso para justificarme y para permitirme afirmar que estás equivocado.

Y al llegar a este punto, es decir, al final de mi defensa, (es triste haber alcanzado la edad que tengo sintiéndome todavía en la obligación de explicar algo tan íntimo e inalienable como es el vivir conforme al temperamento que la naturaleza me dió y a las necesidades y aspiraciones que de él resultan); y al llegar a este punto, digo, vengo a caer en la cuenta de que hasta ahora no he hecho otra cosa que contradecir con los hechos las palabras de Pérez de Ayala que hacía yo mías al comienzo de esta disertación.

Convencido de la ineficacia de las razones para obtener que me comprendan los individuos de temperamento radicalmente antagónico —tú eres un extrovertido, yo un introvertido; según la clasificación de la moderna psicología— he gastado, empero, tiempo, papel y tinta, de un modo superabundante y alarmante, en acopiar razones destinadas en parte principal a procurar hacerme comprender mejor de ti. ¡Absurda, aunque humana, inconsecuencia! Sea mi excusa el haber querido, de una vez y para siempre, dejar en claro mi actitud ante la vida, en lo pasado y en lo porvenir, a fin de que quienes me juzgan conozcan los motivos que me inducen a obrar como obro y dejen por lo menos de atribuir mi conducta a capricho, abulia o irreflexiva indolencia. Y quién sabe también si un día —nada es imposible, al fin de cuentas— mis razones, depositadas en la subconsciencia, obren al cabo sobre tu espíritu y sobre el de otros que les son igualmente refractarios, como la simiente que guardada intacta en el fondo de la tumba del faraón vino a germinar cincuenta centurias más tarde; al ponerse en contacto con la tierra nutricia cuyo abrigo hasta entonces le fuera negado...

Mucho celebro que la novelita de Huxley te haya gustado tanto, y mucho más todavía, naturalmente, que la traducción que de ella hice la hayas encontrado buena, por lo menos en lo que respecta al castellano, que es de cuanto puedes dar fe. La verdad es que hay ahí más trabajo del que podría calcularse; un trabajo ingrato, a la pòstre, porque al leerla nadie pensará en el traductor, si no es para atribuirle posibles defectos que de ser reales bien pueden ser imputables al autor mismo; y, por la inversa, a nadie se le ocurrirá que el primero haya podido alguna vez corregir detalles descuidados en el texto original, como de hecho sucede.

En cada pormenor al parecer insignificante, pero que en realidad tiene su importancia, ¡cuánto afán que el lector no imagina siquiera mientras lee una traducción! Por ejemplo la palabra *alcove*, que figura al final —intraducible, en el episodio donde aparece, por nuestro solo nombre *alcoba*— me exigió algunas cavilaciones y no pocas consultas verbales y compulsas de diccionarios, hasta dar al fin, en la Enciclopedia Espasa, que no había podido procurarme al principio, con la traducción exacta, la cual resultó ser *alcoba de nicho*, expresión que concluí por adoptar, después de haber rechazado varias otras traducciones provisionales y aproximadas.

En cuanto a las dos frases a que aludes, veo, por lo que a ti te ha ocurrido, que esos cambios de tiempo y modos verbales desconciertan a lo menos, al lector, además de que en realidad resultan, si no incorrectos, poco elegantes. Esto me induce a modificar el pasaje en la siguiente forma: “De estar presente, le hubiese causado pena, asombro e indignación escuchar al viejo Bargioni, después de su primera entrevista, describir a Tonino como *il tipo del par-ruchiere napoletano*, el típico barbero napolitano. Y hubiera visto en seguida a la señora Bargioni responder con

un movimiento aprobatorio de cabeza a las palabras de su marido, refocilándose para sus adentros ante el escándalo inminente". En realidad yo me había limitado, en este caso, a seguir a la letra el texto inglés, como lo hizo también Ably, el traductor francés, sin detenerme a pensar tal vez en que ello pudiera originar confusiones: "*She would have been pained, indignant, and surprised to hear old Bargioni describing him, after their first meeting, as "il tipo del parruchiere napoletano" —the typical Neapolitan barber. Signora Bargioni shook her head over the approaching scandal and was secretly delighted*".

En la otra frase de la misma página trece ("El joven *equivalía para ella uno de esos segundones...*, etc.), es evidente que la copista ha omitido una *a.*

Y gracias por estas observaciones tuyas que de tanta utilidad me han sido.

Ya que estoy en el camino de las modificaciones, te ruego introduzcas también estas otras, que me ha sugerido el examen hecho al azar de uno que otro pasaje del manuscrito. En la frase italiana trascrita poco antes, debe decir *napoletano* y no *napolitano* como tengo yo escrito aquí y como es posible aparezca en la copia que te entregué. En la misma página, líneas más arriba, pon "estudios humanísticos" en vez de "*de humanidades*". Unos párrafos más atrás (inútil indicarte la página, porque las del manuscrito no corresponden, como es lógico a las de la copia dactilográfica), me gustaría que este otro lugar quedara así: "¡Aquel traje gris, aquella corbata color de laván-dula, esos botines fríos de cabritilla blanca y cuero acha-rolado, imposible figurarse nada más estupendo!".

Más adelante de todo lo anterior, después de la página trece, cuando se describe la tempestad, desviándome ligeramente del original en interés de una mayor elegancia expresiva, creo conveniente cambiar la palabra salta-

ban, que figura dos veces y corresponde, más o menos, en su significado, al original inglés (leap out), por la palabra danzaban, con lo cual el pasaje quedaría así: "Con el alma llena de aprensiones y zozobras —las tinieblas siempre le infundían pavor— sentóse a la ventana y se puso a contemplar las negras colinas que danzaban sobre el fondo de plata; danzaban y morían".

Como ves, tus advertencias me han servido tanto por ellas mismas, cuanto por las modificaciones que me han movido a introducir en otros pasajes; modificaciones enteramente fortuitas, es cierto, pues de ponerme a revisar todo el manuscrito, quién sabe cuántas otras me sentiría tentado a hacer.

Pidiéndote me excuses por haberte hecho malgastar el tiempo en la lectura de este disparatado esperpento, se despide tu hermano.

O.

Viña del Mar, Enero de 1942.

A M. G. S.

1942

.....

La carta de Ud. me revela que su herida sigue siempre abierta; que los sutiles y delicados tejidos del alma no han conseguido todavía reconstituirse, a pesar de lo que va transcurrido y de las atenciones de orden práctico que debieran naturalmente distraerle un poco de los insistentes y dolorosos pensamientos que le embargan. El golpe en realidad ha sido tremendo, por lo súbito y por lo recio, y le ha sorprendido a Ud. indefenso, porque su piel, formada en el tibio ambiente de la dicha, no había tenido lugar de

curtirse batallando con la adversidad, a la crudeza de la intemperie. Yo comprendo íntimamente su dolor, lo respeto y lo admiro, con la admiración que siempre me despierta todo lo que es grande y todo lo que es sincero. ¿Sería posible dirigirle aún alguna palabra de consuelo que lograra su objeto, y no suscitara, simplemente, en Ud., la misma explicable impaciencia que le provocan otras por el estilo, escuchadas cien veces de labios de personas piadosas y corteses? Desde luego no lo creo, y por eso me guardaré mucho de hacerlo. Pero esto no quiere decir que no existan esas palabras de vida. Afine Ud. el oído y las escuchará dentro de Ud. Surgirán de sus sentimientos entrañables y de sus creencias ancestrales, o, en último término de la reflexión estoica, familiar a nuestro espíritu español, encarnado en las máximas de Séneca y en los soliloquios de Unamuno. Oiga Ud. esas voces. No se aferre a la desesperación, porque con ella no podrá Ud. seguir viviendo, y es de eso, justamente, de lo que se trata: de cumplir bien este duro oficio de ser viviente, de cumplirlo hasta su término, que a nosotros no nos cumple fijar ni anticipar. No conviene cultivar el dolor, por más sagrada que sea la causa que lo origina. Nuestra lealtad para con los muertos debemos demostrarla, más que en llorarlos, en continuarlos. Y que su recuerdo sea el de su vida, no el de su muerte, y que su presencia en el pensamiento llegue a suplir, por viva y por actual, la irremediable ausencia corpórea. Ojalá que su madre haya encontrado también al fin la conformidad que tanto necesita.

.....
Un abrazo muy estrecho de su amigo.

O.

Viña del Mar, 26 de Abril de 1942.

A. H. L. J.

1942

Mil gracias por el envío de su libro y por la dedicatoria tan amable y lisonjera que Ud. le ha puesto. El amor a las letras —un amor absorbente y diría yo innato, herencia tal vez de mis mayores que a ellas se consagraron—, y el haber dedicado a la lectura las mejores horas de mi vida, no bastan para conferir autoridad alguna a mi juicio, ni menos para hacerme acreedor a ninguna suerte de homenaje. Claro que no incurriré en la candidez de tomar sus palabras al pie de la letra. Yo sé que ellas traducen más que todo el aprecio con que sus padres corresponden el afecto sincero que yo les profeso, y reflejan también las muestras de respetuosa deferencia con que los jóvenes quieren compensar a los que ya no lo somos por la pérdida de ese “divino tesoro” de que en cambio disfrutaban ellos con envidiable y gozosa prodigalidad. La bondad de la intención y la gentileza de la expresión concluyen por hacernos excusar, y aún agradecer, el que así nos recuerden la más irremediable y la más lamentable de nuestras desdichas...

Me acuerdo de haberle conocido a Ud. en Burdeos, hace doce años, en casa de sus padres, cuya cariñosa hospitalidad no podré olvidar nunca. Era Ud. un niño en aquella época, un *lycéen*, como allá dicen, en el que seguramente apuntaba ya la vocación literaria que trajo Ud. en la sangre y que luego acentuó, sin duda, el ejemplo vivo del hogar y acaso la primera educación recibida en la amable tierra de Francia, que ha sido y confío que seguirá siéndolo, cuando logre salir airoso de la dura prueba

por que hoy atraviesa, el centro acogedor e irradiador de la literatura europea. Burdeos, donde transcurrieron algunos años de su infancia, encierra para mí un encanto singular: en ella vieron la luz dos escritores contemporáneos que me inspiran la admiración más viva y el reconocimiento más entrañable, por los muchos deleites y enseñanzas que en sus páginas he recogido: Jacques Rivière, cuya "Correspondencia" ejemplar tengo siempre a la mano, y François Mauriac, que me ha hecho sentir con tanta intensidad la atmósfera tensa, cargada de pasión contenida que se agita en el seno de la quieta ciudad provincial y sopla como viento abrasador entre los pinares de la ardiente landa bordelesa.

Tengo —Ud. bien lo ve— muchos motivos para interesarme por la lectura de su libro. Se trata, en primer lugar, de las primicias de un joven que se asoma a las letras con simpática impaciencia; luego, ese joven lleva un nombre que le acredita de antemano y le dispone juntamente a mi amistad. Y por si esto no fuera bastante, algo hay, ya lo he dicho, en su infancia, que me hace asociarle a mis recuerdos vividos y también a mis recuerdos soñados, aquéllos que se desprenden, puros y esenciales, de las obras con que hemos alimentado nuestro espíritu en los años mozos.

Una porfiada crisis de asma me tiene ahora prisionera la atención y el ánimo abatido. Espero liberarla y reanilarlo al influjo de su fresca y estimulante juventud.

Transmita Ud. a sus padres un efusivo saludo de mi parte, y juzgue Ud. ahora si no tengo títulos suficientes para decirme desde luego su amigo afectísimo.

O.

Viña del Mar. 22 de Junio de 1942.

A M. G. S.

1942

En mi carta última le prometí responder a las insinuaciones literarias que la suya contiene, y allá va ahora ésta para demostrarle que cumplo mi palabra, aunque sea faltando con ello a mi propia consigna de no escribir en adelante sino cartas breves y familiares.

Ha pasado ya a ser una costumbre cuando de Huxley se habla, el censurarle lo que llaman su cerebralismo, el reprocharle su excesiva lucidez, como si en la lucidez pudiera haber exceso, el decir que todo en su obra está calculado conforme a un plan y en vista de un efecto, de una finalidad, de un designio claramente formulados y fríamente realizados. Cuando leo u oigo decir esto, no puedo menos de plantearme ciertas preguntas a las que no podré dar aquí la contestación que reclaman y que me conformaré con soslayar de pasada.

Ante todo: ¿sería posible, humanamente hablando, crear una obra de arte en semejantes condiciones, parecidas a las de un experimento químico, en las cuales las imprevistas y libérrimas reacciones del pensamiento y de la sensibilidad en el acto creador, no están contempladas para nada, lo mismo que sus inhibiciones, también imprevisibles? Desde luego contesto que no. A lo sumo podrá hablarse de una mayor o menor intervención de la inteligencia en comparación con la obra de otros artistas.

En seguida: ¿hasta qué punto este juicio tan sumario y simplista no es más bien la expresión de un prejuicio, creado o alimentado por el mismo Huxley, aunque ello, a primera vista parezca inverosímil, por razones de orden

puramente literario, porque a eso lo obligaban las leyes de la ficción novelesca? En efecto, entre los personajes de "Contrapunto" —bien lo ha visto Ud.— hay un novelista, Phillip Quarles, que aparece ahí en función de novelista, proyectando una novela y hablando largo de sí mismo y de sus propósitos artísticos. Ahora bien: este personaje se asemeja al autor como un hermano mellizo en las líneas generales del carácter, del temperamento, hasta en alguna circunstancia de su vida, según he leído por ahí: ambos son lisiados y esto produce en los dos repercusiones psicológicas de índole moral. Indicada esta pista por el propio escritor, nada más fácil ni más natural, entonces, que atribuir a Huxley *todo* lo que éste dice de Quarles, y tal como lo dice, identificándole con él, hasta el extremo de ver a Huxley a través de Phillip Quarles, más bien que a Quarles a través de Aldous Huxley, como sería lo justo. Nada más natural, he dicho; nada más aventurado, o mejor, nada más erróneo, agregaré ahora, que esta cómoda y precipitada identificación. Phillip Quarles, aunque muy inteligente, peca de indiscreto y habla a menudo en forma demasiado categórica, desentendiéndose de gradaciones y restricciones.

Por ejemplo, tiene la mala costumbre de hablar así, cuando se refiere a sus proyectos literarios: "What I want to do is...". En seguida precisa enumerativamente, y agrega: "That's what I want to get in this book". ¿Qué más se quieren los críticos que tomarse de sus palabras y afirmar que en Huxley *todo* es deliberado?

Y al definir el talento de Quarles como novelista, dice Huxley: "He could manage the complications as well as anyone. But when it came to simplicities, he lacked the talent —that talent which is of the heart, no less than of the head, of the feelings, the sympathies, the intuitions, no less than of the analytical understanding. The heart, he said

to himself. Perccive ye not, neither understand? have ye your heart yet hardened? No heart, not understanding". El lector, el crítico, que desde un comienzo han identificado al autor con el personaje, verán aquí una confesión, contrita, pero explícita y terminante: Huxley declara que es un cerebral, sin corazón y ya lo sabemos: a confesión de parte, relevo de prueba.

La cosa, sin embargo, no me parece a mí tan sencilla, porque yo comienzo por rechazar esa ecuación Huxley - Quarles en que se basa todo este alegato.

Hay que proceder con más cautela. No es posible encerrar en fórmulas la definición de un temperamento, cuando se trata no ya de entes de ficción, como Phillip Quarles, sino de seres de carne y hueso, como Aldous Huxley. Por eso las palabras con que el novelista define a su personaje, no pueden, en rigor, aplicársele a aquél en toda su integridad, al pie de la letra. Las criaturas de ficción son siempre —exceptuando acaso y hasta cierto punto las de Dostoiewsky— simplificaciones, esquemas más o menos escuetos, más o menos detallados, de una realidad mucho más compleja, cambiante, contradictoria e inaprensible que la que ellos encarnan, fijando y delimitando la substancia proteica y movediza del ser auténtico. Por eso si Huxley mismo ha pretendido definirse por medio de un personaje de novela, —aún siendo ella la menos novelesca de todas— podemos estar seguros de que si no se ha falseado, cuando menos se ha mutilado. La obra de arte, cosa conclusa, no puede abarcar el devenir. Y toda conciencia, toda personalidad se mueve en este devenir

O.

Viña del Mar, Agosto de 1942.

A M. G. S.

1942

Me parece un síntoma inequívoco de salud moral el que vuelvan a interesarle a Ud. los libros. La traducción castellana de "Contrapunto", es en efecto harto deficiente desde el punto de vista del lenguaje y del estilo, pero —yo la he comparado con el original— no puede negarse que salva con fortuna no pocas de las dificultades que al traductor se presentan. En cuanto a la clave, hay acuerdo para reconocer a Lawrence en Rampion. De los otros personajes nada sé e ignoraba que se hubiera creído ver entre ellos a esa encantadora mujer que fué Catalina Mansfield. Yo no recuerdo, entre las mujeres que ahí están, ninguna que se le parezca, a lo menos tal como ella se revela en sus cartas. Y ya que está Ud. por estas novelas que podríamos llamar de la vida intelectual, ¿no se ha sentido tentado todavía a leer "Les Faux Monnayeurs" de André Gide? Es por el estilo. Con clave también: Edward = Gide, Robert de Pas-sevent = Jean Cocteau, Paul Ambroyse = Paul Ambroise Valéry.

"El Origen deportivo del Estado" se halla en el tomo VII de "El Espectador". Es allí donde se encuentra, como remate de una larga y hermosa tirada, esta bellísima invocación que con justo motivo entusiasmo a nuestro amigo Alfredo, buen catador de mostos verbales: "¡Serenos Pan capriforme, que en la tarde declinante tañe la zampoña divina y su mágico son suscita resonancias en todas las cosas; se estremece la fuente y la hoja; tiembla el astro y danzan los chivos rufos en la linde del bosque!".

¿Se fija Ud. en que la unidad de este período reside sólo en la idea —la repercusión de la flauta pánica—, en tanto que los incisos, sin nexos gramaticales que los enlacen, aparecen, si se atiende sólo a la letra, como divorciados e independientes los unos de los otros? Así, donde dice: "...tañe la zampoña divina y su mágico son suscita", etc., la unidad gramatical se habría establecido escribiendo: "...la zampoña divina, cuyo mágico son", etc. Después de la frase "suscita resonancias en todas las cosas", los dos puntos (:) habrían indicado mejor que el punto y coma, que cuanto viene en seguida es la enumeración de los efectos —las "resonancias"— suscitadas "en todas las cosas" por el "mágico son" de la zampoña. Naturalmente que con rigor gramatical o sin él, sueltas o eslabonadas, las frases transcritas encierran una armonía musical y una magnificencia pagana en la evocación plástica, que hacen de ellas algo así como el equivalente en la prosa de los soberbios alejandrinos del "Responso" rubeniano. Pero las copiadas son sólo algunos acordes culminantes de la vasta sinfonía de que forman parte, y es dentro de ella, incorporadas a lo que las precede y en lo que las sigue, como pueden apreciarse en toda su belleza. No le agrego el trozo del caballo de bronce, porque me alargaría demasiado, y limitarme a entresacar algunas frases, sería para hacerlas desmerecer. Todo lo cual no significa, por cierto, que no esté dispuesto a hacer lo primero con el mayor gusto y la mejor voluntad, para el caso de que no encuentre Ud. el volumen.

.....
..... y crea en el aprecio de su amigo

O.

Viña del Mar, 6 de Agosto de 1942.

A M. G. S.

1942

Por cierto que no le participo ninguna novedad si comienzo por decirle que *Atenea* me ha devuelto impresa, últimamente, la extensa carta —mi *magna carta*, como Hernán dice con mucha gracia— que hace un año envié a Ud. manuscrita.

No deja de ser curiosa la odisea que ha corrido mi zarrandeada epístola. Un día cualquiera, llevado sólo por una inveterada afición a las correspondencias y diarios íntimos, me puse a leer de punta a cabo y detenidamente el *Epistolario* de José Enrique Rodó, que andaba desde mucho tiempo abandonado entre mis libros y que hasta entonces apenas había recorrido a la ligera. Encontré ahí cosas que me interesaron de tal modo —todo lo que se refiere al método de trabajo del escritor, a sus ambiciones literarias, a su filiación intelectual, a la valoración que él hacía de su propia obra— que no pude resistir al deseo de exhibirlas y comentarlas. Como debía dar respuesta a una carta de Ud., y sé lo que a Ud. le preocupan las apreciaciones de la crítica y las intimidaciones del oficio literario, aproveché la ocasión para endilgarle algunas citas del opúsculo, acompañadas de un comentario marginal destinado sobre todo a poner en evidencia ciertas cosas que tengo empeño en dejar bien establecidas; cuales son las que se refieren a la cultura española de Rodó y a las raíces castellanas de su prosa, cosas ambas desconocidas u olvidadas por los que se obstinan en asignarle una filiación exclusivamente francesa. En el camino, a medida que escribía, fui dándome cuenta de que esto que comenzó por ser un simple desahogo ín-

timo podía tener también algún interés para el público letrado, y, ya con la mira de la publicidad, me apliqué a darle una forma más o menos presentable. Meses más tarde, cuando mi carta no había sido aún entregada a la imprenta, me enteré por la prensa de que este año se conmemoraba el vigésimo quinto aniversario del fallecimiento de Rodó; y luego, de que existía el proyecto de erigirle una estatua en uno de los paseos de Santiago. Corrieron todavía varios meses, y al fin, cuando mi carta vió la luz, la publicación vino tan a pelo que coincidió con la colocación de la primera piedra del monumento en presencia del Canciller uruguayo y de representantes de nuestro país. Así, los que la vean ahora impresa creerán que me la dictó esta actualidad pública, protocolaria y oficial, siendo que en realidad respondió a una actualidad bien distinta, a una actualidad íntima, espiritual y cordial, de mi particular incumbencia, y por consiguiente del todo ajena a efemérides y conmemoraciones en que nunca había pensado y que no podía naturalmente prever. Ya lo ve Ud.: hay aquí una extraña coincidencia, parecida a otras que frecuentemente me ocurren, y que autorizarían a pensar en telepatía y presentimiento si la casualidad se nos antojase una explicación demasiado fácil y simplista.

Pero noto que poco a poco y sin querer, en vez de seguir adelante, he tomado la vía digresiva, cuando mi propósito se limitaba a decirle que ya conozco la publicación hecha por *Atenea*, publicación en la cual participó Ud. de un modo tan activo y eficaz, que no me canso de darle por ello mis agradecimientos más sinceros y efusivos. Como quizá habrá tenido Ud. oportunidad de advertirlo, no dejaron de filtrarse algunas erratas que parecen aconsejarnos desecharse en adelante la pretensión de que nuestros originales sean reproducidos alguna vez con exactitud en letras de molde.

La cuestión gramatical que Ud. me suscita no me ha tomado de nuevo, en realidad, pues mucho tiempo ha me la tenía planteada yo mismo. En más de una oportunidad me previno mi padre contra ese uso que Ud. llama *vicioso*, y yo me abstuve un tiempo de emplear esa forma verbal en el caso en cuestión; ante todo, la verdad sea dicha, por no seguir a los periodistas y redactores ocasionales de manifiestos, discursos y declaraciones de carácter político, que tanto la han rebajado y vulgarizado entre nosotros. Aplicando la atención, me di cuenta luego de que en Castilla—cuna y norma del idioma— los estilistas más refinados no se privan de usarla, y de que aun hay entre ellos quienes le muestran preferencia, con lo que han venido a darle legitimidad y comunicarle elegancia, mal que les pese a los gramáticos que le enseñan los dientes y refunfunan contra ella. (Pronto veremos que existen innegables, y a veces inefables, razones de eufonía, que nos aconsejan ver en este uso algo más que un simple capricho de la moda). Ejemplos tan autorizados concluyeron por hacerme abandonar la cerrada prevención que contra la aludida desinencia abrigaba, hasta llegar a escribirla yo mismo en ocasiones, como Ud. me lo indica, cuidando, eso sí, de no prodigarla del modo que en nuestra prensa diaria se acostumbra.

Dejando de lado ahora mi propio caso, que ninguna importancia tiene, excepto para mí, voy a contestar por lo sucinto las afirmaciones o insinuaciones tuyas concernientes al problema gramatical que Ud. me plantea con cierto airecillo socarrón de “¡Aquí te he pillado, tachador de *voquibles*!”.

En primer lugar, no se trata del “futuro hipotético o condicional con sentido de pretérito”, como Ud. dice, sino de la forma *-ara*, *-era* del pretérito imperfecto de subjuntivo, con valor de pretérito pluscuamperfecto (antecopretérito) de indicativo. (Así, cuando yo digo “donde brotara”,

“de que antes hablara”, me refiero naturalmente a un tiempo anterior, y quiero decir “había brotado”, “había hablado”).

En su *Crítica Profana*, Julio Casares aborda de este modo la cuestión, ocupándose de Valle-Inclán: “También merece aplauso, a mi juicio, la supresión de la forma en *ra* del imperfecto de subjuntivo, empleada pródigamente en la primera redacción de *Femeninas* en lugar del pluscuamperfecto de indicativo (1), licencia tolerada por algunos gramáticos, o del perfecto del mismo (2), incorrección condenada por todos”. Y al pie de la página, respondiendo a las llamadas que indican los números puestos entre paréntesis, vienen las siguientes notas: (1) “Yo miro —dice Bello— este empleo de la forma en *ra* como un arcaísmo que debe evitarse, porque tiende a producir confusión”. (*Gramática*, pág. 189). Cejador lo entiende de otro modo: “En esta acepción han vuelto a resucitarlo modernamente y no lo tengo sino por muy loable”. (*La Lengua de Cervantes*. I, pág. 256).

“(2) Bello (pág. 190, nota) dice que es “una arbitrariedad licenciosa”. También lo reprueba Cejador (loc. cit., 256).

A continuación del párrafo, relativo a Valle-Inclán, exhibe Casares, en testimonio de su aserto, algunas frases del escritor gallego correspondientes a sendas versiones distintas, y agrega en seguida: “Yo creo que estas correcciones eran de toda urgencia y que no basta la autoridad de Meléndez ni el ejemplo de los antiguos romances, para que se tolere esta confusión de formas, muy común entre asturianos y gallegos, que repugna a nuestro oído y contribuye a aumentar el desbarajuste, ya lastimoso, que se advierte en el empleo del subjuntivo”.

La Real Academia se muestra en cambio mucho más indulgente que el severo Aristarco matritense. Comienza,

en efecto, el docto instituto por darnos en su *Gramática* la siguiente explicación histórica, que lleva envuelta a mi juicio, una absolución para el pecado contra el cual pronuncia anatema su vigente y vigilante Secretario Perpetuo: "La forma en *-ra* procede del pluscuamperfecto de indicativo latino, cuya significación conservó en castellano hasta el siglo XVII, en que cayó en desuso, pero no del todo, pues se halla también alguna vez con dicho valor en escritores del siglo XVIII; v. gr.: "Entendió que el su saber non le tenía pro, pues que non *usara* dél". (*Calila y Dimna*, Introducción), donde vemos *usara* equivalente a *había usado*. Asimismo en Jovellanos: "A la mitad del siglo la paz había ya restituído el sosiego que no *conociera* jamás, y a cuyo influjo empezó a crecer y prosperar". (*Informe sobre la Ley Agraria*); y modernamente lo usan también algunos; v. gr.:

..... Van dos jinetes
 La romana campiña atravesando:
 Don Luis Chacón es uno; su escudero
 Gaspar el otro; aquel que le *adiestrara*
 En manejar la rienda y el acero".

(*M. del Palacio, Poesías*, pág. 229).

Más adelante añade la Academia esta nota: "Es censurable el abuso que modernamente se hace de esta forma, pues hay autores que la emplean casi constantemente por el pluscuamperfecto de indicativo, y hasta por el pretérito indefinido, con lo cual confunden dos tiempos que tienen ya su uso bien determinado. Así leemos en una novela publicada hace poco: "Filósofos y poetas habían intentado definirla (la belleza), y ninguno *lograra* hacerlo a gusto de los demás, porque en la misma definición que *hicieran*

entrara siempre la parte subjetiva, o sea el modo de ser de cada uno". Y en otra parte: "Una vez resuelto su viaje, fuera al *Diario Universal*, donde trabajaba hacía seis años, a despedirse". (*Real Academia Española*, "Gramática de la Lengua Española", 1924, pág. 295 - 97).

Por donde puede ver Ud. que este empleo tiene un abolengo por demás ilustre, como que procede del latín y se encuentra a menudo en los clásicos y en el Romancero; que hoy en día no sólo se usa, sino que se abusa de esta forma en España; y, finalmente, que la Academia se limita a condenar *el abuso* —que consiste en emplearla *casi constantemente* y aún a destiempo, como en el absurdo caso del ejemplo extraído de aquella novela innominada— autorizando tácitamente, de este modo el uso discreto y oportuno.

En cambio, entre los autores que yo he consultado, o de cuyas opiniones tengo referencia indirecta, los que más intransigentes se revelan en este asunto son —¿quién lo hubiera dicho?— dos gramáticos que se distinguen de ordinario por la extrema amplitud y modernidad de su criterio: Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña: "Las formas en *-ara*, *-era* —dicen éstos en el segundo curso de su *Gramática Castellana*— tienen todavía otro tercer empleo: el de pretérito pluscuamperfecto de indicativo. "El adiós que *diera*" quiere decir "el adiós que le había dado"; "el día en que *partiera* de su hogar quiere decir "el día en que *había partido* de su hogar". Este empleo, que se explica porque en latín estas formas correspondían realmente al pluscuamperfecto, y que era normal en épocas pasadas, sobrevive ahora como afectación, y en general lo evitan los mejores escritores y hasta los poetas, a pesar de que el lenguaje poético ha conservado mayor número de formas arcaicas que la prosa. Todavía es mayor error emplear es-

tas formas del subjuntivo con valor de simple pretérito de indicativo: "Se ha confirmado la noticia que este diario diera".

Intransigencia que contrasta con la imprevista liberalidad de Baralt, por lo común de un purismo tan exagerado: "En su *Diccionario de Galicismos* dice Rafael M. Baralt que Jovellanos prodiga sobremanera este giro en que se sustituye el pretérito imperfecto de subjuntivo terminado en *ra* al pluscuamperfecto de indicativo; que los únicos casos en que conviene emplearle es cuando "evita el desagradable sonsonete de varios pretéritos agudos repetidos en corto intervalo", o cuando "viene bien cierta sobria novedad en el discurso". (No teniendo a mano el libro de Baralt, copio esta referencia de *L'Espagnol par les textes*, por G. Delpy et A. Viñas, pág. 43).

Como Ud. habrá observado, el primer requisito señalado por el lexicógrafo venezolano: evitar el sonsonete de los agudos, parece abrir puerta franca aun a la substitución del perfecto de indicativo por el giro de nuestra referencia —v. gr. *cantara* por *cantó*, *leyera* por *leí*— cosa condenada por todas las otras autoridades; y la segunda condición —el que este giro aporte "cierta sobria novedad en el discurso"— deja al arbitrio de cada cual, a su oído, a su gusto, a su sensibilidad, el empleo de la tan discutida forma, lo que me place sobremanera, pues me permite acogermeme a esta franquicia para justificar las expresiones tildadas de viciosas por usted.

En cuanto a lo aseverado por Alonso y Henríquez Ureña, de que "este empleo... normal en épocas pasadas, sobrevive como afectación, y en general lo evitan los mejores escritores y hasta los poetas", puede Ud. juzgar de su efectividad por las frases que van a continuación, entresacadas de mis lecturas o relecturas de estos últimos días.

Las de la Pardo Bazán se encuentran en el manual de Del-py y Viñas, *L'Espagnol par les textes*, de donde he copiado también el extracto de Baralt reproducido y comentado más arriba.

"El había penetrado más adentro que nadie en la si-ma y galería pavorosa del Pico Sacro; él *visitara* en toda su extensión los subterráneos de las torres de Altamira". (*Emilia Pardo Bazán*, "*Pascual López*").

"Ni menos *oyera* yo jamás que el diamante se halla-se, no solamente en el Brasil, etc"... No *leyera* tampoco las consejas e historias que corren acerca de los diamantes de fama, etc.". (*Pardo Bazán*, *Ibid*).

"Todos los lancheros se habían ido ya; solamente el viejo tío Lucas, que por la mañana *se estropeará* un pie al subir una barrica a un carretón y que, aunque cojín co-jeando, había trabajado todo el día, estaba sentado en una piedra, y, con la pipa en la boca, veía triste el mar". (*Rubén Darío — Azul...*, pág. 20, primera edición, Valparaíso, 1888). Darío evitó con la forma en *-ra* agregar un parti-cipio en *ado* (*estropeado*) a los dos que figuran en las escasas líneas trascritas: *trabajado*, *sentado*. Saavedra Mo-lina y Erwin K. Mapes comentan en nota de su edición crítica de las *Obras escogidas de Rubén Darío publicadas en Chile*, tomo I, pág. 235: "... se estropeará un pie". "Ar-caísmo: se *había estropeado* un pie, usado en literatura desde mucho antes del advenimiento de Darío, pero muy generalizado desde entonces".

Las frases siguientes pertenecen todas a un breve ar-tículo de menos de dos columnas de extensión, suscrito por Azorín y publicado en 1939 por *La Prensa* de Buenos Aires bajo el título de *La Vida es Sueño*: "El laboratorio de que Micael *hablara* a Antonio, era una espaciosa cuadra subte-rránea...".

“No había nacido en España el joven. No *estuviera* en España nunca...”.

“Nunca *sintiera* más profundo placer espiritual...”.

“A la misma hora el viejecito que la *reconociera*, viejecito que es muy leído, se pregunta también a sí propio, etc.”.

En otro artículo de Azorín, “El doctor Recio de Agüero”, publicado en el mismo periódico bonaerense con fecha 1.º de diciembre de 1940, encontramos estas otras: “Si la *Imitación* tiene un subido valor psicológico, lo debe a este atesoramiento de experiencia que el autor *hiciera*. Y pudo hacerla, gracias a los trances diversos y angustiosos en que se *hallara*. ¡Ah, él no hubiera querido muchas veces estar entre los hombres!”. (En esta última oración, *hubiera*, está en cambio, desempeñando su función normal de pretérito imperfecto de subjuntivo, como lo habrá Ud. advertido).

Antonio Machado dice en su bellísima poesía *Retrato*, que figura al frente de *Campos de Castilla*:

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera (1)
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la *blandiera*,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Finalmente, no deja de tener cierto sabor paradójico el encontrar por dos veces, a distancia de pocas líneas, el giro impugnado, en un artículo de don Niceto Alcalá Zamora, de la Academia Española, acerca de cómo se forma el Diccionario de la Lengua; artículo en el cual se revelan interesantes pormenores del trabajo interno de la corporación.

(1) Uso ortodoxo, próximo aquí también al uso discutido.

"El ya enorme multiplicando se aumenta por el considerable multiplicador que van representando las distintas revisiones, y que está constituido no solamente por la definición que en cada una de aquéllas prevaleciera..., etc.". "...las respectivas cédulas de autoridades, o sea pasajes de buenos autores *que emplearan* la palabra en cualquiera de sus acepciones". (Leoplán de Buenos Aires, 19 de agosto, 1942).

No está de más observar que de la procedencia regional de los escritores aquí nombrados por haber hecho uso de la susodicha forma, nada puede deducirse en apoyo de la afirmación de Casares de que ésta sea cosa de gallegos y astures, pues si bien es cierto que Jovellanos nació en Asturias y la Pardo y Valle-Inclán en Galicia, en cambio Meléndez es extremeño, Manuel del Palacio catalán de Lérida, Azorín valenciano, nicaragüense Darío y andaluces Machado y Alcalá Zamora.

Después de esta copiosa demostración y ante las opiniones condenatorias, de algunos gramáticos citados precedentemente, juzgo oportuno recordar estas afirmaciones de Paul Claudel: "La faute grammaticale est le plus souvent le remède a une faute euphonique..." "Les grands écrivains n'ont pas été faits pour subir la loi des grammairiens, mais pour imposer la leur, et non seulement leur volonté, mais leur caprice". (Proposiciones que conviene tener presentes, pero que no pueden ciertamente acogerse sin cautela ni divulgarse sin peligro, pues a la primera cabría argüir que el escritor que domina los recursos de su oficio evita la cacofonía sin caer en la falta gramatical; y a la segunda, que si damos carta blanca al gran escritor para imponer sus leyes y sus caprichos, autorizamos al mismo tiempo al escritorzuelo para que, atribuyéndose una grandeza basada sólo en vana presunción, divulgue como leyes

los absurdos caprichos que su ignorancia y su mal gusto le dicten y aconsejen).

Y basta ya de gramatiquerías, que aun quedan en el tintero algunas consultas tuyas. El artículo de Gide consagrado a Charles Louis Philippe se encuentra en *Prétex-tes* o en *Nouveaux Prétex-tes*. Entiendo que Gourmont en su *Livre des Masques* ha tratado también de él. Creo asimismo tener más de un opúsculo sobre Philippe. Los pongo a la disposición de Ud., lo mismo que los libros de Gide y Gourmont. Estos últimos se encuentran en mi despacho, dentro de los anaqueles situados sobre la cabecera del diván. Los opúsculos de que le hablo deben de encontrarse en los anaqueles destinados a la crítica, a la izquierda o al fondo, conforme se entra. (Le doy estas indicaciones por si quiere dirigirse a mi hermana con el fin de buscarlos, la que le dará gustosa las facilidades del caso). Tengo idea de que Ventura García Calderón publicó en *La Revista de América*, por los años 12, 13 o 14 —se trata de la revista que los García Calderón dirigían en París por aquella fecha— un artículo sobre Philippe, seguido de trozos selectos e ilustrado con uno o varios retratos del escritor francés. Busque, rebusque y aparte todo lo que quiera. Puede ser que en estas rebuscas tropiece con un libro de Archambault (?) relativo a los jóvenes maestros de la literatura católica (Massis, Mauriac, Rivière, si mal no recuerdo) que le vendría muy bien a Jorge Prat, quien prepara una conferencia acerca de Mauriac. Se trata de un libro en 4.º, editado por Bloud y Gay, y lleva una cubierta de color pardo. Probablemente se encuentra en los anaqueles grandes de abajo, o en mi segunda biblioteca. Tengo dos ejemplares, a falta de uno, de un libro de Francisco Agustí, *Ramón Pérez de Ayala, su vida y su obra*. Lo he pedido muchas veces y nunca me lo han hallado. Quién sabe si

Ud. anda con mejor suerte, y de paso, mientras persigue su caza, tiene ocasión de derribar esta pieza para mí.

Bueno, mi querido Mario, perdone tanta lata y tanta menudencia insubstancial y crea siempre en el afecto de su amigo.

O.

Viña del Mar, 22 de Octubre de 1942.

P.S. Escrito lo anterior acabo de encontrarme con un caso más en apoyo de mi tesis. Se lo copio, porque conviene estén representadas, en lo posible, todas las promociones literarias de España, con el objeto de probar, a mayor abundamiento, la universalidad del uso antedicho en el solar de nuestro idioma. El ejemplo que ahora nuestro pertenece a uno de los corifeos del movimiento vanguardista que ha sucedido al modernismo y postmodernismo rubenianos: "Detalle curioso para la historia del tema es que los cinco renglones en prosa que consagra (Darío) al cisne en "Acuarela", son luego versificados en "Blasón"; en la poesía conserva el poeta las metáforas y la adjetivación mismas que inventara para la descripción del cuento", etc. (Pedro Salinas, "El cisne y el buho". "Revista Iberoamericana", Méjico, abril de 1940).

A J. V. L.

1943

En carta a mamá y Lucha, de la semana pasada, y que pertenece también a ustedes, hablo extensamente de nuestra luna de miel en Quilpué y de la vida que más tarde he-

mos hecho aquí. Me excusarás que no repita lo que en ella digo, ni entre tampoco en consideraciones de carácter más o menos psicológico y de aspecto más o menos literario, que tal vez todos esperan de mí, pero que no me siento movido a escribir por el momento, sin perjuicio de estarlas haciendo *in mente* a cada rato, porque eso constituye en mí una segunda naturaleza; a menos de que sea ella la primera y más espontánea, como tengo motivos para creerlo.

No ceso de recordar, en medio de la felicidad de que ahora disfruto, lo que tú me decías hace poco: "ojalá este matrimonio lo hubieras realizado diez años antes".

¡Cuántas amarguras, cuántas angustias y zozobras me hubiese evitado así! Es verdad que tampoco habría así conocido esa dura escuela del dolor, de la soledad y la necesidad, que ayuda a templar el carácter y enseña a soportar con resignación tantas cosas inevitables que la vida nos reserva. Y quizá mi dicha presente no habría tenido un sabor tan gustoso sin el contraste de los sinsabores que la precedieron. En todo caso, desde el primer día de nuestra vida matrimonial pude darme clara cuenta de que lo que más falta me había hecho hasta hoy era una compañera como la que he encontrado. Y cada hora que pasa esta convicción no hace sino reforzarse y confirmarse.

O.

Viña del Mar, 12 de Abril de 1943.

A H. D. A.

1944

...Pero basta ya de enfermedades, a Dios gracias pasajeras y volvamos a la literatura, esa peligrosa enfermedad que nos es común, exquisita a menudo, incómoda a ratos y, con tales caracteres de cronicidad en nosotros, que no nos permite abrigar la más mínima esperanza de mejoría.

¡Qué fino, qué delicioso artículo el que Ud. dedicó al "Ortega y Gasset" del P. Joaquín Iriarte! Sinceramente, no creo que nadie, aquí ni fuera de aquí, sería capaz de escribir sobre ese tema algo por el estilo. Fruto de discernimiento sensible, de medida perfecta, de gracia intencionada, de desenvuelta elegancia en el pensar y en el decir. El análisis de la cita inicial es de una agudeza extraordinaria, lo mismo que el paralelo que le sigue entre el ensayista español y Renan, citado también con tanta oportunidad. Probablemente la "Introducción metódica", de la cual el jesuita entresaca el párrafo que comienza: "Los libros de Renan me acompañan desde la niñez...", pertenece al hermoso ensayo consagrado por Ortega al autor de la "Vida de Jesús en personas, obras, cosas...", libro donde se encuentra el juicio sobre A. M. D. G. a que Ud. se refiere igualmente. Es el ensayo aquél, si no me equivoco, uno de los primeros del maestro, y lo leí hace mucho tiempo, allá en mi remota adolescencia. Lástima que no lo tuviera Ud. a la vista al escribir su artículo, ni yo lo tenga a mi alcance ahora para releerlo y comentarlo. Creo que ha sido reimpresso en "Mocedades" (Colec. Austral, Espasa Calpe, Argentina), especie de segunda edición de "Personas, obras, cosas...".

Los elogios que me inspira su crítica no significan, por cierto, que yo suscriba cuanto Ud. insinúa en sus interrogaciones finales: "El filósofo ¿es un filósofo? Su sistema perspectivista ¿puede considerarse un sistema? Este comentador de tantos diarios y revistas ¿ha escrito alguna obra sintética, grande, total?". Ventura García Calderón —prematuramente, en 1915, cuando Ortega sólo había publicado "Meditaciones del Quijote", "En la Verbena de Madrid"— y José María Salaverría, con mayor fundamento que aquél, la primera serie de sus "Retratos", habían consignado ya reservas o restricciones parecidas a las aquí implícitas.

La verdad, no me parece tan claro que sólo pueda ser incluido en la categoría de filósofo el escritor que dé a su pensamiento la estructura metódica y cabal de un sistema, como Ud. lo sugiere en esas preguntas y lo reitera en su bellísima "Crónica" más reciente, al hablar del libro sobre Unamuno, de Ferrater Mora. Me bastaría un sólo ejemplo para poner en duda tal opinión, que es, lo reconozco, la más generalizada. Me refiero al caso de Nietzsche. Nietzsche —usted lo sabe— no escribió tampoco ninguna obra "sintética, grande, total", en el sentido que Ud. lo entiende. Disperso, desorganizado, su pensamiento, pulula fragmentario en algunos ensayos e innumerables sentencias, anotaciones, parábolas y cantos referentes a todo lo humano y sobrehumano. Poeta y disociador de ideas, suelen definirlo por ello con justeza ciertos acotadores, sin que esta definición de aspecto restrictivo haya logrado excluirle del área de la filosofía. ¿Cuándo fué recinto murado el jardín de Academo? Lejos de eso: no conozco todavía ningún compendio de las ideas filosóficas ordenado cronológicamente —desde la sumarisima "iniciación" de Faguet hasta la "Historia" de Fouillée, bastante extensa dentro de sus límites forzosos— que no incluya en su panorama al lúcido

visionario de Sils María. Y es que los conceptos diseminados por Nietzsche con la mano inquieta y presurosa del sembrador que teme le sorprenda la noche apenas promediada su faena, hallaron luego exégetas agudos, espíritus sistemáticos capaces de infundirles concordante organización, latente sólo, en estado virtual o embrionario, en la desordenada producción del filósofo.

Uno de esos exégetas, el amable Faguet, que dista mucho de ser un devoto del frenético Zaratustra, declara con su ecuanimidad acostumbrada: "Está lleno de contradicciones, que Fouillée ha recogido muy finamente, pero que, como el mismo Fouillée ha reconocido, son todas solubles y todas estaban resueltas, más o menos precisamente, en el espíritu de Nietzsche". (Leyendo a Nietzsche, edición de "La España Moderna", pág. 223).

Ocioso me parece advertirle que no trato de establecer equivalencias inoportunas, si bien se me antoja, mi querido Alone, que un crítico sin prevenciones, un intérprete sagaz y animado de clarividente simpatía, podría hacer otro tanto con el fertilísimo material ideológico del "Espectador". Pero este crítico desprevenido, este intérprete comprensivo y perspicaz, no será, de seguro, el R. P. Joaquín Iriarte, S. J., ni su "abrazo mortal de boa constrictor", se me figura el más adecuado para abrazar el pensamiento fluente, multiforme y ubicuo de José Ortega y Gasset.

Mientras llega ese metódico y fervoroso arquitecto — ¿Fernando Vela? ¿Ferrater Mora?— bastará echar una rápida ojeada a la obra de Ortega para convencerse de que unas cuantas ideas fundamentales rigen y organizan por modo tácito esa profusa, aparente dispersión. Y como no quiero que vaya a pensar Ud. que se trata de un aserto gratuito, voy a enumerarle en seguida algunos de estos temas centrales del repertorio orteguiano. Advirtiéndole que, todos, o casi todos los pasajes a que aludo más adelante los

conservaba asociados en la memoria, sin ningún fin inmediato, y si ahora he vuelto a los textos ha sido sólo en busca de mayor certeza y precisión.

La esencia de "La Deshumanización del Arte" (1925) —el arte como mera actividad deportiva— se encuentra primero, ajena aún al fenómeno vanguardista, todavía en ciernes en "Musicalia", ensayo de "El Espectador" (N.º III, 1921) y posteriormente en "El tema de nuestro tiempo" (1928; pág. 131-136); la teoría de la pluralidad de los imperativos morales, según los diferentes fines propuestos, fué enunciada al pasar en "Estética en el tranvía" ("El Espectador" N.º I, 1916) reaparece en "Conversación en el "golf" o la idea del "dharma" ("El Espectador", N.º IV, 1925) y es desenvuelta y aplicada concretamente en "Mirabeau o el político"; el trágico conflicto entre la necesidad excluyente de la opción y la apetencia de una disponibilidad constante, preñada de virtuales realizaciones, planteado en "Tierras de Castilla" ("El Espectador", I, 1916), reaparece varios lustros más tarde en "Goethe desde dentro" (1933); por fin, la doctrina perspectivista, eje de la filosofía orteguiana, expuesta detenidamente en "El tema de nuestro tiempo" (oposición entre la razón pura y la razón vital; respuesta conjunta al problema del conocimiento y al problema de Dios, identificado con la realidad absoluta, "símbolo del torrente vital") la doctrina del punto de vista, fué formulada por el autor en sus primeras lecciones universitarias (1913) y tres años después en "Verdad y Perspectiva" ("El Espectador", I, 1916), como él mismo cuida de advertirlo y cualquiera lo puede comprobar. (La advertencia termina con estas frases que vale la pena copiar: "En la introducción a mi primer "Espectador", aparecido en enero de 1915, cuando aún no se había publicado nada sobre la teoría general de la relatividad, exponía yo brevemente esta doctrina perspectivista, dándole una amplitud que

trasciende de la física y abarca toda la realidad. Hago esta advertencia para mostrar hasta qué punto es un signo de los tiempos esta pareja manera de pensar". ("El tema de nuestro tiempo", pág. 229-230). A mayor abundamiento, tengo sobre mi mesa el número VIII (febrero, 1924) de la "Revista de Occidente", cuyo sumario ostenta en primer término: "José Ortega y Gasset — Sobre el punto de vista en las artes".

¿No opina Ud., mi querido Hernán, que todo esto autoriza suficientemente para creer en la continuidad esencial del ideario de Ortega y en sus dilatadas proyecciones? En cuanto a la importancia del perspectivismo en el mundo filosófico, no soy yo —viajero presuroso e ignorante del idioma— quien pueda permitirme un dictamen personal; pero a falta de este juicio propio no creo aventurado decir mas, que algo implica en su abono el que un gran maestro alemán de filosofía, cuyo nombre olvido y que Fernando Vela designa, en un artículo escrito hace tiempo, haya destinado todo un curso a su exposición y comentario; como tampoco carece de significación el que Robert Ernst Curtius lo invoque complacido cuando intenta desentrañar el sentido último de la obra de Marcel Proust.

De todos modos, el libro del P. Iriarte parece ser sobremanera estimulante, ya que le movió a Ud. a escribir un artículo admirable, y a mí, que no lo conozco ni por las tapas, me ha obligado indirectamente a refrescar antiguas lecturas y a confirmar y definir una opinión hasta hoy incierta; cosa esta última, que si para los demás —lo comprendo demasiado— no tiene interés alguno, lo tiene en cambio grandísimo —hay que comprenderlo también— para su viejo e invariable amigo.

O.

Viña del Mar, 1944.

A M. G. S.

1945

Muy agradecidos quedamos, Inés y yo, a su amable saludo de Pascua y Año Nuevo, el cual nos prueba, por lo menos, que nos tiene Ud. presentes en su recuerdo, cosa que nos halaga muchísimo.

En cambio las celebraciones a que la gente se entrega en estos días me han parecido siempre absurdas, y cuando llego a participar en ellas lo hago a mi pesar y con duelo en el alma. Porque, no me diga Ud., eso de la Pascua no es, francamente, para ponerse uno como unas pascuas, sobre todo a las alturas de la vida que yo alcanzo. A mí, las fiestas rituales, repetidas con periódica regularidad, me hacen sentir, en forma todavía más aguda que de ordinario, el angustioso transcurso del tiempo. Hago un balance de mi vida; sumo, resto, y el resultado es invariablemente desastroso. ¡Ah el maleficio de la Nochebuena! En el viejo cantar español se resume todo su amargo significado:

La Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va;
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

Del Año Nuevo más valdría no hablar. El nombre mismo con que se le designa alude directamente al tiempo roedor: *el año*, singular de los años, cosa tremenda; *nuevo*, opuesto a viejo, caduco, digamos mejor muerto. ¿Cómo puede alegrarnos que sobrevenga un año nuevo, cuando su propia novedad nos envejece y nos destruye? Créame, yo

he considerado desde niño, la del Año Nuevo, una fecha luctuosa, al estilo del cumpleaños, que muchos celebran recibiendo regalos y ofreciendo una mesa bien servida, y yo oculto con vergüenza y procuro borrar de la memoria, como una afrenta. Un año más, es decir, un año menos... ¿Piensa Ud., de veras, que es para echar las campanas a vuelo, reventar petardos, encender luces de Bengala y abrazarse con efusión, cual si hubiésemos obtenido una victoria decisiva? ¡Valiente victoria nuestra, la victoria del tiempo sobre nuestra pobre humanidad indefensa!

En uno de estos días de forzosa recapitulación, y de ineludibles inventarios sentimentales, debió escribir Charles Lamo aquel pequeño poema desgarrador, "The old familiar faces", al cual pertenecen estas estrofas, de una ternura y una melancolía indecibles:

Friend of my bosom, thou more than a brother
Why were not thou born in my father's dwelling?
So might we talk of the old familiar faces.

For some they have died, and some they have left me,
And some are taken from me; all are departed;
All, all are gone, the old familiar faces.

O.

Viña del Mar, 1.º de Enero de 1945.

II

Crítica literaria, apuntes íntimos, artículos y divagaciones

A través de mis gafas.

Preludio

1918

Perfiles de "El Indomable".

"...El alma de las nuevas generaciones, agitándose en la suprema necesidad de la confidencia, ha vuelto a hallar encanto en la contemplación de sus intimidades, ha vuelto a hablar de sí, ha restaurado en su imperio el *yo* proscrito por los que no quisieron ver "sino lo que está del lado de fuera de los ojos"; triste reclusa que se resarce en el día del asueto del mutismo prolongado de su soledad".

J. E. RODÓ.

1918

Escribir "al correr de la pluma" se considera corrientemente como la condición necesaria para escribir con sinceridad. Y la verdad puede ser más bien lo contrario. Para expresar nuestra verdad profunda debemos, en primer término, concentrarnos. Lo que acude primero a nuestro pensamiento no es lo que mejor nos revela, es lo que está más próximo, en la periferia de la conciencia. Suele ser sólo lo

que hemos recibido de fuera y conservamos intacto, adherido a las paredes del yo, que no lo ha digerido, que no lo ha incorporado a su propia substancia. Para extraer lo más nuestro de nosotros mismos es indispensable una operación de sondaje y un análisis detenido de lo que atraemos hacia la superficie. Queda todavía la operación más delicada: la forma, la expresión de esos sentimientos o de esas ideas que hemos reconocido como nuestras manifestaciones más íntimas, más recónditas. Y para esto no nos servirán tanto las palabras que primero nos acuden, atraídas por la costumbre, reunidas por atracción recíproca, casi mecánica, sino aquéllas que hayamos buscado en un exigente afán de abrazar la totalidad de nuestro pensamiento, de reflejarlo con sus matices más indiscernibles. Y así concluimos en la paradoja que la espontaneidad en la expresión es la antítesis de la sinceridad profunda, consciente y verdadera.

Límites de lo poético.

"Belleza no quiere decir ornamento, sino armonía y adecuación de cada de la cosa a su destino".

EUGENIO D'ORS.

Víctor Hugo se jactaba de haber calado el gorro frigio a la poesía; el modernismo de habla española puede vanagloriarse de haber substituído la túnica de lino por la democrática americana, como traje de diario, en el estilo y vocabulario poéticos.

Ya no hay temas vulgares, frases burguesas o palabras plebeyas. Porcelana o arcilla son materias igualmente aptas para la obra bella: todo depende de la pericia del modelador y de *la oportunidad* con que se emplea una u otra.

Así, un postre aderezado con crema de Chantilly, sentaría mal servido en cacharro de greda de Talagante y el valdiviano criollo no estaría bien presentado en una fuente de porcelana de Sevres.

La innovación en la indumentaria poética, que señalábamos más arriba, merece parabienes: la delicadeza y transparencia del lino disonarían en ciertos ambientes que un miope convencionalismo mantenía cerrados para la poesía. Al transitar por el arroyo se expondría, quien portara semejante traje a recibir las salpicaduras del lodo lanzado por las ruedas de los vehículos.

O.

¡Ah, qué profundo conocimiento de la naturaleza de nuestros actos supone el precepto cristiano: "No juzguéis"! ¿En nombre de qué fundar nuestro juicio sobre los demás? ¿Y con qué antecedentes?

En nombre de una moral admitida sin examen, basada en la obscura conciencia utilitaria de la especie, formada por la mayoría y para la mayoría de los hombres. Cuando ella no se opone a nuestros instintos la acatamos sin esfuerzo y exigimos de todos el mismo acatamiento, suponiéndolo tan fácil para ellos como para nosotros y midiendo —sin darnos cuenta— el rigor de la obligación por nuestra espontánea facilidad para acatarla. Creemos obedecer a una ley externa y no hacemos más que obedecer a la ley de nuestro propio temperamento. Consideramos un mérito de nuestra libre y recta voluntad lo que no pasa de ser una fatalidad de nuestro destino inmanente. Llamamos natural lo que es propio de nuestra naturaleza, sobre todo si ésta coincide con la del mayor número, y antinatural lo que es propio de la naturaleza de los otros, por lo menos cuando éstos constituyen una minoría.

¡Y qué fácil es arreglar las vidas ajenas! ¡Qué claramente indicado el derrotero de su felicidad y el norte de sus obligaciones! “La felicidad está en el equilibrio”, dicen. Muy bien. Pero para encontrar este equilibrio, cuando no se le posee, es necesario buscarlo, y buscándolo caemos a veces en un desequilibrio mayor. Y cualquiera se explica el error del enfermo que cansado de una posición, busca otra, que le resulta todavía más incómoda. Lo que al considerar las acciones corrientes nos parece de la más sencilla evidencia, nos parece casuística, sutileza y artificio cuando se trata de apreciar otras que hemos convenido en considerar como trascendentales.

“Ama a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo”. Todo el énfasis embustero del primer imperativo se disuelve en la humana sinceridad del segundo. ¿Podría el hombre preferir algo a su yo? Sólo el misticismo subvierte en apariencia estos valores y traslada el centro de gravitación de dentro hacia afuera, de sí mismo a la idea o criatura que absorbe la voluntad egoísta. Místico era pues el amor de Poe cuando decía:

My mother —my mother, who died early,
Was but the mother of myself, but you
Are mother to the one I loved so dearly,
And thus are dearer than the mother I knew
By that infinity with which my wife
Was dearer to my soul than its soul-life.

¿Pero era en realidad Virginia el ser que Poe amaba así, infinitamente más que la vida de su propia alma? ¿No era más bien una criatura de su alma, esencia de su misma substancia? ¿No son eso también las ideas que los hombres creen que los arrastran desde fuera y hacia afuera, cuando no pasan de ser la proyección de ellos mismos, subs-

tancia del sujeto que cuaja en forma de objeto? El amor de aspecto más desinteresado no es sino el yo que se desdobla y adora su propia creación, vida de su vida.

.1940.

Duérmete, niño mío,
que viene el Coco
a llevarse a los niños
que duermen poco.

Cantar español, canción de cuna. "El Cuco, apunta mi padre, ni mata ni se come a los niños, sino que "se los lleva".

Yo fuí un triste niño insomne, y el Coco, claro, me llevó lejos, fuera de la realidad de los demás niños. Y ahí me he quedado, fuera de la realidad de los demás hombres.

La lluvia plantaba en el campo sus varillas de cristal...

O.

Poco importa, en el arte, que otros nos hayan precedido en el camino que recorreremos y que vayamos hollando sus huellas; lo importante es que la emoción del paisaje sea nuestra emoción y no un simple eco de la de los que nos han precedido.

O.

La soledad me pone triste, no porque estoy solo; sino porque estoy solo con mi tristeza.

O.

El hallazgo de algunos autores —Proust, Valéry— ha agregado para mí, precio a la vida.

O.

Primera página de un diario íntimo inconcluso.

1919

Sueño intranquilo, como el de todas las últimas noches; con intervalos indecisos, en que la conciencia va desvaneciéndose en una penumbra donde se confunden lo real y lo soñado.

Me afligen los mismos pensamientos absurdos que en la vigilia llegarían a constituir tenaz obsesión si no los repeliere la voluntad alerta. Desasosiego nervioso...; representaciones sensuales...; sensación angustiosa.

Y va flotando en un limbo el fantasma que acaricia la imaginación, desde la infancia: una dulce compañera, a la vez pícara e ingenua, como una colegiala; comprensiva, juiciosa, pero con gracias y mimos de adolescente.

Fantasma que en vez de robustecerse e ir adquiriendo cuerpo, ahora que la vida se me va poniendo seria, no hace más que esfumarse paulatinamente. Y como a medida que me acerco distingo con mayor claridad su condición ilusoria, igual a la de todas mis visiones juveniles: aptitudes sobresalientes, fama, bienestar, prefiero torcer la vista, desprenderlo de la mente antes que arraigue y sea más dolorosa la amputación.

Renunciar; anticiparse a abdicar la corona presuntiva; resignarse en hipótesis para evitarle a la vida el trabajo de desencantarnos con la brutal evidencia del hecho irremediable: eso es sabiduría.

Sobre la mesa tengo un libro: "Los Sueños son Vida...", tal vez, pero únicamente aquéllos que ponemos en las nubes, los que se conforman con persistir en su condición de meros sueños inasibles, los que no ambicionan realizarse; creaturas de nuestro espíritu, nacidas de una complicidad tácita entre la fantasía y la voluntad.

Así los poetas se alimentan de sus bellas mentiras, porque, como ellos mismos las han situado en un plano inextenso, allende el tiempo y el espacio, no abrigan la pretensión insensata de trasladarlas a este mundo encadenado a la esclavitud de las leyes concretas e ineludibles.

Es fácil consolarse de *que no sea lo que no puede ser*, por imposibilidad metafísica. La tristeza más honda reside en *aquello que pudo ser y no fué*.

¿Era imprudente la ubicación dada por Jehová al árbol de fruto aromático y reluciente, puesto al alcance de la mano de nuestros primeros padres, tan golosos y antojadizos como El los hiciera?

¿Quién osaría pensarlo? Asistido de su omnipreciencia estaba cuando concibió la idea; su voluntad infalible y omnipotente la ejecutó. ¿A qué inquirir? entonces; sobre todo, ¿por qué dolerse? “¿El lo quiso, El lo quiso!”, digamos parodiando a los cruzados. Todo fué porque *no pudo ser* de otro modo.

En cambio, ¿con cuánta razón reprendemos a los abuelos paradisiacos por esa gula y esa desobediencia, cuyos resultados seguimos soportando sus descendientes, es lo peor, “sin comerlo ni beberlo”. Es que ellos *podieron ser* continentes y no lo fueron.

¡Ah, el pasado, cómo nos cierra el horizonte! Los errores pretéritos, productos de acción o de omisión, quedan gravitando sobre la existencia entera y ponen un cerco infranqueable a las inútiles voliciones con que pretendamos rectificarlos.

Cerco tejido por los que nos precedieron al transmitirnos, junto con la vida física, su patrimonio psíquico; cerco tejido por nosotros, inconscientes o pusilánimes; cerco tejido por las circunstancias, que nos aherrojaron tal vez en un momento de culpable abdicación, posiblemente a despecho de nuestro esfuerzo; cerco denso, tupido, recio, que opri-

mirá, quién sabe, a los que nazcan bajo nuestro influjo letal, sin que les sea dado oponerle otra cosa que plañidos, blasfemias o imprecaciones. ¿Contra quién clamar entonces? ¿Contra la Providencia, por lerda o por injusta? ¿Contra nosotros, culpables de torpeza suicida? ¿Contra el Destino, ciego, inconsciente? No urge establecer las responsabilidades. Culpable o víctima, la pena recae siempre sobre el hombre; ¡sobre él, a menudo simple instrumento pasivo de una suerte amasada sin su intervención!

Jueves 22 de Enero de 1919.

“Poetas de Hispanoamérica”

por E. SOLAR CORREA.

Buen conocedor del desarrollo histórico de la literatura de nuestra lengua desde sus ingenuos, deliciosos balbuceos primitivos, hasta sus refinadas y complejas formas modernas; fino cultor de las letras, dotado de gusto seguro y de sagaz sentido crítico, pocos tan aptos como Eduardo Solar Correa para llevar a feliz término una obra como la que nos ocupa. Ya sus textos de enseñanza nos habían revelado estas cualidades suyas, a pesar de la índole impersonal y de las forzadas limitaciones de los trabajos de este género. En la antología últimamente publicada, el señor Solar Correa ha dispuesto de un marco menos estrecho para desenvolverse, si bien el carácter de vulgarización que ella tiene, sus dimensiones reducidas para la amplitud del asunto, y las proporciones que se ha obligado a guardar, le han impedido darnos toda la medida de sus facultades.

Los autores están distribuidos en tres grupos, que corresponden a otros tantos períodos literarios: Clásicos (1810-

1840); Románticos (1840-1888); y Modernos (1886-1926). Al frente de cada uno de estos períodos, el señor Solar ha escrito un prólogo claro y compendioso, donde señala con singular acierto los caracteres estéticos y psicológicos —harto complejos— que distinguen a las diversas escuelas, e indica las causas históricas —nada fáciles de precisar— que determinan esas diferencias. Como lo dice en el prefacio, ha querido dar representación a los principales países de la América española, en lo posible dentro de cada época. De ahí que haya incluido a algunos poetas que sólo tienen importancia dentro de su patria, pero cuyo valor absoluto apenas alcanza el nivel de la mediocridad. Por eso hay en esta antología un buen número de páginas que distan mucho de ser “páginas de antología”, según la frase consagrada.

Los versos de nuestros viejos neo-clásicos —valga la paradoja del calificativo, indispensable para distinguir a estos poetas, de los neo-clásicos actuales—; los versos de nuestros viejos neo-clásicos, decimos, tienen mucho más de la oratoria que de la poesía. Son para gritados a voz en cuello ante un anfiteatro desbordante, extendido el brazo, la mano convulsa en ademán tribunicio. Leídos en silencio, descubren a cada momento sus flaquezas; su hueca retórica, su fatigoso énfasis, su prosaica expresión. Sin embargo, hay en sus reminiscencias de los grandes modelos clásicos, griegos, latinos y españoles, un sabor de humanismo que halaga el gusto de los que paladeamos el amable jugo de los néctares antiguos. Así, en “La Victoria de Junín” descubrimos, confundida con las toscas pezuñas de los cuadrúpedos americanos, la huella firme, leve y armoniosa de la sandalia de Homero. Y en la silva “A la agricultura de la zona tórrida” encontramos, junto a frecuentes desfallecimientos prosaicos, versos exquisitos, de un refinamiento verbal que no volveremos a hallar en nuestra poesía, entre-

gada a la improvisación, hasta el advenimiento de Rubén Darío, quien, con su maestría de artífice, nos lo devolverá remozado y libre de toda escoria. Tiene el verso de Bello un acento de arcaica elegancia, en el que alcanzamos a percibir algo como un rumor de la flauta virgiliana, cuando no oímos la voz grave del autor de la "Epístola Moral". Cerca de Olmedo, Bello y Heredia, la respetable matrona doña Mercedes Marín del Solar se nos antoja una honesta dama de antaño presidiendo discretamente una tertulia de próceres.

Si en la poesía del período que acabamos de contemplar, el arte aparecía sólo como un reflejo fugaz, en la del período romántico se eclipsa totalmente. Tienen tal vez, los versos románticos un acento más sincero, cierto temblor en la voz, un calor de intimidad desconocido hasta entonces, pero todo esto rebajado a la anécdota casera, declamatoria o pedestre. Maitín, para desahogar el dolor que le causa la pérdida de su esposa, se encara con una flor que ha brotado de una planta por ella sembrada, y la increpa con ademanes descompuestos:

¡Oh!,
encierra, encierra,
planta inútil, tardía,
tu vástago otra vez bajo de tierra;
la que buscas aquí ya es sombra fría.

Y sigue así, reprendiendo y amenazando con vaticinios siniestros "a la pobre y gentil adormidera" que, temerosa y avergonzada, habrá doblado su tallo sin explicarse tan atrabiliario desquite. Gutiérrez González, herido por la misma desgracia, incurre en el mismo pecado de ramplona sen-

siblería (estos rimadores enterraban a sus mujeres con paletadas de ripio):

Soñé que allí mis hijos y mi Julia...
 ¡Basta!, las penas tienen su pudor,
 y nombres hay que nunca se pronuncian
 sin que tiemble de lágrimas la voz.

Todo esto será muy respetable, pero es muy malo. Nada falta en esta estrofa para completar su efecto de acabada vulgaridad: ni el nombre propio impertinentemente mencionado, ni la reticencia expresada con puntos suspensivos, ni la exclamación teatral, ni los lugares comunes sentenciosos.

No andan más afortunados estos declamadores cuando quieren dar la nota sencilla, realista, familiar. Caen en la puerilidad zonza —tan distinta de la divina puerilidad del poeta— o en la ordinariez plebeya. El mismo Gutiérrez González, en un largo poema descriptivo, semi-dialectal, muy celebrado en su tiempo, tiene versos como éste, que Paul Valéry no vacilaría en calificar de *poesía pura*:

Medio cuarto de dulce *melcochudo*.

Y esta estrofa final, que suspendería al señor abate Bremond en inefable arrobó místico:

¡Salve, segunda trinidad bendita,
 salve frisoles, mazamorra, arepa!
 Con nombrarlos no más se siente hambre:
 ¡No muera yo sin que otra vez os vea!

Como versos graciosos están mal, porque les falta gracia; como poesía están peor, porque son la negación misma

de la poesía. Como fenómeno literario, esta "Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquía" (así se titula el poema), no carece de interés, y el señor Solar Correa ha hecho bien en exhibirlo en un libro donde deben tener cabida todas las tendencias, y que es un muestrario de la poesía continental. Estos versos *melcochudos* sirven para patentizar los extravíos a que conduce el criollismo en nuestras tierras, donde el buen gusto dista mucho de ser un producto vernáculo. ¡Y pensar que Menéndez y Pelayo los calificó de "lo más americano que hasta ahora ha salido de las prensas"! Si ésta es la expresión genuina de la literatura americana, renunciemos desde luego a tener una literatura propia.

Después de leer los poemas de Maitín y de Gutiérrez, podríamos concluir apresuradamente negando la eficacia poética de la vida sencilla y de los afectos familiares. Pero inmediatamente se erguirían en nuestra memoria, los versos admirables de Rodenbach, de Samain, de Francis Jammes y de Pérez de Ayala, para dar un rotundo mentís a tan superficial y presuntuoso aserto. No; en los sentimientos y en las escenas que han inspirado a Maitín y a Gutiérrez González, hay poesía, como la hay en todo lo que existe. Sólo que está aquí en bruto o revestida de estuco retórico, como las piedras de nuestra vieja Catedral. Falta sólo esa transfiguración, esa lumbre interior que revela la belleza de las cosas y que es toda la poesía.

Dice el señor Solar Correa de nuestros románticos: "Poetas casi siempre improvisados e improvisadores, hombres sin ninguna educación estética, dejáronse alucinar por las vanas apariencias del Romanticismo y produjeron de ordinario frutos huecos y deleznales, madurados en una imitación desatinada". Es verdad: ¡qué inopia verbal! ¡qué pobreza de recursos retóricos y, al mismo tiempo, qué afán de prodigar estos adornos de quincallería! Y, sobre todo,

¡qué infracción tan constante y sistemática a los indefinibles dictados del buen gusto! (1). Dominando la confusa algarabía, nos llega, con Andrade, el ronco clamor del mar embravecido, y, a intervalos distantes, Soffia nos hace oír un insomne tañido de campanas conventuales. Blest Gana y Obligado nos traen algunas flores silvestres que no han perdido todo su perfume; Zorrilla de San Martín extiende un tapiz indígena de gayos colores, y en unos sobrios tercetos de Acuña, tras la basta celosía del raciocinio, se adivinan las formas diáfanas de la poesía. Lo demás, palabras, palabras y palabras, mal recogidas y peor concertadas; greguería ensordecedora de cacatúas charlatanes.

La parte dedicada a los modernos ocupa más de la mitad del volumen. Se ve a las claras que el señor Solar la ha realizado con el amor que ponemos en las cosas que responden a nuestras afinidades electivas. Se mueve a sus anchas, celebra sin reticencias. A través de los juicios y las glosas, sujetos a una norma impersonal, sentimos al lector conmovido ante un hallazgo de belleza, templado, apenas, por la reserva mesurada del crítico. Después de tanta reverencia, cortésmente fría, a los figurones del Parnaso, ¡qué satisfacción para el señor Solar el poder decir su admiración sincera y su gratitud cordial a los poetas que le han proporcionado un verdadero goce estético! No ha tenido que hacer aquí concesiones al gusto y al criterio de una época que no es la suya y que tuvo una manera distinta de pensar y de sentir. Nuestro autor ha procurado, a través de toda su obra, conciliar sus preferencias personales con el valor

(1) Paul Valéry, en el prefacio que ha puesto a una edición reciente de "Les Fleurs du Mal", (Payot, 1926), dice, refiriéndose a los poetas románticos de su país: "L'oeuvre romantique supporte assez mal une lecture ralentie et herissée des resistances d'un lecteur difficile et raffiné". Si esto les ocurre a los románticos de Francia —país donde la elegancia y la medida son las cualidades distintivas, universalmente reconocidas, del genio nacional— ¿qué ocurrirá en estas tierras de mestizos abigarrados y grandilocuentes?

representativo de las composiciones que ha elegido. En las dos primeras partes ha debido sacrificar muchas veces aquéllas a éste, como era su deber. Creemos que de haber atendido sólo a sus preferencias, la antología habría comenzado con los modernos. Al escoger a estos, ha tenido también que hacer concesiones a la fama de que disfrutaban muchos autores que no cuentan entre los de su devoción, o ha debido ceder al deseo de dar cabida en este florilegio a todo nuestro coro anfictiónico. Pero en la última parte esas concesiones han sido de poca entidad, porque —se deduce fácilmente de los juicios y comentarios— casi siempre han coincidido el sentir del compilador con la significación literaria de las piezas insertadas.

El estudio preliminar sobre el modernismo es, a pesar de su brevedad, lo más comprensivo, lo más penetrante y lo más concienzudo que hasta ahora se ha escrito sobre el movimiento iniciado por Rubén Darío. El origen del modernismo, su carácter, sus resultados, los ha expuesto el señor Solar con rara precisión, cuidando siempre de apoyar sus asertos en las declaraciones de sus propios corifeos, dispersas en libros y periódicos y que él ha reunido oportunamente. Bien podría hacer suya esta declaración de Rodó: "He querido que los datos que me sirvan de *canévas* sean juntados y obtenidos por mi propio esfuerzo, comparando unas fuentes con otras, y no saqueando tres o cuatro libros donde la tarea está hecha, como suele hacer la fácil erudición americana. Yo reúno los datos uno por uno y los ordeno a mi manera".

Las semblanzas que preceden a las composiciones de cada autor, contienen en pocas líneas todo lo que el lector puede desear: algunos datos biográficos, un juicio sintético de la obra y hasta rasgos físicos o detalles íntimos que completan el conocimiento del personaje. Las notas del final constituyen una innovación dentro de las obras de este gé-

nero publicadas en nuestro idioma; nos recuerdan el excelente libro de Brauns wing, "Notre littérature étudiée dans les textes". Contienen noticias eruditas, aclaraciones gramaticales y comentarios o interpretaciones de los textos. Nos han llamado especialmente la atención las notas dedicadas a Darío, José Asunción Silva, Gabriela Mistral y Julio Herrera Reissig. Sobre todo estas últimas, que demuestran una perfecta comprensión del espíritu y de la técnica de la poesía simbolista, y proyectan una inteligente claridad en la evocadora penumbra que baña los versos del autor de "Los parques abandonados".

Las letras hispanoamericanas deben estar agradecidas al señor Solar Correa, porque ha puesto en su trabajo de difusión de nuestros valores literarios, escrupulosidad de erudito, inteligencia de crítico y sensibilidad de artista.

Es lástima que el señor Solar, en la parte que le toca, no haya atendido más a la corrección y elegancia constantes del estilo, que es desigual, unas veces por la falta de soltura y el escaso relieve de la frase, y otras, por la elección poco feliz de las palabras. Estos defectos en nada disminuyen, ciertamente, los méritos que hemos señalado; si los consignamos, es sólo por el deseo de no verlos repetidos en sus futuras publicaciones.

O.

Revista "Studium" 1926.

JACINTO BENAVENTE.

Por fin, con el premio Nobel, parece haber sonado la hora de la celebridad universal para Jacinto Benavente. Aclamado por todos los públicos de habla española, consagrado por los ditirambos y los dicterios de la crítica, (los

ataques son también en ciertos casos una forma de consagración), el resto del mundo persistía en ignorarlo.

Alguna vez sus creaturas de pensamiento, de gracia y de pasión, hablaron lengua inglesa en los tablados de Yanquilandia. Todavía no tenían diploma Sueco. Los apresurados mercaderes de Broadway, que gustan de las viandas aderezadas con salsas espesas, torcieron el gesto, aburridos: "¿Los Intereses Creados?"... Fuegos malabares sobre la vida y el amor...; el ideal que se sirve del interés y triunfa de él... ¡Qué candor! "¿La Malquerida?"... El marido que mata a su mujer porque ama a otra... ¡Violencia inútil, inexplicable! Como si para arreglar esas situaciones no estuviera el divorcio, tan práctico y expedito... ¡Que se vaya con su música a otra parte, el ingenuo hijo de don Quijote! ¡Vengan las truculencias policiales de Nik Carter a reposarnos de nuestros guarismos!

En el Boulevard no se sabía nada de Benavente. Allá sólo se importa la España de las *bailaoras* y *cantaoras*, de los toreros de teatro, de los frailes, las brujas y los inquisidores; la España que se enciende en grana y se apaga en ocre en los cuadros torturados de Ignacio Zuloaga; las dos antípodas peninsulares: la España de pandereta y la España negra.

Años ha, cuando pasó por Madrid Monsieur Le Bargy, el galán joven vitalicio de la escena francesa, Benavente se permitió hacerle algunos reparos, *De Sobremesa*. Y diz que interrogó, estupefacto, el impecable *dandy*, al punto que se apretaba el nudo de la corbata: "¿Bénavente, Bénavente, qui c'est ce Bénavente?"

¡Desdeñosa ignorancia! Los franceses conocen lo que se escribe en la abigarrada Moskovia y en la nebulosa Escandinavia, pero no quieren saber nada de lo que escriben en la vecindad sus hermanos de allende el Pirineo. ¡Será culpa, tal vez, del localismo prolijo de que se resiente por

lo general, la literatura española, con desmedro del interés universal y humano? Puede ser. Pero con Benavente no es el caso. El ha vivido, al contrario, con la vista tendida hacia todos los horizontes, y con el oído inclinado sobre todas las palpitaciones de la vida, por eso su teatro es cifra y compendio de todas las inquietudes de nuestro tiempo.

No sabemos, en verdad, de un dramaturgo más completo. Podrán aventajarle otros en algunas de las cualidades parciales que integran su obra, ninguno logra reunir un conjunto tan cabal y multiforme. Todas las distintas modalidades que se hallan dispersas en los demás maestros de la escena las vemos concentradas en Benavente: el discreto mundano de Lavedan y de Capus; el análisis sutil de los conflictos sentimentales de Porto Riche; la rebeldía lírica de Bataille; la dialéctica acerada y la intención transcendente de Currel; la ágil paradoja de Wilde; la avasalladora fuerza pasional de Guimerá; hasta el desnudo realismo de los escritores rusos. Agregad a todo esto algo que es sólo suyo: esa aleación singular de escepticismo desaprensivo, de burla acre, de vaguedad soñadora, de ironía melancólica, de ternura paternal y de infinita piedad humana en que reside el encanto envolvente de su arte.

Y es ese contradictorio y desconcertante proteísmo de sus tendencias artísticas e ideológicas lo que más asombra al considerar la producción benaventina. Ningún lema mejor para ella que el canto d'anunziano evocado alguna vez por el propio autor de *"La princesa Bebé"*: "Diversidad, sirena del mundo, nunca elegí, porque pensaba que elegir era excluirte diversidad, sirena del mundo. Que la rosa blanca y la bermeja sean iguales para mi deseo, y todos los sabores para mi gusto, y todos los amores, puros e impuros, para mis amores, porque yo soy el que te ama, diversidad sirena del mundo, yo soy el que ama".

¿Quién podría descubrir al autor de *La Malquerida* — tragedia rústica, donde la pasión desborda, incontenible y fatal del alma primitiva del campesino— en *La Propia estimación*, drama cerebral, refinado y conceptista? Sin previa advertencia, ¿quién podría sospechar que el observador despiadado que ha escrito las escenas descarnadas de “Una pobre mujer”, es el mismo poeta que ha trazado con rasgos leves esos cuadros evocadores de “Los intereses creados”, de “La princesa Bebé”, “El Dragón de Fuego”, en los que la realidad parece diluirse en velada claridad lunar?

Y si examinamos su ideología ¿qué inesperadas mutaciones! Ahora nos dice, por boca de Elena (La princesa Bebé): “La vida es sólo esto: o aceptar el medio y el ambiente que nos rodean, sin rebelión, sin protesta, vivir en quietud, en calma, resignados, algo parecido a la muerte, y entonces sientan bien a nuestro alrededor las virtudes como estatuas de monumento funerario, o rebelarse, protestar, luchar contra todo y para luchar solo hay una virtud, el valor: las demás, por muy respetables que sean sus nombres, no son sino fantasmas del miedo... miedo, lo único que nos impide correr hacia la felicidad con el corazón alegre, cuando la felicidad nos llama en la vida con un solo nombre: amor. “Mañana nos enseñará en *La Escuela de las Princesas* que en este mundo la felicidad no existe”, pero que “de cuantas apariencias la encubren, el sacrificio es la más verdadera”.

No le reprendáis por falta de consecuencia. Esta palabra sólo tiene sentido para los espíritus monodeístas y sedentarios y es el de Benavente demasiado rico, inquieto y complicado para no incurrir en contradicciones. Por eso bien podría justificarse con las palabras de una de sus heroínas: “Nunca me asustó ninguna verdad y nunca tampoco me enamoré de ninguna para temer el verla convertirse en mentira. Si cada día hallara una nueva verdad en mi

espíritu y al hallarla tuviera que destruir cada día mi vida por completo, sin duda la destruiría para vivir cada día una nueva vida con una nueva verdad”.

En las sinuosas evoluciones descritas por el pensamiento benaventiano podríamos, sin embargo, descubrir una trayectoria más o menos distinta que la del individualismo rebelde, demoledor, saturado de un amable cinismo, de sus piezas de la primera época, a la austera filosofía de las más recientes, en que prevalecen las razones sociales sobre las veleidades del corazón.

Pero, si queremos ir más allá y dar con un sentimiento o una idea que unifiquen y abarquen toda la obra del ilustre dramaturgo, viniendo a ser como su *leit-motive*, éstos no podrían ser otros que esa amplia comprensión, que esa compasiva indulgencia que le hace extender un manto de perdón sobre todas las flaquezas y sobre todos los errores de los hombres. “Ya sé, dice uno de sus personajes, que tendré que tratar a hombres y mujeres con pasiones, con vicios, con necesidades, con nervios, con sangre; a gente que vive, que lucha por la vida, que ama, que odia, que intriga, a gente como toda, como tú, y como yo. ¡Qué afán de separarnos, de clasificarnos, de creernos distintos los unos de los otros, si todos somos iguales, de la misma raza, la pobre raza humana, que se empeña en dividirse, en odiarse, en separarse en castas, en clases, en personas, cuando toda la simpatía y todo el amor que puedan estrecharnos aún es poco para sobrellevar entre todos la pena de vivir nuestra vida!”.

Olvido imperdonable sería hablar de la obra del autor de “Los Intereses Creados”, sin referirse a su estilo. Porque junto al hombre de teatro, fecundo en inventiva, eximio en el manejo de la técnica; al lado del psicólogo que desentraña los móviles de las acciones humanas y del moralista, pródigo en máximas y epigramas; al lado de ellos y quizá

por encima de ellos, hay en Benavente un poeta que es un exquisito artista de la expresión.

Hay quienes niegan a su teatro el poder emotivo. Ante todo, dada la poliformidad de esta obra que ya hemos hecho notar más arriba, semejante afirmación resulta, por la fuerza, unilateral. Pero, aparte de esto, y sin tiempo para renovar nuestras impresiones de pasadas lecturas y representaciones, enfocándolas desde este punto de vista, queremos admitir a título provisorio, que en general el teatro benaventino carece de emotividad en la *situación dramática*. Tal vez ésta se encuentre algo sofocada por la dialéctica y los primores literarios. Lo que no puede negársele, sin exhibir un deplorable embotamiento de la sensibilidad estética es la *emoción del concepto* y la *emoción de la forma*. Quien quiera que haya asistido a la representación de "Los Intereses Creados" y "La Ciudad alegre y confiada", de "La propia estimación" y "El collar de estrellas", habrá sentido a su alrededor esa vibración de entusiasmo que hace estallar, incontenible el aplauso al final de sus brillantes paramentos. Y esto no sólo entre la *élite* intelectual, siempre reducidísima, sino entre la heterogénea multitud. Imposible invocar prueba más concluyente. Contra ella se estreñan todas las trabajosas argumentaciones de la crítica. Con razón ha dicho Manuel Bueno: "La antigua clasificación, retórica, que reducía el teatro a cuatro géneros: sainete, comedia, tragedia y melodrama, no se cotiza ya. Le pedimos al escritor que nos diga cosas desde el escenario como nos las dice desde el libro, y si estas cosas nos recrean o nos conmueven, aplaudimos. "Si nos aburren, protestamos o permanecemos en silencio".

Sin exuberancia verbal, sin contorsiones de frase, con los medios más simples en apariencia, consigue Benavente efectos auditivos maravillosos. En este punto puede considerársele también como un innovador, pues ha contribuí-

do con otros escritores de fines de la pasada centuria —entre los cuales el autor de “Azul” merece mención preferente— a aligerar la prosa castellana, a infundirle ese ritmo alado, esa musicalidad *de tono menor*, que parecían incompatibles con el genio mismo del idioma. El ha desarticulado el rotundo período castellano, fragmentándolo en frases breves, nerviosas, sugerentes, medidas por un ritmo inefable. De ahí que cuando cierta crítica, basada en un concepto limitadamente realista, valdría decir *democrático*, de la escena, augura para la obra del maestro una vida efímera, podríamos contestarle, aún admitiendo como verdaderas las razones especiosas en que se funda, que ella perdurará, de seguro, por la belleza indiscutible de su forma, mientras haya hombres que hablen español y tengan sentimiento de lo bello.

Mas no nos engañemos circunscribiendo a los ornamentos exteriores el mérito de esta obra admirable. En el arte literario la belleza duradera, la forma, es sólo una irradiación del espíritu que la anima y es ese espíritu, toda emoción humana, toda indulgencia comprensiva, toda gracia armoniosa, el que asegura la inmortalidad de Jacinto Benavente.

O.

Revista “Velox”.—1926.

Apuntes íntimos.

Viví en Villa Alemana oscilando entre el dolor, la depresión y la serenidad. De todos mis estados alternos, es la serenidad lo que más conviene a mi salud física y moral. Pero ella no es la felicidad, no; es el bienestar, simplemente. Para que fuera la felicidad sería preciso que emanara de la satisfacción de mis anhelos y potencias fundamentales, que llevase envuelta una sensación de plenitud. Y esta se-

renidad mía, tan frágil que la orienta el soplo de una palabra, sólo la obtengo yo, a fuerza de limitaciones.

Para lograrla debo desentenderme de algunas de las más urgentes incitaciones de la vida. Cuando me dejo seducir por ellas y cedo, ¡ay! tantas veces y con tan impenitente insistencia, mi empeño sólo recoge como botín la ceniza inútil de la decepción.

El placer de los libros; el goce de la inteligencia que capta el conocimiento, que lo asocia, y lo combina, que lo analiza y lo reconstruye luego en una síntesis...; el placer de la memoria, que evoca el pasado, eliminando el presente, que aporta el dato que la mente necesita para sus construcciones...; el deleite de los sentidos con las sensaciones más plácidas, con aquellas únicas que no son susceptibles de transformarse en emoción evidente y dolorosa...

Este es todo mi reino. Lo demás —y lo demás es el amor, es la ambición, es la simpatía que busca una voz que responda a la nuestra y se acuerde con ella— debo descartarlo de mi horizonte moral si quiero alcanzar y conservar esa serenidad que por lo menos me sustrae al dolor y me permite ejercer algunas de mis pobres facultades y disfrutar de ellas.

Al hacer un balance de mi vida afectiva en los días pasados en Villa Alemana, me doy clara cuenta de que las aflicciones me vienen del amor mal comprendido y mal correspondido

.....
Por más que uno se crea protegido por la costra de pesimismo que la adversidad ha acumulado sobre la superficie del alma, siempre subsiste más abajo un tejido sensible que el desengaño hiere y desgarrar. Cree uno no esperar ya nada, haber tocado ya la sima de la desilusión y un nuevo quebranto viene a mostrarle que aún esperaba,

que la ilusión que creíamos muerta, dormía sólo un sueño cataléptico.

Sentía más viva la falta de mi padre en medio de este abandono, y mi abandono se hacía más profundo, más irremediable con su partida.

No había un rincón de la casa ni objeto de mi habitación, que no me lo recordara. Afuera todo también me hablaba de él y de la vida que juntos habíamos vivido. Por semejanza, por asociación o por contraste.

La luz madrugadora de noviembre invadía mi estancia por las ventanas sin postigos y me despertaba cuando todavía estaba lejos de haber agotado mi provisión de sueño, el sueño precario que la naturaleza me niega y me presta una droga. Durante el día una espesa niebla oscurecía mis ideas y mis percepciones. La voluntad yacía adormecida. Me movía como un sonámbulo, sumido en mis recuerdos, en mis preocupaciones, tropezaba a cada instante con las aristas de las cosas, perforada la bruma de mi letargo por la voz y la mirada de los que cruzaban mi camino

Abro "Platero y yo" por cualquier parte; leo pasajes que seguramente he leído otras veces, y el placer, lejos de menguar se acrece e intensifica.

Y me pregunto, entonces, ¿para qué leer otras cosas, para qué ir en busca de noticias, narraciones o pensamientos, cuando el color y la línea pura de estas imágenes, la música de estas palabras y la divina cadencia de estas frases, sabia y libremente acordadas, sobrarían a mi regalo de goloso lector, por todo el resto de mis días?

La lectura es el trozo de pedernal que al frotarse con su gemelo hace brotar en el espíritu dispuesto la chispa creadora.

Santiago, 25 de Noviembre de 1936.

CARLOS SUÁREZ HERREROS.

Las matemáticas le dieron una carrera, pero su pensamiento no se concretó a ellas. Inquieto, curioso, insatisfecho, buscó la filosofía, la historia, los estudios religiosos, las ciencias sociales. Su sensibilidad —recatada y pudorosa, pero intensa y vibrante— le llevó a aproximarse con amor a todas las manifestaciones del arte: la música, la pintura, la arquitectura, las letras. La literatura fué, entre ellas, el objeto de sus dilecciones, y en ella Carlos Suárez fué más que un diletanti. Lector inteligente, sensible a las calidades estéticas, no se conformó con ser un receptor pasivo de las producciones ajenas. Estudios, artículos, cuentos —cortos en número; inéditos unos, diseminados otros en diarios y revistas— nos indican apenas lo que habría podido darnos si hubiera tenido más concentración, más continuidad y más tiempo. Tiempo sobre todo. El tiempo, al que otorgara tan largo crédito, le traicionó, mendaz y artero, en sus vastas aspiraciones, en sus múltiples tentativas inconclusas. Tal si presintiera que se marcharía pronto y hubiese querido llevar consigo un esquema del universo y de todo lo que sienten, presienten, saben, discurren y ejecutan los hombres aquí abajo, se asomó a todas las cosas, fué de un lado a otro y no fijó en ninguno su planta errabunda: de la ciencia al arte, de la contemplación a la acción; silencioso, ajeno a todo empeño por afirmar su personalidad, sin otro interés que el de la verdad ni más voluntad que la de servir. Servir su fe, servir a los desamparados, servir a su país, servir a sus amigos, servir a los suyos.

Porque hablaba, escribía, no para lucir su talento ni su saber, sino para concretar su pensamiento sobre los temas que le cautivaban; actuaba, no para demostrar su pericia

ni recoger provecho o galardón, sino por el interés superior de la idea o de la obra a que entregaba su esfuerzo. Siempre fué el objeto, jamás el sujeto, su punto de mira.

No era su razonar sencillo, ni dócil su expresión; pero los que son capaces de salvar los accidentes formales para llegar a la substancia íntima y entrañable, apreciaban en mucho su inteligencia y no le escatimaban sus aplausos.

Acercóse en todo momento a las ideas y a las cosas en estado de disponibilidad, que es el estado de gracia del espíritu. Disconforme, ávido de conocimientos, pronto a recoger de las corrientes de su tiempo todo lo que éstas pudieran traer de verdadero y fecundo, carecía —para honra suya— de esa inconsistente plasticidad, de esa permeabilidad indiferenciada que distinguen al esnob. Tanto para afirmar como para negar, nunca obedeció a otra inspiración que a la de sus reacciones personales, fueran éstas espontáneas o reflexivas. Ni la sugestión de los prestigios individuales ni los contagios colectivos gobernaron sus opiniones.

Católico ferviente y absoluto, sin reticencias ni reservas mentales, su inteligencia y su voluntad se movían, empero, con holgura dentro del dogma. Atraían a Carlos Suárez, irresistiblemente, la originalidad y la audacia del pensamiento religioso francés, en faena de incesante renovación; y trabajó por divulgarlo al público, en revistas y folletos, y entre sus amigos, en lecturas y comentarios orales. No creo que llegara a definir su posición frente a las dos tendencias más discernibles en que ese pensamiento se diversifica: la neotomista de Maritain y la pascaliana, vivificada modernamente por el intuicionismo bergsonian. Sus compañeros de "Los Lunes" podrán responder tal vez con exactitud; mi impresión personal —recogida a través de pláticas ocasionales e irregulares, repetidas a través de largos intervalos de tiempo— es que era el apologista de

las razones del corazón, el que mejor respondía a las genuinas inclinaciones de su temperamento. En cuanto a la posición de la Iglesia frente al siglo, Carlos Suárez supo distinguir siempre lo temporal y lo eterno. Detestaba toda forma de clericalismo, todo conato de vincular a la suerte de la Iglesia a un partido o a cualquiera de las divisiones horizontales en que se ha convenido acotar el campo de la política. En cambio, creía que procurar redimir a los humildes de su servidumbre moral y económica, es para el cristiano, más que lujo de perfección, deber irrecusable, emanado de la palabra misma de Cristo, confirmada por las exhortaciones de los Pontífices.

El doctor Cruz Coke ha hablado en emocionada y encendida oración, junto a la tumba recién abierta, de "la bondad activa y eficaz" de Carlos Suárez. Inútilmente buscaríamos para definir la calidad de su virtud, términos más certeros que esos dos sencillos epítetos. Si, activa y eficaz fué su bondad: bondad de corazón, que se traducía en seguida en obra benéfica y germinal. Bondad, no bonhomía. En esa cabeza de niño taimado, sobaban la malicia, la virilidad y la pasión para que se le pudiese confundir con un Juan de Buenalma. Era serio, pero no grave. Tendía naturalmente a la chanza, la ironía, el humorismo —que en él asumían, como sus ideas, por modo natural también, formas un tanto complicadas y prolijas, y no era benévolo con las gentes o con las cosas que tenían la propiedad de exasperarle.

Con su desaparición pierde el país una de sus más ciertas posibilidades, cuando comenzaba sólo a dar sus frutos; nuestra juventud, uno de sus más puros valores morales; los militantes de su credo y las obras sociales e intelectuales en que colaboraba, el concurso de su acción discreta, abnegada y fervorosa. De lo que pierden los amigos que le conocían en la intimidad, algo han dicho ya algunas tré-

mulas voces veladas por las lágrimas. Esa pequeña masonería, indisciplinada y dispersa, aunque real y efectiva, que forman, en medio de la Beocia circundante, aquellos que se interesan por las cosas del espíritu, inmunes de todo afán de figuración y al margen de toda emulación profesional; esa categoría de espíritus que el maestro de "El Mirador de Próspero" definió con el nombre de "Los que callan"; esa minoría disgregada y omnipresente, sufre con la pérdida de Carlos Suárez una sensible disminución. Su mente desconocía la fatiga y aun en los momentos que parecía adormecida, estaba pronta a vibrar a la menor incitación. Cuando algún suceso palpitante, alguna idea expansiva, alguna lectura sugerente, alguna preocupación personal, nos asediaban e inquietaban, instándonos a compartir con otro nuestra carga vital, podíamos acudir a él, en la seguridad de no encontrar nunca como respuesta esa mirada vaga, esos balbuceos desdeñosos, esos bostezos mal reprimidos, esa displicencia presumidamente elegante de quien se cree de vuelta de todas las cosas, con que suelen respondernos la egolatría ensimismada, el egoísmo insensible y la atonía espiritual de los pseudorrefinados.

Junto a él se respiraba una atmósfera pura y noble; nos bastaba evocarle a la distancia, recordar su ejemplo para sentirnos purificados y ennoblecidos. Celador riguroso de su propia intimidad —a tal punto que no recuerdo haber oído nunca de sus labios una anécdota privada— respetuoso en el mismo grado de la intimidad ajena, no era por eso insociable ni taciturno y andaba, al contrario, siempre anheloso de comulgar con los demás en lo que constituye el patrimonio más noble del hombre: el amor al bien, a la verdad y a la belleza. Yo no le veía con frecuencia, pero sabía que estaba ahí cerca, y en horas de quebran-

to tuve siempre su apoyo y su compañía. El apoyo de su buena, cordial y clarividente compañía.

Su ausencia estrangulará muchas voces y hará enmudecer muchos ecos más, su alma diamantina seguirá brillando en las sombras de nuestra noche.

O.

De "El Mercurio", 29 de Agosto de 1937.

"El Embrujado" por SOMERSET MAUGHAM.

1937

Beril Becker nos brinda en su Gauguin "The calm madman" una especie de narración novelada de la vida del pintor francés, desde su enlace en París hasta su muerte en Tahití, cuidando al mismo tiempo de fluminarnos a intervalos la infancia y la mocedad, limbo incierto donde va incubándose lentamente esa personalidad singular, que ha de surgir un día, en un arte magnífico, ante el escándalo de los unos y la admiración de los otros.

Becker describe con vigor el ambiente, narra los sucesos con sobriedad y animación y escoge con acierto los rasgos que mejor pueden descubrirnos el carácter de su héroe y el de los seres que vivieron en torno suyo. Veheamente admiración y simpatía profunda —nacidas de quién sabe qué incógnita atinidad electiva— le llevan a revivir, en una suerte de alucinación creadora, la atormentada existencia del artista. El lector, reacio en un principio a la extraña seducción de aquel hombre hosco, sarcástico y violento, se va poco a poco entregando, y termina por compartir los sentimientos del autor. El embrujado, embruja a su vez con su misterioso hechizo.

El Gauguin de Becker, que es el de la historia —basta leer la imponente bibliografía que cierra el libro— me trae a las mentes al Gauguin de la leyenda, al presunto Gauguin de la novela de Somerset Maugham, "The Moon and Sixpence", traducida al francés con sensibles mutilaciones y bautizada en esta lengua con el nombre de "L'Envoûté". El traductor explica en una nota las razones que le han hecho preferir este neologismo "envoûté", al término ortodoxo *envoûtement*, para designar la acción y el efecto de *envoûter*. Los cajistas, en complicidad con el corrector de pruebas se vengaron de las sutilezas novadoras del traductor e imprimieron a la cabeza de cada página en el interior del volumen: "L'Envoûté", o sea el objeto de *l'envoûtement*. La errata fué consagrada definitivamente en el título de la versión castellana publicada por la Editorial Ercilla: "El Embrujado".

Quiero subrayar el calificativo de *presunto Gauguin*, aplicado al personaje de Maugham, porque no creo que el novelista inglés haya siquiera pretendido *retratar*, como se dice comunmente, al pintor de Tahití. Paul Gauguin es sólo el germen vital de Charles Strickland; pues, en realidad, la génesis del personaje maughiano se diferencia bien poco de la de tantas otras creaturas de ficción: Julián Sorel, Emma Bovary, Margarita Gautier tuvieron también existencia especial, fueron registrados en la vicaría y empadronados en la nómina de vecinos con otros nombres y otros datos individuales antes de encarnarse en los entes novelescos que les han dado ser en la imaginación de los hombres. Sólo que —circunstancia considerable, pero que en nada altera el hecho esencial— los modelos vivos de Stendhal, de Flaubert y de Dumas no habrían salido nunca del anonimato de no mediar el *fiat* de los creadores que les infundieron vida intensa, vasta y prolífica —pues si el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, la carne que

habita entre nosotros, necesita a las veces hacerse verbo para existir con mayor intensidad—; en tanto que el modelo vivo de Somerset Maugham tiene por sí mismo una existencia infinitamente más grande, más real y más famosa que la de su sombra novelesca. El fenómeno operado en este caso ha sido, así, un fenómeno inverso al que acontece de ordinario; es el renombre de Gauguin lo que ha atraído la atención sobre Strickland, su transmutación romanceada; mientras que es el renombre de Julián Sorel, de Emma Bovary y de Margarita Gautier lo que ha inducido a eruditos investigadores a rastrear las huellas de los pobres seres oscuros que inspiraron al artista la creación de sus personajes. El carácter egregio y la vida peregrina de Paul Gauguin sugirieron a Somerset Maugham la idea de un tipo imaginario que él se encargó de desarrollar con toda libertad, de acuerdo con las leyes del género en el cual quería inducirle, conservando los hechos y los rasgos morales más significativos y añadiendo rasgos y anécdotas de su invención, en la medida y de la índole que convenían al tipo que se propuso engendrar. Así formó Maugham su Strickland y resultó encarnación de una idea arquetipo más que ser vario, complejo y contradictorio como todos los que alentamos sublimar en este mundo.

Agente de cambio, esposo y padre honorable, Charles Strickland se siente un día poseído, con urgencia imperativa, por la pasión de pintar. Ninguna consideración de orden práctico, sentimental o moral se mezcla entonces a su propósito ni detiene o amengua su brío. Criatura elemental, instrumento pasivo de una fuerza misteriosa, cumple fríamente su sino como un superhombre, nietzscheano, ignorante del deber e indiferente al dolor que suscitan sus actos, “más allá del bien y del mal”.

Entre tanto el carácter y la vida de Paul Gauguin fielmente expuestos en la etopeya de Beril Becker con el tes-

timonio constante de la correspondencia y las notas íntimas del artista, difieren no poco y en forma substancial del carácter y de la vida del protagonista de "The Moon and Sixpence". Es cierto que Gauguin pospuso sus afectos y sus deberes inmediatos, al deber superior de comunicar a todos el mensaje de belleza que la vida le confiara. Pero posponer no significa deponer, sino poner después. Y fué lo que se vió forzado a hacer el pobre Gauguin, acallando las protestas de su conciencia burguesa y sofocando los gemidos que ascendían de su sensible viscera cordial, víctima primera de su despótico demonio interior, pues este superhombre estaba hecho —afortunada o infortunadamente— de la misma arcilla temblorosa e inestable de que somos los demás hombres. Por afirmarse a sí mismo tomó su cruz y siguió a la Belleza. A imagen de los varones que ilustran el santoral romano, renunció a los bienes terrenales y sacrificó sus afectos más tiernos a un ideal que, si se manifiesta en este mundo de las formas, es reflejo tal vez de otro mundo incorpóreo, convencido, sin duda, de la verdad encerrada en los versos de Keats:

Beauty is truth, truth beauty, that is all
I know on earth, and all I need to know.

¿Encontró así Gauguin la felicidad? No parece probable. Pero ¿la buscaba siquiera? En todo caso la dicha que él buscaba era tan distinta de lo que el burgués entiende por tal, que más bien requeriría otro nombre. Y en esto sí, que se conformó, a Nietzsche, quien decía con su cáustica impertinencia: "Yo no busco la felicidad. Sólo los ingleses la buscan. Yo busco mi obra".

Nada hay en la biografía escrita por Becker que recuerde de cerca ni de lejos el episodio de Strickland con la mujer de su bienhechor Stroeve, y que da oportunidad a

aqué para exhibir el fondo primitivo de su alma, ajena de un modo inverosímil en un hombre civilizado, al escrúpulo, la piedad y el remordimiento. Madame Gauguin difiere mucho también de la borrosa y adjetiva Mistress Strickland, aunque con ello, a la inversa de lo que ocurre a sus maridos, sea la ficticia y no la real quien sale ganando. La esposa y los hijos apenas asoman en la vida de Strickland; en cambio en la de Gauguin están siempre presentes, turbando su vigilia y desvelándole en su sueño, creando una trágica e irreductible antinomia entre los deberes del artista y del hombre, entre los urgentes llamados del espíritu y los ineludibles dictados de la naturaleza.

Paul Gauguin no fué tampoco, como Strickland, un creador puramente instintivo, incapaz de definir y explicar sus propósitos, sino al contrario, un lúcido y seguro expositor de sus ideales estéticos, en quien la observación y la doctrina se unían de un modo íntimo y substancial con la ejecución y la realización de la obra perfecta.

Inútil me parece advertir que éstos no son reparos a la novela de Maugham y que sólo me he limitado hasta aquí, a indicar, a la ligera, algo, muy poco, del cuantioso elemento imaginativo que el autor ha creído conveniente mezclar al elemento histórico en la elaboración de su obra, a fin de que se vea claro cuánto dista de ser "The Moon and Sixpence" una versión novelada de la vida de Paul Gauguin como muchos se empeñan en creer que sea.

Descartada esta afirmación, considerémosla entonces en lo que es en sí: una novela como tantas otras, con cualidades y defectos dentro de este género literario. Analicemos el valor de Strickland como personaje novelesco, prescindiendo de sus analogías o diferencias con el pintor francés, cuyo caso es para Maugham, como se ha dicho, un simple motivo de sugerencias literarias.

Dispuesto a examinarlo así, veríame obligado a leer la

novela por segunda vez y a entrar en observaciones que desbordarían la intención de estas parvas apostillas marginales, suscitadas por la lectura del libro de Becker.

Me conformaré por eso con enunciar algunas referentes al personaje central, que es el que mayor interés ofrece para el caso.

Strickland, por exceso de estilización resulta demasiado rígido y esquemático en sus contornos, simple y elemental, hasta lo monstruoso, en sus reacciones afectivas, con positivo detrimento de su cabal y viviente humanidad. Maugham podrá decirnos que su héroe es poco humano justamente porque él ha querido hacerlo superhumano. Cabría entonces preguntarse si el pobre no le ha resultado más bien subhumano. Destino paradójico, reservado para todo el que intenta superar a la naturaleza violentando sus leyes y subvirtiendo sus normas: "Qui veut faire l'ange, fait la bête".

El despertar de la vocación artística de Strickland en el meridiano de la madurez, se produce en "The Moon and Sixpence" de un modo brusco, violento y casi tan milagroso, como la voz que derribara a Saulo de su corcel piafante, camino de Damasco.

Y he aquí, dicho sea de paso, otra diferencia —y de gran entidad— entre Gauguin y su pretenso *sósie*, Gauguin antes de la cuarentena se ocupaba, es cierto, en negocios bursátiles, pero no tenía relegados sus pinceles a meros pasatiempos clandestinos en sus holganzas dominicales. Gauguin pintó siempre con fe y con ardor; reunió y expuso sus telas ante el público y figuró al lado de la vanguardia impresionista mucho antes de romper con el mundo.

El proceso subconsciente —lento, difícil y progresivo como el terco avanzar de un manantial escondido— que ha debido irse operando en la mente de Charles Strickland, el autor, apenas, si, lo deja presumir con unas cuantas fra-

ses alusivas. Parece que Maugham hubiera querido eludir toda explicación, precisamente para hacer más sensible todo lo que podía encerrar de misterioso y de gratuito el destino del artista. Y de ser así, puede que haya andado errado en su propósito. Porque la misión del psicólogo —y en todo novelista debe haber un psicólogo, tácito o explícito—; no consiste, a la inversa, en explicar y aclarar los problemas del espíritu hasta hacerlos sensibles, valiéndose para ello de todos los recursos del lenguaje y de la composición literaria que la introspección le franquea?

O.

Páginas íntimas.

1938

Soñé con mi padre, como casi todas las noches, desde hace tiempo. Alojábamos juntos en un barracón muy amplio y desmantelado, de techo muy bajo, los muros y techos revestidos de alambre, por dentro y por fuera. Algo muy raro, una especie de trampa. Nos hablábamos con gran cariño; yo le hacía demostraciones de ternura que nunca le hice en vida, que debí hacerle, que deseé hacerle muchas veces, Freud confirmado, como me sucede a menudo. Realizo en el sueño lo que no se cumplió en la vigilia. Estábamos solos; yo me sentía protegido y acompañado. Me hablaba ;cosa más rara! de Manuel Rivas. Me contaba cómo le conoció. Yo le oía con gran atención, con una atención que nunca puse en vida al escucharle. Bebía sus palabras y temía dejar escaparse una sílaba. Mi padre vivía, pero yo, en mi actitud frente a él, mostraba haber pasado ya por la prueba de la orfandad. Le había perdido y ahora le recuperaba, como a Cristo sus discípulos al tercer día. Así en esta disposición de ánimo vengo soñando con él desde hace tiempo: cariñoso y arrepentido, yo, él proyectando inmensa sombra tutelar sobre mi soledad y mi abandono.

8 de Diciembre de 1938.

He seguido soñando con mi padre. Anoche le veía como le vi mientras vivió, sin haber pasado por la prueba de la muerte, despojado de esa aura de ternura con que desde entonces le veo. No es el ser querido, mal apreciado en vida, milagrosamente recuperado ahora para indemnizarlo de todas las incomprensiones que con él tuvimos, nó, es el mismo de antes. Y estallan las mismas diferencias que en vida nos hacían chocar tan a menudo. Lee un juicio sobre Marcelle Auclair, en una antología francesa. La definen como mediocre, en medio de muchas reservas, ambigüedades y frases más bien retóricas que justas, estilo Bernard Faij. El se siente visiblemente inclinado a subscribir el juicio en su fondo, que corresponde a una opinión suya, aunque le desorienta la forma, demasiado moderna, descosida, llena de alusiones, inconexiones y contradicciones aparentes. Yo disiento, tanto de ese juicio, en que él se confirma en el suyo, como en su manera de apreciar la forma de la crítica en cuestión. Yo la comprendo, familiarizado como estoy con ese estilo; él no. Esbozamos una discusión, impacientándonos desde un principio.

Veo que la preocupación por los problemas literarios, que me absorbe ahora en la vigilia, invade también mi sueño. Ultimamente he tenido muchos sueños de tema parecido al de anoche. ¿Qué saldrá de todo esto? Nada o casi nada. Es sólo la crítica y la autocrítica estéril depositada en el inconsciente. Con esas materias disgregadas y descompuestas ¿qué se puede hacer?

Copia de un apunte garabateado a lápiz, en Madrid, una mañana al despertar:

El historiador es el can de las letras. Su oficio es husmear las huellas y desenterrar los huesos de los que le han precedido en el camino.

(El... (1) de Febrero de 1931). Soñé que leía esta frase en uno de los tomos de las obras completas de Eugenio d'Ors. Yo las tenía amontonadas delante de mí. Veía distintamente las cubiertas y leía los títulos, todo de mi invención. Ahora, despierto, no recuerdo estos títulos. Desperté en el momento en que leía la frase que anoto. Me parece un hecho psicológico curioso. Muchas veces me ha ocurrido. He compuesto versos y párrafos de prosa durante el sueño.

Diciembre, 1.º de 1938.

Viña del Mar, 13 de Julio de 1940.

A A. B.

Ahí van esas notas que he redactado en vista de lo que Ud. me ha pedido. Temo mucho que no correspondan a su deseo, pero, como *no me sale* otra cosa, se las envío a pesar de todo, para cumplir en alguna forma mi palabra.

Me gustaría bosquejar en otras notas la actitud de Eduardo ante la literatura, sin entrar a ocuparme de su obra, que conozco mal, y en gran parte se refiere a materias que no he estudiado yo por mi cuenta. Yo me apoyaría más bien en el recuerdo que guardo de lo que observé en él y oí de su boca, a través de un trato muy íntimo de cerca de doce años, durante los cuales nos vimos casi a diario. Claro está que, como en el caso presente, se trataría sólo de un esquema, en el que presentaría únicamente mis conclusiones, dejando como quien dice en la trastienda las anécdotas, los hechos menudos que me habrían servido para llegar a ellas.

Si consigo poner mis ideas en orden y logro redactar algo siquiera decente, se lo enviaré, para el caso que pueda serle útil en algún sentido.

Las notas de que le hablo, comprendiendo un tema más restrin-

(1) No recordaba el día del mes y dejé en blanco el espacio para llenarlo más tarde, lo que nunca hice al cabo.

gido, serían más breves que las adjuntas, quizá más escuetas, y estarían escritas probablemente en otro tono.

Ojalá cumpla Ud. la promesa de venir por acá. Entretanto, salude cariñosamente a Marta, de parte mía, y disponga de su afectísimo.

O.

P. S. En el primer número de Studium, revista editada por el Instituto Pedagógico allá por los años 26 o 27, publiqué yo una nota bibliográfica sobre el libro de Eduardo Solar, *Poetas de Hispano-América*.

Esquema de Eduardo Solar Correa

Actitud ante la vida

1940.

Amaba intensamente la vida, y la sentía conforme a la tónica horaciana, saboreándola morosamente, con ardor sereno, con ardiente serenidad.

Los placeres de los sentidos se espiritualizaban en él, convirtiéndose en motivo de contemplación y reflexión, y los deleites del espíritu cobraban al calor de su sensibilidad no sé qué jugosa corporeidad sensual.

Era católico por tradición, por educación y por volición; mas, en la estructura íntima de su ser, el catolicismo representaba la corteza dura que le defendía de las inclemencias de la vida y de la muerte; adentro, en lo hondo, circulaba la savia pagana, ingenua, instintiva, insobornable.

Ajeno a teologías y apologéticas, desconfiado de la eficacia práctica y validez científica de la exégesis, realista y ladino, doblegaba gustoso la cabeza ante el dogma, que, a trueque de la sumisión intelectual, concedía a su espíritu, empeñado en seguir viviendo, la promesa indubitable de una existencia imperecedera.

Su lógica profunda —inconsciente o reconocida— no creo haya andado muy distante de la que inspira la famosa apuesta pascaliana: "Pesons le gain et le perte en prenant croix, que Dieu est. Estimons ces deux cas: si vous gagnez, vous gagnez tout; si vous perdez, vous ne perdez rien. Gagez donc qu'il est sans hesiter". Actitud de apariencia un tanto escéptica, pero en realidad afirmativa y concluyente, que reconoce la verdad por su valor pragmático, por su efecto vital, y se desentiende de inquisiciones estériles y conclusiones inciertas, que ni impulsan al hombre a vivir con alegría, ni le ayudan a morir con resignación.

El ansia mística, lo mismo que el afán ascético, no entraban para nada en la composición de su fe religiosa. Su creencia dimanaba entera —ya lo hemos visto— de su inmenso amor a la vida, cifra y compendio de su personalidad integral.

En el hecho —y sin que esto comprometiese la rigurosa ortodoxia de su pensamiento deliberado— presumo que le era imposible, por indeclinable disposición temperamental, concebir el alma separada del cuerpo, el espíritu independiente de la materia, la esencia desprendida de sus accidentes. Todos sus anhelos, todo su fervor, todas sus esperanzas definidas y concretas, cabían holgadamente en este mundo nuestro de cuatro dimensiones.

A este propósito, recuerdo una mañana de comienzos de otoño, en el Cerro de Santa Lucía. Un sol dorado encendía el paisaje y hacía más activo el latir de las venas. Eduardo Solar paladeaba una a una con voluptuosa lentitud, las rosadas uvas de un prieto racimo que tenía en la mano. Yo le dije: el sol y la uva hacen buena la vida, a pesar de todo. Y él me contestó, sin cuidarse poco ni mucho de consecuencias o inconsecuencias ideológicas, en un arranque de entusiasmo que brotaba impetuoso de aquel fondo pagano insobornable de que hablé al principio: "Sí, sí, y yo *siento*,

como la condesa de Noailles, que lo más triste cuando se piensa en los muertos, es figurárselos bajo tierra, mientras arriba luce el sol y la vida bulle, se afana y se renueva". Quien le conoció de cerca, quien lo oyó, sobre todo, en ese momento, sabe bien que no había hipérbole en sus palabras ni ninguna otra suerte de afectación retórica, reñida con la sinceridad y simplicidad de su carácter, libre de toda deformación literaria.

Al hablar así, se refería al poema de la autora de "L'Ombre des Jours" que comienza con estos versos:

Allez, je veux rester seule avec les tombeaux;
Les morts sont sous la terre et le matin est beau,
L'air a l'odeur de l'eau, de l'herbe, du feuillage.
Les morts sont dans la mort pour le reste de l'âge.

¡Ah, —me decía en otra ocasión— pensar que habrá que morir un día irremediablemente, que habrá que dejar todo esto para no verlo más! Cuando me viene a la cabeza este pensamiento, pongo todo mi empeño en rechazarlo, porque mientras lo tengo presente no puedo gozar de nada. La muerte lo echa todo a perder.

Juan Maragall, el poeta catalán, amaba la tierra con ardor de levantino, y se encontraba en ella tan bien acomodado, que de buena gana, no obstante su catolicismo fervoroso, hubiese transferido a este planeta la bienaventuranza eterna que le estaba reservada en el cielo. Así lo dice en "El Canto Espiritual", con sencillez conmovedora:

Tout se va! Aquest mon, sía como sía,
tan divers, tan extens, tan temporal;
aquesta terra, ab tot lo que s'hi cría,
es ma patria, Senyor: y ¿no podria
esser també ma patria celestial?

“¿Con qué otros sentidos —pregunta a Dios— me haréis ver este cielo azul sobre las montañas, y el mar inmenso, y el sol que brilla por todas partes?”

Deu-me en aquest sentits eterna pau
y no voldré mes cel que aquest cel blau.

Cuando topé con estos versos al azar de mis lecturas, no dejó de sorprenderme la fidelidad con que traducían y la franqueza con que llevaban a su corolario obligado, los mismos sentimientos que otro católico, mi amigo Solar Correa, solía manifestar en esbozo y sin parar mientes en sus lógicas y necesarias derivaciones.

Algo exigente en materia de certidumbre, decidí entonces valerme de las estancias del catalán como piedra de toque para verificar mis deducciones, y en la primera ocasión, con un pretexto cualquiera, se las comuniqué a Eduardo. No sabría decir ahora cuál fué su comentario, ni siquiera si éste fué categórico o evasivo; sólo recuerdo que sonrió con esa amplia sonrisa suya, llena de malicia cordial. Y fué tan decidora esa sonrisa, que valía ella sola por la confirmación más explícita.

Por sus gustos, por su carácter, por su sensibilidad, pertenecía Solar Correa a la clara estirpe de los humanistas del Renacimiento (Montaigne le atraía sobremanera), varones doctos, tolerantes, sibaritas de la inteligencia, prontos al análisis y a la crítica, pero respetuosos del orden social que les permitía vivir consagrados al prolijo cultivo de sus amables disciplinas.

En asuntos literarios estaba Solar exento de preveniciones, y se mostraba siempre dispuesto a escuchar la opinión ajena, e incluso a revisar y rectificar su propio dictamen.

Bien distinta era su actitud en materias políticas: aquí

si que no admitía reservas, distingos, ni concesiones, y quien pretendiera conducirlo al examen sereno y objetivo de una doctrina o de una situación, iba a estrellarse sin remedio con su resuelta, vehemente y obstinada beligerancia.

Nacido en el seno de una familia patricia de cepa conservadora, espíritu individualista y aristocrático, "reaccionario por asco de la greña jacobina", —como Antonio Machado dice de Azorín— Solar Correa se revelaba airado contra toda política de halagos demagógicos o miras socializantes. Aspiraba a una sociedad basada en la jerarquía y regida por una autoridad fuerte, capaz de establecer la disciplina, necesaria a la bien ordenada convivencia, y asegurar la tranquilidad, indispensable a la incubación y alumbramiento de la obra desinteresada.

Su credo político-social tenía, como se ve, mucho más de humanístico que de humanitario, y estaba más cerca de las alturas de Sils María que de las colinas de Galilea.

O.

POSTFACIO

La muerte de Osvaldo Vicuña Luco inspiró a sus amigos el sentimiento de una vida trunca y una obra que había quedado por realizar. A la pesadumbre de su prematura desaparición juntábase la idea de lo que habría podido escribir, de las reflexiones, enseñanzas y noticias que su ausencia condenaba para siempre al silencio.

Esta colección de sus cartas privadas y sus apuntes íntimos se ha hecho para suplir, siquiera en parte, ese vacío.

Se han tomado, principalmente, del archivo que dejó.

Un archivo sin orden premeditado, una serie de cuadernos con borradores y copias, esbozos de ensayos, confidencias fragmentarias, a veces papeles sueltos y pequeñas libretas poco descifrables.

Tal como es conviene tomar el libro.

No se trata de la obra misma, la que él y sus amigos soñaban, sino de los materiales reunidos o que habrían podido servir para realizar algún día esa obra. Son los cartones preparatorios del cuadro, es el croquis inicial de la novela o el tratado definitivo.

No se le han hecho, naturalmente, enmendaturas ni agregados; se ha preferido dejar el documento así, no sólo por un escrúpulo explicable, sino porque, seguramente, a él, tan atento al matiz de la verdad interna, que buscaba el rasgo único, verídico, éste es el criterio que le habría complacido y que hubiera aplicado en la práctica.

INDICE ALFABETICO DE LOS AUTORES PRINCIPALMENTE CITADOS

A

Acuña, Manuel, 355
 Alcalá Zamora, Niceto, 328
 Alone, 37, 231, 245, 246, 251, 254 a
 257, 267, 270, 275, 281, 383
 Alonso, Amado, 325, 326
 Andrade, Olegario V., 355
 Azorín, 284, 327, 328

B

Backhaus, José, 35
 Banville, Teodoro de, 222
 Baralt, Rafael M., 326
 Barbagelata, Hugo, 292
 Barrès, Maurice, 146, 148, 200
 Baudelaire, Charles, 248
 Becker, Beril, 370, 371, 373
 Benavente, Jacinto, 50, 89, 357 a
 363

Bergson, Henri, 280
 Bertrand, Alejo, 53
 Blest Gana, Guillermo, 355
 Bourget, Paul, 59 a 62
 Boutroux, Emile, 62
 Bueno, Manuel, 89
 Bulnes, Alfonso, 282

C

Casares, Julio, 323, 329
 Cavestany, Antonio, 40, 41
 Cejador, Julio, 72
 Claudel, Paul, 329

Coppée, François, 78
 Curel, François de, 93
 Curtius, Robert Ernst, 200, 337

D

D'Annunzio, Gabriel, 58, 146
 Darío, Rubén, 38, 41 a 49, 73, 216,
 224, 225, 269, 270, 327, 331, 352
 Daudet, León, 262
 D'Halmar, Augusto, 86, 87
 Dorgelès, Roland, 265
 Dostoiewski, Fedor, 129, 140
 Duhamel, Georges, 257, 270, 271

E

Eça de Queiroz, José María de,
 33, 34

F

Faguet, Emile, 335
 Flaubert, Gustave, 33, 67, 68,
 78, 84
 France, Anatole, 34, 59, 89, 101,
 136, 139, 186 a 193, 221, 222
 Fouillée, Alfredo, 335
 Fournier, Alain, 129

G

Gandon, Ives, 257 a 267, 271
 García Calderón, Ventura, 293,
 334

- Geraldty, Paul, 94
 Gide, André, 126, 127, 146, 207, 208, 218 a 220, 222, 230, 243, 274, 318
 Giraudoux, Jean, 260, 262
 Gómez Carrillo, Enrique, 284
 Gutiérrez González, Gregorio, 352, 354
- H
- Henríquez Ureña, Pedro, 325, 326
 Hermant, Abel, 101 a 105, 192
 Herrera y Reissig, Julio, 75, 77
 Huxley, Aldous, 195, 274, 315 a 317
- I
- Iriarte P., Joaquín, 333, 335, 337
- J
- Jovellanos, Gaspar Melchor, 324
 Jammes, Francis, 354
- K
- Keats, John, 373
 Keyserling, Conde Hermann, 230
- L
- Laforge, doctor, 200
 Lahor, Jean, 79
 Leconte de Lisle, Charles, 78, 79
- M
- Machado, Antonio, 209, 328
 Magallanes Moure, Manuel, 250
 Maitín, José Antonio, 352, 354
 Mann, Tomás, 279
- Mapes, Erwin K., 327
 Maragall, Juan, 382
 Massis, Henri, 222
 Mauriac, François, 101, 128, 129, 249
 Maurras, Charles, 222
 Menéndez y Pelayo, Marcelino, 294, 354
 Mistral, Gabriela, 77, 225
 Montes, Eugenio, 233, 234
- N
- Neruda, Pablo, 216
 Nietzsche, Federico, 32, 205, 334, 335
 Noailles, Condesa de, 382
- O
- Obligado, Rafael, 355
 Ortega y Gasset, José, 141, 143 a 147, 173, 212 a 220, 256, 280, 333 a 337
- P
- Palacio, Manuel del, 324
 Palacios, Pedro B., 73
 Pardo Bazán, Emilia, 327
 Pérez de Ayala, Ramón, 88, 89, 201 a 205, 270, 272 a 274, 354
 Petit M., Magdalena, 242
 Pirandello, Luigi, 125
 Platón, 35
 Poe, Edgar Allan, 248, 346
 Pouquet, Mme. Jeanne Maurice, 187, 189, 190, 193
 Prado, Pedro, 278
 Proust, Marcel, 124, 125, 130, 132 a 142, 153, 187, 191, 195, 200, 218, 223, 228, 256, 257

R

Regnier, Henri de, 104
 Renan, Ernesto, 31, 36
 Rivière, Jacques, 129, 135, 220
 Rodenbach, Jorge, 354
 Rodin, Augusto, 35
 Rodó, José Enrique, 49, 51, 283
 a 294, 320, 343
 Roosevelt, Teodoro, 35
 Rousseau, Juan Jacobo, 204

S

Saavedra Molina, Julio, 327
 Salaverría, José María, 334
 Salinas, Pedro, 279
 Samain, Albert, 354
 Schopenhauer, Arturo, 33
 Sócrates, 206
 Soffia, José Antonio, 355
 Solar Correa, Eduardo, 197 a 199,
 350, 354 a 357, 379, 380
 Somerset Maugham, William, 370
 a 376
 Sorel, Georges, 280
 Stendhal, 140, 201 a 203
 Subercaseaux, Benjamín, 245, 246,
 251

Sully Prudhomme, Armand, 79,
 228

T

Tolstoi, León, 34

U

Unamuno, Miguel de, 227, 280,
 284

V

Valera, Juan, 224, 242, 243
 Valéry, Paul, 130, 224, 237, 355
 Valle Inclán, Ramón, 58, 216,
 241, 284
 Verhaeren, Emile, 117
 Verlaine, Paul, 73, 162, 215
 Vinci, Leonardo de, 107

W

Wilde, Oscar, 103, 206

Z

Zorrilla de San Martín, Juan, 355

INDICE

	Págs.
Osvaldo Vicuña Luco, por Alone.	9
Osvaldo Vicuña Luco, por Manuel Vega.	16
Osvaldo Vicuña Luco, por Raúl Silva Castro	20

I

CORRESPONDENCIA

1915. A Luís Fernández Solar.	29
1916. A José Antonio Infante Lecaros.	37
1917. A Luis Fernández Solar	49
1921. A Julio Vicuña Luco	57
1922. A Julio Vicuña Luco	63
1922. A Juan Gómez Millas	68
1922. A Eduardo Solar Correa	72
1923. A Julio Vicuña Luco.	80
1923. A Eduardo Solar Correa	82
1923. A Julio Vicuña Luco	85
1923. A Ramón Ossa Garland	90
1923. A Julio Vicuña Luco	96
1924. A Julio Vicuña Luco	97
1924. A Julio Vicuña Luco	100
1925. A Eduardo Solar Correa	105
1925. A Julio Vicuña Luco	112
1925. A Juan Gómez Millas	114
1926. A Julio Vicuña Luco	118

	Págs.
1927. A Julio Vicuña Luco	121
1927. A Julio Vicuña Luco	123
1927. A Eugenio Pereira Salas	126
1928. A Eugenio Pereira Salas	131
1928. A Hernán Díaz Arrieta	132
1928. A Hernán Díaz Arrieta	138
1928. A Luis Fernández Solar	143
1930. A Eugenio Pereira Salas	147
1930. A Julio Vicuña Luco	149
1931. A Julio Vicuña Luco	154
1931. A Julio Vicuña Luco	159
1931. A Julio Vicuña Luco	167
1932. A Luis Vergara Donoso	171
1932. A Julio Vicuña Luco	176
1933. A Roberto Humeres Solar	180
1934. A Eugenio Pereira Salas	183
1934. A Máximo Cardemil Vásquez	185
1935. A Magdalena Petit Marfán	194
1935. A Máximo Cardemil Vásquez	196
1937. A Máximo Cardemil Vásquez	199
1937. A Máximo Cardemil Vásquez	212
1937. A Hernán Díaz Arrieta	229
1937. A Hernán Díaz Arrieta	233
1937. A Magdalena Petit Marfán	235
1938. A Magdalena Petit Marfán	237
1938. A Magdalena Petit Marfán	239
1938. A Hernán Díaz Arrieta	244
1938. A Julio Vicuña Luco	252
1940. A Hernán Díaz Arrieta	254
1940. A Hernán Díaz Arrieta	268
1941. A Lolo Echeverría Carvallo	272
1941. A Hernán Díaz Arrieta	276
1941. A Mario Garcés Sepúlveda	282
1942. A Julio Vicuña Luco	295
1942. A Mario Garcés Sepúlveda	311

	Págs.
1942. A Hugo Lazo Jarpa.....	313
1942. A Mario Garcés Sepúlveda	315
1942. A Mario Garcés Sepúlveda	318
1942. A Mario Garcés Sepúlveda	320
1943. A Julio Vicuña Luco	331
1944. A Hernán Díaz Arrieta	333
1945. A Mario Garcés Sepúlveda	338

II

CRÍTICA LITERARIA, APUNTES ÍNTIMOS, ARTÍCULOS Y DIVAGACIONES

1918. A Través de mis gafas.....	343
1919. Primera página de un Diario íntimo inconcluso..	348
1926. «Poetas de Hispanoamérica», por E. Solar Correa	350
1926. Jacinto Benavente	357
1936. Apuntes íntimos.....	363
1937. Carlos Suárez Herreros	366
1937. «El Embrujado», por Somerset Maugham.....	370
1938. Páginas íntimas	377
1940. A Alfonso Bulnes	379
1940. Esquema de Eduardo Solar Correa.....	380
1946. Postfacio	385
Índice alfabético de los autores principalmente citados.....	387
Erratas	393

ERRATAS

<i>Página</i>	<i>Línea</i>	<i>Dice</i>	<i>Léase</i>
134	14	Curfius	Curtius
173	29	inconsciente	omnisciente



PQ8097. V5614C6



a39001



004144153b

1/71

